BREVE HISTORIA de la...

CHINA MILENARIA

Gregorio Doval



Los 4.000 años de historia de la apasionante y misteriosa China. Desde la prehistoria, la llegada de Gengis Kan, el emperador Qin Shihuang, Confucio y las Cien Escuelas del Pensamiento hasta la construcción de la Gran Muralla y la Ruta de la Seda.

nowtilus saber

BREVE HISTORIA DE LA CHINA MILENARIA

Gregorio Doval

nowtilus

Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: Breve historia de la China milenaria
Autor: © Gregorio Doval

Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Diseño y realización de cubiertas: Nicandwill
Diseño del interior de la colección: JLTV

ISBN: 978-84-9967-014-0

Printed in Spain

Índice

Introducción: El marco geográfico chino: China, un mosaico geo-cultural

Capítulo 1: Entre la historia y el mito: el periodo predinástico
Continuidad histórica desde las brumas de la leyenda
El relato mitológico: la cosmogonía china
    Origen (mitológico) de China: los Tres Augustos y los Cinco Emperadores
    Huang Ti, el Emperador Amarillo, padre de todos los chinos
    China a la luz de la arqueología

Capítulo 2: Las primeras dinastías
El comienzo del ciclo dinástico
La dinastía Xia
La dinastía Shang
Otros pueblos coetáneos

Capítulo 3: El comienzo de la historia documentada: la dinastía Zhou
    El Mandato Celestial de los Zhou
    La estabilización con los Zhou Occidentales
    Los Zhou Orientales y la amenaza exterior
    Periodo de las Primaveras y los Otoños
    Periodo de los Reinos Combatientes
Las Cien Escuelas de Pensamiento
El mapa interior de China se va completando

Capítulo 4: El nacimiento del Imperio chino
La creciente potencia del reino de Qin
    Ying Zheng, rey de Qin
    Las Guerras de Unificación
    De rey a Primer Emperador de China
La dinastía imperial Qin
    Qin Shihuang, un personaje complejo y polémico
    La amenaza externa y la Gran Muralla
    El increíble mausoleo del emperador
    Un ejército de terracota
    Fin de la efímera dinastía Qin

Capítulo 5: El primer esplendor de la China imperial
Caos tras la muerte de Qin Shihuang
    La guerra Chu-Han
La dinastía Han Occidental
    El emperador Gaozu
    El imperio Xiongnu de Modu

El emperador Wu, la edad de oro Han
El interregno de Wang Mang: La dinastía Xin
La dinastía Han Oriental

Capítulo 6: El periodo de desunión
Los Tres Reinos
Un periodo convulso y sangriento
Las dinastías Jin
Los Dieciséis Reinos del norte
La dinastía Jin Oriental
Las Dinastías del Norte y del Sur
Las Dinastías del Norte
Las Dinastías del Sur
La reunificación de la dinastía Sui

Capítulo 7: El segundo esplendor imperial
La dinastía Tang
Taizong, el estabilizador
El «emperador» Wu Zetian, la única emperatriz en cuatro mil años
El reinado contradictorio de Xuanzong
La rebelión de An Lushan
Del esplendor a la decadencia Tang
Periodo de las Cinco Dinastías y los Diez Reinos

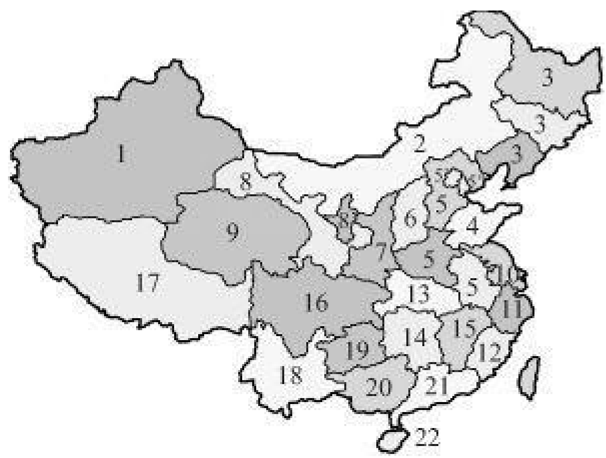
Capítulo 8: China bajo la amenaza mongola
La dinastía Song
China y los pueblos turco-mongoles
Consolidación de la dinastía Song del Norte
La dinastía Song del Sur

Bibliografía

Introducción: El marco geográfico chino

CHINA, UN MOSAICO GEO-CULTURAL

La actual República Popular China tiene una extensión de casi 9,6 millones de kilómetros cuadrados, lo que la convierte en el cuarto país más extenso en superficie terrestre del mundo (tras Rusia, Canadá y, por poco, Estados Unidos) y en la duodécima parte del mundo. Además, es el más poblado, con más de 1.300 millones de habitantes, lo que representa aproximadamente una quinta parte de toda la humanidad. Este inmenso y poblado territorio (algo menos extenso que Europa, pero mucho más poblado) alberga una gran variedad de ecosistemas y una gran diversidad étnica (conviven hasta 56 etnias diferentes, la más numerosa de las cuales es la han, que supone el 92% de la población) y climática. Como es lógico, esta variada y compleja geografía china jugó un papel crucial en el nacimiento, desarrollo y evolución de su milenaria cultura, en la que cabe ver una cierta continuidad desde, al menos, hace 4.000 años.



Comparando el mapa de la China actual con el del Imperio chino en el momento de mayor extensión de su historia, este comprendía más de una docena de espacios naturales claramente diferenciados y aún distinguibles. Entre ellos, en el norte, el Xinjiang o Turquestán chino [1, en el mapa], formado por la depresión del Tarim y las impresionantes cordilleras que lo rodean (Tian, Pamir y Kunlun). Por el norte y el noroeste se extienden las regiones esteparias de Mongolia [2] y Manchuria [3], está cerrada por el sudeste por cordilleras que interrumpen su comunicación con la Península de Corea. Al oeste y al noroeste de la Península de Shandong [4], de media montaña, se extiende la Llanura Septentrional [5], formada hoy por la provincia de Hebei [5], buena parte de la de Henan [5], el norte de la de Anhui [5] y el occidente de Shandong, además de los hoy distritos de Beijing [5'] y Tianjin [5"]. Esta llanura limita al noroeste con la abrupta meseta de Shanxi [6], mientras que por el oeste se extiende la depresión de Shaanxi [7], región que comprende el río Wei y la curva hacia el este del Amarillo, áreas donde se localizaron las capitales más importantes de las primeras dinastías, hasta el final del primer milenio a. C. Hacia el oeste y el noroeste se extiende el corredor Gansu [8] y la provincia de Ningxia [8'] al pie del macizo Qinghai [9], hasta la región de los oasis de la Ruta de la Seda oriental.

Las regiones del sur, el sudoeste y el sudeste, por su parte, no se distinguen solo por un

clima mucho más suave, que llega a ser subtropical en el extremo meridional, sino también por sus características señas de identidad históricas y culturales, pues adoptaron los modos chinos relativamente tarde. La cuenca inferior del Yangtsé está limitada al sudeste por las montañosas regiones costeras de Jiangsu [10], Zhejiang [11] y Fujian [12]. La combinación de las estrechas franjas litorales y de los sistemas fluviales interiores de estas regiones ofreció la base necesaria para una gran diversidad socioeconómica e hizo que la importancia de esta región fuera en aumento, sobre todo a partir del primer milenio a. C., en especial el área que engloba las actuales provincias de Hubei [13], Hunan [14] y Jiangxi [15].

Hacia el oeste, más allá de las estrechas gargantas del río Yangtsé, en la provincia de Sichuán [16], se abre la llamada por el color de su suelo «cuenca roja», que limita al oeste con el Tíbet [17] y, en último extremo, con el Himalaya. Las aguas procedentes de las precipitaciones que caen sobre las cordilleras que forman la frontera chino-tibetana erosionan la montañosa Yunnan [18], situada al sudoeste, y la meseta de Guizhou [19], que se eleva al este, para fluir después hacia Guangxi [20] y Guangdong [21], frente a la que se sitúa la isla de Hainan [22], la más grande de la actual China.

Esta última zona, junto con el valle del río Wei (llamado «el País de los Desfiladeros») y la Llanura Central (Zhongyuan), regiones todas ellas que se benefician de las crecidas del río Amarillo en su curso medio y que hoy forman parte de las provincias de Henan [5], Hebei [5] y Shanxi [6], suelen considerarse la «cuna de la civilización china». Pero desde el primer milenio a. C., fueron apareciendo nuevos focos de civilización en otros lugares, por lo que la Llanura Central pasó a convertirse en el centro de poder y punto de arranque del proceso unificador chino.

Este inmenso y diverso territorio está determinado, sobre todo, por su difícil orografía. Las zonas montañosas de más de 2.000 m de altitud ocupan alrededor del 43% de la superficie terrestre china; las mesetas montañosas suponen otro 26% y las cuencas, muy accidentadas y situadas en su mayoría en las regiones áridas, cubren aproximadamente el 19% del territorio. Por tanto, tan solo el 12% de toda la superficie se puede calificar de llana.

En términos generales, los picos más altos de China se alzan en el oeste, coronando algunas de las cadenas montañosas más elevadas del mundo, donde nacen los principales ríos del país. Una de ellas, la cordillera del Himalaya, que separa los subcontinentes chino e indio, tiene su punto más elevado en la cumbre del Everest, «techo del mundo», con sus 8.848 m, situado en la frontera chino-nepalí. En su vertiente norte, se extiende la meseta tibetana (de un promedio de 4.000 m de altura), bordeada por las cordilleras Karakórum y Kunlun, que se subdividen en varias ramas según avanzan hacia el este desde la meseta de Pamir. Las ramas septentrionales de los montes Kunlun bordean la meseta tibetana y la cuenca de Qaidam, una región arenosa y muy pantanosa plagada de lagos salinos. La rama sur de los montes Kunlun divide la cuenca de los dos grandes ríos chinos, Huang He o Amarillo y Yangtsé.

Estas grandes cadenas montañosas del oeste chino han constituido siempre el principal obstáculo a la comunicación con el resto del mundo. El noroeste de China está ocupado por dos cuencas desérticas separadas por la cadena montañosa Tian: al sur, la cuenca del Tarim, la más grande del país, rica en carbón, petróleo y minerales y, al norte, la de Zungaria. Por último, la frontera con Mongolia está marcada por la cadena del Altai y por el Desierto de Gobi, que se extiende al norte de las montañas Qinling. El corredor de Gansu [8], al oeste del gran bucle que traza el curso del río Amarillo, fue uno de los principales ejes de comunicación con Asia central.

El centro de China es, en promedio, menos elevado que las regiones occidentales. En él el relieve está formado por montañas medianas, mesetas, colinas y depresiones, entre las que se pueden distinguir varios subconjuntos compartimentados. Al norte de la Gran Muralla se extiende la meseta de Mongolia [2], a una altitud media de 1.000 m y atravesada de este a oeste por las montañas Yin, de alrededor de 1.400 m de altitud. Al sur se encuentra la mayor meseta de sedimentos eólicos (*loess*) del mundo, con una superficie de 600.000 km² (mayor que España). Al sur de las montañas Qinling se hallan las regiones densamente pobladas y altamente industrializadas de las llanuras del Yangtsé, así como, aguas arriba, la cuenca «roja» de Sichuán [16]. Secundaria a la Qinling, la cordillera de Nanling es la más meridional de todas las que atraviesan el país de este a oeste. En su vertiente sur, el clima tropical permite dos cosechas de arroz al año. En esa misma dirección se encuentra la cuenca del río Perla, el tercero en extensión del país y que desemboca formando un gran delta punteado hoy por las grandes urbes de Cantón, Hong Kong y Macao. Al oeste, la meseta de Yunnan-Guizhou [18-19] se eleva en dos grandes escalones, a 1.200 y 1.800 m sobre el nivel del mar, respectivamente, en dirección a las montañas que marcan la frontera oriental de la meseta tibetana. La parte sur de este conjunto se caracteriza por su gran altitud media y, en especial la provincia de Yunnan [18], con su topografía caliza y sus valles encajonados. Además de la media montaña del sudeste (Fujian [12]), las regiones costeras (más recortadas al sur que al norte) están formadas por llanuras y colinas bajas, aptas para la agricultura y con una alta densidad demográfica.

Dado ese contexto, China es desde la más remota antigüedad un país esencialmente agrícola, aunque muy condicionado por sus variaciones y contrastes climáticos, que van desde el subtropical del sur hasta el subártico del norte, pero siempre determinados por el monzón, responsable de una gran parte de la lluvia recibida por las diferentes regiones del país.

Estas variadas características geográficas han hecho siempre que este vasto territorio ofrezca una gran variedad de recursos naturales y, dada su riqueza, haya podido sustentar una densidad demográfica sin parangón en el mundo. Trigo, arroz, maíz, mijo, sorgo y soja, junto a algodón, cáñamo y plantas azucareras, son los principales productos de las inmensas y fértiles llanuras; cereales, té, cera y plantas medicinales provienen de las zonas montañosas, y en las praderas del oeste (Mongolia interior [2], Qinghai [9] y Tíbet [17]) se desarrolla gran parte de la ganadería china (bovina, lanar, caballar, camélida, etc.). Entre los productos agrícolas chinos sobresale, además, la seda salvaje, cuya producción se basa en los robles y las moreras de las montañas áridas de Shandong [4], donde también se desarrollan cultivos de cereales. Los bosques del nordeste y sudoeste proporcionan, por su parte, árboles madereros. El territorio chino ofrece también una abundante reserva de minerales, explotados intensamente desde la más lejana antigüedad de las primeras dinastías arcaicas.

Pero, con todo, la mayor riqueza china (y también su mayor desgracia) es la hidrográfica. Los ríos han jugado y juegan un papel tan importante en la historia china que cabe decir que todo el proceso de expansión de su civilización, desde su primer foco en la actual provincia de Henan [5], ha seguido siempre el curso de los ríos, principales vías de comunicación en un país tan montañoso como este. Sin embargo, muchos de ellos son de naturaleza caprichosa y violenta, lo que los convierte en una amenaza continua, especialmente el Amarillo, un constante azote, con sus desbordamientos, inundaciones, variaciones de caudal y, sobre todo, cambios de curso.

En conjunto, China tiene cerca de 50.000 ríos con una cuenca superior a los 100 km² y más de 2.800 lagos de más de 1 km². Alrededor del 50% del total hidrográfico del país drena hacia el Pacífico; solo alrededor del 10% lo hace hacia los océanos Índico y Glacial Ártico, mientras

que el 40% restante no tiene salida al mar y drena hacia las cuencas áridas occidentales y septentrionales, donde los arroyos se evaporan para formar reservas de aguas subterráneas profundas; el principal de estos cursos es el del río Tarim. Las aguas procedentes de la meseta de Pamir y la altiplanicie del Tíbet [17], regadas por los principales ríos chinos, fluyen hacia el este, en dirección al océano Pacífico, configurando tres grandes áreas geográficas de muy distintas características.

De norte a sur, la primera es la definida por la zona de influencia del río Huang He, o río Amarillo, en alusión al color de sus aguas, de más de 5.464 km de longitud, que nace en los montes Kunlun de la provincia de Qinghai [9] y recorre hacia el este la provincia de Gansu [8], girando hacia el norte mientras dibuja la forma de un arco de herradura invertido. Después atraviesa los áridos desiertos de Mongolia [2] y de nuevo baja hacia el sur, deslindando las provincias de Shanxi [6] y Shaanxi [7]. Finalmente, fluye hacia el este y acaba su viaje en el océano, tras atravesar las provincias de Henan [5] y Shandong [4]. En su curso bajo, el río está encauzado y su lecho se eleva por encima de la llanura circundante como resultado de la acumulación de sedimentos; en las tierras altas marginales de la meseta tibetana, el río sigue un curso tortuoso hasta el Bohai, un golfo del mar Amarillo, y drena un área dos veces mayor que España. Tradicionalmente se conoce como «el dolor de China» a causa de las inundaciones periódicas de grandes regiones de su área de influencia: se han contabilizado no menos de 1.828 inundaciones en los últimos 2.000 años. Es un río tremendamente peligroso que tiende a cambiar caprichosamente de curso a su paso por las llanuras costeras. Por ejemplo, en 1851, cambió su desembocadura hasta un nuevo punto situado a más de 500 km al norte, lo que causó una gran devastación y varios millones de víctimas. Pese a todo, en su orilla se erigieron consecutivamente muchos centros históricos de importancia.

Pero prácticamente desde el principio, la cultura china ya se había ido extendiendo hacia el sur, hasta alcanzar la segunda gran área geográfica china: la determinada por el río Yangtsé o Chiang Jiang, el más largo de China y el tercero del mundo tras el Nilo y el Amazonas, con un caudal 10 veces superior al del Amarillo. El Yangtsé nace también en la provincia de Qinghai [9] y fluye durante 6.300 km, drenando una cuenca de 1.800.000 km^2, antes de desembocar en el mar de China. Es navegable en la mayor parte de su recorrido y riega todo el centro de China, al fluir por la llamada «cuenca roja» de Sichuán [16] y por la región de los lagos dominada hoy por la gran ciudad industrial de Wuhan, hacia su desembocadura en la gran urbe de Shanghai. El Yangtsé (conocido a veces en Occidente, por analogía con el Amarillo, como «río Azul») tomó verdadera importancia histórica por primera vez en la historia china en el periodo de los Reinos Combatientes de la dinastía Zhou (siglos V-III a. C.).



El río Amarillo [izqda.] es una amenaza continua con sus desbordamientos, variaciones de caudal y, sobre todo, cambios de curso. Más tranquilo es el Yangtsé [dcha.].

La tercera área caracterizada por un gran río es la del sur, alimentada por el río Zhu Jiang, que nace en Yunnan y va a desembocar, ya con el nombre transformado de río Perla, entre las grandes urbes de Cantón, Hong Kong y Macao. El río, que cuenta con numerosos afluentes y emisarios, tiene un caudal cinco veces superior al del Amarillo (en verano puede llegar a 50.000 m^3/s), pero una cuenca dos veces menor.

Lo cierto es que el medio ambiente físico no solo preservó el carácter singular de la cultura del río Amarillo con formidables barreras que la separaban de otros grandes centros de la civilización de la Antigüedad, sino que también tuvo una gran influencia en la deriva de la civilización china. El hombre primitivo estaba a merced de las fuerzas naturales: los cambios estacionales, las lluvias, el caudal de los grandes ríos, la frecuencia de los terremotos... A consecuencia de todo ello, su modo de vida, sus creencias, supersticiones y mitos, y su trabajo y su ocio siempre estaban dominados por ellas. Los chinos primitivos tuvieron que adaptarse a las condiciones del medio para sobrevivir. Los habitantes de los valles del río Amarillo se veían a sí mismos como partes de un vasto orden de seres vivos, con cuyos procesos tenían que buscar una relación armoniosa. La paz y la prosperidad humanas dependieron allí (como en todas partes) del delicado equilibrio entre estas dos fuerzas interdependientes. En concreto, la naturaleza extremadamente fértil del suelo de *loess* bien regado fue la causa de una de las características fundamentales de la civilización china: el interés por el control del agua. Los reyes de la antigüedad protegían a su pueblo mediante el mantenimiento de una relación adecuada con los poderes celestiales, y llevaron a cabo grandes obras públicas para librar al país de los peligros de las inundaciones y para asegurar los imprescindibles regadíos. Esta es una de las razones por las que China pudo mantener tan densa población desde épocas tan tempranas.



China es un país de paisajes muy contrastados. En esta composición vemos, de arriba abajo y de

derecha a izquierda, las dunas del desierto del Gobi, las cumbres de la cordillera del Himalaya, un meandro del río Lijiang, el paisaje montañoso y lunar de Yangshuo, el árido de Guangxi y las colinas sembradas en terraza de la provincia de Yunnan.

Entre la historia y el mito: el periodo predinástico

CONTINUIDAD HISTÓRICA DESDE LAS BRUMAS DE LA LEYENDA

Aunque las actuales fronteras políticas chinas engloban muchos más territorios que el primer imperio (el Qin, instaurado en el año 221 a. C.), la extraña continuidad y longevidad de China es una excepción en el mundo antiguo, en el que, por regla general, las unidades políticas de tal magnitud no eran estables y duraban poco tiempo. Por ello, los chinos se consideran con razón herederos de una antigua civilización, largo tiempo autónoma del resto del mundo. Y aún más, se consideran el centro del mundo. El nombre chino del país es Zhongghuó («Tierra Central»), pues para los chinos antiguos su país era el centro geográfico de la Tierra y la única civilización verdadera.

Pese a su enorme diversidad interna y su complejidad orográfica que, en principio, no parecían favorables, la continuidad nacional, histórica y cultural china no tiene comparación posible, pues su complejo pueblo ha conservado una cultura común por más tiempo que cualquier otro grupo humano del planeta. El sistema de escritura chino, por ejemplo, tiene una antigüedad de 4.000 años, mientras que el sistema de gobierno dinástico se instauró en el año 221 a. C. y se mantuvo hasta 1912. Esto equivale al supuesto de que el Imperio Romano se hubiera mantenido desde la época de los césares hasta el siglo XX, tiempo durante el cual se hubieran impuesto un sistema cultural y un lenguaje escrito comunes para todos los pueblos «romanos». Incluso durante las épocas en que China fue gobernada por invasores extranjeros, como los mongoles de la dinastía Yuan (1279-1368) o los manchúes de la dinastía Qing (1644-1911), resultó que tales extranjeros, admiradores del grado de desarrollo chino, se asimilaron a la cultura que acababan de derrotar y conquistar y que ahora gobernaban. Este poder de absorción de la cultura china se ha manifestado también en que ningún territorio, una vez incorporado, ha abandonado el área cultural china, a pesar de las invasiones bárbaras o de los largos periodos de división interna.

Dada tal longevidad, la historia de China ensarta una serie ininterrumpida de acontecimientos realmente impresionantes, tal como corresponde a una cultura tan antigua y a un territorio tan extenso y variado. Y aun en los, por otra parte, numerosos periodos de desunión, todos los reinos desmembrados de la Gran China lucharon por imponer su hegemonía a los demás, no por separarse de su curso histórico. Independientes, autónomos, vasallos o asimilados, ninguno quiso borrarse de la nómina de pueblos chinos; más bien todo lo contrario: imponer su dominio y ser considerados «chinos» de pleno derecho.

La leyenda y la mitología sitúan el inicio de la cultura china hace unos 5.000 años, pero no se ha encontrado evidencia que demuestre tal supuesto. Para los chinos, el fundador histórico de su nación fue Huang Ti, «el Emperador Amarillo», rey, según la tradición, durante cien años (2698-2598 a. C.), de una de las muchas tribus chinas de entonces, a la que guió a la hegemonía. A partir de él se encadena una lista de dinastías que nos conduce hasta el pasado más reciente.

En cualquier caso, lo que sí se conoce históricamente es la creación de las primeras sociedades agrícolas en el valle del río Amarillo y que la acumulación de riquezas en las

primitivas ciudades despertó pronto la codicia de los pueblos nómadas y belicosos del norte: pastores que vivían desde tiempo inmemorial en las estepas septentrionales y que no dudaban en atacar para hacerse con importantes botines. Esta amenaza de los nómadas sería una constante en la historia de la China imperial que obligaría al pueblo a esfuerzos titánicos para su defensa y, así y todo, no conseguiría evitar que, en diversas ocasiones, las tribus del norte se apoderasen del imperio e impusieran su ley (aunque no sus costumbres ni su cultura) a los chinos. A través de todas esas vicisitudes, la inmensa China, separada de Occidente, como hemos visto, por altas mesetas, estepas y desiertos, fraguó una civilización original y autóctona que, en buena parte, se difundió después hacia Japón, Corea y Vietnam. Esta civilización es hoy, en lo esencial, la de un pueblo único que usa una sola lengua y cuyo sistema de escritura no ha cambiado fundamentalmente desde su aparición, hace varios milenios. Algo asombroso para todos, incluidos los propios chinos.

Conocemos la primera historia de este país, tan vasto como un continente, a través de la mitología, los restos arqueológicos y los escasos y no siempre fiables textos historiográficos. Como era lógico esperar, tales fuentes no suelen coincidir.

Entre los documentos escritos que aportan datos sobre la historia antigua de China destacan los textos llamados «clásicos», agrupados en 13 compilaciones canónicas y establecidos entre los siglos X y VI a. C., que son crónicas, más legendarias que históricas, relativas a las primeras edades de la historia china, desde el siglo XVIII a. C. hasta la época de Confucio (siglos VI y V a. C.). Estos escritos, transmitidos respetuosamente por generaciones de funcionarios estatales, constituían todavía la base de la enseñanza oficial en China a principios del siglo XX.

Por su parte, la leyenda nos proporciona una lista canónica de los monarcas chinos que empieza hacia el año 2852 a. C., fecha en la que da comienzo la mítica Edad de los Tres Augustos y los Cinco Emperadores. La primera dinastía de reyes, la Xia, es oscura y algunos historiadores han dudado de su existencia real hasta hace bien poco. Sobre la historicidad de la segunda, la Shang, también hubo dudas hasta que fue plenamente ratificada mediante la excavación, a partir de 1928, de su capital en Anyang, al norte de la actual provincia de Henan. Los primeros siglos de la dinastía Zhou, que reinó desde el 1027 o el 1122 a. C., están mucho más documentados por escritos históricos, y, desde el 842 a. C., los acontecimientos pueden fecharse con exactitud. Pero para conocer los supuestos inicios de la civilización china solo queda recurrir al poético pero increíble relato mitológico del nacimiento de China.

EL RELATO MITOLÓGICO: LA COSMOGONÍA CHINA

Los antiguos textos chinos recogen diversas tradiciones mitológicas sobre los orígenes del mundo y del ser humano. En ellas, dioses y héroes son concebidos como prototipos de perfección y como modelos didácticos aplicados a la política, al concepto del buen gobierno y a la moral del gobernante ideal. Los historiadores chinos, muy influidos por el confucianismo y, por tanto, profundamente «burocratizados», recurrieron a esta serie de divinidades y ancestros para explicar los inicios del tiempo histórico en el marco de un sistema unitario fundado en aspectos metafísicos, éticos y religiosos. Con este grupo de «personalidades» se buscaba moralizar y enseñar la progresiva degradación del orden, el equilibrio y la armonía del mundo, sometidos a ciclos que van indefectiblemente desde la soberanía perfecta a la violencia y la

decadencia.

A la hora de imaginar y explicar el origen del mundo y la intervención de fuerzas sobrenaturales en tal proceso, hay en China muchos relatos distintos referidos a una serie de personajes, a veces intercambiables y siempre ambiguos, como «el Primer Padre» (Fuxi) o «la Primera Madre» (Nuwa), así como una serie variable de emperadores míticos, creadores de los primeros sistemas de ordenación social (escritura, agricultura...), unidos a las personificaciones de las fuerzas de la naturaleza («conde del Viento» o «conde de la Lluvia», etcétera.), que, en conjunto, sustentaron las creencias animistas base de la religión popular china y de toda la cosmogonía basada, principalmente, en la vida y muerte de Pangu, el primer ser vivo, creador del mundo.

Según esos bellos relatos, en el principio no había nada en el universo salvo un caos informe. En una primera era de 18.000 años, aquel caos se fue fusionando en un huevo cósmico, dentro del cual los principios opuestos del yin y del yang se fueron equilibrando. Por fin, al cabo de aquel ciclo, el huevo eclosionó y de él salió Pangu, normalmente representado como un gigante primitivo y velludo vestido con pieles. Inmediatamente, Pangu emprendió la tarea de crear el mundo: escindió el yin del yang con un golpe seco de su hacha gigante, creando, del yin, la tierra, y del yang, el cielo. Para mantenerlos separados, permaneció entre ellos empujando el cielo hacia arriba y la tierra hacia abajo, mientras él crecía. Esta tarea le llevó otros 18.000 años, elevándose el cielo cada día un *zhang* (3,33 m), mientras la tierra se hundía en la misma proporción y Pangu crecía también lo mismo.



En este grabado del siglo XIX, el ser primigenio, Pangu, un gigante primitivo y velludo vestido con pieles, que, nada más salir del Huevo Cósmico, emprendió la tarea de crear el mundo.

Tras otros 18.000 años, Pangu se sintió lógicamente cansado, dio por finalizada su tarea, mandó bajar del cielo a los Tres Augustos (los primeros reyes) y se tumbó a descansar. Al poco, murió y todo su ser comenzó a transmutarse. De su aliento surgió el viento primaveral y las nubes; de su voz, el trueno; del ojo izquierdo, el Sol, y del derecho, la Luna. Sus cuatro extremidades y su tronco se transformaron en los cuatro puntos cardinales y las cinco montañas sagradas; su sangre, en los ríos; sus músculos, en las tierras fértiles; el cabello y el vello facial, en las estrellas y la Vía Láctea. Su pelo corporal dio origen a los bosques; sus huesos, a los minerales valiosos; la médula, a los diamantes sagrados. Su sudor cayó en forma de lluvia y las pequeñas criaturas (pulgas, piojos…) que poblaban su cuerpo, llevadas por el viento, se convirtieron en los seres vivos y se esparcieron por el mundo, dando lugar al «comienzo de los tiempos»…

Emancipados así los seres humanos, el comienzo de la civilización china sobre el

escenario concreto de Zhongghuó, la «Tierra del Centro» o «Reino Central», que después de un largo tiempo se pasaría a llamar «China», sucedió cuando los Tres Augustos, los tres primeros emperadores divinos llamados por Pangu bajaron del cielo para guiar a la humanidad.

Origen (mitológico) de China: los Tres Augustos y los Cinco Emperadores

La tradición china atribuye la fundación de la civilización y la invención de las instituciones sociales, culturales y económicas (la familia, la agricultura, la escritura, etc.) a los llamados Tres Augustos y Cinco Emperadores, gobernantes mitológicos de la China predinástica. A pesar del carácter legendario de las historias que se cuentan sobre ellos, que habrían vivido cientos de años y serían responsables de hechos milagrosos, es posible que en el origen de estas leyendas se encuentren personajes reales, jefes tribales del tercer milenio a. C. que habrían logrado victorias militares previas a la unificación de la semilegendaria dinastía Xia. Sin embargo, las distintas fuentes mitológicas coinciden poco en los detalles, salvo en su número. Los nombres de los Tres Augustos más repetidos, y a ellos nos atenemos aquí, son Fuxi, Nuwa y Shennong.

A Fuxi o Paoxi se le atribuye la invención, entre otras cosas, de la escritura, la pesca con red, la caza con trampas y armas de hierro, la cocina y la gastronomía. Según los relatos tradicionales, en el principio, no existían ni la moral ni el orden social. Los hombres no conocían ni reconocían a sus madres ni a sus padres. Cuando estaban hambrientos, buscaban comida y, cuando estaban satisfechos, tiraban los restos. Devoraban los animales con piel y pelo, bebían su sangre y se vestían con pieles y juncos. Entonces llegó Fuxi y miró hacia arriba y contempló lo que había en los cielos y miró hacia abajo y contempló lo que ocurría en la tierra, y se decidió a organizar la tierra en que vivían los hombres. Para ello, unió al hombre con la mujer, institucionalizó el matrimonio, ofreció los primeros sacrificios, reguló el tránsito entre «los cinco cambios» y estableció las leyes generales de la humanidad. Luego, estableció un sistema de gobierno y enseñó a los hombres (es decir, a los chinos) a criar ganado y a hacer símbolos para generar registros. Pero el conocimiento más importante que Fuxi legó fueron los Ocho Diagramas o Ba Gua, usados para entender las mentes de los dioses y clasificar los sentimientos humanos (además de ser considerados, en la práctica, como origen de la escritura china). En base a esto, más tarde se escribió el *Libro de los cambios* o *I Ching,* que desde entonces sería utilizado por los sucesivos gobernantes chinos como vía de comunicación entre el cielo y el pueblo. Por ello, ritual o fervientemente, todos los emperadores «escucharon» atentamente las observaciones astronómicas y las disposiciones del cielo para gobernar a sus súbditos y el país. Por tanto, Fuxi organizó como humanos a aquellos seres, pero ¿quién los creó?

Nuwa, la primera emperatriz divina y «primera madre», creó a los seres humanos. Según el relato mitológico, habiendo existido desde el comienzo del mundo y sintiéndose sola, comenzó a crear animales y seres humanos. El primer día creó el gallo; el segundo, el perro; el tercero, la oveja; el cuarto, el cerdo; el quinto, la vaca; el sexto, el caballo, y el séptimo, comenzó a crear a los seres humanos, usando para ello arcilla amarilla. Primero los fue esculpiendo uno a uno, primorosamente, a su propia imagen, pero, al darse cuenta de que esta era una tarea demasiado laboriosa, decidió introducir en la arcilla una cuerda que, movida rápidamente, hacía que cayeran al suelo gotas y que cada una de ellas se transformara en un ser humano distinto.

Después, estos seres «en serie» conformarían el pueblo llano, mientras que los primeros, los «hechos a mano», serían los nobles. Algunas de las figuras, añade el mito, fueron deformadas por la lluvia y aquel fue el origen de las enfermedades y malformaciones físicas. Nuwa insufló a los nuevos seres la capacidad de procrearse y una forma correcta de comportarse, ya que fueron creados a semejanza de los dioses y, por tanto, ya no podrían actuar como animales. En realidad, Nuwa es un ser (normalmente una mujer) cuyo papel exacto, ateniéndose a las variadas fuentes, no se puede precisar y aparece, según los casos, como creadora, madre, diosa, esposa, hermana, líder tribal o, incluso, emperador, aunque casi siempre como una mujer que ayuda a los hombres a reproducirse después de una calamidad.



A Fuxi [izqda.] y Nuwa [dcha.], «padre» y «madre» de los seres humanos, se les suele representar con cuerpo humano y cola de serpiente o dragón, porque fue supuestamente con esa forma como tallaron los ríos del mundo y lo desecaron tras las inundaciones.

Muchas veces se identifica a Nuwa como hermana y esposa de Fuxi. En otras tradiciones, ambos son calificados de «padres del género humano», ya que se les considera sus ancestros. Se les suele representar con cuerpo humano y cola de serpiente o dragón, porque fue supuestamente con esa forma como tallaron los ríos del mundo y lo desecaron tras las inundaciones.

Respecto a estas, dice el mito que Nuwa era la encargada de mantener y reparar la Muralla Celestial, cuya caída destruiría el mundo. En cierta ocasión, surgió una disputa entre dos de los dioses más poderosos y decidieron zanjarla con un duelo. Cuando Gonggong, dios del agua, vio que lo perdía, golpeó con su cabeza el monte Buzhou, uno de los pilares que sostenía el cielo, lo que causó que este se inclinara hacia el noroeste y la tierra se desplazara hacia el sudeste, produciéndose grandes inundaciones. Los cuatro polos del universo se derrumbaron y el mundo se sumió en el caos: el firmamento no podía cubrir la tierra y ésta no podía soportar al mundo; el fuego lo abrasaba todo y las aguas fluían sin control; las bestias devoraban a los hombres y los pájaros salvajes atacaban a los ancianos y a los débiles. Ante tal emergencia, Nuwa cortó las patas de una tortuga gigante y las usó para sustituir el pilar destruido, a la vez que utilizaba piedras de siete colores distintos para reparar el cielo (en otras versiones, utilizó su propio cuerpo). Sin embargo, fue incapaz de deshacer la inclinación del cielo, lo que desde entonces es causa de que el Sol, la Luna y las estrellas se muevan hacia el noroeste y los ríos (chinos) fluyan hacia el este.

El tercer Augusto o monarca divino fue Shennong (literalmente, «el Divino Granjero») o «Emperador Rojo» (en relación a que dio a conocer la virtud del fuego), que bajó a enseñar a la gente a elaborar aperos de labranza (principalmente el arado) y a cultivar los alimentos. También escribió el *Clásico de las raíces y hierbas del Divino Granjero*, libro recopilado por primera vez a finales de la dinastía Han Occidental en el que se ordenan las hierbas según su tipo y rareza, y el *Herbolario (Pen Tsao)* o *Compendio de materia médica,* libro en que se

enumeran todos los animales, plantas y otros productos naturales (entre ellos el té) con sus correspondientes propiedades medicinales (que Shennong fue probando en sí mismo). Desde entonces, China comenzó a practicar la medicina tradicional y todo el desarrollo médico subsiguiente se basa en este compendio. A Shennong se le atribuye el periodo 2738-2696 a. C. y, a veces, es considerado hermano de Huang Ti, el Emperador Amarillo, y, como tal, patriarca de los chinos de etnia han, que les tienen a ambos como sus ancestros.

A estos Tres Augustos les sucedieron los Cinco Emperadores, cuyas identidades más habituales son: Emperador Amarillo, Zhuanxu, Diku (o, simplemente, Ku), Tangyao (o Yao) y Yushun (o Shun). Lo más seguro es que estos confusos personajes no sean, en última instancia, más que reflejos de la propia evolución histórica china, personificaciones de los diferentes estados de desarrollo de la cultura de la Antigüedad y se refieran a divinidades tribales o nombres de tribus o clanes específicos. Estos clanes, mezclados entre sí, producirían la nación china (Huaxia) y su civilización. Serían, en consecuencia, una especie de ancestros comunes del pueblo chino y, naturalmente, pioneros de su cultura, tal y como sus leyendas palpablemente relatan. Solo tardíamente imperó la necesidad de confeccionar secuencias genealógicas generacionales para ordenar racionalmente estos acontecimientos y que así pudiesen ser asimilados.

Con los Tres Augustos y los Cinco Emperadores se cubriría el periodo que abarca desde la creación misma hasta el comienzo de ese mundo que se iba a llamar China y de su historia, oficializada y hecha ortodoxa por los letrados confucianos. La Edad de los Cinco Emperadores finalizó, según la tradición, en el año 2205 a. C. con un proyecto social y humano que daría lugar a lo que hoy llamamos China. En última instancia, lo único medianamente claro de esta confusión de relatos mitológicos es la privilegiada ubicación de Huang Ti, el Emperador Amarillo que, gracias a la ortodoxia confuciana, adquiriría el rango de patriarca de los chinos y piedra angular de su historia, o lo que es lo mismo, de «la civilización».

Huang Ti, el Emperador Amarillo, «padre» de todos los chinos

A Shennong, el Tercer Augusto mitológico, le sucedió el primero y hoy más famoso de los Cinco Emperadores, Huang Ti, «el Emperador Amarillo», quien, según la leyenda, habría reinado entre el 2697 y el 2597 a. C. (ni más ni menos que cien años). A pesar de no haber dejado rastro arqueológico alguno, la tradición considera al Emperador Amarillo como uno de los iniciadores de la civilización china, atribuyéndole posteriormente numerosas leyendas e historias extravagantes.

De darles crédito, la civilización china le debería mucho a este mítico gobernante. La leyenda dice que fue el inventor de muchas cosas tales como la confección de ropa, el arte de la fabricación de barcos (también del bote de remos) y vehículos terrestres (entre ellos, el coche de caballos), la construcción de casas y palacios, el arco y las flechas, el compás, etc. La agricultura y la cría de animales se desarrollaron simultáneamente en los tiempos en que Huang Ti gobernó. También hay fuentes que aseguran que el emperador Huang Ti comenzó la industria de la confección de seda y cultivó la morera (cuyas hojas son el alimento preferido de los gusanos de seda) y el cáñamo. Y fue en su época cuando se inventó la escritura china. Entre otros grandes logros adicionales, se le atribuyen los principios de la medicina tradicional china: el *Neijing* o *Cánon médico del Emperador Amarillo,* el más importante libro sobre el trabajo

con las energías humanas, que aún es un libro de texto para los estudiantes de medicina tradicional china, que redactó en colaboración con su médico Qi Bo. Sin embargo, historiadores modernos consideran que fue compilado de fuentes antiguas por un estudioso que vivió entre las dinastías Zhou y Han, más de 2.000 años después. Al *Clásico de Medicina* que hoy conocemos le falta aproximadamente la mitad del texto que tuvo originalmente. La parte perdida es la esotérica, las instrucciones para el trabajo con uno mismo, que, no obstante, se ha ido conservando por tradición oral hasta hoy. En lo conservado se halla la primera referencia escrita de la práctica del ejercicio físico, ejecutado lentamente y a conciencia, como método para conservar la salud.



La mitología china atribuye a Huang Ti, «el Emperador Amarillo», que supuestamente habría reinado entre los años 2697 y 2597 a. C. y al que se considera el iniciador de la civilización, numerosas leyendas e historias extravagantes.

A Huang Ti también se le atribuye la descripción del uso de las posiciones coitales para prevención y terapia. El clásico *La muchacha sencilla (Su Nu Ching)* está escrito en forma de diálogos del Emperador Amarillo con Su Nu, la muchacha sencilla, Hsuan Nu, la muchacha misteriosa, y Tsai Nu, la muchacha arco iris, y en él se describen las técnicas taoístas para utilizar la energía sexual con el fin de favorecer la salud y aumentar la longevidad. En lo personal, se dice que el Emperador Amarillo mantenía un harén de más de 1.000 mujeres, con las que practicaba el yoga sexual.

Huang Ti fue, además, un gran estadista y supo rodearse de ministros de valía e inventiva, como Lun Ling (que inventó los instrumentos musicales), Da Nao (que recolectó los diez Tallos Celestiales y las doce Ramas Terrenales que se combinaban para designar años, meses, días y horas), Tsang Chieh (que inventó los caracteres chinos), Tai Mao y Li Shou (que desarrollaron la numeración sexagesimal y la aritmética correspondiente), etcétera. Las antiguas escrituras chinas confirman que también fue responsable de la invención de las operaciones militares y de la sistematización del arte de la guerra. En el *Liu Tao* se menciona que Huang Ti «luchó 70 batallas y pacificó el Imperio». Además, instituyó el sistema feudal de príncipes vasallos (en principio, cuatro), cada uno de los cuales tenía originalmente el título de emperador. Por si todo esto fuera poco, su supuesta victoria sobre las otras dos tribus predominantes en aquel momento en las cuencas media y baja del río Amarillo lo convertiría en el propulsor de la primera unificación de la «nación china». Por todo ello, los chinos se describen a sí mismos frecuentemente como descendientes directos de Huang Ti.

Se contaba que su madre quedó embarazada de un rayo caído del cielo nocturno y que, tras veinte años de embarazo, dio a luz a un hijo que hablaba desde el nacimiento. En otras

versiones, Huang Ti se formó a partir de la fusión de las energías que marcaron el inicio del mundo. Vivió en un maravilloso palacio al oeste de las montañas Kunlun, con un guardián celestial en la puerta con cabeza humana, cuerpo de tigre y nueve colas. Las montañas Kunlun estaban llenas de pájaros y animales raros y de exóticas flores y plantas, y Huang Ti iba siempre acompañado de una extraña mascota: un pájaro que le ayudaba a cuidar su ropa y efectos personales. También se cuenta que poseía un tambor hecho con piel de kui, un ser mitológico que puede producir lluvia, viento o sequía.



Mausoleo en la provincia de Shaanxi del Emperador Amarillo.

Líder de clan en la fase final de la sociedad primitiva de China, para algunas tradiciones Huang Ti era hermano carnal de Shennong o Yan Ti (uno de los Tres Augustos, conocido también como «Emperador Rojo»), con quien compartió el país. Posteriormente, ambos se aliaron en contra de Chiyou, jefe de la tribu jiuli establecida en el este, que había invadido sus tierras. La batalla decisiva se libró en Zhuolu, al noroeste de la actual provincia de Hebei. La leyenda dice que, al principio de la batalla, Chiyou estornudó una niebla espesa que duró tres días y los soldados de Huang Ti no pudieron distinguir sus posiciones. Afortunadamente, el Emperador Amarillo guió a sus hombres fuera de la niebla mediante otro de sus inventos, el «carro de brújula» (cuyo vértice siempre apuntaba al sur) y obtuvo una completa victoria. Tras aquella gran victoria, la alianza de Huang Ti y Yan Ti se rompió porque, al parecer, éste intentó violar el acuerdo y asumir el liderazgo, aunque los jefes tribales prefirieron mantener su fidelidad a Huang Ti. Como resultado, los dos líderes (y hermanos) se enfrentaron en Banquan. Tras tres feroces batallas, Huang Ti obtuvo la victoria final y fue distinguido como «Hijo del Cielo» por los jefes tribales.

Otra de las innumerables leyendas sobre él narra que Huang Ti encargó romper la comunicación entre la tierra y el cielo a fin de que cesaran los molestos descensos de los dioses. Según esta leyenda, en una época primordial, anterior al mundo tal y como hoy lo conocemos, el cielo y la tierra estaban muy próximos entre sí. Así, los dioses podían descender a la tierra y los seres humanos llegar al cielo escalando una montaña, o bien subiendo a un árbol o utilizando una larguísima liana. Los dioses descendían para oprimir a los hombres, al igual que los espíritus, con lo cual las posesiones eran frecuentes. Huang Ti, al ordenar la separación del cielo y la tierra, liberó al ser humano y participó en la organización del mundo tal y como lo conocemos hoy. No obstante, aquel mundo anterior, primitivo, en que el cielo y la tierra estaban conectados también tenía muchos elementos deseables, por lo que aquel «paraíso perdido» siempre se ha querido restaurar. De hecho, algunas personas privilegiadas (chamanes, sabios, reyes…) pudieron mantener el contacto con el cielo, mediante técnicas de concentración, por vía de éxtasis o gracias a cualidades especiales.

Al hilo de las tradiciones, Huang Ti, el Emperador Amarillo, es visto como el responsable de la transición de una cultura humana conducida por dioses a una dirigida por el propio hombre. La base de la civilización china fue construida durante su reinado, cuando el Emperador Amarillo estableció la ley y el orden, reclutó gente virtuosa y sabia para gobernar, y adoró al Cielo y a la Tierra en la cumbre y en la base de las altas montañas. Durante los cien años que reinó, no hubo robos ni peleas en las calles; las personas eran amables, contenidas y muy consideradas unas con otras; vivían en armonía, el clima era favorable a los cultivos y el pueblo obtenía buenas cosechas cada año.

En el año 2598 a. C., el Emperador Amarillo construyó un gran buque al pie del monte Qiao. Cuando el buque estuvo terminado, una grieta apareció en el cielo y un dragón dorado descendió para ir a buscarlo. El Emperador Amarillo (por entonces, de 111 años) y más de 70 funcionarios de la corte real, montados en el dragón dorado, se elevaron hacia el cielo en dirección a la luz brillante del día y alcanzaron la perfección espiritual y la inmortalidad. Decenas de miles de personas vieron esta escena sagrada y magnífica con sus propios ojos. Con gran sobrecogimiento y anhelo, estas personas sepultaron las ropas de Huang Ti en el monte Qiao (hoy en la provincia de Shanxi), donde un gran monumento rinde homenaje al «inmortal» Emperador Amarillo.

China a la luz de la arqueología

Sin olvidarnos de los ricos relatos míticos acerca del comienzo de la vida humana en China que acabamos de repasar muy someramente, la arqueología y los métodos científicos a su servicio nos dan respuestas más concretas respecto a la aparición del hombre y a su primera organización social en aquella parte del mundo.

A la luz de esas pruebas, el territorio que actualmente ocupa la República Popular China ha estado poblado desde hace miles e incluso millones de años. De hecho, los hallazgos arqueológicos demuestran que China pudo ser uno de los escenarios, junto con África, donde surgió la sociedad humana. Se han encontrado restos de homínidos que constituyen los antepasados más remotos del hombre. Por ejemplo, los hallados en 1998 en el poblado Suncun, en el sector de Fanchang, en las montañas Lailishan, cerca de la ciudad de Wuhu, provincia de Anhui, a los que se dio el nombre de «Hombre de Renzidong», datados hace unos dos millones de años. Los restos del Hombre de Yuanmou, dos dientes fosilizados de hace 1.700.000 años, fueron encontrados en 1965 cerca de la ciudad de Danawu, en la provincia de Yunnan, junto a varias herramientas que demuestran el relativamente avanzado grado de evolución de aquellos homínidos. Más reciente es el Hombre de Lantian, descubierto en esta localidad de la provincia de Shaanxi en 1963. Primero se halló una mandíbula y, poco después, un cráneo que incluía los huesos nasales, el maxilar derecho y tres dientes. Se cree que estos fósiles pertenecieron a sendas hembras que vivieron entre hace 530.000 y 1 millón de años. El primero es el fósil más antiguo encontrado en el norte de Asia de un homínido que caminara erguido y los científicos lo clasifican como una subespecie del *Homo erectus*. Su capacidad craneal se estima en 780 cm^3, similar a la de su contemporáneo el Hombre de Java. En el mismo estrato y cerca de sus restos se encontraron objetos tallados, especialmente guijarros, cuya presencia, así como la de cenizas, sugiere que ya usaba herramientas y conocía el fuego (aunque, quizás, aún no lo dominaba). El Hombre de Nanjín, del que se encontraron dos cráneos (uno de cada sexo) en una

cueva de las montañas Tang, en Nanjín, fue datado, en el caso de la mujer, entre hace 580.000 y 620.000 años; el varón es, al parecer, de hace unos 300.000 años.

Pero, sin duda, el más famoso y más estudiado de todos los fósiles es el llamado «Hombre de Beijing», catalogado como *Homo erectus pekinensis* o *Sinanthropus pekinensis*. Sus primeros restos se descubrieron en una cueva de la localidad de Zhoukoudian, al sudoeste de la actual capital china, entre 1921 y 1937, y datan de hace entre 250.000 y 500.000 años. Es especialmente popular porque en el momento de su descubrimiento fue considerado el primer «eslabón perdido» que justificaba la teoría de la evolución. En estas mismas cavernas de las zonas altas de Zhoukoudian se han encontrado artefactos de hace unos 40.000 años, contemporáneos del Cro-Magnon europeo, una de las primeras subespecies del *Homo sapiens,* que fabricaba utensilios de huesos y piedra, confeccionaba ropa con pieles de animales y sabía hacer fuego. Algunos paleontólogos chinos han asegurado que el moderno chino y, posiblemente, otros grupos étnicos son descendientes del Hombre de Beijing, un homínido que ya caminaba erguido, tenía capacidad para hablar y podía utilizar las manos como herramientas. Sin embargo, la investigación genética no sostiene tal hipótesis. Los estudios más recientes demuestran que la diversidad genética del chino moderno encaja a la perfección en el patrón general de la población mundial. Esto parece demostrar que no hubo la pretendida mezcla entre los inmigrantes humanos modernos a Oriente y el Hombre de Beijing, y confirma que los chinos provienen (como todos) de África, lo que concuerda con la ahora popular hipótesis del origen único. En todo caso, el Hombre de Beijing era ya un cazador-recolector que se alimentaba, sobre todo, de caza mayor (especialmente ciervos), a la que perseguía con antorchas y palos, y que también sabía talar árboles, labrar y utilizar herramientas sencillas de piedra (con las que tallaba otras más especializadas de hueso y madera para, por ejemplo, cortar carne y pieles). Asimismo, conservaba el fuego (aunque, seguramente, no lo encendía) con que se calentaba y cocinaba y, llegada la necesidad, practicaba el canibalismo.

No acaba ahí el catálogo de homínidos y antepasados humanos encontrados en China; se podrían citar también el Hombre de Dali, que vivió en Yunnan hace entre 230.000 y 180.000 años; el Hombre de Fujian, de hace unos 200.000 años; el Hombre de Maba, en Cantón, de hace unos 130.000 años, o el Hombre de Dingcun, en la provincia de Shanxi, de hace unos 100.000 años. Todos ellos, y especialmente el último, eran ya mucho más evolucionados física y mentalmente que los anteriores y utilizaban herramientas, aún de piedra, con mucha mayor precisión y destreza.

Ahora bien, el *Homo sapiens* como tal hizo su aparición en China hace unos 40.000 años. El llamado «Hombre de la Caverna Superior», del mismo complejo arqueológico de Zhoukoudian en que también se halló al Hombre de Beijing vivió hace 18. 000 años y ya mostraba un grado mucho más complejo de evolución respecto a otras culturas del sur del país. Seguía siendo cazador y recolector, pero también pescaba, y sabía pulir, tallar, perforar e incluso teñir sus manufacturas. Entre sus restos se han encontrado, por ejemplo, agujas de coser, herramientas teñidas, enterramientos rociados con hematina (lo que indicaría que ya practicaba algún tipo de rito religioso y de culto a los antepasados) y conchas de moluscos marinos (de lo que se deduce su actividad comercial o bien que realizaba expediciones a larga distancia).

El azaroso descubrimiento del Hombre de Beijing

Desde finales del siglo XIX, los pekineses vendían a los extranjeros todo tipo de huesos fósiles, pretendiendo que eran «dientes de dragón». El azar quiso que uno de ellos fuera a parar a manos de un científico sueco, quien lo reconoció como perteneciente a un mamífero extinto. Se buscó el origen del diente y se estableció que provenía de una cueva cercana a Beijing, investigada por primera vez en 1921. Un lugareño llevó a los arqueólogos hasta un osario que hoy se conoce como Colina del Hueso del Dragón. Poco después, el paleontólogo austriaco Otto Zdansky comenzó su propia excavación y finalmente encontró huesos que parecían molares humanos. En 1926 los llevó a la Facultad de Medicina de Beijing, donde el anatomista Davidson Black confirmó tal hipótesis. Enseguida se dio a conocer el hallazgo en la revista *Nature* y la Fundación Rockefeller patrocinó los trabajos en Zhoukodian que, en 1929, pasaron a manos chinas. Durante los siguientes siete años, se desenterraron fósiles de más de 40 individuos distintos, incluyendo seis bóvedas craneanas casi completas. Pero las excavaciones se interrumpieron en julio de 1937, cuando los japoneses ocuparon Beijing. Los fósiles fueron puestos a salvo en el Laboratorio del Cenozoico de la Facultad de Medicina pekinesa. En noviembre de 1941, fueron enviados a Estados Unidos para protegerlos ante la inminente invasión japonesa. Sin embargo, desaparecieron en el camino hacia la ciudad portuaria de Qinghuangdao, al ser apresados los marines que los custodiaban. Desde entonces, pese a las numerosas pesquisas, se ignora el paradero de los huesos. En 1972, el financiero estadounidense Christopher Janus ofreció una recompensa de 5.000 dólares a cambio de los cráneos perdidos; una mujer contactó con él y le pidió 500.000, pero no se volvió a saber más de ella y tampoco del financiero (que ingresó en prisión por desfalco en sus empresas). En julio de 2005, coincidiendo con el sexagésimo aniversario del final de la Segunda Guerra Mundial, el gobierno chino nombró una comisión encargada de buscar los fósiles, de la que aún no se tiene noticia.

Existen diversas conjeturas sobre qué ocurrió realmente con los huesos, incluyendo la teoría de que se hundieron con el buque japonés *Awa Maru*. El caso es que, debido a su desaparición, los investigadores posteriores solo han podido contar con réplicas y con los informes de los descubridores. Así, se sabe que su capacidad craneana llegaba a los 1.075 cc (un 80% respecto de la del *Homo sapiens*) y que se trataba de un cazador recolector. El descubrimiento de restos animales junto a los huesos y la evidencia del uso de fuego para combatir el frío y para cocinar los alimentos, y de herramientas de hueso y de madera fabricadas con otras de piedra, sirvió para apoyar la teoría de que el *Homo erectus* fue la primera especie con habilidades manuales. Sin embargo, esta interpretación cambió en 1985 cuando Lewis Binford afirmó que el Hombre de Beijing no era cazador, sino carroñero. En 1998, un equipo del Instituto Científico Weizmann llegó a la conclusión de que no hay evidencia cierta de que el Hombre de Beijing usara el fuego.

En excavaciones posteriores, se encontraron más restos de *Homo erectus*. En 1959 fue hallada una mandíbula completa y, en 1966, unos fragmentos de huesos occipitales y frontales que concordaban con los cráneos encontrados antes.



El más famoso y más estudiado de todos los fósiles de homínidos chinos es el llamado Hombre de Beijing, catalogado como *Homo erectus pekinensis* o *Sinanthropus pekinensis,* y que data entre 250.000 y 500.000 años. En el momento de su descubrimiento fue considerado el primer «eslabón perdido» que justificaba la teoría de la evolución.

Por entonces, el sur comenzó a acercarse al grado de evolución de los grupos humanos del norte. Hace unos 10.000 años se empezó a cultivar arroz en la cuenca del río Yangtsé y, poco después, mijo en el norte de la provincia de Henan. En el octavo milenio a. C., las culturas de la zona del valle del río Amarillo se hicieron sedentarias. Un milenio después comenzaría la domesticación de animales. Fue aquel el comienzo de lo que actualmente conocemos como «civilización china», los primeros vestigios neolíticos de la civilización han, que acabaría asimilando en mayor o menor medida a las otras culturas surgidas, como enseguida veremos, en el sur y oeste del país. A esas alturas del Neolítico ocurrieron cambios importantes para los chinos primitivos cuando grandes grupos empezaron a vivir en asentamientos, cultivando la tierra y domesticando a los animales, al mismo tiempo que elaboraban herramientas con piedras pulidas y construían en hondonadas chozas en forma de colmena y cubiertas con techos de paja. Los restos de este tipo de asentamientos se han encontrado, principalmente, en el área de los grandes bancos del río Amarillo, en las planicies del norte de China, donde, a pesar de la severidad del invierno, se dan buenas condiciones para la agricultura y que, de hecho, es una zona muy semejante a otras cunas de las civilizaciones «fluviales» arcaicas, tales como Mesopotamia o el valle del Nilo egipcio. Allí, entre los milenios VII y VI a. C., surgieron las primeras civilizaciones plenamente neolíticas, Peilikan y Cishan, ya sedentarias y basadas en la agricultura (mijo, principalmente), la ganadería (perros, cerdos y pollos), la recolección (por ejemplo de nueces y frutas del bosque) y la caza (ciervos y animales más pequeños), que ya producían cerámica (no decorada) y vivían en aldeas con almacenes subterráneos y cementerios

de tumbas sencillas en las que, junto al cadáver, se enterraban herramientas y cerámica.

Ambas son precursoras de la cultura de Yangshao (7000-5000 a. C.), cuyo primer yacimiento se descubrió cerca del pueblo homónimo de la provincia de Henan, que fue la primera en abarcar una gran área que se extendía a lo largo del tramo central del río Amarillo, por las actuales provincias de Henan, Gansu, Shanxi y Shaanxi, caracterizada por su cerámica hecha a mano (sin horno) y pintada (generalmente en rojo o en policromía) con dibujos de animales e inscripciones (en negro) que podrían ser el primer antecedente conocido de los caracteres chinos de escritura. De vida sedentaria, su economía se basaba tanto en la agricultura como en la caza y la pesca. El yacimiento de Banpo (provincia de Shaanxi) ha permitido reconstruir un poblado en el que destacaba la organización comunal. De estructura circular, alrededor de un edificio situado en el centro, en el que se celebraban las actividades comunales, se agrupaban las viviendas, almacenes y establos; todo ello rodeado de un foso defensivo, a cuyo lado norte se encontraba el cementerio y, al este, los hornos cerámicos. En este yacimiento, además de mucha cerámica, se han hallado agujas de hueso y otros materiales que indican el conocimiento del hilado y el tejido del cáñamo. Las gentes de Yangshao cultivaban grandes cantidades de mijo, además de algo de trigo y arroz, y, al parecer, también practicaban una primitiva forma de crianza de gusanos de seda. Domesticaban sobre todo cerdos y perros, además de ovejas, cabras y vacas, pero la mayoría del consumo cárnico provenía de la caza y la pesca. Sus herramientas de piedra eran pulidas y muy especializadas. Existían al menos dos clases sociales (dirigentes y súbditos), y existen pruebas de una incipiente organización gremial.

Una cultura semejante es la de Majiayao, desarrollada en las actuales provincias de Gansu y Qinghai. Mientras tanto, en el sur florecería la cultura de Dawenkou (4000-3000 a. C.), caracterizada por su cerámica de pasta gris y roja, alternando con el negro y el blanco, frágil y decorada no solo con pintura, sino también con incisiones o perforaciones, utilizando en su fabricación el torno y una mayor riqueza de formas. Son característicos también los ornamentos de piedra, jade y hueso; las ciudades amuralladas, y los ricos sepelios en tumbas con repisas repletas de objetos, cámaras de ataúdes y enterramiento conjunto de dientes de animales, cabezas y mandíbulas de cerdo.

Contemporánea es también la cultura de Longshan, localizada en la provincia norteña de Shandong entre los años 4000 y 3000 a. C. y que ya marca el comienzo de la unidad territorial y política de la gran llanura del norte de China. Longshan también señaló la transición hacia el establecimiento de auténticas ciudades, indicado por los vestigios de muros de tierra prensada. Basada, igual que las anteriores, en la agricultura (con un claro predominio del mijo y el arroz) y la ganadería (cerdos, ovejas, cabras y vacas), contaba ya con instrumentos de piedra de puntas pulimentadas, así como cuchillos. Su cerámica, ya torneada, es gris y negra con una decoración de cuerda y ausencia total de motivos figurativos. Sus formas más habituales, de una mayor robustez, eran la de recipientes para almacenar alimentos con asas y tapas, o trípodes para su cocción. Además, sus bellos objetos de jade la vinculan con otras culturas que trabajaban la misma piedra en la costa este, como la de Liangzhu. La gran calidad de los objetos de artesanía Longshan sugiere un cierto nivel de especialización que, a su vez, hace suponer una evolución de la estratificación social. El número de muertes violentas entre la población también hace pensar en periódicos conflictos sociales. Su cultura material muestra diferencias mínimas con respecto a la fase anterior, tales como el uso de cuchillos de piedra semilunares para cosechar, la aparición de sellos de alfarero sobre las vasijas y la práctica de la adivinación mediante quemado de huesos de animales, preferentemente omóplatos. La cultura se extendió rápidamente

por el sur hasta Cantón y Taiwán.



La domesticación y cría de gusanos de seda, así como la confección de tejidos con sus hilos, fue un arte específica y característicamente chino, mantenido en secreto durante siglos. En este grabado del pintor de la dinastía Song (siglo XI), Hui Tsung, vemos a varias mujeres elaborando un tejido de seda.

En esa misma época, surgirían otras culturas en el delta del Yangtsé, como la Hemudu (5000-3000 a. C.), localizada en la provincia de Zhejiang, y, posteriormente, la de Liangzhu (3300-2200 a. C.), considerada su heredera; la de Hongshan (4000-2500 a. C.), en la actual Mongolia interior, en la que ya se fabricaban amuletos de jade y que presenta un gran desarrollo de los ritos funerarios; la de Dadiwan, en Gansu, etcétera. La cultura de Hemudu se caracterizó por una cerámica de pasta negra en cuya composición se ha encontrado mezcla de materiales orgánicos. En el lugar de los cereales de las culturas del norte, allí se cultivaba mayoritariamente arroz, iniciando, hace unos 7.000 años, la base de la agricultura y alimentación características chinas. Por su parte, la cultura Hongshan se fundaba en un sistema social estratificado, dirigido por tres niveles superiores, cuyos miembros eran objeto de culto en complejos sepelios.

Si en cuanto a organización social todas tenían unas características comunes, se nota una gran variedad en su producción artística, considerando como tal los restos materiales llegados hasta nuestros días, principalmente la cerámica y el jade. El dominio de estos dos materiales demuestra la pujanza y el grado de civilización de estas culturas. En principio, toda la producción de cerámica y jade estuvo íntimamente ligada a los rituales, aunque luego, tal vez en el siglo III a. C., pasó a elaborarse por simple placer estético. En este sustrato cultural surgirían las figuras semilegendarias del Emperador Amarillo y del resto de los Tres Augustos y Cinco

Emperadores, el sucesor del último de los cuales, Yu, fundaría la dinastía Xia, entrando así China, como veremos en el próximo capítulo, en su época semihistórica.

Las primeras dinastías

EL COMIENZO DEL CICLO DINÁSTICO

Como ya se ha comentado, la historia de China, como cronología de una de las civilizaciones más antiguas del mundo con una cierta continuidad hasta la actualidad, tiene sus orígenes en la cuenca del río Amarillo, donde surgieron las primeras culturas y dinastías. La existencia de documentos escritos desde muy antiguo ha permitido el desarrollo de una tradición historiográfica muy precisa, que ofrece una narración continua desde la más lejana antigüedad hasta la Edad Contemporánea. Pero la propia extensión territorial hace que, inevitablemente, su historia abarque, en sentido amplio, a un gran número de pueblos, culturas y civilizaciones, de mayor o menor afinidad. No obstante, el hilo conductor de la narración tradicional de la historia china se centra, en sentido estricto, en el grupo étnico han y está íntimamente asociado a la evolución de la lengua china y de su complejo sistema de escritura basado en caracteres. Esta continuidad cultural y lingüística permite establecer una línea expositiva de la historia de la civilización china, que, desde los textos más antiguos del primer milenio a. C. (por ejemplo, los clásicos confucianos), pasando por las grandes historias dinásticas promovidas por los emperadores posteriores, ha continuado hasta el presente. Los descubrimientos arqueológicos del siglo XX, y muy especialmente los huesos oraculares grabados con signos de uso predictivo que recogen las primeras manifestaciones escritas en lengua china, han contribuido a un conocimiento mucho más detallado y preciso de los orígenes de la civilización china.

La narración tradicional se basa en el llamado «ciclo dinástico», mediante el cual los acontecimientos históricos se explican como resultado de los ciclos evolutivos de las sucesivas dinastías de reyes y emperadores que pasaron por etapas alternas de auge y declive. En ese contexto, la interpretación tradicionalista de la historia de China ve el sucesivo auge y caída de las dinastías como un cumplimiento del principio legitimador del llamado «Mandato Celestial», según el cual cada nueva dinastía es fundada por personas virtuosas. Con el tiempo, la dinastía deviene moralmente corrupta y disoluta, lo que se refleja en desastres naturales, rebeliones e invasiones extranjeras. A la larga, la dinastía se debilita tanto que se impone su reemplazo por una nueva.

Este modelo clásico del ciclo dinástico ha sido criticado posteriormente por muchos autores por dos razones fundamentales. En primer lugar, por su simplismo, ya que adopta un maniqueo patrón recurrente en que los primeros emperadores de cada dinastía son heroicos y virtuosos, mientras que los últimos son débiles y corruptos. Sin duda, esta visión era acorde a la interpretación interesada de cada nueva dinastía, que encontraba en la degradación de la precedente una legitimación de su propio ascenso al poder. En segundo lugar, el modelo dinástico ha sido también criticado por presentar una visión nacionalista artificial, pues lo que en una interpretación alternativa podría verse como una sucesión de diferentes estados y civilizaciones en un mismo territorio, aparece como una mera alternancia de regímenes de gobierno en el marco imperturbable de una entidad nacional única. Pero, a pesar de estas críticas, el modelo del ciclo dinástico permite ver los acontecimientos históricos que han llevado a la formación de la China actual como una estructura lineal de fácil comprensión, lo cual ha mantenido su vigencia y utilidad entre los historiadores, y a nosotros nos va a servir

aquí para ir desarrollando el relato histórico de un modo más coherente y comprensible.

El Mandato Celestial

El denominado «Mandato Celestial» es un concepto de la filosofía china tradicional referente a la legitimidad de los gobernantes. Según él, el Cielo bendice al gobernante justo, pero desprecia al déspota e injusto, hasta el punto de poner fin a su régimen y transferir su poder a otro individuo con mayores y mejores dotes de gobernante. El concepto se utilizó mucho en China para explicar los vaivenes políticos de cada época y ayudó a mantener a los gobernantes bajo control, aunque fuera de una autoridad extraterrena. Esta idea se hizo muy popular en China debido también a que, tras la invocación del Mandato Celestial en épocas de crisis, cualquier líder poderoso podía deponer a los gobernantes que no fueran apropiados para sus intereses alegando que las graves dificultades de la nación provenían de que el monarca había «perdido el Mandato Celestial».

El sistema era hereditario entre padre e hijo, pero nunca entre madre e hija, con lo cual era necesaria la descendencia patrilineal para transferir el Mandato (y también para tener derecho a recibirlo). Este tampoco requería que el candidato al trono fuera de familia aristocrática, por lo cual no se excluía la posibilidad de que cualquier hombre virtuoso pudiese recibirlo; esto explica que, amparándose en ello, muchas dinastías (como la Han y la Ming) comenzaran con mandatarios de origen plebeyo. El hecho de haber recibido el Mandato no tenía limitaciones temporales y, por tanto, su conservación solo dependía del desempeño del gobernante. Para demostrar su pérdida se aducían, en muchas ocasiones, no solo las carencias y los fallos del gobernante en cuestión, sino también las catástrofes naturales de cualquier tipo que coincidiesen con su reinado.

Los primeros registros escritos del concepto se encuentran en documentos del duque de Zhou (siglo XI a. C.), hermano menor del rey Wu y regente del hijo de este, Cheng. La noción fue posteriormente sistematizada y defendida con convicción por el influyente filósofo confucionista Mencio (370-289 a. C.).

Al final del tercer milenio a. C., según la tradición, unas gravísimas inundaciones causadas por el enésimo desbordamiento del río Amarillo sumieron a todo el país en la pobreza durante casi cien años. El funcionario Gun fue asignado por el rey Yao para controlar las inundaciones pero no tuvo éxito en sus intentos y fue ejecutado por el siguiente gobernante, Shun. Inmediatamente designado como sucesor en tal tarea, su hijo, Si Wen Ming, a los tres días de su boda, inició un periplo por todo el reino, el cual anduvo muchos años recorriendo, dragando ríos y canales y enseñando a los hombres a domesticar la aparentemente indomable fuerza de las corrientes de agua. El primer esfuerzo de Si Wen Ming, que pronto pasaría a ser conocido como Yu «el Grande», fue construir nuevos canales, tarea en la que dirigió con habilidad y destreza a 20.000 trabajadores. Yu es recordado como ejemplo de perseverancia y determinación y es reverenciado como el paradigma del perfecto servidor civil. Se cuenta, por ejemplo, que durante esos trece años pasó tres veces por delante de su casa pero en ninguna de ellas se detuvo, pensando que el ver a su familia podría apartarle de su cometido. Después de trece largos años, Yu terminó con éxito su tarea y regresó. El rey Shun quedó tan admirado por los éxitos del funcionario que le nombró sucesor al trono en lugar de nombrar a su propio hijo.

CRONOLOGÍA DE LAS DINASTÍAS CHINAS

Dinastía	Periodo	Duración
Tres augustos y cinco emperadores	**?-2070 a. C.**	**+628**
Xia	**2070-1600 a. C.**	**470**
Shang	**1600-1046 a. C.**	**554**
Zhou	**1046-221 a. C.**	**789**
Zhou Occidental	1046-771 a. C.	275
Zhou Oriental:	771-221 a. C.	514
Periodo de las Primaveras y los Otoños	722-476 a. C.	246
Periodo de los Reinos Combatientes	475-221 a. C.	254
Qin	**221-206 a. C.**	**15**
Han	**206 a. C.-220**	**424**
Han Occidental	206 a. C.-9	215
Xin	9-23	14
Han Oriental:	25-220	195
Tres reinos	**220-265**	**45**
Jin	**265-420**	**155**
Jin Occidental	265-317	52
Jin Oriental:	317-420	103
Dinastías del Norte y del Sur	**420-589**	**169**
Sui	**581-618**	**37**
Tang	**618-807**	**289**
Cinco dinastías y diez reinos	**907-960**	**53**
Liao	**916-1125**	**209**
Song	**960-1279**	**319**
Song del Norte	960-1127	167
Song del Sur	1127-1279	152
Jin	**1115-1234**	**119**
Yuan	**1271-1368**	**97**
Ming	**1368-1644**	**276**
Shun	**1644**	**< 1**
Qing	**1644-1912**	**268**

Los dominios de Yu el Grande abarcaban todo el curso medio del río Amarillo,

aproximadamente la actual provincia de Henan y parte del oeste de Shandong y del sur de Hebei. De acuerdo con los textos históricos, Yu murió, tras cuarenta y cinco años de reinado, en el monte Kuaiji, en Zhejiang, mientras participaba en una cacería en la frontera sur de su imperio y fue enterrado allí, donde se erigió un mausoleo. Acabó con él, según los *Registros históricos* de Sima Qian, el periodo legendario de los Tres Augustos y los Cinco Emperadores, lo que hoy se reinterpreta como el fin del periodo predinástico, la fase inicial de la historia china, regulada en lo político por la alternancia acordada en el poder de las diversas tribus que convivían en la zona.

LA DINASTÍA XIA

Según la alianza intertribal vigente, a la muerte del emperador Yu el Grande, de la tribu xia, establecida en la zona sur de la actual provincia de Shanxi, debía sucederle en el poder un representante de la tribu yi, pueblo de diestros arqueros que ocupaba la actual provincia de Shandong. Sin embargo, llegado el momento, lo que sucedió fue que el hijo de Yu, Qi, con apoyo de algunos altos funcionarios de la corte, se autoproclamó emperador. Las demás tribus le declararon la guerra, pero Qi les logró vencer e instauró la dinastía Xia (2070?-1600? a. C.), primera monarquía hereditaria de la historia china, durante la cual las fronteras territoriales de lo que luego se conocería como China se fueron definiendo poco a poco, mientras el reino era dividido en nueve distritos administrativos.

Tras domeñar el río Amarillo e iniciar su prosperidad, la sociedad primitiva fue sustituida por un régimen que ya admitía la propiedad privada. La sociedad xia se basó en la explotación del pueblo por parte de una aristocracia que organizaba y gobernaba todo a su conveniencia y antojo, dentro del esquema general de una sociedad esclavista, en cuya cúspide se situaba el rey. El poder de éste enseguida se consolidaría y perpetuaría sobre una base religiosa, amplificada por un sistema de rituales crecientemente complejo que reafirmaba y exteriorizaba el poder del soberano, que pasó a actuar también como chamán iniciado capaz de comunicarse con los espíritus. En otro plano, se apoyaba también en una legislación y en un sistema penal y penitenciario que amplificaba su poder coercitivo. Todo el sistema se sustentaba por medio de tributos (generalmente en especie) y se asentaba en la deificación de los antepasados del rey y en su dominio de arcanos por entonces muy valiosos, como el establecimiento anual del calendario, de importancia crucial en las labores agrícolas.

Pese al dominio xia, durante una larga etapa, el *statu quo* fue inestable, pues no todos los demás pueblos admitirían tal control, por lo que las guerras serían constantes. La militarización generalizada transformaría definitivamente las sociedades antiguas. De este modo, la historia de aquella primera dinastía se transformaría pronto en el registro y relato de sus inacabables guerras con las demás tribus coexistentes, guerras que cumplían también su función de abastecimiento de prisioneros convertidos a la fuerza en esclavos con que mantener en actividad y progreso la maquinaria estatal.

Según la historiografía clásica, durante los más de cuatrocientos años de dominio xia sobre una parte del centro de China, tras Yu y Qi, se sucedieron otros quince soberanos más. El tercero fue Tai Kang, hijo de Qi, que destacó como amante de la caza, ocio al cual se dedicaba con más entusiasmo que a las funciones de Estado, por lo que la tradición oral lo recuerda como un gobernante «ausente». Tai Kang estableció su capital en Zhenxun, desde donde gobernó

aproximadamente diecinueve años hasta que perdió el trono. Moriría diez o cuatro años más tarde, según las distintas fuentes, ahogado en un lago. Le sucedió su hermano menor, Zhong Kang, y a este, su hijo, Xiang, cuyo reinado coincidió con una de las etapas más intensas y conflictivas de la dinastía. Xiang, que trasladó la capital a Shangqiu, se caracterizó por su belicosidad expansionista. Tras un interregno dominado por el tiránico Han Zhuo, que asesinó al rey y a buena parte de su familia, el príncipe Shao Kang (que había sobrevivido milagrosamente al complot) se alzó en armas, restituyó la dinastía y devolvió la tranquilidad al reino, tras ubicar su nueva capital en Lun y después en Yuan, y gobernar durante veintiún años. Hubo después otros once reyes xia, entre los que destacó, por su sabiduría y benevolencia, Bu Jiang, que reinó durante cincuenta y nueve años.



Yu el Grande (h. siglo XXI a. C.), fundador de la dinastía Xia, fue elegido rey tras lograr domesticar las aguas del río Amarillo.

Con anterioridad a las excavaciones hechas en 1928 en yacimientos de la Edad del Bronce en Anyang, provincia de Henan, no había indicios arqueológicos de los Xia, por lo que se dudaba de su existencia histórica. Pero, desde entonces, numerosos hallazgos arqueológicos han ido confirmado la existencia de una cultura del bronce que puede identificarse con la legendaria dinastía Xia. Finalmente, en 1959, se excavó un yacimiento en el enclave de Erlitou, cerca de la ciudad de Yanshi, provincia de Henan, en el que se encontraron, entre otros muchos vestigios, las ruinas de dos grandes palacios de unos 10.000 m^2 pertenecientes a lo que se piensa pudo ser la capital de la dinastía Xia. Según la datación con carbono-14, los palacios se erigieron entre los años 2100 y 1800 a. C. El yacimiento arqueológico de Erlitou es hoy la mayor área con vestigios asociados a una sola cultura antigua. Aunque muchos expertos occidentales no están convencidos por completo de la conexión entre ella y la dinastía Xia, la gran mayoría de los

arqueólogos chinos la dan por segura.

El florecimiento de la cultura de Erlitou coincidió con la aparición de un nuevo material, el bronce, de mayor resistencia y posibilidades técnicas frente a la cerámica y el jade, lo que supondría una total transformación sociopolítica. Su uso iba a estar íntimamente relacionado con el ritual y la guerra y su dominio, con el poder. Los restos indican que Erlitou-Xia poseía el monopolio de producción de vasijas rituales de bronce. No obstante, la mayor parte de las herramientas de producción desenterradas allí son de piedra, hueso y cuerno; no se han descubierto grandes piezas de bronce, pero sí abundantes cuchillos, punzones, puntas de flecha, vasijas de vino y otras herramientas, armas y recipientes fabricados con esta aleación. Asimismo, se han hallado talleres de fundición, moldes de cerámica y escorias de bronce, además de objetos de jade, adornos incrustados con turquesas e instrumentos musicales. Todo ello da un inequívoco reflejo del elevado nivel técnico alcanzado y demuestra que en Erlitou ya existía división del trabajo. Se sabe también que se practicaba la alfarería de decoración lineal y que se sabía trabajar el bronce fundiéndolo y utilizando moldes. La cultura era agropecuaria y se trataba de una sociedad con clases definidas. Poseían la costumbre funeraria de inhumar los cadáveres con las piernas encogidas dentro de vasijas de arcilla, y se cree que temían al espíritu de los muertos. Esto justificaría el que no hicieran enterramientos con objetos personales, como sí sucedería en las dinastías posteriores.

En este periodo comenzaron a conformarse los elementos sociopolíticos, filosóficos y científicos de la cultura ancestral china: la noción de «Estado», la estratificación social, el nacimiento de las grandes corrientes filosófico-religiosas nativas de China, los sistemas de canalización y drenaje, los aperos agrícolas y la medicina y la escritura. La tradición relata que durante esta dinastía se elaboró el primer calendario chino y se compiló el acervo de los conocimientos más antiguos que han llegado hasta nuestros días. Entre otros saberes arcaicos, los de computar los doce meses del año según la posición relativa de la Osa Mayor, así como explicaciones sobre astrología, meteoros y otros fenómenos naturales, y la determinación de las labores agrícolas y actividades políticas más convenientes para cada mes.

Con independencia de la verosimilitud de las historias legendarias sobre los reyes xia narradas en crónicas posteriores, y aceptando su identificación con la llamada «cultura de Erlitou», se puede considerar como un periodo evolutivo de transición entre las culturas neolíticas, como la de Longshan, y la sociedad urbana de la dinastía Shang.

Ahora bien, la hegemonía xia no supuso la unificación de China. En el resto de territorios que muchos siglos después conformarían el territorio chino existían otras culturas coetáneas que compartían poco su evolución. Era el caso, por ejemplo, de las costas de Fujian, en las que entre los años 2000 y 1500 a. C. vivió un pueblo con gran vocación marinera, capaz ya de realizar grandes viajes a tierras distantes y que, en lo cercano, mantenía muchos contactos con el resto de la costa china. En el otro extremo del mapa, algunos pueblos foráneos llegaron a los confines de lo que luego sería China. Entre ellos destacaron los tocarios, pueblo indoeuropeo que ocupó por aquellos tiempos los oasis del Tarim y alcanzó la provincia china de Gansu, dominando durante muchos siglos el área que luego se llamaría Ruta de la Seda, hasta fundirse con las nuevas poblaciones llegadas a la zona en el siglo X.

Los tocarios

Los tocarios, quanrong, yue-che o yuezhí fueron los hablantes de un idioma indoeuropeo que habitaron más al este en la Antigüedad, poblando la cuenca del Tarim en lo que hoy es la Región Autónoma Uigur de Xinjiang, al oeste de China. El descubrimiento de cuerpos humanos momificados naturalmente por la sequedad de la región puso de manifiesto que entre el 4000 y el 1800 a. C. existía en tan extenso territorio una población de aspecto caucásico, muchos de cuyos individuos eran de cabellos rubios o pelirrojos y ojos claros. Para algunos, su origen era el Mediterráneo oriental; mientras que para otros, eran las estepas y las montañas ubicadas inmediatamente al norte y al oeste de Asia central. Lo más probable es que se tratase de poblaciones con orígenes paleoeuropeos, pero su cultura fraguaría tras una larga evolución ya en tiempos históricos en los oasis de la cuenca del Tarim.

Se debió esperar a que se produjeran las expediciones arqueológicas de inicios del siglo XX para saber a ciencia cierta que el tocario era un idioma indoeuropeo. Las fuentes chinas antiguas mencionan la existencia de los quanrong (quan ’perro’, rong ’bárbaro del oeste’) en el «país de las Arenas Móviles» (el desierto de Takla Makan), un pueblo de pastores y guerreros que combatían a caballo usando con habilidad el arco y la flecha. El rey Mu de la dinastía Zhou, que reinó de 1001 a 967 a. C., les atacó en su propio territorio y apresó a cinco de sus reyes, lo que demuestra que, al menos en esa época, los tocarios no formaban un estado único (sin duda, la gran distancia entre los oasis lo impedía). Fuentes chinas de la dinastía Han señalan que, hacia el siglo II a. C., los tocarios de la cuenca del Tarim y de Turpan (por entonces conocidos como yuezhi) fueron atacados y vencidos por los nómadas xiongnu procedentes de la actual Mongolia, que los dispersaron. Enseguida los chinos han respondieron a los ataques de los xiongnu con fuertes contraataques en la cuenca del Tarim, de modo que los tocarios se encontraron en medio de una penosa situación entre ambos poderosos rivales que duró centurias. Los relatos de los esfuerzos diplomáticos desplegados por los chinos para obtener la sumisión de los reinos y pueblos de la cuenca del Tarim, cuya situación de guerra era continua, llenan las crónicas de la dinastía Han.

Se cuenta que, entregado a una vida de lujos y placeres, Jie, el último rey de la dinastía Xia, actuaba como un tirano sin escrúpulos y no dudaba en eliminar a todo aquel que intentara hacerle cambiar sus costumbres. Enamorado de una concubina de gran belleza, a ella dedicaba todos sus esfuerzos, descuidando casi por completo las labores de gobierno y llenando sus días con todo tipo de placeres y ceremonias ostentosas. A este desgobierno se vinieron a sumar una serie de catástrofes naturales (que algunos científicos correlacionan hoy con la erupción del volcán mediterráneo de Santorini, que convulsionó todo el planeta allá por el 1600 a. C.). Alrededor de esa misma fecha, tras algunas sublevaciones de sus súbditos, los shang, pueblo procedente del este, lograron vencer al ejército dinástico, y derrocar y desterrar a Jie. Su líder, Tang, fundó un nuevo linaje: la dinastía Shang.

LA DINASTÍA SHANG

Tang, el primer rey de la dinastía Shang, es considerado (como casi todos los fundadores dinásticos) un soberano capaz, virtuoso y magnánimo que puso en marcha un proceso durante el cual lo que después se llamaría China comenzó a convertirse en un Estado nacional y entró de lleno en su proceso de civilización, entre otras razones, al institucionalizar la propiedad

privada.

La dinastía Shang (1600?-1046? a. C.) gobernó en el territorio que ocupan las actuales provincias de Henan, Hubei, Shandong y la parte septentrional de Anhui, en el centro y norte de la moderna China, y marcó el comienzo de la alta cultura china. Se trataba de una sociedad agraria altamente desarrollada y estructurada al modo feudal y dividida en dos clases sociales: nobleza, al mando, y plebeyos, subordinados. Al frente estaba el rey *(wang)*, apoyado en un aparato administrativo compuesto por guerreros, chamanes *(wu)* y sacerdotes-escribas *(shih)*; por debajo, una fuerza de trabajo formada por campesinos libres y por esclavos. Los reyes otorgaban territorios a sus parientes, ministros y jefes de tribus, quienes tenían la obligación de defender las fronteras del reino, formar parte del ejército, pagar un impuesto en cereales y participar como fuerza de trabajo en la labranza de las tierras. El rey se situaba al frente de la sociedad (sostenido por su poder militar) y a él correspondía dirigir los sacrificios, las ceremonias rituales más importantes y las campañas bélicas. La sucesión de padre a hijo no era predominante, sino más bien la de hermano mayor a menor, y de este a los hijos del primogénito. La clase superior, una especie de nobleza, ocupaba todos los cargos públicos y gobernaba sus dominios propios de una forma similar a la del rey con su imperio. El gobierno de la ciudad estaba bien atendido y se conocen los títulos de numerosos funcionarios, cuyos deberes se relacionaban, por ejemplo, con el cobro y la contabilidad de los tributos, la construcción de edificios públicos y de defensas y el cuidado de los trabajos de riego. Entre la clase aristocrática y los plebeyos se situaba el estrato sacerdotal culto, los *shih*, que se ocupaban de los documentos de gobierno y de las importantes tareas de adivinación. La sociedad shang poseía un marcado carácter guerrero. Tenía una fuerza armada muy desarrollada, caracterizada por sus bien organizados ejércitos y por el novedoso uso de carros de combate tirados por dos caballos y manejados por tres hombres (conductor, espadachín y arquero), con armas de bronce. El principal botín de guerra eran los esclavos, destinados a tareas domésticas o agrarias, o bien a sacrificios rituales.



La economía se basaba fundamentalmente en la agricultura, destacando los cultivos de mijo, avena, trigo y cebada. El arroz solo se cultivaba como complemento. También se criaban gusanos de seda y cerdos, caballos, perros, ovejas, gallinas, patos y bueyes. El campesino no estaba ligado a la tierra, a excepción de los esclavos, teniendo una cierta movilidad, que se acentuaría en épocas posteriores. Algunos investigadores creen que viajeros de Mesopotamia y el sudeste asiático llevaron los métodos agrícolas a China. En todo caso, los cultivos se adecuaban a las condiciones geográficas de la zona, y los aperos de labranza seguían siendo primitivos, de piedra y madera, y aún no se conocía el arado. La caza desempeñaba un papel

fundamental, al menos para la nobleza. Se cazaban elefantes, tigres, rinocerontes, jabalíes, ciervos, zorros, liebres y aves variadas, usando algunas de sus pieles y cueros como ropa de abrigo. También se hacían vestidos con tejidos de cáñamo y seda, incluso estampada, lo que denota una técnica textil muy desarrollada. Los esclavos, además de constituir el grueso de las fuerzas de choque del ejército, formaban la mano de obra necesaria para las obras de ingeniería, relacionadas principalmente con la contención de la desastrosa crecida de los ríos. La especialización del trabajo de los artesanos era un hecho, tal y como lo atestiguan los restos arqueológicos. Los talleres se encontraban en las afueras de la ciudad: por regla general, al norte y al sur, los broncistas; al oeste, los alfareros; al noroeste, los artesanos de hueso y jade… Además, con los Shang se inició el comercio, cubriendo un área muy extensa, en la que los pagos se efectuaban en conchas, caparazones de tortuga e, incluso, monedas de bronce, si bien estas aún en escaso número.

El arte shang destacó por sus delicadas tallas en jade (piedra asociada a la inmortalidad, por lo que, para que el alma no se le escapara de los cuerpos a los muertos, tapaban sus orificios con pequeñas piedras de este mineral), sus tejidos de seda (a esta dinastía se atribuye también el inicio de la producción industrial de seda) y sus trabajos de fundición en bronce con una técnica desarrollada que producía piezas de gran calidad, decoradas con motivos zoomorfos (frecuentemente animales fantásticos, además de insectos o pájaros de formas estilizadas) y geométricos. Se fabricaban todo tipo de recipientes de formas diversas y originales, que sirvieron como modelos a imitar para los artesanos de épocas posteriores. También se inició la producción de porcelanas primitivas de color hueso, hechas de caolín, cocidas a altas temperaturas, esmaltadas de color verde o verde-amarillento y de estructura compacta.



Entre los miles de objetos de bronce de la dinastía Shang recuperados, el más sobresaliente es este *ding* o trípode rectangular conocido como *Simuwu*, un caldero de dos asas y cuatro patas que pesa 875 kg y mide 110 cm de largo, 78 de ancho y 133 de alto. Fue hallado en la aldea Wuguan de Anyang, en la provincia de Henan.

La línea hereditaria de gobernantes shang controló la mayor parte del norte de China, luchando frecuentemente con asentamientos vecinos y pastores nómadas de las estepas del Asia interior. Las principales ciudades eran bulliciosos centros de vida cortesana. Los rituales de la

corte para propiciar a los espíritus y honrar a los ancestros, presididos siempre por el rey, estaban muy desarrollados. El pueblo veneraba a sus antepasados (de los que se respetaba su legado, sus tradiciones y su forma de pensar) y a un amplio panteón de dioses. En las tumbas de los nobles se han hallado objetos que estos habían utilizado en vida (carros, armas), así como caballos, alimentos y servidumbre, esclavos y mujeres, enterrados vivos o bien tras ser decapitados. Por tanto, es obvio que creían en la vida después de la muerte. Para ellos, los espíritus se convertían en dioses y exigían ofrendas regulares a cambio de prosperidad. Por encima de todos los dioses menores se situaba el Shang Ti («Señor en lo Alto» o dios antepasado supremo), que administraba la prosperidad o desgracia de la casa real y del imperio. También creían en un gran número de deidades panteístas referidas a fenómenos atmosféricos y accidentes naturales. Existen claras pruebas del desarrollo de un taoísmo primitivo. Veneraban al Tian (el Cielo, lo absoluto) y buscaban la relación armónica entre él y el mundo natural, para lo cual era esencial conseguir primero la armonía con la naturaleza. Los chamanes expulsaban los demonios de las enfermedades, exorcizaban espíritus y contactaban con el Tian por medio de elementos mágicos. Los rituales tenían carácter mágico (las viviendas se construían tras enterrar animales y seres humanos en sus cimientos) y orgiásticos (festines de bebida y comida, y ritos de fertilidad o sexuales). Además, existían los sacerdotes-escribanos, que ayudaban en las ofrendas y se encargaban de los oráculos. Solo ellos dominaban la escritura, en principio utilizada exclusivamente para fines religiosos. Además, realizaban predicciones, especialmente mediante huesos oraculares. La dinastía Shang conoció ya el calendario solar y lunar, dividiendo los años en meses lunares y en base a la posición del Sol. Así resultó un cómputo anual de doce meses, de treinta o veintinueve días cada uno, más un mes intercalado al final del año.

Al parecer, la dinastía Shang trasladó su capital seis veces. Se han descubierto, al menos, las ruinas de dos de ellas; en los primeros tiempos, la capital, Ao, fundada por el rey Zhongding (1562-1550 a. C.), estuvo situada en Erligang, la actual ciudad de Zhengzhou, en la provincia de Henan, por entonces ya una gran urbe. A juzgar por los restos, su muralla de barro, duro como el cemento, medía casi 9 m de altura y 22 de anchura y cubría una circunferencia de 7 km. El espacio urbano interior se organizaba a partir del templo y los palacios, del cual salían las principales avenidas.

El último y más importante traslado, a la ciudad primero llamada Huanbei y luego Yin (actual Anyang, también en Henan), dio paso a la época dorada de la dinastía, que a veces recibe el nombre propio de dinastía Yin o Shang-Yin. Probablemente, la ciudad de Yin fue fundada hacia el año 1350 a. C. por el rey Pan Gen, y su descubrimiento aportó la más valiosa documentación arqueológica sobre este periodo. En sus numerosas necrópolis se ha constatado que los cuerpos se enterraban de cara al sur, siguiendo los principios geománticos del ancestral *feng shui*, y acompañados de una gran cantidad de objetos: bronces, lacados, jades, así como animales domésticos (caballos, cerdos, perros…) y numerosas inscripciones. Los trabajos arqueológicos sacaron a la luz once tumbas reales, los cimientos del palacio y los sitios de culto, todos ellos con un rico contenido en armas de guerra y en varios miles de objetos de bronce, jade, piedra, hueso y cerámica. El yacimiento abarca una superficie protegida de 414 hectáreas y una zona de respeto de 720, y comprende el palacio y el área de los templos reales (un rectángulo de 1.000 por 650 m), en los que se han encontrado más de ochenta cimientos de edificios y la tumba de Fu Hao, la única hallada intacta, hasta ahora, de un miembro de la familia de uno de los monarcas de la dinastía Shang. La abundancia y la magnífica factura de los

objetos funerarios encontrados atestiguan el grado de progreso alcanzado por la industria artesanal shang. Esos objetos constituyen hoy uno más de los tesoros arqueológicos nacionales de China.

En Yin y otros yacimientos shang se encontraron más de 200.000 huesos oraculares (caparazones de tortuga y omóplatos de animales utilizados en las ceremonias de adivinación), que constituyeron el elemento principal para el conocimiento arqueológico de aquella época.

Desde Angyang, los Shang mantuvieron su poder aún otros 263 años e impulsaron el verdadero florecimiento de su cultura y el mayor desarrollo de su economía y su política, hasta que, finalmente entraron en decadencia.

El reino shang en sí no constaba de un territorio consolidado, sino más bien de una red de ciudades que respetaba la autoridad del rey y compartía cultura, pero que vivía junto a otros pueblos que no formaban parte del mundo shang. Precisamente uno de estos pueblos, procedente de una ciudad de nombre Zhou, derrotaría militarmente a los Shang. El relato de la caída de la dinastía Shang que aparece en las historias tradicionales chinas sigue el modelo del ciclo dinástico. El último monarca shang, Zhou Xin (1154-1122 a. C.), un tirano cruel y libertino, fue derrocado por el jefe de otro clan competidor que, apelando al mandato divino, se autoproclamó rey. Tras matar al último rey shang, el rey de Zhou ocupó su puesto como soberano, fundando la dinastía homónima. Con sede en las franjas noroccidentales del reino shang, la cultura zhou era una síntesis de los elementos básicos de la civilización shang y de ciertas tradiciones marciales características de los pueblos no chinos del norte y el oeste.

Los huesos oraculares

Los huesos oraculares son caparazones de tortuga y huesos de animales (en su mayoría omóplatos) con inscripciones. Se han encontrado más de doscientos mil huesos grabados, la mayor parte de los cuales están datados sobre los últimos dos siglos de la dinastía Shang, durante los reinos cuarto y subsecuentes de los reyes que gobernaron desde la ciudad de Yin. Su estudio concluyó que formaban parte de importantes rituales adivinatorios de piromancia, realizados para o por las casas reales. Los huesos tienen típicamente tres contenidos: la pregunta al oráculo, la respuesta de este y el resultado real, que permitía deducir si el oráculo había acertado. Estas inscripciones contienen importante información histórica, como la genealogía real completa de la dinastía Shang y, en general, datos muy importantes sobre las primeras etapas de la civilización china. Además, las inscripciones son la forma más antigua que se conserva de escritura china y han desempeñado un papel fundamental en las investigaciones recientes sobre su origen y desarrollo. En los más de 160.000 fragmentos de huesos descubiertos en Yin figuran unos cuatro mil caracteres diferentes. De ellos, se han estudiado unos tres mil, pero solo hay acuerdo sobre el significado de cerca de mil, que, no obstante, han resultado suficientes para conocer bastante a fondo la política, la economía y la cultura de la dinastía Shang.

Hasta que se comprendió su importancia arqueológica, estos huesos oraculares de la dinastía Shang habían sido desenterrados por los granjeros locales para ser vendidos en los mercados de medicina tradicional como «huesos de dragón», ya fuera enteros o picados, para el tratamiento de varias enfermedades, o bien para ser pulverizados y utilizados para el afilado de armas blancas. Finalmente fueron reconocidos como soporte de antigua escritura china en 1899

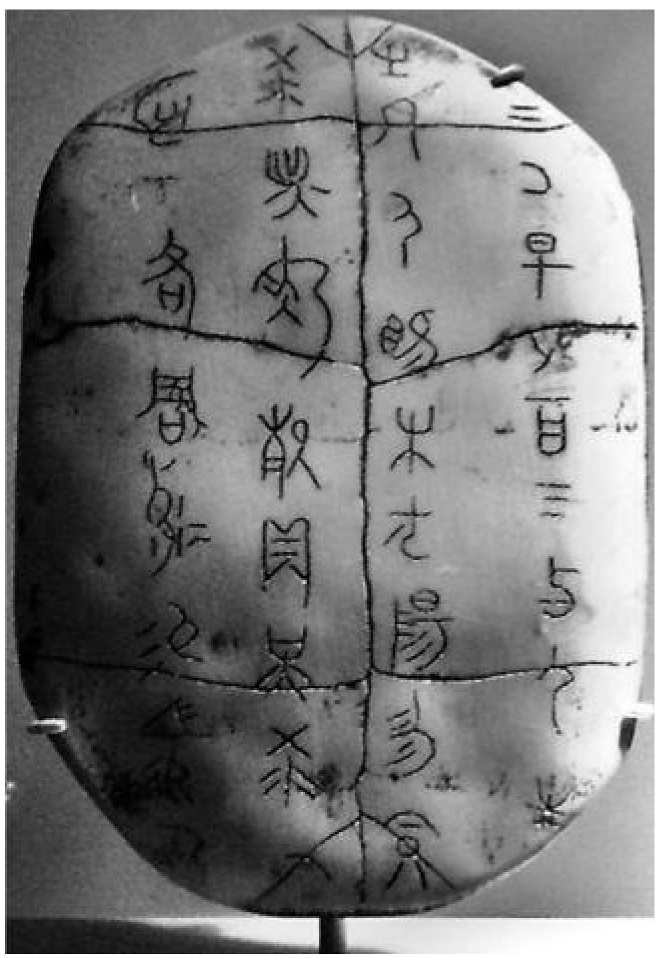
por un erudito y oficial de alto rango, Wang Yìrong (1845-1900). La leyenda creada al respecto cuenta que Wang estaba aquejado de malaria, y que su amigo y también erudito Liu È (1857-1909) le ayudó durante una visita a preparar su medicina a base de «huesos de dragón» y descubrió con asombro que estos estaban marcados con extraños signos, que reconoció como escritura antigua. Indagando la procedencia de los huesos, se descubrió que unos labriegos de Xiaotun, un pueblo situado al noroeste de Anyang, los habían recogido en el campo. Posteriores investigaciones confirmaron que los caracteres grabados en aquellos huesos pertenecían a la dinastía Shang y que la ciudad de Yin, donde ésta fijó su capital, se encontraba cerca de Anyang, en lo que resultó ser uno de los yacimientos arqueológicos chinos más importante.

Pronto, la noticia corrió entre los coleccionistas de antigüedades y el mercado de huesos oraculares explotó a escala mundial. Décadas de excavaciones incontroladas siguieron alimentando el mercado de antigüedades y muchas de estas piezas acabaron en colecciones en Europa, Estados Unidos, Canadá y Japón.

La mayor parte de los huesos oraculares son plastrones (parte ventral del caparazón) de tortuga, preferiblemente hembra, y escápulas de buey, aunque hay otros muchos tipos, como caparazones dorsales, costillares de buey, escápulas de oveja, verraco, caballo y ciervo, cráneos de ciervo, buey e, incluso, humanos, aunque estos son muy raros y parecen haber sido inscritos como práctica más que para adivinación. Al parecer, aunque la piromancia con huesos era ya por entonces una práctica antigua, los primeros plastrones de tortuga preparados para uso oracular datan del comienzo de la dinastía Shang. Los huesos y caparazones eran seleccionados y luego preparados para su uso. La selección es significativa, porque algunos de ellos (especialmente los caparazones) se cree que habían sido presentados como tributo, lo que es una valiosa información sobre las relaciones diplomáticas de los Shang. Por lo común, las inscripciones se encuentran cerca de los bordes o en un lateral inferior. Antes de utilizarlos en los ritos adivinatorios, los omóplatos de mamíferos y los caparazones de tortuga se preparaban quitándoles los restos de carne y sangre, y luego eran aserrados, raspados, suavizados e, incluso, pulidos para dejar su superficie plana. A continuación, se practicaban en su interior varios agujeros observando determinado orden, y el chamán inscribía su nombre, la fecha y la pregunta. Acto seguido, el hueso se calentaba hasta que se agrietaba siguiendo la línea marcada por los agujeros. En las grietas, el chamán era capaz de «leer la respuesta de los dioses». Si el augurio se cumplía, el hueso o caparazón se conservaba como archivo oficial. Tras su uso, los huesos eran enterrados en fosas separadas, en grupos de cientos o incluso miles (una fosa desenterrada en 1936 contenía unas 17.000 piezas junto con un esqueleto humano). Las preguntas inscritas se referían a una gran variedad de cuestiones, pero siempre reflejaban una preocupación concerniente a la casa real: enfermedades, nacimientos y muerte, clima, cuestiones militares, agricultura, tributos y demás. Uno de los temas más comunes era si la realización de rituales de una cierta manera sería satisfactoria. Las adivinaciones eran habitualmente dirigidas por el rey, en presencia de un adivino, papel que durante los últimos periodos también asumió personalmente aquel.

Tras la conquista Zhou, las prácticas de piromancia continuaron. No obstante, muy pocos de estos tienen inscripciones. Se cree que otros métodos de adivinación fueron suplantando la piromancia, como la numerología con semillas de milenrama y en conexión con los hexagramas del *I Ching*. No obstante, hay pruebas de su uso residual hasta el fin de la China imperial, a comienzos del siglo XX.





Los llamados huesos oraculares son caparazones de tortuga [dcha.] y huesos de animales, en su mayoría omóplatos vacunos [izqda.], grabados con inscripciones que formaban parte de

importantes rituales adivinatorios de piromancia, realizados para o por la casa real.

En total, la dinastía Shang había tenido treinta soberanos desde Tang (que reinó durante veintinueve años) hasta Zhou Xin (cuyo reinado abarcó treinta y tres años), que se suicidó después de que su ejército fuera derrotado o se uniera voluntariamente al zhou. Tras la caída, los supervivientes de la familia real cambiaron su apellido para adoptar el de la dinastía derrotada (Yin), pero mantuvieron su posición privilegiada y, a menudo, prestaron servicios administrativos a la dinastía Zhou. El rey Cheng, a través del regente, su tío el duque de Zhou, ofreció el feudo de Weizi al antiguo rey shang, que pronto se convirtió en el estado de Song. Este y los descendientes reales de Shang mantuvieron los ritos para con los antiguos reyes y pervivieron como tales hasta el año 286 a. C.

Paralelamente, tanto las leyendas coreanas como las chinas hablan, sin refrendo documental, de un desencantado príncipe yin, de nombre Jizi, que rechazó ceder el poder a los Zhou, abandonó China con su guarnición y fundó el estado de Choseon (el primero de la historia coreana) cerca de la actual Pyongyang.

OTROS PUEBLOS COETÁNEOS

En el norte de China, fuera de las regiones que controlaban los Shang, vivían, mientras tanto, numerosos pueblos que, de momento, se mantuvieron al margen de los acontecimientos generales. Se trataba, por regla general, de sociedades agrícolas, cazadoras o pastoriles nómadas con las que los Shang mantenían relaciones comerciales, políticas y bélicas. Muchos de los pueblos cuyos nombres aparecen en los huesos oraculares, como los yang, poseedores de una sencilla cultura basada en la subsistencia mediante la caza y la pesca, fueron absorbidos durante estos años por la cultura shang dominante.

De entre los pueblos que vivían en la periferia, los que más influencia ejercerían sobre su desarrollo político fueron los yi y los qiang. Los yi vivían al este de los Shang, en lo que hoy es la provincia de Shandong. En una primera época, ambos pueblos debieron ser aliados, pero al final de la dinastía Shang las guerras contra los yi provocarían el debilitamiento de su ejército y su sociedad, lo que facilitaría su posterior derrota a manos de la siguiente dinastía, la Zhou.

Los qiang, por su parte, habitaban la parte occidental de la actual provincia de Shaanxi, extendiéndose posiblemente por las provincias vecinas. Debía de tratarse de un pueblo numeroso y de relativa fuerza militar, pues las guerras contra ellos se sucederían a lo largo de toda la historia shang. Las repetidas victorias sobre los qiang, que en muchas ocasiones se saldaban con la captura de grandes contingentes de prisioneros (hasta 30.000 en una sola batalla), hace pensar que tenían gran importancia económica y demográfica. De hecho, a pesar de los continuos ataques de los Shang, las crónicas de las dinastías posteriores siguen mencionándoles como un poderoso pueblo asentado en aquella región. Desplazados posteriormente al suroeste, algunos de sus descendientes sobreviven hoy en día.

En un radio más lejano del epicentro shang existía otra serie de pueblos de los que actualmente tenemos muy poca información. Algunos de ellos tenían relación comercial con los Shang, fuera directa o indirecta. El consumo de enormes cantidades de caparazones de tortuga, cauris, bronce, jade y otros artículos de lujo por parte de los Shang debió de estimular la creación de centros comerciales de importancia aun lejos de su propia esfera económica o

política. Esos centros comerciales mantendrían relaciones mercantiles con el sur, con unos centros políticos que siguieron una evolución cultural independiente. En la cuenca del Yangtsé se han descubierto numerosos restos de ciudades antiguas, que apuntan a la existencia de civilizaciones contemporáneas, o anteriores, a las conocidas en el río Amarillo. Especialmente interesantes son dos sitios descubiertos cerca de Chengdu, capital de Sichuán, que ni siquiera se sabe aún si están relacionados. En Longma hay restos de un edificio piramidal, posiblemente un templo, en el centro de una ciudad amurallada, construido, según parece, hacía el año 2500 a. C.

Los hallazgos han sido más ricos en Sanxingdui. Su estudio está transformando por completo el concepto que existía de la historia china de esos años, pues en un par de fosos, posiblemente usados con finalidad sacrificial, se han encontrado objetos de bronce perfectamente moldeados. Entre ellos destaca una gran figura de 2,5 m de altura de lo que se cree es un rey sacerdote (tocado con un dragón) y un buen número de enormes máscaras que también parecen representar reyes. La presencia de una ciudad amurallada y numerosos objetos rituales hace pensar en un Estado bien establecido que ejercía su dominio o siquiera su influencia sobre un amplio territorio. Se piensa que la cultura de Sanxingdui empezó a convertirse en un centro político y cultural regional hacía el año 2800 a. C. Su existencia perduraría dos mil años, siendo posteriormente sustituida hacia el año 800 a. C. por el reino de Shu. De esas primeras fases de la cultura sanxingdui se han encontrado jades bellamente pulidos, lo que parece relacionarla con otras culturas del Yangtsé. La complejidad y calidad de sus objetos de bronce corrobora esa impresión. Sin embargo, aunque posiblemente tuviera relaciones con las culturas del norte, no se ve una influencia cultural clara de estas. Al contrario, la temática de sus esculturas no presenta semejanza alguna. El descubrimiento de un gran cetro de oro, de 130 cm de largo y 3 de ancho, hace pensar en un poder monárquico bien establecido. Sobre su religión solo se puede conjeturar, aunque los expertos creen que combinaba el culto a la naturaleza y el de los antepasados con la creencia en un dios supremo.

Muchos piensan que Sanxingdui es la precursora de la cultura shu primitiva, que florecería posteriormente en dichas regiones, con una población numerosa extendida por un amplio territorio y habiendo desarrollado un sistema político avanzado. Pero ni siquiera se conocen con exactitud las fechas en las que habría florecido esta cultura de Sanxingdui. También se ignora su procedencia, las causas de su desaparición, el desarrollo de las avanzadas técnicas de fundición del bronce, el papel que jugaba esta ciudad en el sistema político de la región o la escritura pictográfica allí desarrollada. Por tanto, cabe concluir que la dinastía Shang tal vez solo fuera una de tantas culturas y civilizaciones que coexistieron en aquellos remotos tiempos por todo el territorio de lo que hoy llamamos China. No ocurriría así con la siguiente dinastía, la Zhou, que sí fue el primer intento serio y exitoso de unificar todo aquel territorio bajo un mismo Estado, aunque fuera uno débil de tipo feudal.

El comienzo de la historia documentada: la dinastía Zhou

EL MANDATO CELESTIAL DE LOS ZHOU

A finales del siglo XI a. C., debido a las constantes luchas territoriales, se produjo el segundo cambio dinástico en la historia china. La dinastía Zhou, proveniente de un reino feudatario de los Shang, inauguró un nuevo periodo histórico, el último dirigido por reyes antes del advenimiento del primer emperador y, a la vez, el más largo de todos (1046-256 a. C.). El dominio zhou duraría casi ocho siglos, durante los cuales se alcanzaron grandes progresos y se operaron profundas transformaciones sociales, debidas fundamentalmente a varias causas: unificación del territorio bajo un único reino, paso de una sociedad esclavista a una sociedad feudal, con la aparición y consolidación de la clase media, sustitución del bronce por el hierro e inicio de un proceso incipiente de industrialización. Además, en esta época vivieron los más grandes e influyentes pensadores chinos de la Antigüedad, como Lao Tsé y Confucio. Este último desarrolló un código de ética que dominaría el pensamiento y la cultura chinos durante los siguientes veinticinco siglos. Coincidió en esta época también la publicación de las obras más antiguas de la literatura china. Las ideas del influyente duque de Zhou sobre el buen gobierno de un Estado aparecieron recogidas en el libro clásico *Shangshu* o *Shujing (Clásico de los documentos).* También se han atribuido al rey Wen y al duque de Zhou pasajes antiguos del *I Ching* o *Libro de los cambios* y del *Shijing* o *Clásico de las odas*. Tales atribuciones son legendarias y resulta difícil determinar qué partes de estos libros, muy reelaborados por la tradición posterior, se remontan realmente a esa época. En todo caso, fueron estos textos, de importancia fundamental en la historia cultural china, los que dieron a la dinastía Zhou una relevancia máxima.



Como siempre, la historia presenta a los primeros Zhou como generadores de un cambio radical del mundo, en su calidad de dirigentes sabios y virtuosos y en contraste con la «ineptitud» y «depravación» de los últimos Shang. En todo caso, la toma del poder de los Zhou sentó un precedente que serviría como referencia para posteriores interpretaciones moralistas del cambio político. Dado que los reyes zhou se denominaban a sí mismos «Hijos del Cielo» (su principal deidad era el Cielo), interpretaron su victoria sobre los Shang como un Mandato Celestial. Por ello, desde esta época, a los gobernantes de China se les denominó «Hijos del

Cielo», y al propio imperio, «Imperio Celestial»; de forma que, a partir de entonces, los cambios de poder de una dinastía a otra se entendieron como nuevos mandatos divinos. Desde esta visión legitimista, los últimos reyes shang fueron presentados como soberanos crueles y corruptos, mientras que los primeros zhou serían justos y sabios.

Al margen de esta interpretación maniquea, lo cierto es que merecen una especial atención los tres primeros dirigentes conocidos de los Zhou: Wen, el llamado «Rey Civilizador» o «de la Cultura», rey sabio que murió antes de la consolidación de la victoria frente a los Shang; Wu, el «Rey Guerrero», que completó la estrategia de su antecesor y consiguió la derrota definitiva de los Shang, convirtiéndose en el primer rey dinástico zhou, y el duque de Zhou, hermano del anterior, que gobernó como regente tras la muerte de Wu y consolidó el poder de la nueva dinastía, siendo considerado en todos los textos confucianos posteriores como ejemplo de caballero virtuoso.

Respecto al origen geográfico del pueblo zhou, se sabe que atacaron a los Shang desde el oeste, por lo que tradicionalmente se ha considerado que su región ancestral debía de estar en la zona alta del río Amarillo, en la actual provincia de Shaanxi. En 1931, el historiador Qian Mu presentó su tesis de que su verdadero origen estaría más al este, en la actual provincia de Shanxi. Esta hipótesis se ha visto reforzada por descubrimientos arqueológicos posteriores. Además, tal localización explicaría el apego que sentirían los reyes zhou por el río Fen, afluente del Amarillo, que fluye por aquella zona. En cualquier caso, el debate sobre el origen territorial de los Zhou continúa hoy abierto. Lo cierto es que los Zhou se ubicaron en el valle del río Wei, en la parte occidental del territorio shang. Una vez allí, se convirtieron en vasallos de estos, hasta que fueron lo suficientemente fuertes como para vencerlos. La principal causa de este enfrentamiento debió de ser el deseo de los Zhou de trasladarse a una zona más fértil y propicia, precisamente a aquella en que se encontraba el núcleo de la cultura shang. Establecieron su nueva capital en Xian (Changan), y ambas sociedades terminaron coaligándose.

Hacia el siglo XIII a. C., la hegemonía shang había alcanzado la actual provincia de Gansu, región ocupada por entonces por los Zhou. El rey Wen, soberano de los Zhou, vasallo de los Shang, recibió el título de conde del Oeste de manos del rey Di Xin de los Shang, a cambio de que asegurara la retaguardia del reino mientras el soberano llevaba a cabo una campaña militar en el sudeste. Finalmente, Di Xin, temiendo que Wen reuniera demasiado poder, ordenó que fuera encarcelado. Aunque Wen fue puesto en libertad siete años después (a cambio de un importante rescate), la tensión entre los Shang y los Zhou creció. Wen preparó un ejército propio y con él conquistó unos cuantos reinos leales a los Shang con objeto de debilitar paulatinamente a la dinastía dominante eliminando a sus aliados. Sin embargo, Wen murió en el año 1050 a. C. antes de que pudiera emprender el asalto definitivo al poder shang.

Mientras tanto, Di Xin siguió sin dar demasiada importancia a la amenaza zhou, quizás porque se sentía seguro al estar respaldado por el Mandato Celestial o quizás porque dedicaba todo su tiempo a cortejar a su amada consorte Daji. El hijo de Wen, el duque Wu, heredó el proyecto de su padre y se puso al frente de la revuelta zhou, aunque retrasó la ofensiva seguramente porque no recibió la señal de que el Mandato Celestial hubiera recaído ya en él. Se limitó, que no fue poco, a declarar herejes a los Shang por haber destruido el equilibrio entre los clanes y, por tanto, haber traicionado la memoria de los antepasados, y por haber modificado los rituales tradicionales. Poco a poco, el clamor popular contra los excesos y los errores gubernamentales del rey Di Xin fueron provocando que el resto de clanes poderosos se fuera aliando en mayor número a los emergentes zhou.



El rey Wu (1046-1043 a. C.) de la dinastía Zhou fue el primero al que se consideró legitimado por el «Mandato Celestial».

Por fin, el duque Wu de Zhou se decidió a atacar al impopular Di Xin y se puso al frente de un ejército no demasiado numeroso de unos 50.000 soldados. Aunque el grueso de las tropas de Di Xin se hallaba a la sazón combatiendo en el este, aún quedaban unos 530.000 soldados para defender la capital, Yin, a los que pronto se sumaron otros 170.000 esclavos armados para la ocasión. No obstante, la moral de tan numerosa tropa era más bien escasa. Los esclavos no querían combatir para los corruptos shang y desertaron en masa, incorporándose al ejército zhou. Esto mermó aún más la moral de la tropa regular. Al ir a entrar en combate, muchos soldados depusieron sus armas y se negaron a combatir, llegando incluso no pocos de ellos a cambiar de bando. Aun así, se produjo una batalla muy sangrienta en Muye, en la que el ejército zhou, bien pertrechado, mejor entrenado y con la moral alta, se impuso fácilmente.

Al verse acorralado, el rey Di Xin se refugió precipitadamente en su palacio, mientras los restos de su ejército caían en el más absoluto caos. Los Zhou no se apiadaron de los vencidos y llevaron a cabo una verdadera carnicería. Decantada la batalla, Di Xin se vistió con sus mejores ropajes, se puso todas sus joyas, encendió una hoguera y se autoinmoló. El duque Wu en persona mató a su consorte Daji. Los oficiales del ejército shang aún vivos fueron perdonados, relevados de sus cargos y a algunos, tiempo después, se les rehabilitó. Se ordenó abrir de par en par los almacenes de arroz para que el pueblo, a punto de morir de hambre, superara la crisis. Esta batalla situó al duque Wu como dominador nominal de todas las principales ciudades shang. Pero eso no quiso decir que la situación no fuera aún, ni mucho menos, estable. Pronto, en la antigua capital shang surgió una rebelión promovida por algunos nobles shang, que no

sería sofocada hasta el siguiente reinado de su hijo el rey Cheng, dominado por la regencia de su tío, el duque de Zhou.

A partir de aquí, historiográficamente, la dinastía Zhou se suele dividir en dos periodos bien diferenciados: Zhou Occidental (1050-771 a. C.), caracterizado por un Estado fuerte y centralizado, gobernado desde las sucesivas capitales Hao y Feng; y Zhou Oriental (771-256 a. C.), que mantuvo un poder puramente nominal desde la corte de Chengzhou (cerca de la actual Luoyang). A su vez, esta segunda etapa, en que la unidad simbólica del reino coincidía, de hecho, con la existencia de múltiples estados independientes, se subdivide tradicionalmente en dos periodos consecutivos: las Primaveras y los Otoños (722-456 a. C.) y los Reinos Combatientes (475-221 a. C.). Veamos con detalle todo ello.

La estabilización con los Zhou Occidentales

Tras tomar el poder, el rey Wu, primer soberano de la dinastía Zhou Occidental, estableció su capital en Hao, cerca de Xian, en la provincia de Shaanxi. Durante la minoría de edad de Chengwang, su sucesor al trono, la regencia fue ejercida por Zhougong Dan, duque de Zhou y tío del rey, quien se enfrentó eficazmente a la alianza de pueblos del este que aún apoyaban a los Shang. Derrotados estos, el duque fundó una segunda capital, Luoyang, fuertemente defendida, en los feudos shang tradicionales, para controlarlos mejor. Además, formuló definitivamente el concepto del Mandato Celestial, que supondría la completa legitimación de la toma del poder por los Zhou y, a la vez, toda una revolución religiosa, al poner desde entonces al soberano en el núcleo de la acción religiosa y los rituales.

En general, los gobiernos de Chengwang y de Kangwang, su sucesor, lograron mantener la estabilidad social y sofocar las sublevaciones, de ahí que esta etapa de la historia de China se conozca también como «el Gran Orden de los Reyes Chengwang y Kangwang». En ella se consolidó el sistema esclavista basado en la propiedad de la tierra, el sistema patriarcal de los clanes y el sistema ritual. El dominio zhou quedó constituido al establecer un entramado feudal al repartir el territorio de los Shang entre sus partidarios, que, al igual que en la dinastía anterior, debían corresponder mediante tributos. Este proceso de entrega de títulos y propiedades daría lugar finalmente a que el reino Zhou agrupase a no menos de 1.500 entidades políticas vasallas del rey central, lo que en definitiva sería el germen que, mucho tiempo después, provocaría la caída de los Zhou.

La sociedad zhou estaba organizada alrededor de la producción agrícola. La tierra estaba dividida idealmente en extensiones cuadradas, cada una de las cuales se subdividía en nueve parcelas que formaban un espacio con forma de triángulo equilátero. Las ocho parcelas exteriores se asignaban a ocho familias campesinas, que unían sus esfuerzos y recursos para cultivar la parcela central, propiedad del señor feudal. No está claro hasta qué extremo se utilizaba siempre, sin excepciones, este sistema de distribución de tierras, pero las dinastías posteriores pensaron que era la manera más equitativa de parcelar la tierra. Además, surgió también una baja nobleza que no poseía tierras, pero de la que provinieron los dignatarios de los dominios, que poco a poco se transformaron en el principal sostén de la aristocracia, y los jefes militares. Esta baja nobleza tenía pocos privilegios. En el caso de los dignatarios, por ejemplo, podían dar su cargo en herencia a un solo hijo, los restantes debían fundar un nuevo linaje. Los artesanos estaban al servicio exclusivo de la aristocracia, únicos destinatarios de las

vasijas y armas de bronce. No obstante, en los grupos comercial y artesanal se produjeron cambios importantes que generarían con el tiempo una nueva clase de hombres libres, cuya actividad se basó durante mucho tiempo en el trueque, que se servía de conchas cauri y piezas de cobre (acuñadas en forma de monedas redondas con un agujero en el centro) como medio de canje.

El rey tenía la condición de señor feudal supremo y también cumplía una importante función ritual. Efectuaba las máximas ofrendas del reino con el objetivo de atraer la bendición de los dioses sobre todo el territorio. Las prácticas religiosas se correspondían con el sistema social jerárquico. Los Zhou creían que el poder emanaba del Cielo, que legitimaba y autorizaba a los reyes, por lo que hacían sacrificios al Señor en lo Alto (ahora llamado Tian, «Cielo») y a sus antepasados. Las familias individuales también ofrecían sacrificios a sus antepasados para evitar infortunios y calamidades. Pero el poder regio se identificaba fundamentalmente por la explotación de sus posesiones. La tierra, que era originalmente propiedad del rey, se fue vendiendo paulatinamente y pasó a ser propiedad de las familias. Los tributos se reemplazaron poco a poco por impuestos. La sociedad se articuló inicialmente sobre una economía esclavista. Los Zhou renovaban las pobladas filas de esclavos principalmente con prisioneros de guerra y reos de algún delito. Se cree que, en general, los esclavos eran utilizados principalmente como sirvientes domésticos y que no jugaban un papel fundamental en la actividad agrícola.



El arte de la dinastía Zhou fue una continuación del de la dinastía Shang. Lo más característico de esta época son las vasijas de bronce (como las de la composición de arriba) de decoración geométrica, de motivos ondulados y escamosos.

Los Zhou Occidentales toleraban la diversidad cultural, pero afirmando su propia superioridad civilizadora en las llanuras centrales. De ese modo, la asimilación era progresiva y los subordinados debían aceptar sus rituales y el Mandato Celestial que les había sido concedido para gobernar sobre la humanidad.

El área de influencia de este primer periodo de la dinastía Zhou abarcó la mayor parte de las planicies del norte de China, desde Mongolia interior a la cuenca del río Yangtsé, y desde la provincia de Gansu a la costa este. Esta gran extensión territorial estaba dividida en principio en unos 200 pequeños territorios dirigidos por nobles al servicio del rey, en calidad de

tributarios y vasallos, con un sistema político muy similar al feudal de la Europa medieval. La población combinaba la caza y la agricultura como medios de subsistencia, asociando sus éxitos o fracasos a designios de la naturaleza. Por ello, una de las responsabilidades de los gobernantes era conciliar a los dioses para beneficio de la población; de tal manera que, si fracasaban en ese cometido, perdían su derecho a reinar. Estas creencias aún se mantienen de alguna manera entre la población de China, así como el culto a los antepasados, que se desarrolló durante el periodo Zhou y que ha sido fundamental en toda el Asia oriental durante los últimos 2.000 años.

Con el tiempo, la nobleza adquirió un carácter hereditario patrilineal, lo que aumentó la importancia relativa de la línea de sucesión directa y masculina, y, a la vez, sirvió de justificación de la poligamia como vía para asegurarse un heredero. La aparente prosperidad económica se vio mermada por el poder que, frente al rey, fueron adquiriendo los nobles, muchos de los cuales llegaron a crear sus propios estados. La base económica continuó siendo la agricultura, mejorando los cultivos mediante un sistema de rotación y añadiendo la soja a los cereales ya preexistentes. La gran masa de campesinos creaba un excedente económico capaz de servir de base a una industrialización y comercialización, aun incipientes, pero muy novedosas. Ello produjo una mayor producción de bienes de consumo (bronces, jades, cerámicas, textiles…). Los bronces del periodo Zhou Occidental no diferían mucho de los Shang; únicamente los motivos decorativos se hicieron más estilizados y más abstractos, sobre la base de figuras de animales vistos de perfil.

Además, durante este periodo, la civilización china se fue extendiendo gradualmente hacia el sur, ocupando el valle del río Yangtsé. La amplia expansión por este territorio y el primitivo estado de las comunicaciones terrestres hicieron imposible que los Zhou ejercieran un control directo sobre todo su territorio; por tanto, delegaron la autoridad en más y más vasallos, cada uno de los cuales gobernaba por lo general sobre una ciudad amurallada y su territorio circundante. Con el tiempo, estos estados vasallos se irían haciendo cada vez más autónomos, más poderosos y, por tanto, más amenazadores. Su creciente autonomía e incluso independencia fueron debilitando el poder de la dinastía. Pero, de momento, la principal amenaza provenía de las fronteras externas.

En una primera fase, las campañas bélicas emprendidas por los propios reyes zhou, con ayuda de los estados vasallos, cada vez más poderosos, lograron frenar las constantes acometidas de los diversos pueblos nómadas que rodeaban la China del momento. Incluso, los Zhou lograron incrementar sus dominios. Pero el aumento del territorio suponía también unas mayores dificultades para controlarlo con eficiencia. La primera decadencia de este control comenzó a hacerse patente en el reinado de Zhao (1053-1002 a. C.), rey que precisamente moriría durante una expedición militar al sur, cerca del río Yangtsé. La situación empeoró después bajo el mandato del rey Mu (956-918 a. C.), que enfocó la mayor parte de sus intereses bélicos hacia el oeste. A su muerte, la situación bélica se generalizó en casi todas las fronteras, y muy especialmente en las amenazadas por los nómadas del noroeste.

Los Zhou Orientales y la amenaza exterior

De hecho, prácticamente desde su instauración, la dinastía Zhou tuvo que soportar continuos ataques fronterizos, invasiones que durante un tiempo pudieron ser contenidas.

En el año 841 a. C., el rey Li, un cruel tirano, hubo de enfrentarse a la primera revolución registrada fehacientemente en los anales históricos chinos, cuando un ejército rebelde formado por campesinos y esclavos le atacó y le hizo huir de su palacio. Los duques de Zhou y de Zhao asumieron el poder interinamente hasta el año 828 a. C., controlando la situación, pero sin poder impedir que el poder central continuara declinando. Todo continuó en un precario equilibrio hasta el año 771 a. C., en que el estado vasallo de los shen y el pueblo nómada de los quanrong o tocarios (pueblos occidentales más atrasados pero más guerreros) firmaron una alianza y lanzaron un ataque contra la corte zhou y tomaron el importante valle del río Wei y la capital del reino, Hao. En la refriega murió el duodécimo monarca zhou, el rey You, quien había repudiado a su esposa, hija del marqués de Shen, sustituyéndola por una concubina. Ante la amenaza, el sucesor de You, su hijo Ping, acabó trasladando la corte, en el año 722 a. C., a un lugar oriental más seguro, Chengzhou, cerca de la actual Luoyang. La forma en que cayeron los Zhou occidentales se convirtió en un patrón que se repetiría a lo largo de la historia de China: gente con un estilo de vida y costumbres nómadas y errantes de las estepas del norte invadía las zonas en que se distribuían las comunidades agrícolas para solucionar sus problemas de alimentación.

Aunque ahora estaban más a salvo de los ataques de los bárbaros, los Zhou (que pasaron a ser conocidos como Zhou Orientales) no podían ya ejercer una gran autoridad política o militar sobre los estados vasallos, muchos de los cuales (Qi, Chu, Jin, Qin, etc.) habían crecido hasta ser más poderosos que el poder central. Su autoridad teórica era aún respetada pero, en la práctica, el territorio se dividiría en estados independientes dirigidos por soberanos que, a menudo, se enfrentaban entre sí, lo que se acentuaría con el paso del tiempo. Sin embargo, como guardianes del Mandato Celestial, los Zhou Orientales continuaron la práctica de confirmar el derecho de los nuevos señores a gobernar sobre sus tierras y, por lo tanto, permanecieron como jefes supremos hasta el siglo III a. C. Bajo ese poder más teórico que práctico, algunos de los señoríos continuaron medrando. Fue el caso de Qin que, en su calidad de estado guardián de la frontera occidental, pasó a dominar con plena autonomía ambas orillas del río Wei. Los Zhou Orientales, desde su nueva capital de Chengzhou, solo controlaban ya un pequeño territorio circundante. El papel de los sucesores del rey Ping pasaría a ser poco más que meramente ceremonial.

Durante la andadura de la dinastía Zhou Oriental, de las cerca de 1500 entidades políticas distintas aglutinadas bajo su hegemonía, solo quedarían poco más de cien, y de ellas solo una escasa docena tenía verdadera importancia política. En la práctica, al comienzo de esta segunda fase de la dinastía Zhou, China era una amalgama de pueblos distintos, dominados en cada caso por señores resguardados en ciudades amuralladas, desde las que ejercían un poder señorial que, a su vez, irían delegando en señores locales de rango inferior, al modo y manera que los europeos viviríamos tiempo después en nuestra posterior Edad Media.

No obstante, en el orden interno, entre los siglos VIII y III a. C. tuvo lugar en este variopinto e inestable territorio zhou un rápido crecimiento económico y un profundo cambio social en el marco de una inestabilidad política extrema y un estado de guerra casi constante. Durante esos siglos, la introducción del arado de hierro tirado por bueyes, junto con técnicas de regadío más perfeccionadas, llevaron a conseguir mejores cosechas, que a su vez mantuvieron el constante crecimiento demográfico, que estuvo acompañado por la aparición de una nueva e influyente clase social de mercaderes y comerciantes. A la vez, se mejoraron las comunicaciones gracias al progresivo uso del caballo como animal de transporte. La integración

económica permitió a los gobernantes ejercer el control sobre mayores extensiones de territorio. Fue también ésta una época de gran esplendor cultural en la que vivieron y escribieron sus obras algunos de los principales pensadores chinos de la Antigüedad como Confucio, Mencio o Zhuangzi. Los estados situados en las fronteras exteriores de la zona cultural china se expandieron a costa de sus vecinos no chinos, menos avanzados, y, al expandirse, se estimuló y diversificó su propia cultura con la integración de elementos culturales de las civilizaciones exteriores. Por ejemplo, los chinos de las regiones fronterizas del noroeste adoptaron por primera vez el uso de unidades de caballería montada. Para los estados de la Llanura del Norte, la expansión significó una agresión contra otras organizaciones políticas que compartían la misma civilización básica, y la subsiguiente uniformidad cultural entre los estados tendió a causar el estancamiento cultural. Hacia el siglo VI a. C., siete poderosos estados sitiaron y engulleron a los más pequeños y relativamente débiles de la Llanura del Norte.

Huyendo del creciente poder hegemónico de los estados del norte, se inició una emigración hacia el sur, de clima más benigno y con una cultura y una economía nuevas que, entre otras muchas cosas, aportaron el cultivo del arroz. Todos estos factores favorecieron el aumento del grado de autogobierno de los territorios y el comienzo de los particularismos regionales. De los cerca de 200 estados existentes en el siglo VIII a. C., en el año 500 a. C., solo veinte de ellos habían podido mantener su independencia. Con la caída de la autoridad política de la dinastía Zhou y la aparición de poderosos estados periféricos, las relaciones interestatales se volvieron cada vez más inestables. Aunque durante los siglos VII y VI a. C., en el apogeo del periodo conocido como «de las Primaveras y los Otoños» (722-476 a. C.), se consiguieron breves periodos de estabilidad al organizarse alianzas interestatales bajo la hegemonía del miembro más fuerte, hacia el siglo V a. C., el sistema de alianzas era ya claramente insostenible y la China zhou desembocó en el denominado «Periodo de los Reinos Combatientes» (475-221 a. C.), caracterizado por la anarquía belicista. Veamos este proceso con más detenimiento.

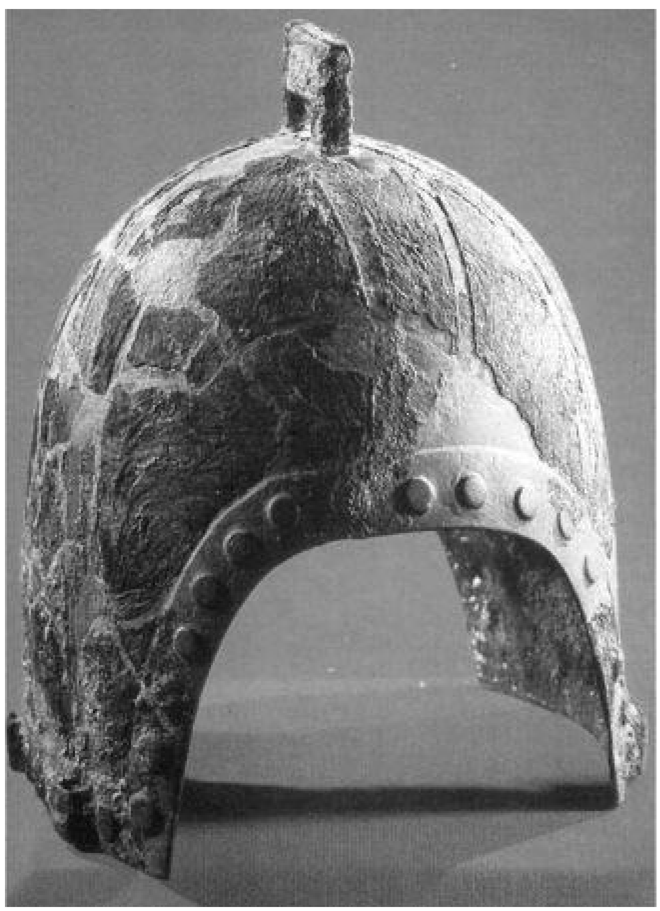
Periodo de las Primaveras y los Otoños

El periodo de las Primaveras y los Otoños (722-476 a. C.) tomó su nombre de los *Anales de las primaveras y los otoños,* una crónica del periodo en la que los capítulos se delimitaban por el comienzo anual de cada primavera y cada otoño, y cuya autoría se ha atribuido tradicionalmente a Confucio, que vivió en tales fechas. Durante esta fase, el poder continuó descentralizándose, aunque pronto comenzaría una tendencia contraria que, vía militar, acabaría con la integración de unos 170 pequeños estados en el seno de los más poderosos. En lo cultural, el lento progreso de la nobleza dio como resultado un aumento de la alfabetización, que a su vez animó la libertad de pensamiento y el avance tecnológico.

La caída de la capital de la dinastía Zhou Occidental, Hao, marcó el comienzo del periodo de las Primaveras y los Otoños. Como ya comentamos, después de que Hao fuera saqueada por las tribus nómadas occidentales, el coronado príncipe Ping huyó al este, acompañado de toda la nobleza, y estableció la nueva capital en Chengzhou, en el valle del río Amarillo. Durante la huida, el soberano se apoyó en los cercanos señores de Qin, Chang y Jin para protegerse de los invasores y de los señores rebeldes. La nobleza zhou en fuga no tenía apoyos fuertes en los territorios orientales; incluso, la coronación del príncipe regente tuvo que ser apoyada por los estados intermedios para tener éxito.

Con la influencia zhou muy reducida, limitándose a Luoyang y las áreas circundantes, la corte no podía sostener por más tiempo a un ejército hasta entonces compuesto por no menos de seis cuerpos de tropas de infantería. En el futuro, los reyes zhou tuvieron que solicitar ayuda de estados vecinos o poderosos para protegerse coyunturalmente de las revueltas y para resolver las luchas internas por el poder. La corte zhou nunca volvió a recuperar su autoridad original; fue relegada a gobernar bajo el control de los estados feudales. Y, aunque la dinastía retuvo nominalmente el Mandato Celestial, el título no le daría ya poder alguno.

El primer noble en ayudar a los reyes Zhou orientales fue el duque Zuang de Chang, que también había sido el primero en establecer el sistema hegemónico con el propósito de mantener el antiguo sistema feudal. Los historiadores tradicionales justificaban el nuevo sistema como un medio de proteger a los estados civilizados más débiles y a la realeza zhou de las tribus «bárbaras» intrusas. Localizadas en los cuatro puntos cardinales, las principales tribus nómadas asentadas en las fronteras de China eran, respectivamente, los man, los yi, los rong y los di. Todos los llamados estados «civilizados» se encontraban, de hecho, compuestos por una mezcolanza de estas y de otras etnias; de aquí que no hubiera una línea clara que separara a los estados «civilizados» de los pueblos nómadas. Buena parte de estas tribus, étnica y culturalmente diferentes, mantenía sus propias civilizaciones en ciertas áreas. Algunos grupos étnicos estaban tan sustancialmente civilizados y eran tan poderosos en comparación a los estándares chinos de la época que sus entidades políticas, incluyendo Wu y Yue, a veces eran incluidas en la nómina de estados chinos.



El Periodo de las Primaveras y los Otoños de la dinastía Zhou Oriental (722-476 a. C.), al que pertenece este casco de guerra de bronce, estuvo marcado por el continuo ambiente bélico.

Los nuevos y poderosos estados se encontraban ansiosos de mantener los privilegios aristocráticos por encima de la ideología tradicional, que apoyaba a cualquier entidad

gobernante débil en tiempos de malestar, propagada ampliamente durante la China imperial para consolidar el poder de la familia que ocupara el trono. Los duques Huan, de Qi, y Wen, de Jin, continuaron dando pasos para establecer un sistema feudal, lo que trajo una estabilidad relativa, aunque durante periodos más cortos que antes. Las anexiones se incrementaron, favoreciendo a varios de los estados más poderosos, especialmente a cuatro (Qin, Jin, Qi y Chu) con varias características comunes: su carácter fronterizo, su eficiencia guerrera (perfeccionada por su constante batallar con los nómadas de sus lindes) y su alejamiento, geográfico y cultural, del foco zhou.

El reino de Qin, situado en la cuenca del río Wei, en la actual provincia de Shaanxi, aglutinaba población china y población de origen turco, establecidas desde tiempos remotos en la región, tradicionalmente dedicados a la defensa de la frontera china de las incursiones de los nómadas y, en lo económico, a la crianza de caballos. Igualmente, el reino de Jin, en la actual provincia de Shanxi, había jugado en el pasado un importante papel en la contención de las incursiones de los nómadas y también destacaba en la cría de caballos. En la actual provincia de Shandong se situaba el reino de Qi, el más próspero de todos, que también estaba enfrascado en la defensa de sus fronteras de las incursiones de los nómadas, mientras que su economía se sustentaba en la metalurgia del hierro, el comercio de sal marina y la actividad guerrera. Finalmente, al sur de Henan se situaba Chu, un reino de terreno húmedo y selvático habitado por una mezcolanza de etnias y tribus muy distintas, consideradas bárbaras por el resto de los reinos en litigio. Además, en el territorio considerado chino coexistían los reinos Zhou (que dominaba la pequeña región circundante a la capital Luoyang), Song (heredero de la dinastía Shang), Cheng, Zheng, Ji, Wei y Lu, todos ellos dominados por familiares del linaje imperial.

Durante el Periodo de las Primaveras y los Otoños, de gran crecimiento económico y demográfico, estos y otros reinos vasallos permanecieron enzarzados en guerras interminables. La producción de cereales se incrementó rápidamente gracias a la invención de nuevos aperos agrícolas, a la generalización de la labranza con bueyes y a los avances de la ingeniería hidráulica. Pero también fue un periodo de transición, marcado por la paulatina desintegración de la sociedad tradicional zhou. El papel de los señores se desplazó gradualmente desde la intención manifiesta de proteger a los estados más débiles a un nuevo sistema de hegemonías inestables de los estados más grandes sobre los más débiles, ya fueran de origen chino o «bárbaro». Los grandes estados usaron ese pretexto para intervenir y obtener ventajas sobre los más pequeños en sus luchas internas, hasta que finalmente se los anexionaran o bien los expulsaran más allá de su tradicional dominio, del que tomaban posesión, retroalimentado su poder.

Los nuevos señores procedían en su mayoría de estos grandes estados. Se proclamaron a sí mismos amos de sus territorios, sin siquiera reconocer a la figura títere zhou de turno, que seguía siendo, en el papel, el jefe supremo de la dinastía. El establecimiento del sistema de administración local, nutrido con funcionarios escogidos por los oficiales señalados por el gobierno, dio a los estados mejor control sobre sus dominios. Los impuestos facilitaron el comercio y la agricultura. Los estados de Qin, Ji y Qi no solo aumentaron su propia fuerza, sino que también repelieron al estado meridional de Chu, cuyos gobernantes también se habían autoproclamado reyes. Los ejércitos chu fueron invadiendo gradualmente la cuenca del río Amarillo, pero su hegemonía fue puesta a prueba en tres grandes batallas, cada una de superior virulencia: Chengpu, Bi y Yanling, cuyo resultado fue la restauración de los estados de Chen y Cai.

Durante muchas décadas se vivió un juego de hegemonías entre esos estados (cada vez más impregnados de nuevos valores y nuevas prácticas desarrolladas individualmente o tomadas de los pueblos que iban anexionándose), que representaban el nuevo mundo, y el viejo orden zhou, cuya cultura, a diferencia de su poder político y militar, se mantenía en auge en sus centros neurálgicos interiores. Tras un periodo de guerras interestatales cada vez más enconadas, en el año 546 a. C., Jin y Chu acordaron una nueva tregua y, años después, en el 579 a. C., cuando los cuatro estados hegemónicos ya casi habían entrado en contacto fronterizo directo, Qi, Qin, Jin y Chu se reunieron finalmente en una conferencia de desarme en la que, esencialmente, los otros estados se convirtieron en satélites. Esta fase de paz fue solo un preludio del caos bélico que se desataría en el inmediato Periodo de los Reinos Combatientes.

Además, cada uno de esos cuatro estados más poderosos se encontraba sumido en continuas luchas por el poder. Por ejemplo, en Jin, seis familias terratenientes se hacían la guerra la una a la otra; o la familia Chen eliminaba impunemente a sus enemigos políticos en Qi. La legitimidad de los gobernantes era a menudo desafiada (como ocurrió en Qin y Chu) por miembros de la propia familia real, lo que provocaba interminables y constantes guerras civiles… Aquel era ya, sin duda, un mundo de «reinos combatientes».

Periodo de los Reinos Combatientes

El subsiguiente periodo de los Reinos Combatientes (nombre que proviene del *Registro de los Reinos Combatientes*, obra historiográfica compilada en los primeros años de la dinastía Han) tuvo lugar en la franja temporal que comenzó en el año 475 a. C. y acabó en la unificación de China por la dinastía Qin, en el 221 a. C. En él, los señores de la guerra regionales continuaron anexionándose los estados más pequeños de su área de influencia mientras consolidaban su mandato y se alejaban cada vez más del rey títere zhou.

Esta última fase de la dinastía Zhou se caracterizó por la confrontación de numerosos estados más o menos independientes y de muy distinto potencial, que luchaban entre sí por aniquilarse y aumentar su poder relativo, además de por ventilar viejas rencillas y satisfacer venganzas. De alguna forma, aquella fase de la historia china (siglos V-III a. C.) es comparable a la Edad Media de Europa occidental: cada pequeño reino se subdividía en múltiples baronías y señorazgos, en que los vasallos (los principales de entre ellos eran los duques) quedaban ligados a sus soberanos por un compromiso de honor. Los señores locales se combatían (cortés o encarnizadamente, según los casos) y cada uno intentaba imponer su autoridad a los vecinos, en una agotadora lucha por la hegemonía. En aquel contexto, decenas de pequeños y medianos territorios vasallos chinos se exterminaron unos a otros en las incesantes guerras. No obstante, pese a este ambiente de constante y destructiva guerra, el progreso general continuó en toda China. Otra señal de este desplazamiento del poder fue un cambio en los títulos: los señores de la guerra aún se consideraban nominalmente duques vasallos del rey de la dinastía Zhou, pero empezaron a llamarse a sí mismos reyes, para indicar que se tenían por iguales a su señor zhou.



Durante el Periodo de los Reinos Combatientes de la dinastía Zhou Oriental (475-221 a. C.) China vivió un estado continuo de guerra entre los numerosos estados en que estaba disgregada.

El periodo presenció la proliferación de la metalurgia del hierro, que reemplazó al bronce como metal dominante en la industria de guerra. Además, áreas tales como Chu (más o menos la actual Sichuán) y Yue (la actual Zhejiang) fueron atraídas hacía la esfera cultural china. Las murallas construidas por los estados para mantener alejadas a las tribus nómadas del norte y a los otros estados fueron precursoras de la Gran Muralla. Las diferentes filosofías dominantes evolucionaron hacia lo que se llamó «Las Cien Escuelas de Pensamiento» (sobre las que volveremos enseguida). El comercio también alcanzó una importante relevancia y algunos mercaderes lograron un poder considerable en la política gubernamental. Las tácticas militares también cambiaron: ahora la mayoría de los ejércitos pasaron a hacer un uso combinado de la infantería y la caballería, y los carros fueron cayendo progresivamente en desuso.

A aquella época de guerra sin cuartel solo sobrevivieron, entre los grandes, los siete reinos más poderosos: Han, Wei y Zhao (surgidos del desmembramiento del tradicional país de Jin); Qi (rico, poderoso y poblado), Yao (en la actual provincia de Hebei, lindante con las estepas del norte y sus temidos jinetes nómadas), Qin (en Shaanxi, algo más pobre de recursos que los demás, aunque bien defendido orográficamente y muy militarizado) y, finalmente, Chu, en el sur, a orillas del río Yangtsé y lejos hasta entonces de las influencias culturales chinas tradicionales de los han.

En el periodo anterior, el estado de Jin era indiscutiblemente el más poderoso. Sin embargo, gradualmente el poder de la familia gobernante se fue debilitando, cayendo progresivamente bajo el control de seis grandes familias. Al comenzar el Periodo de los Reinos Combatientes, tras numerosas luchas por el poder, quedaron solo cuatro familias: Zhi, Wei, Zhao y Han, siendo la primera la que tenía el control del estado de Jin. El último jefe de la familia Zhi intentó formar una coalición con las familias Wei y Han para acabar con los Zhao. Sin embargo, estas prefirieron aliarse secretamente con los Zhao y lanzaron por sorpresa un ataque conjunto que aniquiló a los Zhi. En el 403 a. C., las tres grandes familias supervivientes, con la aprobación del rey Zhou, dividieron Jin en tres estados: Han, Zhao y Wei. Los tres jefes de cada familia recibieron el título de marqués y pasaron a ser denominados «los Tres Jin». El propio estado de Jin siguió existiendo en un pequeño resquicio de territorio hasta el 376 a. C., cuando también se repartió entre los Tres Jin.

Simultáneamente, en 389 a. C., se produjo un cambio de gobierno en Qi. La familia Tian tomó el control y su jefe recibió el título de duque. En este caso, el antiguo estado de Qi de la familia Jian también continuó existiendo en un pequeño territorio hasta el 379 a. C., cuando finalmente fue absorbido por el estado Qi de los Tian.

En el 371 a. C., la marquesa Wu de Wei falleció sin designar sucesor, lo que provocó que el estado se sumergiera en una guerra civil. Tras tres años de guerra, Zhao y Han, intuyendo que

había una oportunidad, invadieron Wei. A punto de conquistarlo, los líderes de Zhao y Han no se pusieron de acuerdo respecto a qué hacer con Wei y ambos ejércitos se retiraron. Finalmente, el rey Hui (hasta entonces marqués) consiguió ascender al trono de Wei. En el 354 a. C., Hui inició un ataque a gran escala sobre Zhao, debido, según algunos historiadores, a su deseo de vengar la casi destrucción de Wei en la anterior invasión. Un año después, Zhao estaba casi totalmente derrotada y una de sus mayores ciudades, Handan, estaba siendo sitiada. Como resultado, el vecino estado de Qi decidió ayudar a Zhao. La estrategia elegida fue atacar directamente la capital Wei mientras el principal ejército local estaba ocupado asediando la capital del estado Zhao, Handan, forzándole a retroceder. La estrategia fue un éxito: gran parte del ejército de Wei volvió atrás apresuradamente y se encontró a medio camino con el de Qi, lo que culminó en la batalla de Guilin (354 a. C.), en la que Wei sufrió una derrota decisiva.

Un lustro antes, alrededor del 359 a. C., Shang Yang, un ministro del estado de Qin, había iniciado una serie de reformas que hicieron que su reino lograra pronto sobrepasar a los otros en poder. Se suele considerar que este fue el momento en que Qin comenzó a ser el estado dominante en China, lo que (como veremos en el siguiente capítulo) tendría importantes consecuencias para la historia de China.

Siguiendo adelante con su estrategia progresiva, en el año 341 a. C., Wei atacó a Han y Qi se interpuso de nuevo. Gracias a una brillante estrategia, Wei fue de nuevo derrotado de forma contundente en la batalla de Maling. La precaria situación de Wei empeoró aún más cuando Qin, aprovechándose de su debilidad, le atacó en el 340 a. C. Wei fue derrotado de forma devastadora y forzado a ceder una gran porción de su territorio. Tras estos acontecimientos, Wei quedó muy debilitado, convirtiéndose Qi y Qin en los dos estados dominantes.

En el 334 a. C., los gobernantes de Wei y Qi, como ya había hecho antes el de Chu, acordaron reconocerse mutuamente como reyes, formalizando la independencia de los estados y la falta de poder del trono de Zhou Oriental. A partir de este momento, los demás estados se declararon reinos, lo que representó el comienzo del fin para la dinastía Zhou. En el año 325 a. C., el gobernante de Qin se autoproclamó rey. Posteriormente hicieron lo mismo los de Han y Yan (323 a. C.), Song (318 a. C.) y, por último, Zhao (299 a. C.).

Por su parte, Chu era uno de los estados más fuertes de China desde el comienzo del periodo. Se elevó a un nuevo nivel alrededor del 389 a. C., cuando su rey nombró al famoso reformador Wu Qi primer ministro. Chu llegó a su apogeo en el 334 a. C., cuando conquistó grandes extensiones de territorio. Todo comenzó cuando el estado de Yue se preparó para atacar Qi. El rey de Qi envió un emisario que persuadió al rey de Yue a que cambiara de objetivos y le ayudara a atacar Chu. Yue inició un ataque a gran escala sobre Chu, pero fue derrotado de forma tan devastadora que perdió su independencia y fue conquistado por Chu.

El panorama comenzaba a aclararse, pero no lo haría del todo hasta que uno de esos estados en litigio lograse dominar a los demás. Ese estado, como veremos en el próximo capítulo, sería Qin. Mientras tanto, detengámonos en analizar brevemente los progresos que se estaban produciendo en el orden filosófico y que serían de gran importancia para conformar el sustrato social de lo que sería (y es) China.

LAS CIEN ESCUELAS DE PENSAMIENTO

Los interminables años de guerras que marcaron esta época histórica enmarcada en la

dinastía Zhou Oriental no impidieron ni el avance de la cultura ni el surgimiento de una nueva capa social formada por los letrados *(shih)*, cuyas actividades impulsaron el desarrollo de la vida cultural y académica de la desmembrada y sangrante China del momento. Con los más destacados de entre ellos, la filosofía de la antigua China llegó a su primer apogeo. Casi todas las escuelas filosóficas que surgieron entonces han perdurado durante muchos siglos, aunque en aquel periodo hubo tantas divergencias entre ellas que llegó a hablarse peyorativamente de «Las Cien Escuelas de Pensamiento». La respuesta intelectual a la extrema inestabilidad e inseguridad política produjo las fórmulas filosóficas que moldearon el crecimiento del Estado y la civilización chinos durante los dos milenios siguientes.

Entre las doctrinas o escuelas que gozaron de mayor predicamento figuraron el confucionismo (con sus grandes maestros Confucio y Mencio), el taoísmo (Lao Tsé y Zhuangzi), el legismo (Han Fei) y el mohismo (Mozi). Los seguidores de Confucio aceptaron las doctrinas de su fundador basadas en el acatamiento de los ritos y la práctica de la benevolencia, que ponían de ejemplo la dinastía Zhou Occidental, considerada como la Edad de Oro, mediante cuya imitación un gobernante podría intentar restablecer aquella utopía. Los legistas o legalistas predicaban que los intereses de los gobernantes son supremos, preeminentes, y que el Estado se regiría mejor bajo reglamentaciones y leyes duras y rigurosas, con un férreo control policial, en un sistema calificable, en términos modernos, de totalitarismo. Igual o más intervencionista aún era el Estado propugnado por los mohistas. Por su parte, los taoístas desterraron las ambiciones terrenales y se concentraron en conseguir la armonía con la naturaleza, viviendo en ocasiones como ermitaños en zonas despobladas e inhóspitas.



Pese al continuo ambiente bélico, en el Periodo de los Reinos Combatientes floreció la filosofía china. Fue el llamado periodo de «Las Cien Escuelas de Pensamiento», en el que, entre otras muchas doctrinas, sobresalieron las de Lao Tsé, Buda y Confucio (en ese orden en el dibujo

contemporáneo).

El más antiguo y más influyente de los filósofos del periodo fue Kong Qiu o Confucio (551-479 a. C.), de nombre honorífico Kongzi (antiguamente el carácter *zi,* «maestro», se añadía al apellido como título de respeto). A los tres años, quedó huérfano de padre y se trasladó con su madre al reino oriental de Lu, en la actual provincia de Shandong, uno de los intelectualmente más avanzados del momento. Allí transcurrió su vida en la convulsa época en la que se produjo la disolución del tradicional régimen estatal y el surgimiento de numerosos estados independientes. A pesar de haber recibido una esmerada educación (por entonces, una prerrogativa de la nobleza), Confucio jamás desempeñó cargos oficiales importantes y, lo que es más significativo, se rebeló a su manera contra los privilegios de clase aceptando a discípulos con independencia de su extracción social. Se dice que tuvo más de 3.000 alumnos, algunos de los cuales llegaron a ser tan brillantes como su maestro y difundieron ampliamente sus enseñanzas. El pensamiento y las enseñanzas de Confucio se recopilaron en sus *Analectas (Lunyu),* cuyos veinte capítulos recogen principalmente sus máximas y algunas de las breves discusiones que solía mantener con sus discípulos. Este libro fue para la antigua China lo mismo que la Biblia para Occidente: a los civiles se les recomendaba que se comportasen de acuerdo con lo expuesto en él y a quienes deseaban ser funcionarios y dedicarse a la política, se les aconsejaba que lo estudiasen a fondo.

En esencia, las propuestas políticas de Confucio implicaban la restauración de las instituciones políticas y sociales de la primera fase de la dinastía Zhou. Él creía que los sabios gobernantes de ese periodo habían trabajado para crear una sociedad ideal, por lo que intentó promover una clase de caballeros virtuosos y cultivados que pudieran desempeñar los altos cargos del gobierno y guiar al pueblo mediante su ejemplo personal. Basándose en la cultura y el pensamiento antiguos, el gran maestro elaboró un cuerpo doctrinal (confucionismo) con el que trató de explicar y resolver los problemas éticos y sociopolíticos de su turbulenta época. Luego, durante casi dos milenios y medio, la influencia de su doctrina se reflejaría no solo en la vida política y cultural de China, sino también en el quehacer cotidiano y en el modo de pensar de sus habitantes. A lo largo de los más de 2.000 años en que rigió el feudalismo, la doctrina confuciana dictó el pensamiento oficial y gozó de un respeto sin parangón, y no solo en China, sino también en otros países asiáticos. A grandes rasgos, cabe decir que su enorme éxito se debió a que la estricta ordenación jerárquica de la sociedad y las transformaciones políticas propuestas se correspondían con los intereses de la clase gobernante y favorecían la estabilidad y el desarrollo social. Consecuente con su énfasis en las normas de conducta rigurosas y la inalterabilidad del orden, Confucio consideraba graves pecados tanto la desobediencia del súbdito a su superior como la del hijo al padre. Según su doctrina, el soberano debía gobernar bien y sus subordinados debían serle fieles. El simple cumplimiento de esta sencilla norma aseguraba la paz del Estado y la tranquilidad del pueblo. Pero el confucionismo no se convirtió de inmediato en la principal corriente del pensamiento chino, sino que tuvo que esperar hasta el siglo II a. C., momento en que China se convirtió en un poderoso país unificado con el poder centralizado. Fue entonces cuando los gobernantes, después de comprobar la idoneidad de las teorías de Confucio para el mantenimiento de la estabilidad de la sociedad feudal, decidieron adoptarla como doctrina oficial.

Mencio (c. 372-c. 289 a. C.), el segundo de los principales representantes de la escuela confuciana, vivió también en pleno periodo de los Reinos Combatientes. Nacido en Zou (actual

Zoucheng, ciudad de la provincia de Shandong), descendía, al parecer, de una familia noble del reino de Lu. Heredero del pensamiento de Confucio, lo desarrolló y creó un sistema filosófico completo que ejerció una notable y duradera influencia en las generaciones posteriores. Mencio recogió las ideas morales de Confucio y las transformó en una teoría de la benevolencia que se convirtió en el núcleo de su ideario político. Por una parte, distinguía rigurosamente dos clases sociales (gobernantes y gobernados), consideraba que «los gobernantes trabajan con la mente, mientras que los gobernados trabajan con las manos», y estableció una jerarquía basada en el sistema de la dinastía Zhou, que abarcaba desde el emperador hasta el pueblo llano. Por otra parte, abogaba por que los gobernantes se preocupasen de los sufrimientos de los súbditos como si fueran sus padres y que los súbditos sirvieran a los gobernantes como a sus propios padres. Basándose en las experiencias de su tiempo, Mencio sintetizó su ideario en la célebre máxima democrática: «Lo más importante es el pueblo; el Estado lo es menos; y el soberano, menos aún». Para él, la prosperidad o decadencia de un estado dependía de cómo se tratara al pueblo. Además, concedía suma importancia al apoyo o rechazo de los súbditos y, tomando como referencia la historia, enfatizó en repetidas ocasiones que en ello se encontraba la causa del éxito o el fracaso de un país. Entrelazando estrechamente la ética y la política, Mencio subrayó que la esencia de la práctica de la política está en el cultivo de la moral y compendió su doctrina moral en la práctica de cuatro virtudes cardinales (benevolencia, justicia, decoro y sabiduría) y sostuvo que las relaciones entre los miembros de una sociedad basadas en ellas garantizaban la estabilidad del orden establecido y la unidad del país. Para explicar el origen de estas virtudes, formuló el principio de que el ser humano es bueno por naturaleza y que, a pesar de las diferencias determinadas por la jerarquía social y la división del trabajo, todos los miembros de una sociedad compartían una misma naturaleza.

Las doctrinas de Mencio no fueron aceptadas por los gobernantes contemporáneos, pero su pensamiento influyó poderosamente en la política, la mentalidad, la cultura, la moral y las costumbres de las generaciones posteriores. Tachada de «pedante», su doctrina política benévola jamás se llevó a la práctica. A pesar de ello, Mencio dio claras muestras de su peculiar personalidad, ya que menospreciaba a los poderosos y los ricos, y confiaba en poder eliminar los disturbios y rescatar al pueblo de la miseria. En sus encuentros con los soberanos, siempre hizo gala de su honradez y su indiferencia ante las lisonjas. Sus dichos y las polémicas que mantuvo con los representantes de otras escuelas filosóficas se recogieron en *El libro de Mencio,* obra que, transcurridos más de 2.000 años, conserva su interés y sigue gozando de gran prestigio.

Un tercer gran representante de esta escuela de pensamiento fue Xunzi o Hsun Tzu (c. 312-230 a. C.), que fue, ante todo, un sintetizador que combinó elementos del taoísmo y el legismo con los del confucionismo. En oposición frontal a Mencio, él creía que la naturaleza humana es mala, sobre todo porque alberga el deseo congénito de obtener ventajas materiales. En el caso de no lograrlas, estallan las disputas que provocan el desorden público. De ahí, la necesidad de los ritos para mantener este orden público, objetivo principal de la doctrina confucionista. Xunzi decía que las continuas luchas y conflictos producidos en su momento histórico se debían a las doctrinas extrañas de las Cien Escuelas y que, para conseguir la estabilidad social, no tenía que haber dos doctrinas bajo el cielo ni dos conceptos sobre lo santo.

Las doctrinas del taoísmo, la segunda gran escuela filosófica del periodo, se fijaron en el *Tao Te King,* obra atribuida a Lao-Tsé y a los trabajos de Zhuangzi. Lao-Tsé, del que se desconocen las fechas exactas de su nacimiento (¿571 a. C.?) y muerte (hay quienes afirman que

murió a los sesenta años, mientras que otros sostienen que vivió más de doscientos), vivió en el reino de Chu, en calidad de funcionario del Tesoro Real o Biblioteca de la dinastía Zhou, lo que le facilitó convertirse en un erudito de renombre. Sencillo pensador materialista, Lao-Tsé fue el primero que fundamentó su sistema filosófico en el concepto *tao,* palabra que significa literalmente «camino por el que se anda», pese a lo cual no fue, como a menudo se cree erróneamente en Occidente, el fundador del taoísmo. Tras examinar los cambios de la naturaleza y las relaciones entre esta y el ser humano, Lao-Tsé dio nuevos significados al concepto, que él entendía como lo más real y el origen de todas las cosas concretas. Alejado de toda lucha política, Lao-Tsé vivió dedicado al cultivo del *tao* y de sus atributos y procuró permanecer en el anonimato.

Los sencillos conceptos dialécticos que pueblan el *Tao Te King* constituyen la parte más sobresaliente de su filosofía, para la que los seres no existen independientemente unos de otros, sino en virtud de sus interrelaciones. Para Lao-Tsé, además, las situaciones tienden a transformarse en sus contrarias. Así, por ejemplo, en la desgracia están las semillas de la felicidad; y en la felicidad, las de la desgracia. Arguyó que la acumulación cuantitativa puede desembocar en un cambio cualitativo: el brote que nace de una pequeña semilla puede convertirse en un árbol. Afirmó también que no había que dejarse intimidar por las dificultades y que para culminar una gran empresa era necesario empezar por lo insignificante, única manera de poder superar los sucesivos obstáculos. Contrario a la guerra, decía que el lugar donde se estacionaba un ejército quedaba cubierto para siempre de hierbajos salvajes y que, tras una gran contienda, solían producirse calamidades naturales. Asimismo, se oponía a que los gobernantes establecieran impuestos exorbitantes. Lao-Tsé describió vívidamente la sociedad ideal a la que aspiraba: un país pequeño y poco poblado que dispone de armas, carros y barcos pero no los utiliza, y cuyos habitantes llevan una vida sencilla, pueden alimentarse bien, vestirse adecuadamente, vivir en una casa cómoda y no necesitan de la escritura, puesto que, como antaño, hacen nudos en una cuerda para recordar las cosas. Sus ideas políticas dejaron sentir su influencia en los posteriores pensadores utópicos tanto progresistas como reformistas. En general, los taoístas desdeñaban el sistema estructurado que preconizaban los confucianos para el cultivo de la virtud humana y el establecimiento del orden social. En el aspecto político, el taoísmo abogaba por el retorno a las comunidades agrícolas primitivas, en las cuales la vida podía seguir un curso más natural. La solución que propusieron para las convulsiones que azotaban su época consistía en lograr la armonía con la naturaleza, despojándose de ambiciones y regresando a aquel sencillo pasado.

Una tercera escuela de pensamiento que floreció durante el mismo periodo y que posteriormente ejercería una influencia duradera en la civilización china fue el legismo o legalismo. Razonando que los grandes desórdenes del momento exigían nuevas y drásticas medidas, los legistas abogaban por el establecimiento de un orden social basado en leyes estrictas e impersonales, que rigieran cada aspecto de la actividad humana. Para reforzar este sistema, propugnaban el establecimiento de un estado rico y poderoso, en el cual el soberano tuviera una autoridad incontestable. Además, instaban a la socialización del capital, el establecimiento del monopolio gubernamental y otras medidas económicas tendentes a enriquecer al estado, reforzar su poder militar y centralizar el control administrativo. El fundador y máximo representante de esta escuela de pensamiento fue Han Fei (c. 280-233 a. C.), nacido en el seno de la familia real del reino Han. Al ver que el poder de su país declinaba, Han Fei recopiló decenas de sus comentarios políticos en un libro que llevaba el mismo nombre

que él e intentó aconsejar al rey una reforma, pero no fue escuchado. Sin embargo, Ying Zheng, rey de Qin (el futuro primer emperador chino), sí apreció mucho sus teorías. Lo invitó a asumir la asesoría real aprovechando que el filósofo se encontraba en Qin en misión diplomática. Desafortunadamente, Li Si, primer ministro de Ying Zheng y viejo compañero de estudios de Han Fei, celoso, urdió su muerte: lo encarceló y le forzó a beber veneno. No obstante, como veremos, sus teorías sirvieron de base teórica para la fundación del primer Estado unificado de poder centralizado de China. Al analizar las experiencias y lecciones políticas dejadas por la historia, Han Fei planteó una serie completa de medidas para consolidar la dominación feudal, medidas que combinaban la ley con el arte de las maniobras políticas y la autoridad suprema. Abogaba por concentrar todo el poder en manos del rey, quien, respaldado por el Mandato Celestial, habría de servirse del arte de la maniobra política para dominar al pueblo a través de leyes rígidas.

La cuarta escuela filosófica que destacó durante el periodo de las Primaveras y los Otoños fue la del mohismo, fundada por Mozi (479-372 a. C.), quien comenzó por adherirse al confucionismo antes de desmarcarse significativamente y crear su propia escuela de pensamiento, cuyas tesis se revelarían críticas a la vez con las enseñanzas confucionistas y taoístas, y partidarias de una sociedad igualitaria basada en el utilitarismo estricto y el amor recíproco entre las personas. Para algunos, su sistema no era más que una clase de confucionismo degenerado, que, junto a las ideas sobre el amor universal pacifista, propugnaba la organización de unidades paramilitares, el abandono de los ritos ancestrales y la dedicación absoluta al bien común. Lejos de limitarse a la investigación doctrinal, esta escuela se organizaría durante los siglos III y IV a. C. como un movimiento religioso-militarista (aunque antimilitar), compuesto de justicieros y ardientes partidarios de la paz, con la creación de brigadas iniciadas en las artes marciales con el único objetivo de interposición. Para Mozi y sus discípulos, el único criterio que debía servir de base para juzgar una doctrina es el bien que aporta al pueblo. Este punto de vista les situaba en las antípodas de Confucio, defensor a ultranza del punto de vista ético. Para los mohistas no había excepción al valorar a los gobernantes: los gastos suntuarios de la nobleza, las prestaciones personales, los impuestos y, sobre todo, las guerras debían desterrarse, puesto que son contraproducentes y conducen a la ruina de los estados y a la miseria del pueblo. El utilitarismo mohista llevado al extremo conduciría a cuestionarse el principio mismo del placer: obrar es obrar con un objetivo determinado. En este marco, incluso las actividades artísticas son dudosas pues encuentran en sí mismas su justificación.

El concepto de amor universal desarrollado por los mohistas no se asemeja al amor altruista defendido por los confucionistas en el que no se revelan sentimientos ni emociones sino más bien un deseo de equidad. Mozi solo tenía una confianza muy relativa en la naturaleza humana. Para él, el sentido de justicia es un concepto que debe empezar en la cumbre de la pirámide social y bajar desde allí a los demás niveles. En ese marco, que excluye al monarca (que recibe su propio sentido de justicia como parte de su divinidad), la estricta obediencia a los superiores, así como el miedo al castigo, se convierten en las bases de la estabilidad y el control social.

El mohísmo fue prohibido durante la dinastía Qin y murió como movimiento bajo la dinastía Han, que adoptó el confucionismo como doctrina oficial. Al desaparecer como tradición viva en China, sus textos no fueron bien preservados y muchos se perdieron total o parcialmente. No obstante, muchas de sus ideas fueron absorbidas por la corriente principal del

pensamiento chino y han sido reexaminadas en tiempos modernos.

El conflicto entre todas estas escuelas, y en particular entre taoístas y confucionistas, que agitó, pero también dinamizó y dio forma al ideal unificador chino, se prolongó hasta el final del débil poder de la dinastía Zhou que, a mediados del siglo III a. C., ya se presentía cercano. No obstante, débil y todo, seguía expandiéndose en el propio interior de lo que pronto sería un solo imperio.

EL MAPA INTERIOR DE CHINA SE VA COMPLETANDO

En esta época, otras diversas zonas del interior de lo que hoy es China que hasta entonces habían vivido, por distintas razones, al margen de la dominante cultura han se fueron incorporando paulatinamente al mundo chino. Se trataba de pueblos que, por vivir en áreas boscosas, montañosas o pantanosas, habían quedado al margen de la corriente principal, pero que ahora fueron conquistados y absorbidos.

Fue el caso, por ejemplo, del reino de Zhongshan, en la actual provincia de Hebei, al sur de Beijing, fundado en el año 414 por el rey Wu de la minoría nómada di del norte, y que fue absorbido por completo tras un ataque conjunto de los reinos de Zhao, Yan y Qi.

Otra gran área que sufre un proceso similar es la gran provincia de Sichuán. En ella, los reinos de Shu y Ba eran rivales en su intento de dominar la zona central, con sus capitales establecidas en las cercanías de las actuales Chengdu y Chongqing, respectivamente. Aunque los ba y los shu tenían numerosas características comunes, mantuvieron siempre una mutua enemistad. Los vecinos yi, seguramente una rama de los shu emigrada al sur en el siglo IV a. C., también estuvieron en guerra permanente con los ba. En sus bronces quedaron grabados recuerdos de batallas, prisioneros esclavizados y otros decapitados. Mientras los shu y los ba cayeron bajo el dominio del reino de Qin, los yi, establecidos en una región montañosa de escasa producción agrícola, más al sur, evitaron la conquista y, de hecho, mantuvieron su independencia en sus escarpadas montañas hasta mediados del siglo XX.

El reino de Shu, que ocupaba el territorio cercano a la ciudad de Chengdu, posiblemente fuera el heredero de la misteriosa civilización de Sanxingdui, que colapsó hacia el año 900 a. C. Algunos sostienen que el reino de Shu ya había mantenido relaciones con el centro de China desde tiempos remotos, pues ese nombre es mencionado en los huesos oraculares de los Shang y, al parecer, formó parte de la coalición de pueblos que llevó al rey Wu a establecer la dinastía Zhou. Otros creen, sin embargo, que estaban demasiado alejados del centro de China y que la mención de ese nombre puede referirse a otro reino homónimo, pero sin relación, establecido en las regiones centrales. Sí parece más claro que tanto los ba como los shu mantenían cierta relación con los chu, quienes, en su expansión por el sur, habían llegado a las fronteras de sus territorios.

El reino de Ba había sido establecido hacía el año 1000 a. C. Con centro en su capital, Chongqing, se extendía por la cuenca del Yangtsé y alcanzó una cierta maestría en la metalurgia del bronce y en la navegación fluvial. Sus relaciones con el reino de Chu databan de varios siglos atrás, cuando se habían producido numerosos enfrentamientos bélicos entre ambos. La paz se había conseguido al fin por medio de alianzas matrimoniales y, tras ella, los chu habían acudido en su ayuda en varias ocasiones. Ambos reinos, Ba y Shu, acabaron convirtiéndose en sendos campos de batalla en el enfrentamiento entre Chu y Qin, que veían en su conquista una

oportunidad de acorralar a su enemigo. Finalmente extinguidos por los Qin, algunas de sus costumbres quedaron reflejadas en las minorías étnicas de la zona.

Un poco más al sur del territorio de los ba habitaba una serie de pueblos con menor desarrollo político. Se habían organizado en torno a diez confederaciones tribales, siendo la más poderosa la de Yelang, que ocupaba la actual provincia de Guizhou. Esta alianza de tribus, establecida en el siglo VII a. C., compartía algunas características culturales con los ba; por ejemplo, habían conseguido un gran desarrollo en la metalurgia del bronce, con diseños de características propias. Al vivir en tierras montañosas de menor valor estratégico, más lejanas y escasamente productivas, se libraron de los ataques de los Qin, pero no de los de Chu, que envió expediciones al suroeste para evitar verse rodeados por los Qin. Los yelang, no obstante, no serían vencidos totalmente y seguirían dominando autónomamente sus tierras hasta el año 26, cuando el ejército de los Han les impusiera su dominio. Sus descendientes formarían posteriormente varias minorías del sur de China.

Además, por entonces también entró en la historia china el reino de Dian, pueblo establecido desde tiempos remotos en la actual provincia de Yunnan y que había desarrollado una relativamente próspera cultura del bronce, que ya estableció algunos contactos con la dinastía Shang y que, antes de la conquista de Sichuán por el reino de Qin, ya había sido explorado ampliamente por el general del reino de Chu, Zhuang Jiao. Tras conquistarlos *manu militari,* el general emprendió al mando de su ejército el viaje de vuelta hacia su reino, pero en el camino tropezó con el ejército de Qin, que venía de conquistar Ba y Shu. Ante la imposibilidad de vencerles, Zhuang Jiao regresó a Dian, donde se proclamó rey y se fue adaptando a las costumbres locales. En general, se sabe poco de este reino de Dian, que desaparecería súbitamente el año 110 a. C., tal vez a causa de un cataclismo natural. En el año 2001, se descubrió la que se cree que fuera su capital, una ciudad amurallada e internamente dividida en ocho distritos claramente delimitados, intercomunicados por una amplia avenida. Se cree que Dian desarrolló una compleja metalurgia del bronce hacia el siglo VIII a. C. y que mantenía su hegemonía sobre las tribus aborígenes de Yunnan, con las que guerreaba constantemente y a cuyas mujeres y niños esclavizaba. Mientras tanto, en sus relaciones comerciales utilizaban como moneda de cambio las conchas cauríes, organizaban espectáculos de peleas de gallo y adoraban a su animal totémico: la serpiente.

Estos pueblos interiores fueron arrollados por los pujantes Reinos Combatientes chinos que, a su vez, lo serían pronto por el más poderoso de entre ellos: el reino de Qin, que lograría, al fin, concretar el sueño tantas veces acariciado de unificar todos los pueblos chinos.

El nacimiento del Imperio chino

LA CRECIENTE POTENCIA DEL REINO DE QIN

En la fase final del periodo de los Reinos Combatientes, el estado de Qin, el más occidental de los siete reinos, se fue haciendo desproporcionadamente poderoso en comparación a los demás. Consecuentemente, las políticas de estos se centraron principalmente en buscar una respuesta adecuada (a ser posible, definitiva) a la creciente amenaza imperialista Qin.

Qin sobresalió pronto gracias a su organización totalitaria, volcada en sus fines expansionistas, emprendida entre los años 356 y 348 a. C. por el a la sazón primer ministro Shang Yang (395-338 a. C.). Cuando el duque Xiao ascendió al trono de Qin como Xiaogong, consiguió que Shang dejara su modesta posición en el reino de Wei (en cuya familia gobernante había nacido, pero en la que no había conseguido un rango importante) y aceptara convertirse en su consejero jefe. Con el refrendo del nuevo rey, Shang Yang acometió numerosas reformas (conformes a su filosofía legista recogida en su obra *El libro del señor Shang),* especialmente en el campo legislativo, que, en pocos años, hicieron que Qin pasara de ser un reino periférico a convertirse en una potencia militar hegemónica fuertemente centralizada, basada en la meritocracia guerrera y con la nobleza detentando el poder. La inmensa mayoría de las reformas de Shang estuvieron inspiradas en iniciativas tomadas en otras partes; sin embargo, Shang las aplicó con mayor esmero y rigor que en su lugar de origen y consiguió mejorarlas.

Aquellas políticas sentaron las bases que permitirían que con el tiempo Qin conquistara toda China, unificándola por primera vez, y que instaurara su propia dinastía. Shang Yang creía en el imperio de la ley y consideraba que la lealtad al Estado estaba por encima incluso de la familia. Con esa premisa, puso en marcha dos sucesivas oleadas de reformas. La primera, en el año 356 a. C., consistió en un profundo reforzamiento y endurecimiento de las leyes (acorde a las propuestas del *Libro de la Ley* de Li Kui), con el complemento de igualar las penas al delincuente y al que, sabiendo de él, no hubiera informado al Estado, y en la expropiación de tierras de la nobleza y su reparto entre los soldados que obtuvieran éxitos militares, logros que también marcaban los ascensos por un nuevo y complejo escalafón militar de veinte rangos. Además, incentivó el cultivo de nuevas tierras hasta entonces baldías, favoreciendo a la agricultura sobre el comercio y, finalmente, ordenó quemar todos los libros confucianos en un intento de reducir la creciente influencia de esta doctrina filosófica.

Shang introdujo su segundo bloque de reformas en el año 350 a. C. Esta vez incluyó un nuevo y estandarizado sistema de privatización y reparto de tierras y una profunda reforma del sistema de tasas. Además, Shan recompensó a los granjeros cuyas cosechas superaran las cuotas previamente fijadas y esclavizó a los que fracasaban en ello, entregándoselos como trabajadores a los que sí conseguían cumplir los objetivos fijados por el gobierno. Simultáneamente, trató de aumentar la mano de obra, que escaseaba en un reino en que buena parte de sus adultos útiles estaban alistados en el ejército, incentivando la llegada de inmigrantes de otros reinos cercanos (con lo que, además, debilitaba a sus enemigos). Para aumentar la tasa de natalidad, dictó leyes que forzaban a los ciudadanos a casarse a edad muy temprana y redujo los impuestos a los que tuviesen familias numerosas. También apoyó políticas

de liberación de convictos que trabajasen en la colonización de nuevas tierras. Abolió el sistema de primogenitura y creó un impuesto que gravaba doblemente a los propietarios que tuviesen a más de un hijo viviendo en su hogar, tratando de romper los clanes familiares y aumentar con ello el número de familias nucleares.



Alrededor del año 359 a. C., Shang Yang, ministro de estado del reino de Qin, inició una serie de reformas que hicieron que su reino lograra pronto sobrepasar a los demás en poder.

En otro orden de cosas, Shang trasladó la capital del Estado para reducir la influencia de los nobles en la administración. A causa precisamente de este tipo de medidas y del consecuente desprecio por parte de la nobleza de Qin, Shang no pudo sobrevivir a la muerte del duque Xiao. Una de las primeras medidas tomadas nada más ser elevado al trono el sucesor, el rey Huiwen, fue ordenar la ejecución del odiado Shang Yang y de toda su familia, acusados de rebelión. Previamente, Shang había humillado al nuevo duque al someterle a juicio bajo una acusación común, «como si él fuera un ciudadano común». Las crónicas cuentan que Shang fue descuartizado atándole a cuatro carros de guerra espoleados en las cuatro direcciones. No obstante, el rey Huiwen respetó todas las reformas introducidas por Shang.

En cuanto a la resistencia de los demás reinos chinos a la expansión de Qin, pronto se concretaron dos tipos de estrategia posibles: la que se denominó *hezong* («conexión vertical»), que consistía en aliarse unos con otros para repeler el expansionismo Qin, y la que recibió la etiqueta de *liangheng* («conexión horizontal»), que consistía en aliarse unilateralmente con Qin para participar en su ascenso, aplicando la vieja máxima de, «si no puedes con tu enemigo, únete a él». Al principio, la estrategia *hezong* obtuvo algunos éxitos, pero enseguida se mostró incapaz de contener el ansia conquistadora de Qin, que, por su parte, explotó una y otra vez la estrategia *lianheng* para derrotar a los estados uno a uno, paso a paso. Simultáneamente, muchos

filósofos, estrategas y consejeros fueron enviados a los otros siete reinos con fines diplomáticos para que recomendasen a los respectivos gobernantes la puesta en práctica de las reformas de Qin. La actividad de estos «grupos de presión», de proverbial tacto y habilidad, fue llamada «zonghengjia», nombre que resumía el de ambas líneas de actuación anteriores.

Pese a toda la resistencia, desde que el reino de Qin comenzara a anexionarse territorios en el año 316 a. C., al hacerse con el área de Shu, su expansión ya no se detuvo y pronto estuvo en disposición de ir derrotando, uno tras otro, a los otros seis reinos competidores. Según algunos cronistas posteriores, en los cien años anteriores a la unificación de China a manos de los Qin, más de un millón de soldados enemigos perecieron ante el avance de su ejército.

En el año 238 a. C., un nuevo rey de Qin, joven y ambicioso, emprendió la conquista final de todo el país. Contra todo pronóstico, al cabo de nueve años, terminó por imponerse a los otros seis estados y unificó China. La conquista fue vertiginosa; el primer reino en caer ante el ímpetu qin fue Han (230 a. C.), pero enseguida lo hicieron los demás: Wei (225 a. C.), Chu (223 a. C.), Yan y Zhao (222 a. C.) y Qi (221 a. C.). Aquel joven monarca se llamaba Ying Zheng.

Ying Zheng, rey de Qin

En el año 247 a. C., Ying Zheng (259-210 a. C.), nacido en el primer mes del calendario chino, *zheng*, del que tomó su nombre, a la sazón un muchacho de doce años, fue coronado rey de Qin. Pasados nueve años, a los veintiuno, emprendió su ambicioso plan de conquista definitiva y unificación de China, objetivo que lograría, aunque no le sería fácil.

Entre los usos diplomáticos más habituales en aquellos tiempos convulsos de mediados del siglo III a. C. estaba el intercambio de miembros de las respectivas familias reales como rehenes para garantizar por parte de dos reinos contendientes el cumplimiento de los acuerdos pactados tras cada enfrentamiento. Uno de esos rehenes fue Zichu (también conocido como Yiren), príncipe de la casa real de Qin y padre de Ying Zheng, que fue enviado como rehén a la capital del reino de Zhao, Handan, tras la firma de una paz entre ambos estados. En esa capital extranjera nació su hijo, que no regresaría a su país hasta los ocho años, acompañando a su padre. En los años de dorada cautividad, este había establecido relaciones y alianzas políticas que en los siguientes años serían muy útiles y ventajosas para él y, luego, para su hijo. El contacto más importante sería el que estableció con un astuto mercader, Lü Buwei (291?-235 a. C.), que se convertiría en su consejero y cuyas hábiles maniobras en la corte de Qin (especialmente las intrigas eróticas) desembocarían en el nombramiento de Zichu como heredero. Al acceder este al trono con el nombre de Zhuangxiang, Buwei fue nombrado canciller de Estado (lo que hoy sería primer ministro). En el año 247 a. C., tras la prematura muerte del rey Zhuangxiang y el ascenso al trono de su hijo menor de edad, Lü Buwei se convertiría en el indiscutible hombre fuerte del reino. Según un rumor nunca demostrado, el astuto mercader era el auténtico padre del muchacho entronizado, pues, en realidad, la madre y reina consorte de Zichu era una antigua concubina de Lü Buwei.



En el año 247 a. C., Ying Zheng (259-210 a. C.), a la sazón un muchacho de doce años, fue coronado rey de Qin. Pasados nueve años, a los veintiuno, emprendió su ambicioso y exitoso plan de conquista y unificación de China.

Desde su posición, Lü Buwei llevaría a cabo una especie de revolución cultural, fomentando las artes y el pensamiento y creando a su alrededor una auténtica corte de intelectuales, cuyo fruto más importante fueron los conocidos como *Anales del señor Lü*, magna obra recopilatoria que pretendía mostrar y organizar los abundantes y diversos sistemas filosóficos chinos de la época. El propósito del texto era tanto abarcar todo el conocimiento filosófico como crear y afirmar una filosofía de Estado. Tras la muerte de su autor, los *Anales* perdieron el favor del gobierno Qin, pero fueron resucitados por la siguiente dinastía, la Han.

No obstante, la minoría de edad de Zheng no estuvo solo marcada por la figura de Lü Buwei, sino también por otro personaje que tendría un papel aún más destacado más adelante, Li Si (280?-208 a. C.), en principio un filósofo que había evolucionado del confucianismo a la corriente de pensamiento pragmática y modernizadora que dominaría en Qin: el legismo. De algún modo, Li Si depositaría en el joven Zheng la semilla de la ambición política y la aspiración de grandes destinos. Pero ese momento llegaría más tarde, cuando alcanzara la mayoría de edad.

De momento, el adolescente Zheng se sometió al poder de su madre y de Lü Buwei. Precisamente, este complejo entorno familiar le forzaría a afirmar su propia personalidad. Si su adolescencia transcurrió marcada por las intrigas cortesanas y las tácticas y enredos amorosos, su juventud lo estaría por las campañas bélicas. Uno de los momentos más cruentos fue la batalla de Pingyang (234 a. C.), un largo asedio de varios meses que causaría numerosos muertos. La primera batalla que libró Zheng al llegar a la mayoría de edad marcaría el comienzo de una nueva etapa. Al derrotar a un personaje sedicioso que pretendía disputarle el poder,

Zheng dio muestras de una ferocidad represiva que ya nunca le abandonaría y cuya fama le precedería. La caída del rebelde arrastró también a Lü Buwei, que terminó así su vida pública condenado por su pupilo (y, tal vez, su hijo) a beber veneno. Se cuenta que, justo antes de obedecer la orden del rey, mientras esbozaba una sonrisa en dirección al cielo, se le oyó murmurar: «Si no me mata, entonces no está hecho para ser mi hijo». El filósofo Li Si ocupó el lugar de Lü como consejero real y canciller del reino, pero la caída en desgracia de aquel no puede borrar su papel en el ascenso del reino de Qin, proceso que desembocaría en la unificación de China. El episodio, además, tuvo aires de vodevil con trasfondo sexual, toda vez que el militar derrotado era amante de la reina madre, su antigua concubina.

A partir de entonces, Zheng se replanteó la relación con sus vecinos, el resto de los Reinos Combatientes. Una sutil y hábil combinación de agresividad y diplomacia le iba a permitir ir anexionándose trozos de territorio hasta convertir a Qin en el reino hegemónico. Una constante de ese proceso expansionista fue la lucha contra el feudalismo y la constante reafirmación de los poderes del rey. Pero en esa larga lucha por el control territorial no todo se resolvió en el campo de batalla. Abundaron las maniobras políticas, que incluyeron todo tipo de traiciones, intrigas, sobornos y engaños. Incluso, en un último intento por frenar al rampante Zheng, sus enemigos tramarían su asesinato, en un episodio esta vez de tintes trágicos y caballerescos. Aquel intento fallido fue el canto del cisne de un mundo que desaparecía. Zheng triunfó en todos los terrenos y el desenlace de ese periodo tumultuoso sería la conversión del reino de Qin en la superpotencia hegemónica indiscutible y un primer paso hacia el nacimiento de la China imperial. Repasemos someramente cómo fueron aquellos años de continuos enfrentamientos bélicos que la historiografía conoce como Guerras de Unificación Chinas.

Las Guerras de Unificación

Las Guerras de Unificación de China (230-221 a. C.) es el nombre genérico dado a una serie de campañas militares que emprendió el rey de Qin, Ying Zheng, para someter a todos los demás estados feudales y crear un imperio unificado.

La antigua China había sido gobernada desde el año 1046 a. C. por la dinastía Zhou pero, a partir del 770 a. C., ese gobierno entró en decadencia y el poder real se volvió solo nominal. El hecho es que el país quedaría dividido en una multitud de feudos gobernados cada uno por su propio señor, iniciándose entre ellos una serie de luchas por el poder. De esta forma surgieron una serie de estados gobernados por duques pero que, en realidad, eran naciones independientes, que luchaban entre sí por imponer su hegemonía o defender su independencia. De ese modo se inició una guerra civil sin fin dentro de una época marcada por una anarquía feroz. Como ya sabemos, al final del periodo de los Reinos Combatientes, en 230 a. C., quedaban solo siete grandes reinos: Han, Wei, Zhao, Yan, Qi, Chu y Qin.

En 1047 a. C., el rey zhou fue atacado por los nómadas de las estepas y tuvo que huir. La tribu qin lo protegió en su huida e, inmediatamente, expulsó a los invasores. A cambio, el rey les dio las tierras del oeste de China, en donde se estableció el estado de Qin. En 359 a. C., surgió la ya comentada figura del primer ministro Shang Yang, que reformó el país y lo convirtió en el más poderoso de todos. Además, las defensas orográficas naturales aislaron Qin de la guerra civil. En 316 a. C., Qin conquistó Shu y Pa, dos estados menores del suroeste, pasando a dominar todo el oeste de China.

Tras el trágico final del canciller Lu Buwei, llegó al cargo el legista Li Si, que rápidamente transformó la industria comercial en una bélica. En el año 227 a. C. (cuando en Roma el censo contabilizaba 800.000 soldados), el ejército de Qin, un territorio mucho menor, estaba formado por más de un millón de hombres. Pero el ejercito Qin no solo era grande, sino que también poseía una férrea disciplina militar. Eso se explica porque toda la sociedad Qin estaba volcada en la guerra. El lema dominante en el ejército Qin era «tráigame una cabeza y subirá un rango; más cabezas de enemigos, más promociones». El valor era premiado por encima de todo y la cobardía se castigaba con la muerte. Todo adulto joven debía ir a la guerra desde los quince años. La ley militar qin era temible: si un pelotón de diez soldados perdía un hombre, debía traer la cabeza de un enemigo en determinado tiempo; si no, todo el grupo era ejecutado. El ejército poseía carros de guerra tirados por dos o cuatro caballos, desde los que los oficiales daban órdenes a sus soldados y que se usaban también para rodear al enemigo o para lanzar ataques rápidos. Los carros iban protegidos por infantería con lanzas de 6 m de longitud. Los soldados llevaban armaduras de cuero reforzadas por placas de metal resistentes a las flechas y portaban espadas de bronce (20% de estaño y 80% de cobre, con una capa antioxidante de cromo) o de hierro de 1 m de largo para mantener alejado al enemigo (que tenía una espada más corta) y luego matarlo de un golpe. El ejército de Qin también contaba con una poderosa caballería, formada por jinetes formidables, entrenados desde niños, armados con ballesta, que hacían reconocimientos, acechaban al enemigo, cortaban sus líneas de suministros o le atacaban cuando se dispersaba. El uso masivo de ballestas era muy importante ya que así eran capaces de dispersar al enemigo antes de la batalla. Su uso alternado permitía una lluvia constante de flechas que impedían que el enemigo se acercara a su objetivo.

Para lograr someter a los demás reinos chinos, el rey de Qin debía decidir en qué orden atacar a sus estados rivales y competidores. Los más fuertes eran Han (que, situado en el centro del territorio, controlaba las vías y los medios de comunicación), Wei y Chu. La estrategia fijada por Li Si tras conquistar Han fue que caerían Wei y todos los demás estados del norte y que, al final, al quedar aislado, Chu también caería al dirigir contra él la campaña final. En 230 a. C., las tropas Qin atacaron y las batallas no cesaron en la frontera todo el verano costando miles de vidas, pero al fin la feroz resistencia han se rindió. En 228 a. C., el general Wang Jiang marchó con 500.000 hombres contra Zhao. Esa campaña fue una venganza personal del rey, ya que de niño toda su familia se sintió amenazada e insultada durante su estancia en ese reino como rehenes. El ejército Qin arrasó todo y tomó Handan, capital enemiga, que destruyó. Luego, el mismo rey señaló a quienes habían ofendido a su familia en el pasado, que fueron ejecutados (en los peores casos, se les despedazó con caballos). Con esos mismos métodos, en 227 a. C., Qin conquistó Wei en una fácil campaña. En 225 a. C., solo tres estados habían logrado salvaguardar su independencia: Chu, Yan y Qi.

Chu se había recuperado lo suficiente como para montar una resistencia significativa tras su desastrosa derrota ante Qin en 278 a. C. y la pérdida de la que por siglos fue su capital, Ying. A pesar de su gran extensión territorial, sus muchos recursos y su inagotable mano de obra, para Chu fue fatal que la gran mayoría de sus gobernantes, muy corruptos, anularan el estilo legista de reformas implantado por el legislador Wu Qi hacía ciento cincuenta años, cuando Chu fue transformado en el más poderoso estado con una superficie igual a casi la mitad de todos los demás estados juntos. Irónicamente, Wu Qi provenía también de Wei, como el reformador de Qin, Shang Yang, cuyas reformas legistas convirtieron a Qin en una maquinaria de guerra casi invencible.

Finalmente, el rey de Qin decidió acabar por completo con los remanentes de Chu cobijados en Huaiyang. Según las crónicas, preguntó primero a su mejor general, Wang Jian, cuántos hombres se necesitarían y el militar respondió que 600.000. Sin embargo, la expedición fue comandada por Li Xing, quien aseguró que con 200.000 sería suficiente. La primera invasión fue un desastre al ser derrotados los soldados qin por los 500.000 chu. La estrategia de estos fue hábil: primero dejaron que el ejército qin obtuviese algunas victorias poco significativas, atrayéndolo así hacia la emboscada del contingente principal, que fácilmente puso en retirada al ejército. Durante el contraataque, las tropas de Chu quemaron los dos grandes campamentos qin, de los que se salvaron apenas 10.000 soldados.

Llamado con urgencia, en el año 224 a. C., el general Wang Jian aceptó dirigir una segunda fuerza de invasión de 600.000 hombres, pero no sin antes hacer al rey unas peticiones exageradas de recompensas personales, que aquel aceptó. El taimado general explicó a sus lugartenientes que solo elevando el tono de las exigencias el rey confiaría plenamente en su capacidad para dar la vuelta a la situación. Mientras tanto, en Chu, la moral estaba muy alta tras su victoria del año anterior sobre el poderoso ejército qin. Sin embargo, las fuerzas Chu se replegaron, creyendo que el nuevo ejército les sitiaría. Pero Wang Jian mantuvo a su ejército acantonado sin lanzarse al combate definitivo. Tras un año de tensa espera, Chu decidió disolver por el momento su ejército, muy debilitado por la inacción. Fue ese el momento que eligió el general de Qin, Wang Jian, para invadir Chu, conquistado y sometido en el año 223 a. C.

Tras esta trabajosa victoria, ya solo quedaban los reinos de Yan y Qi, incapaces de enfrentarse con posibilidades de éxito a Qin. Ante tal perspectiva, y con el ejército de Qin amenazando ya su reino, el rey de Yan (a consejo de su hijo, conocido como el «Príncipe Rojo»), intentó una última argucia desesperada. Mandó una comitiva con sus mapas estratégicos y la cabeza de un general desertor de Qin como prueba de su rendición. El general decapitado, que odiaba a muerte al rey de Qin porque este había ordenado asesinar a toda su familia, accedió a morir si era a cambio de la muerte de su enemigo. Para demostrar su compromiso, se degolló él mismo. En realidad, los emisarios de Chu eran dos asesinos a sueldo, conjurados para que uno asesinara al rey de Qin, mientras el otro le distraía con los presentes de la rendición. El rey organizó una ceremonia en su palacio, ante toda su corte, en la que, como era preceptivo, solo él iba armado con una espada ceremonial, pero, traicionados por los nervios, los asesinos no fueron capaces de matar al rey. Furioso, Zheng atacó el estado de Yan, que cayó en un mes, no sin que antes su rey intentara calmarlo matando a su hijo, el Príncipe Rojo. Acto inútil, porque Zheng no conocía la piedad ni el perdón.

Finalmente, en 221 a. C., el reino de Qi, el último reino superviviente, se rindió y el país entero quedó unificado bajo la incontestable hegemonía de Qin.

De rey a Primer Emperador de China

El periodo de los Reinos Combatientes finalizó, pues, con la supremacía militar de uno de los siete reinos, Qin, casualmente el menos chino de todos ellos, según el canon de entonces. Localizado geográficamente en la parte más occidental, mantenía un cierto aislamiento del resto de China debido a que el río Amarillo proveía al reino una frontera natural al norte y al este; mientras, al sur, varias cadenas montañosas accesibles por muy pocos pasos dificultaban las

agresiones enemigas. Estas condiciones geográficas fueron causa directa de la fuerza que adquirió el reino de Qin ante sus enemigos, que le permitió crear una fuerte organización, basada en el desarrollo de su tecnología militar. Sus artesanos conocían el hierro al igual que los de otros estados, pero aplicaron mejor su conocimiento a la fabricación de armas, sustituyendo el bronce y consiguiendo la supremacía absoluta en el campo de batalla. Sin embargo, no solo el factor militar explica el éxito de su expansión; que también se basó en una sólida organización sociopolítica, que más tarde extenderían a todo el imperio.

El rey Zheng culminó su empeño e, inmediatamente, tomó las medidas necesarias para fraguar y consolidar un nuevo Estado, pues su proyecto político aspiraba a echar raíces y a perdurar. Y, aunque su dinastía sería efímera, pues no iría más allá de su hijo, el estado unificado que creó duraría, con altibajos, más de dos mil años. Ese éxito solo puede ser calificado de histórico y revolucionario.

Para subrayarlo, Zheng decidió adoptar un nuevo título que lo diferenciara de los demás reyes feudales. Seguramente no le movía a ello solo la vanidad, sino también el deseo de marcar un hito histórico que delimitara un antes y un después de su reinado. Durante la dinastía Zhou, los señores feudales que consiguieron independizarse de la autoridad del rey comenzaron utilizando el título de duque o marqués (*kung*). En el caso del estado de Qin, en el siglo IX a. C., los primeros soberanos tomaron el de duque, concedido por los reyes zhou. En el año 750 a. C., el estado de Qin se convirtió en principado (*kuo*) e inició la pugna con los otros principados por la hegemonía del mundo chino. En el 623 a. C., ya en pleno periodo de las Primaveras y los Otoños, el rey zhou reconoció la hegemonía sobre los bárbaros del oeste. En estos convulsos siglos, la casa real de Zhou, realmente inoperante, mantuvo el título de rey (*wang*); al mismo tiempo, el monarca también era conocido como «Hijo del Cielo» *(tien tzu),* título que le daba una posición cuasi divina. Sin embargo, los señores feudales pronto aspiraron también a un título regio: en el 588 a. C., el duque de Qi sugirió al de Qin que se convirtiera en wang, pero este no se atrevió a dar el paso, que suponía romper con la tradición. No obstante, en el año 370 a. C., el soberano de Wei asumió definitivamente el título real y su ejemplo fue seguido rápidamente por los gobernantes de los demás estados. A partir de ese momento, quedó patente la impotencia de los reyes de la dinastía Zhou, que mantuvieron el título de Hijo del Cielo, pero fueron relegados a figuras inoperantes y vacías de todo poder.

Obviamente, al rey Zheng de Qin, tras su clamorosa conquista de todos los estados chinos, el título de *wang* le sabía a poco. Por ello, encargó a los grandes personajes de su reino (entre ellos, Li Si) que pensaran en uno nuevo que reflejase y proyectase su magnificencia. La propuesta final de los servidores del rey se basó en una concepción religiosa: «Proponemos un título honorable: que el rey sea Soberano Supremo *(tai-huang),* que sus mandatos sean llamados "decretos" y sus órdenes, "edictos", y que el Hijo del Cielo *(tien tzu)* se designe a sí mismo con el nombre de *zhen ("soberano supremo")*». Proponían, pues, un claro paralelismo con los Tres Augustos y los Cinco Emperadores legendarios, pues, a su entender, el rey de Qin los había igualado en grandeza, si no superado, gracias a la majestuosidad de sus triunfos.

Sin embargo, el rey de Qin no aceptó aquel título, diciendo: «Rechazo "Supremo" *(tai)*, adopto "Augusto" *(huang)* y le agrego el título imperial de la más alta antigüedad: mi título será *"huang ti"».* Tal título era, de hecho, una novedad. Los monarcas de las dinastías Shang y Zhou eran reyes *(wang),* la nueva dinastía Qin adoptaba el título de emperador *(huang).* En su origen, este título tenía unas connotaciones religiosas; en los más antiguos textos se empleaba casi exclusivamente como un calificativo del Cielo o de los antepasados divinizados, con la

connotación de «resplandeciente» o «augusto». Por otra parte, ahora se añadía la partícula «ti», que significa «soberano» o «emperador», y que tenía ya una larga historia: los *ti*, en principio, habían sido los antepasados de las primeras casas reales, en especial de los Shang; habían sido los Cinco Emperadores míticos, el último de los cuales, Yu el Grande, había fundado la primera dinastía. Eran los fundadores de la civilización, los inventores de las instituciones. El uso de la partícula «ti» hacía evidente la buscada conexión con la divinidad: el soberano supremo del Cielo era Shang Ti, de quien procedía todo el poder; el soberano en la tierra era ahora el Hijo del Cielo, que gobernaba a través del poder que emanaba del soberano celeste, que se lo transmitía por medio del Mandato Celestial.

Al mismo tiempo que el nuevo emperador asumía el nuevo título, quiso también marcar un punto de inflexión en la historia y decidió acabar con la tradición de los nombres póstumos que había caracterizado la Antigüedad. «Es una manera de que los hijos juzguen a los padres y los súbditos a los príncipes: eso no tiene sentido y no pienso soportarlo», arguyó. Estaba claro que el nuevo emperador quería romper con la tradición e iniciar un nuevo lenguaje: «Yo soy el Primer Soberano Emperador *(shi-huang-ti)*, y los que vengan después que tomen por nombre el número de la generación que les corresponda (Soberano Emperador de la Segunda Generación *(er-shi-huang-ti)*, Tercera Generación, hasta llegar al de la Generación Diez Mil) y así se transmitirá el título sin interrupción». Resulta irónico que la dinastía se colapsara en la segunda generación. Sin embargo, el título sí se conservó: hasta la caída del imperio en el por entonces lejano 1912 (no 10.000, pero sí más de 2.100 años después), los soberanos chinos seguirían ostentando el título de *Huang-ti* (que en Occidente se suele traducir como «emperador»).

Qin Shihuang se convirtió, pues, en el Primer Emperador del estado de Qin, nombre que ahora pasó a referirse a todo el territorio conquistado por él. El nombre «China» nunca se usó oficialmente para el país hasta 1912, cuando se fundó la República de China.

«Diez mil años»

Tradicionalmente, la expresión wansui o «diez mil años» ha sido utilizada desde la Antigüedad para bendecir a los soberanos de China, Japón, Corea y Vietnam. En la antigua China era costumbre expresar admiración y respeto hacia el emperador coreando varias veces la frase *Wu huang wansuì, wansuì, wanwansuì,* literalmente «Que mi Emperador [viva y gobierne por] diez mil años, diez mil años, diez mil [veces] diez mil años», pero que se suele traducir como «¡Larga Vida!», ya que la cifra diez mil tenía en el sistema arcaico de numeración chino la connotación de infinito o inconmensurable.

Esta fórmula china de exaltación del emperador fue introducida después en Japón como *banzei* en el siglo VII. Allí, tras la Restauración Meiji, la expresión pasó a pronunciarse *banzai,* a la vez que era incluida en la fórmula ritual constitucional tras ser empleada por los estudiantes universitarios a modo de consigna al paso del carruaje del emperador. Durante la Segunda Guerra Mundial, el *banzai* japonés se haría famoso en todo el mundo como uno de los gritos de guerra que proferían los soldados nipones y, especialmente, los pilotos kamikaze antes de inmolarse lanzándose sobre los objetivos enemigos.

El nombre de China

Hace unos 4.300 años, en las llanuras centrales de Extremo Oriente bañadas por la cuenca media del río Amarillo, tras la alianza tribal alcanzada por dos grandes jefes, Yan Ti y Huang Ti, se formó una gran nación que recibió inicialmente el nombre de Hua. En el siglo XXI a. C., Qi, hijo de Yu el Grande, el héroe que había sabido controlar las aguas, fundó el reino Xia. Desde ese momento, la nación Hua tuvo el nombre de Xia, que significa «grande». Así que fue lógico que esta gran nación comenzara a ser conocida como Huaxia («Gran Hua»). Enseguida, como el pueblo de Huaxia estaba orgulloso de su gran país, le llamó «El País del Centro», *Zhongguó.*

El nombre español de China, similar al de la mayoría de las lenguas europeas, es una derivación de Ch'in, denominación en sánscrito y persa («Cina») con la que en la India y Persia se conocía a la dinastía Qin y que, tras llegar a Europa desde el sur de Asia, el latín transformó en *Sina,* palabra de la que después surgieron las distintas variantes occidentales, como las castellanas «china» (referida al tipo de porcelana) o «sinología» (ciencia que estudia la antigua China). La primera mención conocida de la palabra «China» aparece en el Mahabharata (siglo IV a. C.) y hace referencia al país de Qin (pronunciado «chin»), el más occidental de los reinos chinos de la época.

Siglos atrás, se utilizó también el nombre Catay, que tiene su origen en el pueblo altaico kitán, que fundó la dinastía Liao en el siglo X, que fue el que se le dio en los relatos medievales europeos, como los *Viajes de Marco Polo.* La denominación Catay, con ligeras variantes, pervive aún como habitual en algunas lenguas como el ruso y el mongol. En el siglo XVII, el misionero jesuita portugués Bento de Goes demostraría que la «China» visitada por los misioneros europeos era el mismo país que el «Catay» de Marco Polo.

En chino, el país se denominaba antiguamente mediante el nombre de la dinastía gobernante. Desde la caída de la última, la Qing, en 1912, el nombre habitual del país es *Zhongguó,* que se puede traducir como «País del Centro» o «Reino del Medio». Otra variante es *Zhonghua,* utilizado en los nombres oficiales tanto de la República Popular China como de la República de China (Taiwán), y que se suele abreviar como *Hua*. Además, existe también el nombre poético *Shenzhou,* que apareció por primera vez en el *Shujing* (siglo VI a. C.), usado para referirse a la dinastía Zhou Oriental, ya que se creía que ella era el «centro de la civilización», mientras que las personas que habitaban en los cuatro puntos cardinales eran llamados Yi del Este, Man del Sur, Rong del Oeste y Di del Norte, respectivamente. Algunos textos implican que *Zhongguó* originalmente pudo referirse a la capital en que residía el soberano, diferente de la capital de sus vasallos. El uso de este término implicó un reclamo de legitimidad política, y a veces fue usado por estados que se veían como el único sucesor legítimo de las dinastías chinas anteriores; por ejemplo, en la era de la dinastía Song del Sur, tanto la dinastía Jin como el estado de Song del Sur reclamaban ser *Zhongguó.* La denominación comenzó a tener uso oficial como abreviación de la República de China *(Zhonghua Minguo)* luego del establecimiento del gobierno en 1912.



Para inmortalizar su éxito, Ying Zheng decidió adoptar un nuevo título que lo diferenciara de los demás reyes feudales. Su deseo era el de marcar un hito histórico que delimitara un antes y un después de su imperio. Así se convirtió en Qin Shihuang Ti, el «Primer Emperador».

Sus coetáneos conocieron al personaje como «Primer Emperador», sin necesidad de especificar su imperio. Sin embargo, poco después de su muerte, su régimen se derrumbó, y China se vio inmersa en una guerra civil. Poco después, en el 202 a. C., la dinastía Han se las arregló para reunificar e incluso ampliar aquel país, que comenzó a ser llamado imperio Han. En consecuencia, Qin Shihuang ya no debía ser lla mado «Primer Emperador», ya que esto implicaría que lo era también del estado de Han. Se inició entonces el hábito de preceder su nombre con Qin, alusivo a la dinastía por él fundada. Este nombre póstumo de Qin Shi Huang Ti (es decir, «Primer Emperador [de la dinastía] Qin»), acortado en Qin Shihuang, es el que aparece en los *Registros históricos* del historiador de la época han Sima Qian, autor de la primera crónica de estos tiempos remotos, y el que se prefiere en China cuando se hace referencia al personaje. Los occidentales ocasionalmente escriben Qin Shihuangti, que es una elección poco acertada, pues ignora las convenciones chinas para los nombres.

LA DINASTÍA IMPERIAL QIN

La conquista de los otros seis reinos que, junto con el de Qin, darían lugar a lo que hoy llamamos China, puso punto y final a la época de los Reinos Combatientes (453-221 a. C.) y, de hecho, a la dinastía Zhou (que reinaba nominalmente desde mediados del siglo XII a. C., pero que el propio Qin ya había depuesto en el 250).

«Y por primera vez, Qin poseyó todo lo que hay bajo el cielo». Con esta frase recuerda el

historiador Sima Qian el gran éxito militar del rey Zheng de Qin (a partir de entonces, Qin Shihuang, Primer Emperador de China), que recuperó el viejo concepto del prestigio y el poder regios que se asociaban tradicionalmente al relato semimitológico del gobierno de los legendarios Tres Augustos y Cinco Emperadores (especialmente de su homónimo Huang Ti, el Emperador Amarillo), pero adaptándolo a las nuevas realidades. Según el historiador mencionado (al que tanto deben esta y las demás historias de la China milenaria), el nuevo reino «ha dominado a opresores y asesinos, ha pacificado y controlado todo lo que hay bajo el cielo, ha establecido provincias y prefecturas dentro de los cuatro mares y ha unificado leyes y decretos».



Nada en China siguió siendo igual después del ascenso al trono del nuevo emperador. Entre sus primeras medidas estuvo la de autolegitimarse por medio de un relato oficial adecuado de los acontecimientos anteriores. Conseguido esto, emprendería inmediatamente la organización territorial con un criterio claramente centralizador y con presencia en todas las provincias de una escala de funcionarios representantes del poder imperial. Los cambios sociales no se hicieron esperar. Uno de los más notables fue la conversión de la vieja aristocracia, asociada al periodo de los Reinos Combatientes, en una moderna meritocracia. Como soberano consciente de su poder y del cambio histórico que llevaba a cabo, Shihuang se reveló como un maestro de la política simbólica: para realzar su poder, emprendió un gran programa de obras públicas y ornamentales, desarrollando una extensa red de carreteras (las llamadas «autopistas imperiales», que partían de Xianyang, la capital, en las cuatro direcciones, pero con prioridad de la carretera norte-sur) y canales entre las provincias para acelerar el comercio entre ellas y los desplazamientos militares a las que opusieran resistencia. Esta revolución de las infraestructuras fue uno de los hitos del reinado del Primer Emperador, comparable a lo realizado por Roma en este campo.

El ex rey de los Qin fundó una nueva dinastía y con él surgió, por primera vez en la historia, un estado chino fuerte, centralizado y unificado, que regía la vida de unos cuarenta millones de súbditos. Tras su victoria definitiva, trasladó su capital a Xianyang (ciudad muy cercana a la actual Xian), donde erigió enormes palacios y donde acogió a las clases nobles de todos los antiguos reinos enemigos, para convertirlos en sus cortesanos y poder vigilarlos más de cerca.

En lo político inició las reformas necesarias para conseguir la unificación política, económica y cultural de todo el territorio chino, basada en el sistema filosófico legista en el que la aplicación rigurosa de la ley, mediante un código de premios y castigos, legitimaba la centralización del poder y el control absoluto del emperador. La unificación política se llevó a

cabo mediante un nuevo orden administrativo, al dividir el territorio en treinta y seis provincias, gobernada cada una de ellas por un gobernador civil, otro militar y un inspector o superintendente imperial (que actuaba de mediador entre ambos). Todos ellos eran nombrados por el emperador y solo podían ser destituidos por él, y, si habían mostrado méritos para ello, eran reasignados a una nueva provincia cada pocos años para prevenir que acumularán un excesivo poder. Las provincias fueron subdivididas en condados dirigidos por magistrados, cuyos cargos no eran hereditarios y que dependían directamente del gobierno provincial. Se fundó así una estructura administrativa piramidal característica china (en cuyo vértice superior se situaba el emperador con máximos poderes efectivos y en su base, como núcleo, la familia) que seguiría vigente, con pocos cambios profundos, hasta el final del imperio, iniciado ya el siglo XX. A tal fin, se abolió la servidumbre, el feudalismo y la formación de estados feudatarios que pudieran poner en peligro la unidad imperial y volver a traer la anarquía que había dominado el largo periodo anterior. Los grandes hacendados de las provincias fueron obligados a fijar su residencia en la nueva capital y a entregar sus tierras a los administradores imperiales. A su vez, se suprimieron los títulos y los privilegios de la antigua nobleza, que fue reemplazada por una nueva de origen militar, jerarquizada en veinte grados. Al mismo tiempo, tuvieron lugar grandes desplazamientos forzados de población a través del país.

Figura inseparable de Qin Shihuang sería Li Si (280-208 a. C.), el filósofo que sustituyó al viejo Lü Buwei como canciller (primer ministro) y, sobre todo, como consejero real. Li Si fue responsable de las medidas más notables dictadas por el Primer Emperador. Destacaron entre ellas la unificación en muchos campos, como la moneda, los pesos y medidas, la anchura del eje de los carros (algo equivalente al moderno ancho de vía ferroviaria) y el sistema de escritura. Qin Shihuang y Li Si crearon también el primer sistema de envíos postales de la historia de China. Algunas de estas normas, como la unificación monetaria, perdurarían hasta nuestros días.

Gracias a su avanzada organización administrativa, el reino de Qin consiguió aumentar los territorios que controlaba para llegar a constituir el primer imperio realmente chino. Presidiendo y dirigiéndolo todo estaba el emperador, que controlaba tanto la administración imperial como la local. El emperador recibía el consejo del tutor imperial y de las juntas de corte. A la cabeza de la administración imperial estaban las Tres Excelencias: el canciller, el secretario mayor y el comandante en jefe del ejército. El canciller era el puesto clave, ya que era el responsable de la Cancillería y de los diez ministros: el supervisor de ceremonial (encargado de los asuntos astrológicos, de las súplicas, de los auspicios, de la música o de la docencia), el gran aposentador, el prefecto de palacio (responsable de los debates políticos y de las transferencias de comunicaciones), el gran auriga, el comandante de justicia, el director de huéspedes, el gran ministro de agricultura (que también hacía las funciones de tesorero estatal), el director del clan imperial y el tesorero privado (pieza clave en el esquema al estar encargado de los suministros, la administración palatina, el control de los precios o la preparación de la documentación imperial, entre otras funciones). El canciller también tenía a su cargo otros funcionarios de menor importancia que la ministerial, como el arquitecto de la corte, los funcionarios responsables de la seguridad en la capital, etc. Subordinados al comandante en jefe estaban los generales, responsables directos de las tropas. La administración local se componía de comandancias y prefecturas. Las comandancias estaban constituidas por la Secretaría de Inspección, dirigida por un supervisor; la administración de la comandancia; el encargado del reclutamiento militar, y el comandante de prisiones. La dirección de la Prefectura estaba a cargo del prefecto, que tenía bajo su responsabilidad a otro grupo selecto de funcionarios y

subalternos. El organigrama administrativo lo completaban los funcionarios nombrados por las autoridades locales superiores: el distrito nombraba al Tres Veces Venerable (una especie de guía moral), a los funcionarios subalternos con rango (en los grandes distritos) y alguaciles (en los pequeños), y al jefe de ronda, encargado del mantenimiento de la ley y el orden; la comuna (había diez por distrito) nombraba al jefe comunal; y la aldea (diez por comuna), al jefe de aldea.

El sistema de gobierno, basado en la aplicación rigurosa de la ley, se extendió por todo el imperio, reforzado por la idea de responsabilidad del grupo como instrumento de control sobre los individuos. Se procedió a dividir a la población en grupos de diez familias, cuyos miembros se hacían corresponsables de cualquier acción individual, y más si esta era de índole delictiva: «Quien no denuncie a un culpable será cortado en dos; quien denuncie a un culpable recibirá la misma recompensa que quien decapite a un enemigo; quien encubra a un culpable recibirá el mismo castigo que quién se rinda ante un enemigo».

Igualmente, se acometió la nueva organización rigurosa de la policía y la justicia, con un severo control de los desplazamientos dentro y fuera del país, y con fuertes sanciones contra el vagabundeo y la ociosidad. En la época qin aparecieron las primeras fichas policiales en los hoteles chinos. Y todas las armas fueron confiscadas, porque las pocas bandas que asaltaban en los caminos eran, según los decretos, un problema del ejército, no de los particulares.

Además, el cumplimiento escrupuloso de la etiqueta y de las reglas morales obsesionaba al emperador. Para complacerlo, su canciller ordenó grabar sobre las piedras de los caminos inscripciones contra la corrupción, la lujuria y la gula. Cuando el emperador descubrió que su propia madre era libertina y mantenía a varios amantes, la condenó a muerte. El canciller intercedió a favor de la mujer y logró mitigar la pena capital, conmutada por la de destierro.

Respecto a las medidas de carácter económico tomadas en el proceso de unificación, estuvieron directamente relacionadas con la agricultura y el comercio, no tanto en lo referente a la producción y distribución de los productos sino en cuanto a la responsabilidad colectiva sobre ellos.

El duro código penal de Qin

El estado de Qin fue conocido por la extrema severidad de su legislación y por lo habitual de las condenas a trabajos forzados. Se premiaba a quien denunciara a los que transgredían las leyes, y estos eran severamente castigados con la muerte, distintas amputaciones o el trabajo forzado, según la naturaleza de su crimen. Se distinguían cuatro grados de trabajador forzado: trabajador deudor, convicto siervo, convicto obrero y convicto penado. En esta última categoría se podía incluir la mutilación, que iba desde las marcas en la cara hasta la amputación de uno o varios miembros. Los hombres condenados a trabajos forzados (siempre vestidos de rojo y con un pañuelo de ese mismo color en la cabeza) eran enviados a cumplir su pena en la Gran Muralla, a dragar algún canal o a abrir caminos. Las mujeres, a cosechar o moler grano. Los que lo hacían por tener alguna deuda conmutaban cada día de trabajo por ocho monedas (seis si el estado les proveía la comida). Si un trabajador forzado rompía una herramienta o un carro, era castigado con diez azotes por cada moneda que costase lo roto.

Al que robase en asociación con otras cuatro personas algo que valiese una moneda o más, se le amputaba el pie izquierdo, era tatuado en la cara y condenado a trabajos forzados. Si los

ladrones eran menos de cinco, pero robaban más de seiscientas monedas, eran tatuados, se les cortaba la nariz y trabajaban forzadamente. Cuando lo robado equivalía a una suma entre doscientas y seiscientas monedas, se los tatuaba y condenaba a trabajos forzados. Si era menos de doscientas, eran desterrados. Cualquiera que mataba a un niño sin autorización era condenado a trabajos forzados, salvo que se tratase de un recién nacido subnormal o deforme. La esposa adúltera era tatuada en el rostro y condenada a trabajos forzados. Sin embargo, las deudas podían ser saldadas mediante el trabajo de los esclavos o de los animales domésticos del reo.

Una vez conseguido este primer estadio del proyecto imperial, se hizo necesario otro tipo de medidas que dieran cohesión a sus habitantes. La unificación cultural fue sin duda la más espectacular por las perdurables consecuencias que tuvo. En ese campo, lo primero que propuso el primer ministro Li Si fue la creación de un estilo único de escritura frente a la diversidad existente. Concretamente, propuso simplificar y racionalizar las formas de los caracteres que habían ido surgiendo desde sus orígenes, para formar el llamado «pequeño sello», basándose en el conjunto de caracteres usados en el estado de Qin. Este nuevo conjunto de caracteres fueron de uso obligatorio, lo que, al menos en la ley, abolió el uso de todos los sistemas de escrituras locales y estatales. Los edictos escritos con este nuevo conjunto de caracteres fueron tallados en los muros de las montañas sagradas de toda China, para dar a conocer al Cielo la unificación del «mundo» bajo un solo emperador, y también para propagar el nuevo conjunto de caracteres entre el pueblo.

Qin Shihuang, un personaje complejo y polémico

Como sucede con todos los grandes tiranos, los sueños de Shihuang se vinieron pronto abajo y casi todos sus decretos no le sobrevivieron. El mismo día en que murió, sus hombres de confianza fueron decapitados. El hijo mayor, que debía heredar el trono, fue obligado a suicidarse por el hijo segundo, que usurpó su cargo. Pero este hijo, Er Shi, solo pudo reinar cuatro años: la rebelión de un pequeño ejército en la ciudad de Chiang-Ling, sobre el río Yangtsé, desbarató la fortaleza de su imperio. Los discípulos de Confucio, que detestaban a Shihuang, sostuvieron ante los historiadores que si sus grandes obras quedaron inconclusas fue porque así lo decidió un poder superior al emperador: el del Cielo.



La dinastía Qin llegó a su final solo cuatro años después de la muerte de Qin Shihuang y poco más de quince después de ser fundada, pese a los baldíos esfuerzos (y los muchos edictos, como el de la placa de bronce de la foto) de su hijo y sucesor, Er Shi Huangti, «El Segundo Emperador». No obstante, aunque fue de corta vida, dejó un imperecedero legado a las posteriores dinastías chinas.

No obstante, durante su reinado, Shihuang sentó las bases que regirían China durante siglos. A pesar de ello, su figura ha pasado a la historia como la de un cruel tirano, cuyo inmenso imperio se hallaba controlado por el terror. Para muchos chinos, el Primer Emperador fue un genocida cruel y despiadado; para otros, un gran político que borró el feudalismo y sentó las bases del país que perduraría durante dos milenios. Además, también intentó extender las fronteras exteriores de China. En el sur, sus ejércitos marcharon hacia el delta del río Rojo, lo que en la actualidad es Vietnam. En el sudoeste, su dominio se extendió para englobar la mayor parte de las actuales provincias de Yunnan, Guizhou y Sichuán. En el noroeste, sus conquistas alcanzaron Lanzhou, en la actual provincia de Gansu, y en el nordeste, un sector de lo que hoy es Corea reconoció la superioridad de los Qin. El centro de la civilización china, sin embargo, permaneció en el valle del río Amarillo.

Pero el coste económico y humano de las conquistas extranjeras de los Qin y la construcción de la Gran Muralla y otras obras públicas fue enorme. El peso siempre creciente de los impuestos, el servicio militar obligatorio, su crueldad jurídica y los trabajos forzados crearon rápidamente un hondo resentimiento entre las clases populares. Además, los intelectuales estaban ofendidos por la política gubernamental de control del pensamiento y, en especial, por la quema de libros. No obstante, mientras estuvo vivo, el emperador fue capaz de mantener la estabilidad gracias a su firme control de cada aspecto de la vida de los chinos. Pero, a pesar del éxito militar de la unificación, las características del estado Qin hicieron su supervivencia inviable y se vino abajo tras la repentina muerte de su creador.

En el breve plazo de siete años, había logrado domeñar a la mayoría de sus poderosos

estados vecinos. Pero mientras que se encargaba de eliminar a los enemigos de fuera, en su propia corte, miembros de su propia familia planeaban derrocarlo. En sus once años de reinado, unos treinta o treinta y cinco señores feudales osaron alzarse contra sus designios; todos fueron sometidos a la poco noble pena de empalamiento. Su propia madre y el nuevo compañero de esta, un hombre que le concedió dos hijos secretos, intentaron repetidamente derrocarle. Tras un nuevo intento de asesinato en el año 227 a. C., el rey decidió aplicar su régimen despiadado a todos por igual, independientemente del rango o la relación familiar. A partir de ese momento, desde el punto de vista clínico, se convirtió en un auténtico paranoico con manía persecutoria muy aguda.

Lo cierto es que su genio militar estuvo a la altura del puesto de manifiesto cien años antes por Alejandro Magno o, cien años después, por Julio César. Pero su personalidad enfermiza quedó reflejada en sus numerosos edictos. Se dice que en una ocasión mandó talar todos los árboles del monte sagrado de Xiang y lo pintó de rojo (el color de los convictos) como venganza ante la imposibilidad de acceder a él a causa de una tormenta. Se convirtió en un enemigo acérrimo del confucionismo (460 eruditos confucianos fueron enterrados vivos en una sola ocasión, acusados de desafiar su régimen), que reemplazó por un rígido legismo. Y ordenó una de las primeras quemas de libros de la historia, haciendo desaparecer prácticamente todos los escritos anteriores a su imperio, salvo aquellos en los que se alababa su persona o que estuviesen dedicados a la medicina o a la magia adivinatoria, un interés esotérico que le llevó a enviar varias expediciones en busca del elixir de la vida eterna, o a ingerir repetidamente dosis de mercurio, supuestamente para prolongar su vida, aunque ello lo condujo a la locura y, probablemente, aceleró su muerte. Su ansia de inmortalidad se refleja en su espectacular mausoleo, en cuya construcción, cerca de Xian, se invirtieron treinta y seis años. Esa misma obsesión por la inmortalidad le hizo mantener en su corte a un gran número de alquimistas, astrónomos y médicos que le aseguraron, tras varias búsquedas infructuosas, que frente al mar de Bahai existían unas islas (Zhifú) donde crecía una hierba necesaria para crear tan ansiado elixir. Ante tal dato, el emperador ordenó zarpar a una expedición compuesta por más de tres mil personas, de las cuales ninguna regresó (pero a las que la mitología popular ha conferido la categoría de primeros habitantes del archipiélago japonés).

Estas historias resultarían inverosímiles si no hubiesen pervivido los restos materiales de su desmesura, como la Gran Muralla, como su inacabado y fastuoso palacio imperial de Afang (que hubiera abarcado casi 3 km de planta y hubiera albergado miles de estancias), y sus otras residencias, unas 270, ubicadas en un radio de 100 km, comunicadas entre sí por una inmensa red de pasadizos secretos con el fin de eludir posibles atentados. El emperador a menudo realizaba visitas a ciudades importantes de su imperio para inspeccionar la eficiencia de la burocracia y para difundir el prestigio de Qin. Sin embargo, estas salidas proporcionaban grandes oportunidades a los posibles magnicidas. En los últimos años de su vida, después de que los intentos de asesinato se repitieran demasiadas veces como para que se encontrara cómodo, se hizo más paranoico acerca de quedarse en un mismo lugar durante demasiado tiempo y contrató a sirvientes ocupados solo de trasladarle cada noche a dormir a diferentes edificios dentro de su inmenso complejo palaciego y de acomodarle en ellos. También contrató a varios dobles, que le sustituían en los actos públicos y privados y que, además, aumentaban la ambigüedad de la imagen pública del emperador.

En el año 213 a. C., durante un banquete oficial, se inició una discusión acerca de las causas que favorecieron la larga duración de las dinastías Shang y Zhou, citando los filósofos presentes algunas de ellas que, como era evidente, estaban en abierta contradicción con la política del emperador. Li Si, el primer ministro, comprendió que los libros de la Antigüedad permitían abrir una brecha crítica en el nuevo Estado. Así que convenció al emperador para que ordenara quemar todos aquellos cuya temática no fuese la agricultura, la medicina o la profecía, y dictó la muerte de quienes, en un plazo de treinta días, no hubieran hecho desaparecer los libros prohibidos. Entusiasmado, creó una biblioteca imperial dedicada a vindicar los escritos de los legistas, defensores de su régimen, y ordenó confiscar el resto de los textos chinos. De hogar en hogar, los funcionarios tomaron los libros y los llevaron a una pira, donde los hicieron arder. La pena por ocultar un libro prohibido consistía en ser enviado a trabajar en la construcción de la Gran Muralla. Sima Qian, el gran cronista de China, reseña una vez más el edicto: «Las historias oficiales, con excepción de *Las Memorias de Qin*, deben ser todas quemadas. Excepto las personas que ostentan el cargo de letrados en el vasto saber, aquellos que en el imperio osen esconder el *Shijing* y el *Shujing,* o los discursos de las Cien Escuelas, deberán acudir a las autoridades locales, civiles y militares, para que ellas los quemen. Aquellos que osen dialogar entre sí acerca del *Shijing* y del *Shujing* serán aniquilados y sus cadáveres expuestos en la plaza pública. Los que se sirvan de la Antigüedad para denigrar los tiempos presentes serán ejecutados junto con sus parientes. […] Treinta días después de la promulgación de este edicto, aquellos que no hayan quemado sus libros serán marcados y enviados a trabajos forzados». Cuenta la tradición (seguramente, sesgada por el interés) que centenares de letrados, reacios a aceptar la medida, murieron a manos de los verdugos y que sus familias sufrieron humillaciones inefables.



El año 213 a. C., Qin Shihuang ordenó quemar todos los escritos anteriores a su imperio, salvo los dedicados a la medicina o la magia adivinatoria. Además, se convirtió en un enemigo acérrimo del confucionismo y, en una sola ocasión, ordenó apresar y matar a 460 eruditos confucianos, acusados de desafiar a su régimen.

Lo cierto es que la llegada al trono de Zheng, un muchacho, entusiasmó a los enemigos, pero es obvio que le subestimaron. Descrito como narigudo, de ojos grandes, voz recia y hábitos de guerra temibles, hijo de la ex concubina de un comerciante adinerado, casada después con un príncipe obligado a residir en el extranjero, no vaciló en matar, sobornar y destruir a todos sus opositores, y eso tuvo su efecto: se convirtió en un monarca temido, rico, ansioso, ególatra y jamás benevolente. Fiel en esto a la tradición, consideró oportuno que su dinastía se basara en tres principios: el número 6, el agua y el color negro. Su reinado fue

preciso y uniforme. Asesorado por su leal e implacable primer ministro Li Si, partidario de las tesis legistas, impuso la doctrina de la ley inexorable y descartó la bondad y la magnanimidad como criterios de gobierno. El ejército fue centralizado, y numerosas actividades económicas fueron sometidas a controles que implicaban, casi siempre, la conversión de los comerciantes en agricultores.

La variable opinión historiográfica sobre Qin Shihuang

En la historiografía china tradicional, el Primer Emperador es casi siempre retratado como un tirano brutal, supersticioso (muy interesado por la inmortalidad y obsesionado por su posible asesinato) y, de vez en cuando, como un gobernante mediocre. Los historiadores confucianos condenaron al emperador que había ordenado quemar los clásicos y enterrar vivos a estudiosos de su doctrina. Finalmente compilaron la lista de los «Diez crímenes de Qin» para destacar sus acciones tiránicas. El famoso poeta y estadista de la época han, Jia Yi, concluyó su ensayo *Las faltas de Qin* (admirado como una obra maestra de la retórica y el razonamiento) con lo que se iba a convertir en el juicio habitual confuciano de las razones del rápido colapso de su dinastía. Las opiniones de Jia Yi fueron reproducidas en dos historias han y fijaron durante siglos la opinión oficialista. Para Jia Yi, la debilidad de Qin fue un resultado lógico de la despiadada búsqueda de poder de su gobernante, el mismo factor que le había hecho tan poderoso.

Muchas de las historias conservadas acerca de Qin Shihuang son de dudoso valor histórico y buena parte de ellas fueron inventadas para enfatizar sus rasgos negativos. Por ejemplo, la acusación de que hizo ejecutar a 460 sabios enterrándolos con la cabeza por encima de la superficie y después decapitándolos es poco probable que sea completamente cierta; parece más verosímil que el incidente fuera inventado para crear una leyenda de martirologio confuciano. Hay también distintas historias acerca de la ira celestial contra el Primer Emperador, como la de que cayó del cielo una piedra labrada con palabras de denuncia al Emperador y profetizando el colapso de su imperio tras su muerte. La mayor parte de ellas fueron elaboradas con posterioridad para deslustrar su imagen.

Solo los historiadores modernos han sido capaces de penetrar más allá de los límites de la historiografía tradicional china. El rechazo político de la tradición confuciana como impedimento a la entrada de China en el mundo moderno abrió el cambio para que surgieran nuevas perspectivas; primero, una apreciativa en las décadas iniciales del siglo xx, y después, con la llegada de la revolución comunista en 1949, otras, ajustadas a la ortodoxia oficial. Esta reinterpretación de Shihuang era, por lo general, una combinación de visiones modernas y tradicionales, pero esencialmente críticas. Esto se ejemplifica en la oficialista *Historia Completa de China* (1955), que describía los principales hitos de la unificación y homogeneización protagonizados por Shihuang como correspondientes a los intereses del grupo dominante y de la clase comerciante, no de la nación o el pueblo, y la subsiguiente caída de su dinastía, como una manifestación de la lucha de clases. Sin embargo, desde 1972, se ha dado una visión oficial radicalmente diferente del personaje. Esta nueva apreciación fue lanzada por la biografía *Qin Shihuang* de Hong Shidi, publicada por la imprenta estatal como historia popular dirigida a las masas, y de la que se vendieron 1.850.000 ejemplares en dos años. En ella, Shihuang era visto como un gobernante con visión de futuro que destruyó a las fuerzas secesionistas y estableció el primer estado chino unificado y centralizado mediante el rechazo

del pasado. Rasgos personales, como su búsqueda de la inmortalidad, tan enfatizados en la historiografía tradicional, apenas se mencionaban. La nueva versión describía cómo, en un tiempo convulso, Shihuang no tuvo escrúpulos en usar métodos violentos para aplastar a los contrarrevolucionarios.

Misterioso, Shihuang nunca se dejaba ver por nadie, y era imposible saber si se encontraba en uno u otro de sus 270 palacios. En el fondo, no solo quería impresionar sino restar posibilidades a sus enemigos naturales, que los tenía, y no pocos, pese (o, quizás, justamente porque) cualquier disidencia era duramente castigada, bien con el exilio, bien con castigos corporales, incluyendo la pena de muerte.

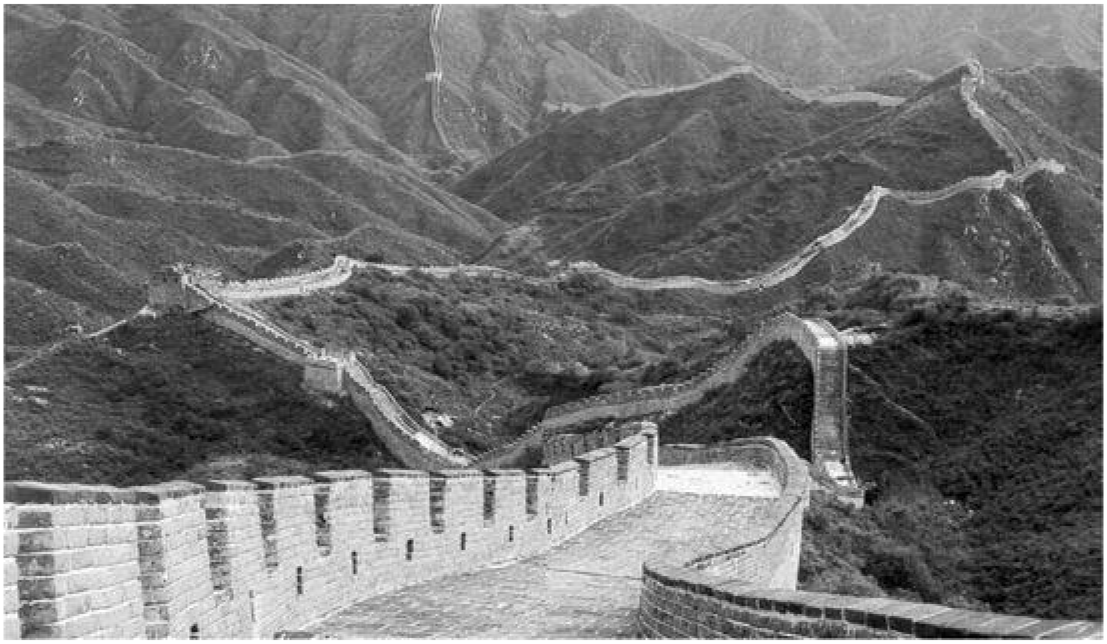
La amenaza externa y la Gran Muralla

La Gran Muralla es una antigua fortificación construida y reconstruida entre los siglos V a. C. y XVI de nuestra Era para proteger la frontera norte del Imperio Chino de los ataques de los nómadas xiongnu de Mongolia y Manchuria. Aunque hoy solo se conservan 8.851,8 km, sin contar sus ramificaciones y construcciones secundarias, en su momento de mayor extensión, cubrió más de veinte mil desde la frontera con Corea al borde del río Yalu hasta el desierto de Gobi, a lo largo de un arco que delinea aproximadamente el borde sur de la Mongolia interior. En promedio, la Muralla mide de 6 a 7 m de altura y de 4 a 5m de anchura. En su apogeo, durante la dinastía Ming (1368-1644), fue custodiada por más de un millón de guerreros. Gran parte de ella tiene fama de ser el mayor cementerio del mundo, pues aproximadamente diez millones de trabajadores murieron durante sus muchos siglos de construcción y reconstrucción y fueron enterrados en sus inmediaciones (cuando no en la propia Muralla).

La Muralla se extiende hoy hacia el este desde Jiayuguan, provincia de Gansu (donde luego comenzaría también el trazado de la Ruta de la Seda), hasta el río Yalu, al nordeste de Manchuria. Una rama termina en Laolongtou en la costa del mar, a 5 km de Shanhaiguan. Para los chinos antiguos, lo que seguía al oeste de Jiayugua, la puerta oeste de la Gran Muralla, era considerado el fin del mundo civilizado; el paso recibía el nombre de «Última Puerta Bajo el Cielo». Al norte de ella se extendían tierras de pastores nómadas considerados salvajes, por lo que, de modo simbólico, la Muralla significó siempre para los chinos la frontera entre el mundo civilizado y el bárbaro.

La primera historia de la Gran Muralla se remonta a la dinastía Zhou Oriental, cuando varios estados construyeron un entramado de murallas para protegerse de sus vecinos y de los pueblos extranjeros. Por ejemplo, así lo hicieron el reino de Qi (siglo V a. C.) y el de Wei (mediados del siglo IV a. C.), al igual que los de Yan y Zhao. La segunda fase comenzó a partir de la unificación de la dinastía Qin, cuando el Primer Emperador ordenó la construcción de un muro en la frontera norte de su imperio. Tras sufrir varios ataques de las tribus xiongnu del norte, envió al general Meng Tian para asegurarse de la derrota de los «bárbaros» y, a continuación, emprender la construcción de un muro que conectara todas las fortificaciones diseminadas a lo largo de la nueva frontera norte para proteger mejor los nuevos territorios conquistados. No hay registros históricos que indiquen la longitud exacta y el trazado de la Muralla levantada durante la corta dinastía Qin; pese a ello, la Gran Muralla de tiempos de los Qin permanece en la imaginación popular china como una colosal obra conocida con el nombre

de «muro de los diez mil li» (5.760 km en el valor de esta unidad en tiempos de aquella dinastía). Para lograr aquella primera unificación de los tramos preexistentes se necesitó una fuerte organización del trabajo, capaz de suministrar mano de obra y materiales de construcción, así como de ocuparse de la gestión y coordinación de los trabajos, en los que participaron aproximadamente unos trescientos mil soldados procedentes de las guarniciones fronterizas, alrededor de quinientos mil campesinos movilizados forzosamente y muchos otros miles de reos condenados a trabajos forzados.



La Gran Muralla fue ordenada construir por Qin Shihuang para proteger la frontera norte de su imperio de los ataques de los nómadas xiongnu. Aunque hoy solo se conservan 8.851,80 km, sin contar sus ramificaciones y construcciones secundarias, en su momento de mayor extensión, cubrió más de 20.000 km.

El transporte de la enorme cantidad de materiales necesarios para la construcción fue difícil, por lo que, en términos generales, los más empleados en aquella primera fase fueron: tierra, piedra, madera y tejas, cada uno de ellos según la producción local del sitio donde se estuviese alzando la Muralla. La principal dificultad de la construcción se debió a que, para lograr una ventaja estratégica, se aprovecharon los accidentes naturales del terreno, y en las cimas de los montes se ubicaron pequeñas fortificaciones desde las que efectuar una buena vigilancia del terreno y que, a la vez, sirvieran para alojar a las guarniciones y para almacenar provisiones y armamentos. Los retenes contaban con un eficaz sistema de señales de humo, que les servía para comunicarse entre sí y dar cuenta del ataque y de cuántos enemigos lo llevaban a cabo. En pocas horas, las señales recorrían miles de kilómetros. Para lograrlo, los vigías debían tener siempre una cantidad importante de leña o, en los lugares más inaccesibles, de excrementos de lobo, con que poder encender los fuegos.

La Muralla siguió siendo reconstruida, restaurada o prolongada desde la dinastía Han (206 a. C.-220), que sumó unos 10.000 km, a la vez que extendía el territorio chino más al norte de la anterior muralla de los Qin. Pero todo ese trabajo fue abandonado y quedó en ruinas no mucho tiempo después. Durante la dinastía Qi del norte (550-577 d. C.), cerca de 1.500.000 personas fueron movilizadas para construir un sector de la Muralla, desde Juyong Guan a Datong en el oeste. La dinastía Sui (581-618) llamó a otro millón de conscriptos para repararla y extenderla.

Se llegó al extremo de obligar a las viudas a continuar con el trabajo cuando los maridos fallecían. Pero luego, bajo la dinastía Tang (618-907), la Muralla fue abandonada de nuevo a su suerte. La siguiente fase de reconstrucción se debió al imperio mongol de la dinastía Yuan (1271-1368), pero la fase culminante se produjo durante la dinastía Ming (1368-1644).

¿Se ve la Gran Muralla desde el espacio?

El libro del aventurero y escritor estadounidense Richard Halliburton, *Second Book of Marvels*, publicado en 1938, afirmaba que la Gran Muralla era la única construcción humana visible desde la Luna. Del mismo modo, la publicación de Ripley, *Aunque usted no lo crea*, de la misma década, aseguraba algo parecido. Esta creencia ha persistido y ha adquirido un estatus de leyenda urbana, e incluso se ha incluido en libros escolares. Arthur Waldron, autor de la historia más fiable de la Gran Muralla, ha especulado que la creencia puede provenir de la fascinación con los canales que se creía que existían en Marte. La lógica era simple: si los terrícolas podían ver los canales de Marte, entonces los marcianos podrían ver la Gran Muralla. Pero lo cierto es que la Muralla tiene pocos metros de anchura (un tamaño aproximado al de las carreteras y pistas de aeropuertos) y es casi del mismo color que el suelo que la rodea. No es posible verla desde la Luna y mucho menos desde Marte. Si la Gran Muralla fuera visible desde la Luna, sería fácil verla desde la órbita terrestre, pero desde ahí es apenas visible y únicamente bajo condiciones climáticas perfectas. En resumen: no es más visible que otras construcciones humanas.



Pese a la persistente leyenda de que la Muralla es la única construcción humana que se ve a simple vista desde el espacio, lo cierto es que su escasa anchura y el hecho de ser casi del

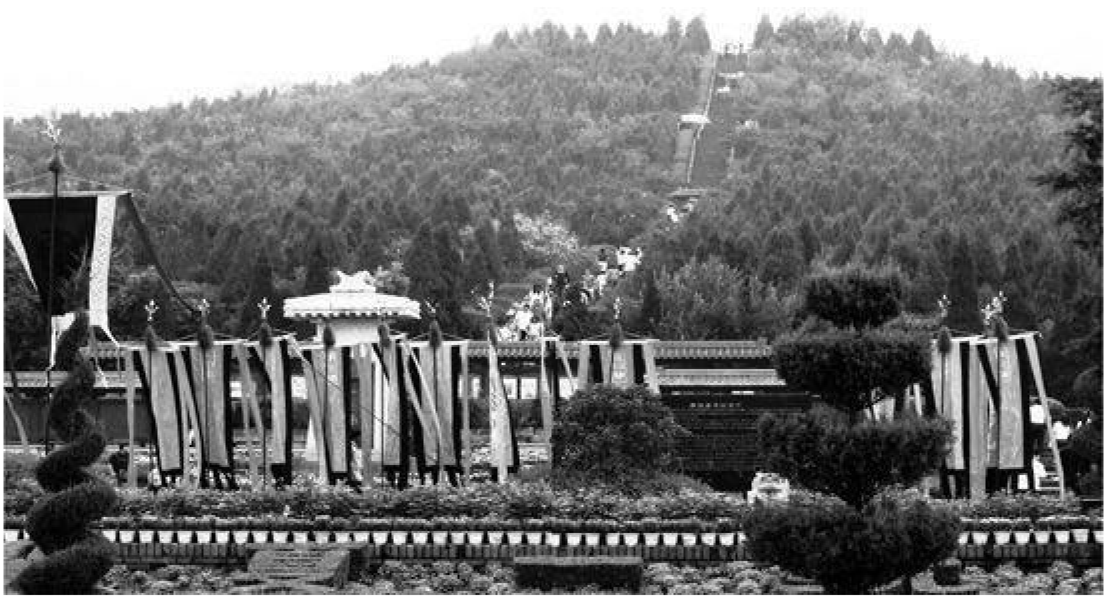
mismo color que el suelo que la rodea hacen tal cosa imposible.

Durante todo ese tiempo, tanto en momentos de paz como de guerra, la Gran Muralla mantuvo, además, un carácter diplomático al marcar la frontera entre los pueblos bárbaros, es decir, no chinos, y la cultura china propiamente dicha. Finalmente, al poder ser utilizada como camino, sirvió de comunicación y vía comercial a lo largo de todo el territorio septentrional, tal y como atestiguan los restos arqueológicos, y además como símbolo unificador de China.

El increíble mausoleo del emperador

Sima Qian, el meticuloso historiador de la dinastía Han, cuenta que, en el primer verano de su reinado, el Primer Emperador envió doscientos jinetes a los confines del imperio en busca del elixir sagrado que lo salvaría de la muerte. Más de la mitad de los jinetes no regresaron y los que lo hicieron con las manos vacías fueron decapitados. Resignado a morir, Shihuang dispuso que le construyeran una tumba idéntica a su palacio y, debajo de ella, otro palacio igual, y otro más: una serie infinita de palacios subterráneos que debían llegar hasta el centro de la Tierra. Algo parecido se intentó.

El mausoleo del Primer Emperador, que alberga su tumba y aproximadamente cuatrocientas más, se ubica en el pueblo de Yanzhai, a 5 km del distrito Lintong y a unos treinta al este de la ciudad de Xian, en la provincia de Shaanxi, al noroeste de China, entre la ribera sur del río Wei y la ladera norte de la montaña Lishan. El mausoleo fue edificado según el mismo plan urbanístico de la ciudad de Xianyang, capital de la dinastía Qin, dividida también en dos partes: interior y exterior, con forma de pirámide truncada con una base cuadrangular casi perfecta de 350 m y una altura de 76 m. Las dimensiones de la muralla exterior del conjunto funerario son de más de 2.000 m de longitud por 970 m de anchura, y es en sí grandioso: el túmulo, en forma de pirámide de tres pisos, está rodeado por un doble muro. De lejos, parece una colina con un perímetro de 4.100 m y una altura de 82 m, cubierta de arbustos silvestres y coronada por un pequeño bosque. La superficie del recinto de las tumbas y las dependencias llegó a ser de 66,25 km^2, casi dos veces la zona urbana de la actual ciudad de Xian.



Resignado a morir, Shihuang dispuso que le construyeran un mausoleo idéntico a su palacio y,

debajo de él, otro igual, y otro más: una serie infinita de palacios subterráneos que debían llegar hasta el centro de la Tierra. Algo parecido se intentó.

El Primer Emperador encargó su diseño y construcción desde el mismo momento en que subió al trono, a los doce años de edad. Al conquistar todo el país, reclutó a cientos de miles de trabajadores para acelerar las obras, que se prolongaron durante treinta y siete años, hasta su muerte. Recurriendo de nuevo a Sima Qian, este cuenta: «Después de la creación del imperio, llegaron a este lugar, desde todos los rincones de China, no menos de setecientos mil hombres para trabajar. […] Se excavaron tres canales subterráneos para verter cobre fundido en el exterior del sepulcro, mientras que se llenaba la cámara mortuoria de modelos de palacios, torres y edificios públicos, además de utensilios de valor y objetos preciosos. Los artesanos colocaron en el exterior ballestas automáticas capaces de matar a posibles saqueadores de tumbas. En el interior se hicieron fluir mecánicamente ríos artificiales de mercurio, imitando a los ríos Amarillo y Yangtsé e, incluso, al mismo océano. En el techo se pintó el firmamento con todas sus constelaciones, mientras que en el suelo se representó en tres dimensiones la tierra. La iluminación se lograba mediante lámparas alimentadas por aceite de ballena capaces de lucir durante mucho tiempo». Al parecer, la cúpula de la cámara mortuoria se adornó con piedras preciosas y perlas, que simbolizaban el Sol, la Luna y las estrellas. El suelo se modeló de acuerdo con la topografía del país. Por los «ríos» fluía mercurio impulsado mecánicamente por entre los jardines de esmeraldas y sobre el conjunto «flotaban» varios pájaros de oro. Todo el diseño del mausoleo reflejaba la supremacía y la majestuosidad del Primer Emperador. Sima Qian añade que el suelo de la tumba, como el del palacio imperial, era de placas de bronce; que los árboles funerarios fueron tallados en jade, y que servidores de arcilla, con bandejas de oro, atendían los menores caprichos de los señores mediante mecanismos de relojería. Una emperatriz de porcelana se desperezaba en el lecho, mientras cuatrocientas concubinas «corrían» por los pasillos del palacio, en respuesta a una llamada del emperador.

El Primer Emperador murió repentinamente en el año 210 a. C. Unos dos meses después, se trasladaron sus restos a la capital, Xianyang, para proceder a las pompas fúnebres. Su hijo, el Segundo Emperador, ordenó enterrar vivas a todas las damas de honor y a todos los artesanos y obreros que habían participado en la construcción del mausoleo para que acompañaran al difunto. Nadie sabe cuántas tumbas idénticas excavaron los arquitectos ni qué desventuras padecieron en su batalla contra las profundidades. La colina artificial que hoy recubre la tumba exhibe en su ladera norte cinco maltrechos escalones de mármol que, se supone, descienden hacia la puerta de entrada. Pero nadie sabe por ahora cuándo se podrá franquear dicho acceso. Los arqueólogos de Beijing siguen estudiando fórmulas para sortear las trampas (centenares) con las que el emperador se aseguró la paz eterna. Pero lo que más temen es que, al paso de los primeros exploradores, la sepultura entera se desplome.

Ya hubo en el pasado diversos intentos de profanación. Siete semanas después del sepelio del emperador, el sabio Huangyu bajó por su cuenta y riesgo a la tumba, mientras dos generales recibían la orden de perseguirlo y llevarlo prisionero a la superficie. Uno de ellos regresó con el rostro desfigurado y declaró que había logrado descender al tercer subterráneo, donde se reproducían aterradoramente los objetos y movimientos del segundo nivel. Ni Huangyu ni el otro general regresaron jamás.

Según la *Historia de Han* y el *Libro de los ríos* (escritos ambos siglos después), el mausoleo fue destruido en el año 206 a. C. por el general rebelde Xiang Yu, quien, después de

tomar Xianyang, empleó a trescientas mil personas para sacar las joyas del mausoleo durante treinta días y no logró acabar con todo. Posteriormente, los ladrones robaron el ataúd de bronce del emperador. Finalmente, un pastor entró al palacio subterráneo en busca de sus ovejas perdidas y, con una antorcha, provocó un incendió involuntario que duró más de noventa días. Esta es la versión más popular sobre el destino del mausoleo. Sin embargo, otros sentencian que en los *Registros históricos* de Sima Qian, escritos cien años después de la muerte del Primer Emperador, no se hace referencia a dicha destrucción. Los arqueólogos chinos han abierto más de doscientos pozos de exploración y solo han descubierto dos excavados por ladrones de tumbas, que tienen 90 mm de diámetro y 9 m de profundidad, y, además, están a centenares de metros del centro del mausoleo y no llegan al palacio subterráneo. Los expertos confirmaron que la capa del suelo que cubre el mausoleo y el muro del palacio subterráneo permanece intacta y que el mercurio de los ríos artificiales subterráneos todavía fluye con regularidad. Por tanto, concluyen que el palacio no fue saqueado o destruido significativamente y que Xiang Yu únicamente destrozó las dependencias auxiliares.

La tumba guarda fabulosos tesoros e información histórica de primer orden, lo que, en opinión de muchos, la convierte en el yacimiento arqueológico más importante del mundo. Sin embargo, fuera de los relatos más o menos creíbles, lo cierto es que no se sabe qué hay exactamente en su interior y cuánto de leyenda reviste su historia. El gobierno chino niega el permiso para excavar, argumentando que hoy por hoy no existe una tecnología que permita conservar lo que pueda encontrarse. La cámara, con cuatro paredes en forma de escaleras ascendentes, organizadas en nueve plataformas, ha sido estudiada desde 2002 con equipos de detección remota. Además, se ha verificado la existencia de un complejo sistema de drenaje que ha evitado que el agua penetre en la tumba, situada 30 m bajo el nivel del suelo. Las exploraciones remotas, sumadas a los análisis del terreno, que han revelado un alto nivel de mercurio en las inmediaciones del yacimiento, y los importantes vestigios que han sido encontrados en los alrededores han convencido a los expertos de que puede ser cierto todo lo relatado por Sima Qian.

Hoy por hoy, se han identificado alrededor de seiscientos fosos, túmulos y restos de edificios en las cercanías del mausoleo. En ellos se han descubierto aves y carros de caballos de bronce. También han aparecido tumbas con los restos de príncipes, princesas, damas de la corte y concubinas del emperador. Además, han sido encontradas fosas comunes con más de cien esqueletos humanos, cuyas posturas indican que fueron enterrados vivos. Y está, finalmente, el famoso ejército de soldados de terracota.

Un ejército de terracota

La exploración del yacimiento en que está ubicado el mausoleo del Primer Emperador y las excavaciones que siguieron identificaron en sus alrededores tres grandes fosas en las que dormía enterrado desde hacía más de dos milenios un extraordinario ejército de ocho mil soldados y caballos de terracota de tamaño natural, destinados a servir de protección a Shihuang en la otra vida. La gran mayoría de ellos habían sido enterrados mirando hacia el este, de donde el emperador pensaba que podía llegar el mayor peligro. El hallazgo sorprendió a los arqueólogos, ya que no había referencias que indicaran que en las cercanías del mausoleo yacía un ejército de terracota en formación de batalla. Ni siquiera Sima Qian había hablado de él.

Desde entonces, los expertos han extraído una cuarta parte de las ocho mil figuras, han identificado el trazado de la muralla doble que cerca el mausoleo imperial y han sacado a la luz miles de objetos de cerámica, bronce, oro y jade. Pero la conservación de los hallazgos sigue siendo un quebradero de cabeza. La viva policromía que decoraba a los soldados desaparece aproximadamente a las cinco horas de entrar en contacto con el aire, debido a la oxidación. Para evitarlo, los responsables del Museo de los Guerreros de Terracota han creado nuevas técnicas para mantener la pintura pegada a la cerámica, aunque con éxito relativo.

Por otra parte, las fosas resultaron dañadas a causa del fuego declarado durante el ya mencionado ataque al mausoleo por parte del general rebelde Xiang Yu del año 206 a. C. Los techos de las galerías, ennegrecidos por el fuego en algunas zonas, se hundieron sobre las figuras, rompiéndolas en pedazos. Ninguna ha sido recuperada entera.

La primera fosa, orientada hacia el sur, contiene seis mil soldados de infantería y caballería (en su mayoría aún sin desenterrar) en formación rectangular, divididos en treinta y ocho columnas en once corredores paralelos, en su día cubiertos con vigas de madera y que ocupan una superficie de 230 por 62 m. Las figuras miden 1,80 m de altura y están equipadas con armaduras fabricadas también con terracota. La vanguardia está formada por 204 soldados, enfilados hacia el este y originalmente dotados de arcos y ballestas. Detrás, se sitúan treinta carros de combate (los carros en sí han desaparecido, al ser de madera), cada uno de ellos tirado por cuatro caballos y conducido por dos soldados. Cierran la formación tres hileras de soldados, la última mirando hacia el oeste y las otras dos hacia el este, unos con armadura y otros sin ella, y armados originalmente con lanzas y alabardas. Casi todas las armas fueron saqueadas poco tiempo después de ser enterrados los guerreros, pero las que han sido encontradas denotan un alto conocimiento de metalurgia. Todos los flancos, incluida la retaguardia, tienen una fila de ballesteros mirando hacia el exterior.

Las fosas 2 y 3 fueron descubiertas en 1976 y, a diferencia de la primera, están en semipenumbra. La segunda fosa consta de algo más de 1.000 figuras (soldados y caballos), subdivididos en cuatro grupos, y en formación cuadrada, de las que solo se ha extraído un pequeño número, ya que, tras conocer su contenido, los arqueólogos volvieron a cubrirlas para evitar su deterioro antes de poder ser restauradas. La tercera fosa, orientada hacia el oeste, fue mostrada al público por primera vez en octubre de 1989 y representa el cuartel general del ejército: sesenta y ocho guerreros, treinta y cuatro lanzas de bronce y un carro de bronce forman este grupo de élite. Los soldados no están en posición de combate sino cara a cara, cubiertos con armaduras de hierro y con una mejor complexión física que los encontrados en las otras fosas.



A escasa distancia del Mausoleo del Shihuang se hallaron tres grandes fosas en las que dormía enterrado desde hacía más de dos milenios un extraordinario ejército de 8.000 soldados y caballos de terracota de tamaño natural, destinado a servir de protección al Primer Emperador en la otra vida.



La viva policromía original de los soldados de terracota desaparece aproximadamente a las cinco horas de entrar en contacto con el aire, debido a la oxidación. Para evitarlo, los responsables del Museo de los Guerreros de Terracota han creado nuevas técnicas para mantener la pintura pegada a la cerámica, aunque con éxito relativo.

Las figuras desenterradas, una vez reconstruidas, son devueltas a su lugar original; otras,

rotas en fragmentos, yacen semienterradas; las demás velan aún bajo tierra el sueño del Primer Emperador. A pesar del gran número de figuras, hay que destacar que cada una de ellas ha recibido un tratamiento individual en cabezas, manos y corazas, si bien los torsos presentan mayor uniformidad, siendo macizo de cintura para abajo; manos, brazos y cabezas se añadieron posteriormente, así como los detalles de estos (barba, orejas, tocado, etcétera). Este tratamiento individualizado obedece al deseo del emperador de mostrar un ejército multiétnico que reflejase bien a los diversos habitantes de su imperio. La indumentaria que portan estaba compuesta de una túnica de algodón pegada al cuerpo, sobre la cual se añadían, o no, corazas y cotas, formadas por pequeñas placas de hierro unidas sin resquicio entre unas y otras. Se protegían el cuello con bufandas, realizadas con un sorprendente realismo en el tratamiento de los pliegues, al igual que en el tocado que muestra una gran variedad en la forma de sujetarse el cabello (en aquella época los hombres no se lo cortaban, a no ser que sufrieran un castigo o una humillación). La mayor parte de los guerreros están de pie, aunque también se han encontrado arqueros arrodillados y soldados en posición de defensa personal. En algunas de las figuras han aparecido inscripciones en cabezas y cuerpos referentes al nombre del alfarero, o al número de inventario. Junto a las figuras humanas, se han descubierto un gran número de caballos de tiro y de monta, hechos en su totalidad con molde, con cuerpo hueco y patas macizas, y la crin y las orejas modeladas. Respecto a las armas, la mayoría de las lanzas y flechas (hoy perdidas) tenían la defensa en hierro y el mango de bambú o madera.

Fin de la efímera dinastía Qin

Siguiendo el consejo de uno de sus asesores, el emperador Qin Shihuang inició en el año 210 a. C. un viaje a la costa este en busca de las legendarias Islas de los Inmortales y del secreto de la vida eterna, que, según el consejero, se hallaría en las entrañas de un inmenso pez que solo se podía encontrar en aquellas míticas islas. Al llegar a la costa de Hebei, el emperador divisó un gran pez y lo mató con un certero dardo de su ballesta. Pero el pez no guardaba secreto alguno. Ni en esta ocasión ni en ninguna de las demás en que lo intentó, logró Shihuang encontrar por fin su ansiado elixir de la inmortalidad. Por tanto, lo que finalmente halló fue la muerte, a causa, al parecer, de un brebaje que contenía demasiado mercurio y que solía tomar con asiduidad.

Su muerte ocurrió a comienzos de septiembre del año 210 a. C. en el palacio de la prefectura de Shaqiu, a dos meses de distancia de la capital Xiangyang. Le acompañaban en aquel viaje Li Si, su primer ministro, y Zhao Gao, el jefe de los eunucos de palacio, quienes, ante el temor de que la noticia pudiera provocar un alzamiento generalizado en todo el imperio, dadas las políticas brutales del gobierno y el resentimiento de la población forzada a trabajar en proyectos hercúleos como la Gran Muralla o el mausoleo del emperador, la ocultaron hasta su regreso a la capital, que aceleraron al máximo. La mayor parte del cortejo imperial que acompañaba al emperador tampoco fue informada y cada día Li Si entraba en el carro del emperador, simulando que discutían asuntos de Estado. La propia naturaleza secretista del emperador mientras vivía ayudó a que esta burda estratagema funcionara y no despertara dudas entre los cortesanos. Por si acaso, el astuto Li Si ordenó también que dos carros llenos de pescado escoltaran el carro del emperador. La idea era evitar que la gente percibiera el nauseabundo olor proveniente de su cuerpo en rápida descomposición. Finalmente, pasados dos

meses, Li Si y la corte imperial llegaron por fin de vuelta a Xiangyang, donde se anunció la muerte del emperador. Shihuang fue enterrado en su mausoleo.

El difunto emperador no gustaba de hablar acerca de su muerte, por lo que nunca había dictado su testamento. Tras su fallecimiento, Li Si y el jefe de los eunucos de palacio, Zhao Gao, persuadieron a su segundo hijo Huhai a falsificarlo. Obligaron al primogénito y legítimo heredero del trono, Fusu, a suicidarse, arrebataron el mando de las tropas a Meng Tian, partidario leal de Fusu, y mataron también a su familia. Huhai ascendió al trono con el nombre de Er Shi Huangti («El Segundo Emperador»), aunque después sería más conocido por los historiadores como Qin Er Shi. Sin embargo, no era ni de lejos tan capaz ni resuelto como su padre. Las revueltas brotaron rápidamente y, menos de cuatro años después de la muerte de Shihuang, su hijo estaba muerto, el palacio imperial y los archivos estatales, quemados, y la dinastía Qin, acabada. Solo había durado quince años, desde el año 221 hasta el 206 a. C., pero su influencia produjo profundos cambios en China y estableció el régimen imperial de gobierno que perduraría más o menos dos milenios.

A los tres años de la muerte de Shihuang, las extendidas revueltas de los campesinos, presos, soldados y descendientes de los nobles de los otros antiguos seis Reinos Combatientes estallaron por toda China. Un contingente de soldados de servicio en el norte asignados a la defensa contra los nómadas xiongnu se sublevó contra el imperio. Los rebeldes aprovecharon el débil reinado de Er Shi Huangti para acabar con la dinastía Qin y arrasar su capital, Xianyang.

A comienzos de octubre del año 207 a. C., el eunuco Zhao Ghao obligó a Huhai a suicidarse y le reemplazó con el hijo de Fusu, Ziying, al que solo se adjudicó el título de rey de Qin, lo que reflejaba el hecho de que la dinastía ya no controlaba la totalidad de China. La guerra Chu-Han fue el resultado. Ziying no tardó en matar a Zhao Ghao y se rindió a uno de los líderes de la revuelta generalizada, Liu Bang, a comienzos de diciembre del 207 a. C. Pero Liu Bang fue forzado a ceder el control de la capital imperial, Xiangyang, y la custodia de Ziying a Xiang Yu, el líder supremo de la revolución, quien ordenó la muerte de Ziying e incendió el palacio y también el mausoleo a finales de enero del 206 a. C.

Ese mismo año, Liu Bang, desbancó a Xiang Yu y se proclamó emperador, fundando una nueva dinastía: la Han. Así, la dinastía Qin llegó a su final, solo cuatro años después de la muerte de Qin Shihuang y poco más de quince después de ser fundada. No obstante, aunque la dinastía Qin fue de corta vida, su gobierno dejó un imperecedero legado a las posteriores dinastías chinas. El sistema imperial que se inició con ella creó un esquema que se desarrollaría casi sin variaciones durante los siguientes dos milenios, comenzando por la gran dinastía Han.

El primer esplendor de la China imperial

CAOS TRAS LA MUERTE DE QIN SHIHUANG

Como vimos en el capítulo anterior, en los tres meses inmediatamente posteriores a la muerte del emperador Qin Shihuang, surgieron por todos los rincones de China todo tipo de revueltas protagonizadas indistintamente por campesinos, prisioneros, soldados o descendientes de los nobles de los antiguos Reinos Combatientes, derrotados y anexionados por el fallecido Primer Emperador.

En el año 209 a. C., Chen Sheng, líder inicial de la principal revuelta contra la dinastía Qin, asumió el título de rey del gran Chu. Casi al mismo tiempo, el noble originario del reino de Chu, Xiang Liang, hizo lo propio en el distrito de Wu, provincia de Jiangsu. Serían líderes efímeros. En el año 208 a. C., en el momento más cruento de la revuelta campesina, los líderes rebeldes del norte, Chen Sheng y Wu Guang, fueron eliminados. En el sur, otro ejército de sublevados también sufrió un baja sensible. El general Zhang Han, al mando de un ejército fiel a la dinastía Qin, lo venció y en la batalla murió su líder, Xiang Liang. Sin embargo, aquí la pérdida fue menor porque el rebelde muerto fue sustituido al frente de los insurgentes por su sobrino, el joven, ardoroso y brillante estratega Xiang Yu (232-202 a. C.), un líder intrépido que había aprendido de niño con su tío esgrima y arte militar y que, a la muerte de este, tomó el mando de su ejército y, rápidamente, lo convirtió en el más poderoso del bando insurgente. Xiang Yu se autoproclamó Xi Chu Ba Wang, es decir, «Gran Señor del Oeste de Chu».

Mientras tanto, el que sería otro gran líder en los años siguientes, Liu Bang (256?-195 a. C.) era aún un gris patrullero de la milicia de la provincia de Jiangsu, en el distrito de Pei (por entonces perteneciente al reino de Chu). Durante una conducción de presos al monte Li, se le escaparon algunos de ellos y, sabedor de que si se reincorporaba a su puesto sería condenado a muerte por su fallo en la custodia, sin pensárselo más, liberó al resto de presos y, seguido por algunos adeptos, se convirtió en jefe de una banda de bandoleros y proscritos. Enseguida comenzó a ganar fama por sus dotes de mando.

Por entonces, Xiao He ejercía las funciones de secretario del magistrado de ese mismo distrito de Pei, la máxima autoridad de aquella zona. Cuando Chen Sheng comenzó su rebelión, el magistrado pareció quererse unir a la insurrección y, siguiendo las recomendaciones de su secretario Xiao He y del jefe de las fuerzas del orden del distrito, Cao Can, envió a un cuñado de Liu Bang a invitarle formalmente a que se reuniera en Pei con ellos y se sumara a la rebelión. Liu accedió a viajar a Pei, mas, durante el viaje, el magistrado cambió de opinión y cerró las puertas de la ciudad. Temiendo que Xiao y Cao mantuvieran su compromiso con la rebelión y abrieran las puertas a los hombres de Liu Bang, el magistrado ordenó ejecutarlos. Sin embargo, ambos lograron huir, uniéndose al grupo de Liu Bang, que cercó la ciudad. Presumiblemente por idea de Xiao He, y a través de mensajes lanzados con flechas al interior de la ciudad amurallada, el grupo rebelde instó a los ancianos de la ciudad a desobedecer al magistrado y rendirse a los sitiadores. Los ancianos aceptaron el ofrecimiento, asesinaron al magistrado local y abrieron las puertas de la ciudad a los hombres de Liu Bang, a quien nombraron duque de Pei.

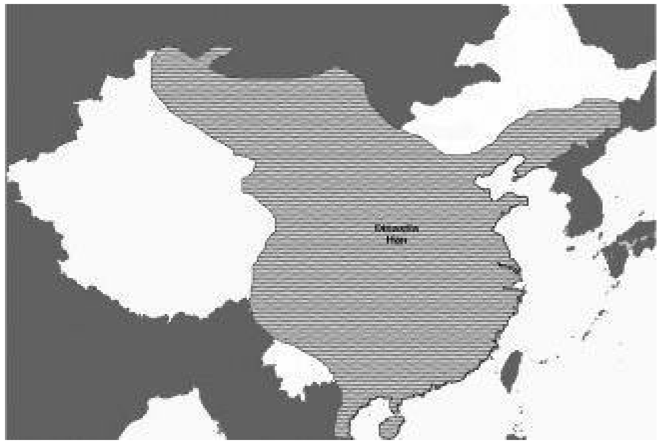


El periodo dinástico Han fue uno de los más prósperos de la historia china. Tal prosperidad propició enormes y numerosos avances tecnológicos y científicos. Por ejemplo, Cai Lun inventó la técnica para hacer papel de gran calidad, Zhang Heng desarrolló la esfera armilar y el sismógrafo, y Hua Tuo (en el grabado) se convirtió en el primer médico que aplicó anestesia en una operación quirúrgica.

Inmediatamente, Liu Bang se puso a las órdenes de Xiang Liang, por entonces líder máximo de la rebelión y, después de que este fuera asesinado, pasó al servicio de Mi Xin, nieto del rey Huai de Chu y líder nominal de la coalición de los estados rebeldes. Mi Xin concedió a Liu la distinción de marqués de Wuan. Poco después, Xiang Yu y Liu Bang nombraron rey a Mi Xin y trasladaron la sede del gobierno a la ciudad de Pengcheng (hoy Xuzhou, provincia de Jiangsu). Cierto día, cuando Xin discutía con sus generales el plan de ataque a la ciudad de Xianyang, sede de la dinastía Qin, un emisario de Zhao Xie, jefe de otro ejército rebelde (en este caso, de la provincia de Hebei) llegó a la ciudad, interrumpió la reunión e informó de que el distrito de Julu llevaba ya casi un mes sitiado por un ejército de trescientos mil soldados dirigido por el general dinástico Zhang Han. Al oírlo, Xiang Yu pidió que se le permitiera ir en su socorro y poder así vengar a su tío, matando a Zhang Han. El rey accedió a su petición aunque, teniendo en cuenta que Xiang Yu era un joven presuntuoso, puso al frente del ejército de 200.000 soldados que acudiría en socorro del distrito de Julu al general Song Yi, antiguo primer ministro del reino de Chu, relegando a Xiang Yu a segundo comandante. Pero Song Yi era un militar acostumbrado a no aceptar consejos de nadie, así que las chispas entre ambos no tardaron en saltar.

Cuando el ejército llegó a la ciudad de Anyang, Song Yi ordenó detener la marcha, acantonarse y esperar acontecimientos. Durante cuarenta y seis días, no se hizo nada sino celebrar fiestas y banquetes. Xiang Yu, deseoso de entrar en combate, aconsejó a Song que ordenara continuar la marcha, pero este no hizo caso de su consejo. Encolerizado, lo mató, asumió el mando supremo y ordenó al ejército reanudar la marcha. Tras cruzar el río Zhanghe, Xiang Yu ordenó quemar las naves y a los soldados deshacerse de toda su impedimenta, cargar solo vituallas para tres días y prepararse para combatir a muerte contra el ejército. A la tropa le quedó clara la determinación de su jefe y eso les contagió de ardor (o, tal vez, de miedo a no

sobrevivir a la batalla). El caso es que, efectivamente, el ejército de Xiang Yu derrotó al de Zhang Han y ayudó al distrito de Julu a salir de su apurada situación. Así creció la fama de extraordinario guerrero de Xiang Yu.



Precedido por esa fama, que no dejó de crecer, el cada vez más poderoso Xiang Yu pronto controló la totalidad de China, pero todo lo que tenía de buen guerrero le faltaba como político y pronto demostró que no era capaz de consolidar su dominio. Su primer error fue dividir el país en diecinueve estados feudales con el único interés de repartir prebendas entre sus lugartenientes y allegados. Debido a ese exceso de nepotismo (gracias al que esperaba obtener sustento político y adhesiones inquebrantables), apartó a las personas de mayor talento para que no participaran en su causa (ni en su reparto del botín). Aunque pensaba que Liu Bang era su mayor amenaza, su segundo grave error fue perder varias oportunidades de deshacerse de él. No obstante, Xiang Yu se mantuvo en el poder varios años.

Mientras tanto, Mi Xin había hecho la promesa de que a aquel que ocupara primero la Llanura Central de Shaanxi, feudo original de los Qin, se le concedería la región de Guanzhong como reino personal, y encomendó a Liu Bang esa misión porque le estimaba como hombre recto y bondadoso, a diferencia de Xiang Yu, al que veía cruel e impetuoso. Mientras Xiang Yu estaba inmerso en la batalla contra el principal contingente del ejército Qin, Liu consiguió invadir Guanzhong con relativa facilidad. De esta forma, se convirtió en el líder rebelde que conquistó Xianyang, la capital del imperio Qin, en los primeros meses del 206 a. C. Sin embargo, por una cuestión de rango, Liu se vio forzado a cedérsela a Xiang Yu, el hombre fuerte de la rebelión, quién nada más tomar posesión mató a Ziying, el último soberano de Qin, y quemó el palacio (lo que provocó el daño colateral de que las copias únicas de los libros prohibidos que se conservaban en la biblioteca real se perdieron para siempre). Xiang Yu llegó incluso a considerar la posibilidad de asesinar a Liu durante una cena, aunque finalmente desestimó llevar a cabo su plan. Al no hacerlo, la larvada enemistad entre ambos líderes de la revuelta comenzó a hacerse patente y acabaría por provocar la conocida como Guerra Chu-Han.

La Guerra Chu-Han

Al ver gran parte del antiguo imperio de Qin bajo su control militar, y tras hacer asesinar a Mi Xin, Xiang Yu emprendió la reorganización administrativa de los territorios bajo su poder. En esta reorganización se incluyeron también las zonas aún no conquistadas de Qin y los estados rebeldes, quedando el territorio dividido en diecinueve principados bajo la autoridad, real o

reivindicada, del poder central. Pero Xiang Yu no respetó la promesa de Mi Xin de entregar Guanzhong a quien lo hubiera conquistado. Por el contrario, se lo otorgó a los príncipes de los tres Qin, mientras que a Liu Bang le concedió únicamente el principado de Han, que abarcaba los territorios actuales de Sichuán y Chongqing, así como el sur de Shaanxi.

En su nuevo feudo del principado de Han, Liu Bang concentró sus esfuerzos en el desarrollo de métodos agrícolas y en la formación de un ejército propio que respaldara su prestigio militar. No transcurrió mucho tiempo hasta que dicho ejército desbordara los límites del principado de Han, forzando el derrocamiento de los reyes de los tres Qin y ocupara Guanzhong, desde donde declaró la guerra contra Xiang Yu. A pesar de que este gozaba de una ventaja militar considerable, su posición era políticamente más débil. Xiang comenzó infringiendo derrotas a las tropas de Liu en el campo de batalla. Sin embargo, estas batallas tuvieron el efecto de contribuir al aumento del número de seguidores de Liu Bang, hasta que se invirtió la tendencia y las tropas de Xiang Yu comenzaron a ceder terreno ante las de Liu Bang. Esta guerra, conocida en la historia como Chu-Han, se prolongó durante cinco años, entre el 206 y el 202 a. C., y concluyó con la victoria total de Liu Bang.

A finales del año 203 a. C., Xiang Yu se encontraba en una situación más que comprometida, pues el ejército de Liu Bang lo había sitiado en el sur del actual distrito de Lingbi, en la provincia de Anhui. Xiang Yu ya no disponía de suficientes soldados ni avituallamientos. Cuenta la leyenda que una noche, afligidos, Xiang Yu y su concubina escucharon viejas canciones de Chu entonadas por soldados del ejército han, a las que él se unió. Al oírlo, su concubina y todos quienes se hallaban cerca de él lloraron. Soportando la tristeza, salió de su tienda y dirigió a su pequeña tropa de ochocientos soldados, que, luchando a muerte contra el ejército han que les rodeaba, logró levantar el asedio. Perseguido, Xiang Yu llegó a la orilla del río Wujiang (cerca del actual distrito de Hexian, provincia de Anhui) y se dio muerte con su espada, junto a su concubina, Yu Ji. Aunque Xiang Yu seguía contando con pleno apoyo en su patria chica, no pudo afrontar la deshonra de su regreso totalmente vencido. Tras haber cruzado en su momento el río Wujiang con ocho mil hombres y regresar ahora casi solo, sintió que la vergüenza de volver derrotado era insoportable y decidió acabar con todo. Su heroicidad y astucia, así como su trágico destino final, hicieron pronto de él uno de los protagonistas preferidos de la épica china. La escena de su muerte formaría pronto parte del folclore chino y, entre otras muchas obras de arte, daría lugar a la ópera y la película homónimas *Adiós a mi concubina.*

Mientras tanto, derrotado ya Xiang Yu, Liu Bang se autoproclamó emperador y estableció la nueva dinastía Han en el año 202 a. C., convirtiendo la ciudad de Changan (actual Xian) en su capital y tomando el nombre imperial de Gaozu.

LA DINASTÍA HAN OCCIDENTAL

La crueldad de los Qin, si bien permitió sostener un imperio unido en contra de lo que pretendían los señores feudales, no dio resultado para llevarlo a buen término. Cayeron tan estrepitosamente y con tanta violencia como habían subido. Ahora bien, los Qin duraron muy poco, pero demarcaron el terreno y fijaron los objetivos. Con ellos se unió todo el territorio por primera vez administrado por un mismo gobierno central y con un poder hasta antes nunca reunido, controlando una enorme cantidad de recursos y desplegando una magnificencia hasta

entonces nunca vista, que inspiraba maravilla y pavor entre sus súbditos. Fue la primera vez que se vio que la suma de las partes resultaba algo más que su mera reunión. Pero el empeño que pusieron sus fundadores a través de sangrientas campañas y el magnífico logro conseguido, no les sirvió de mucho. Así como surgió, cayó, violentamente. No obstante dejaron a la dinastía que siguió, la Han, un importantísimo legado: la idea de un imperio y de una administración del mismo. Los cuatrocientos años que siguieron fueron de ejercicio y perfeccionamiento de esa idea que se manifestó en todos los aspectos de la vida china, no solo en la esfera intelectual.

Al principio, los gobernantes Han se dedicaron a tratar de reactivar la economía y a asentar el principal de los logros de los Qin: un imperio unido. La red gubernamental de los Qin se había desintegrado y a los Han les llevó un buen tiempo volver a cimentarla y estandarizarla sobre unas bases, eso sí, totalmente opuestas a las de los anteriores gobernantes. No se debe olvidar tampoco que en la sangrienta revuelta que terminó con los Qin, que produjo una hambruna atroz, murió aproximadamente la mitad de la población china. La reconstrucción del imperio fue costosa y se debieron tomar una serie de medidas urgentes.



La dinastía Han (202 a. C.-220) fue la más duradera de la era imperial. En sus dos fases (Occidental y Oriental), reinaron 30 emperadores, muchos de los cuales se hallan enterrados en el mausoleo de la fotografía.

La dinastía Han (202 a. C.-220) fundada por Gaozu (es decir, por Liu Bang) sería la más duradera de la Era Imperial. El nuevo imperio retuvo la mayor parte de la estructura administrativa de los Qin, pero se distanció un poco de su estructura centralizada. La política de Gaozu se vio afectada al principio por las ambiciones de sus partidarios que pretendían volver al feudalismo destruido por los Qin. No obstante, el nuevo emperador logró que la nobleza se transformase en cortesana. Sin embargo, en sentido contrario, Gaozu dividió el país en varios feudos hereditarios para satisfacer las ambiciones personales de algunos de sus aliados durante la guerra, así como a algunos de sus familiares, aunque planeaba deshacerse de ellos una vez se hubiera consolidado su poder y, de hecho, hacia mediados del siglo II a. C., la mayor parte de estos reinos habían sido reintegrados y casi todo el territorio chino estaba bajo la jurisdicción central. Además, el sistema sociopolítico pasó de ser puramente aristocrático a ser más meritocrático, seleccionando a los funcionarios gubernamentales por medio de pruebas de

servicio civil. Además, durante la dinastía Han, China prosperó mucho: la agricultura, las manufacturas y el comercio florecieron, y la población no solo se recuperó sino que llegó a los cincuenta millones. En términos generales, los logros intelectuales, artísticos y literarios revivieron y florecieron, así como la tecnología. Por ejemplo, una de las grandes aportaciones chinas al avance de la humanidad, el papel, data de esta época.

La dinastía Han, que dio nombre al principal grupo étnico de China, fue notable también por su poderío militar, que le permitió extender su influencia cultural y política sobre lo que hoy son Mongolia, Corea, Vietnam y toda el Asia central, antes de derrumbarse bajo una combinación de presiones internas y externas. El imperio se expandió hacia el oeste hasta llegar a la depresión de Tarim, en la actual Región Autónoma Uigur de Xinjiang. No obstante, en términos generales, el control por parte de los Han de las regiones periféricas siguió siendo precario. Para asegurar la paz con los poderes fronterizos locales, especialmente con los beligerantes nómadas del norte y el oeste, la corte han puso en práctica un «sistema tributario» mutuamente beneficioso. A los estados no chinos se les permitía autonomía a cambio de la aceptación nominal del dominio han. A menudo, los lazos tributarios se renovaban y reforzaban mediante enlaces matrimoniales entre miembros de las respectivas clases altas y de intercambios periódicos de regalos y bienes.

Con todo, el régimen imperial, inaugurado con la dinastía Qin, quedó consolidado y ampliado, mientras que el confucianismo se convertía en la base filosófica del imperio. Pero el confucianismo de la dinastía Han era muy diferente de las enseñanzas originales de Confucio, ya que sus principales filósofos, como Tung Chung y otros, reinterpretaron los antiguos textos desde principios derivados de la antigua filosofía china de la naturaleza, que explicaba el funcionamiento del universo como una alternancia del *yin* y el *yang* y un equilibrio de los cinco elementos: tierra, madera, metal, fuego y agua. En general, el periodo han estuvo marcado por el eclecticismo, y muchos de sus emperadores favorecieron el taoísmo, en especial su idea de la inmortalidad.

En la época han, por primera vez, las cualidades personales empezaron a desempeñar un importante papel en la selección de funcionarios públicos. Las rutas comerciales terrestres se extendieron hasta alcanzar Europa y la cultura china empezó a influir en los países vecinos. La construcción de la Gran Muralla, iniciada por la dinastía Qin para proteger la frontera norte de China, continuó. Las filosofías e instituciones creados durante los periodos zhou y qin alcanzaron su madurez bajo los Han, en cuya era los chinos se distinguieron por sus descubrimientos científicos, muchos de los cuales se conocieron en Occidente varios siglos después. Los chinos desarrollaron grandes avances en astronomía, inventaron relojes de sol y de agua, dividieron el día en doce periodos iguales, desarrollaron un calendario lunar que se mantuvo en uso hasta 1912 y registraron regularmente los eclipses de sol. En matemáticas, fueron los primeros en dar valor a cada dígito según su posición relativa. Otras invenciones fueron de naturaleza más práctica, tales como la carretilla, las compuertas para el control de los niveles en canales y corrientes y la brújula.

En el orden interno, hay que señalar que en ella también vivió el historiador más famoso e importante, el tantas veces mencionado Sima Qian, cuyos *Registros históricos* proporcionaron una crónica detallada desde los tiempos de la legendaria dinastía Xia a los de su coetáneo, el emperador Wu (141-87 a. C.), precisamente, como veremos enseguida, el más brillante de los soberanos han.

La obra historiográfica de Sima Qian fue continuada por la familia Pan durante la época de

los Han Orientales, cuando el padre, Pan Piao, inició la actualización de los *Registros,* trabajo que continuó su hijo Pan Ku y que concluyó su hija Pan Qao, la más antigua y famosa mujer erudita de China, que también escribió otra obra de gran influencia en la educación femenina, las *Lecciones para mujeres,* que, sin embargo, al enfatizar las «virtudes femeninas», restringió mucho las actividades sociales de las mujeres chinas.

También en el terreno artístico se vieron reflejados los cambios políticos, sociales y económicos promovidos por los Han. En primer lugar, se transformó radicalmente la valoración de los objetos artísticos, ya que, aún ligados a los ajuares funerarios, fueron apreciados también en su vertiente estética, por lo que la búsqueda de la belleza como placer hizo que los objetos de la dinastía Han se pudieran considerar obras de arte, sin negar su utilidad práctica o ritual. El bronce y la cerámica continuaron utilizándose, pero la laca y la seda definieron artísticamente la búsqueda de otros materiales capaces de ofrecer nuevas cualidades táctiles y visuales. Y no solo se asistió a una sustitución de los materiales y a un cambio cualitativo en su uso, sino que el repertorio iconográfico se amplió considerablemente y muchos de los motivos decorativos adquirieron un nuevo valor significativo.

Sima Qian, un historiador plenamente comprometido con su obra

En el año 125 a. C., el emperador Wu creó La Oficina de Música con el cometido de recopilar las canciones populares antiguas. Esta iniciativa, como otras similares de este emperador, obedecía a que los intelectuales de la corte estaban preocupados porque se pudiera perder el legado cultural de las épocas pasadas. A ese mismo objetivo tendió la orden de recuperar los textos confucianos que la dinastía anterior, la Qin, había quemado. Pero tal vez la más importante de todas estas iniciativas fue la de promover la historiografía del pasado chino, cuyo fruto más importante fue la publicación de los *Registros históricos (Shiji)*, la obra magna del historiador Sima Qian (c. 145-90 a. C.), compuesta entre los años 109 y 91 a. C. En ella se narra la historia de China desde la época del legendario Emperador Amarillo hasta la del propio autor, en plena dinastía Han. Casi todos los acontecimientos de las épocas más antiguas de China se conocen gracias a la meticulosidad de esta obra, que fue la primera historia sistemática de China, por lo que influiría en la historiografía y en la prosa chinas, así como en la memoria colectiva. Sima Qian intentó realizar una obra desprovista de errores, para lo que indagó a fondo en los nutridos archivos, además de realizar numerosos viajes y de hablar con testigos de hechos recientes para documentarse. Pero el compromiso personal del autor con su obra superó lo exigible a cualquier historiador; baste conocer las circunstancias que hubo de soportar para poder completarla.

Todo comenzó cuando el emperador Wu envió un ejército contra una partida de bárbaros xiongnu del norte. El general Li Ling comandaba una fuerza de unos cinco mil soldados que, en principio, arrasó al enemigo. Pero, cuando volvía a casa, le alcanzó el invierno y, debilitado por las penurias del viaje y, sobre todo, por la falta de los refuerzos solicitados, los enemigos se volvieron cada vez más audaces y la exitosa campaña terminó en una calamitosa derrota y Li Ling fue capturado. Mientras tanto, en la capital, el emperador se disgustó sobremanera con las noticias y con su general. Uno de sus consejeros, el propio Sima Qian, conocedor del carácter bravo del general, sugirió a su majestad que quizá se había dejado capturar vivo para poder elaborar una estrategia y terminar con esos salvajes. Además, añadió con su tono más amable

que los refuerzos que hubieran cambiado la historia fueron retenidos en sus cuarteles por orden del cuñado del emperador, hombre muy celoso de Li Ling. El emperador, indignado por la impertinencia del consejero, lo castigó severamente a ser castrado. Una condena de este tipo no era anormal en aquella época y la costumbre no escrita forzaba al condenado a suicidarse antes de sobrellevar tal deshonor. Pero en el caso de Sima Qian no fue así: él había jurado a su padre que terminaría la desmesurada historia del reino. Así pues, se tragó su orgullo, soportó la vergüenza, se recuperó de la traumática amputación, siguió trabajando y completó la tarea. En una carta a un amigo, escribió a este respecto:

> «[…] tengo motivos por los cuales decidí seguir con mi vergüenza a cuestas […] temo que, después de mi muerte, mis escritos no pasarán a la posteridad. […] Y por eso decidí no tomar la medida que hubiera querido tomar. Cuando haya completado este trabajo, lo depositaré en el Archivo de la Montaña Famosa. Si luego alcanzara a llegar a los hombres que lo aprecien, si llegase a otras ciudades y países, entonces, así sufriera yo mil más de estas mutilaciones vergonzantes, ¿qué podría importarme?».

En general, los Registros son considerados fieles a la verdad. El texto ha llegado casi completo hasta la actualidad y dista mucho de ser oficialista y complaciente. Mientras que los textos oficiales de las dinastías chinas proclamaban, en línea con la doctrina confuciana imperante, los derechos divinos del emperador, Sima Qian eligió un tono mucho más liberal y objetivo. Además, decidido a ofrecer un recuento de la historia de China vívido y lleno de color, lejos de recrearse en la mera alabanza de las gestas de los gobernantes del pasado, extendió el alcance de su gran crónica a campos como la economía, la cultura, la geografía y la ecología humana, ámbitos en los cuales la historiografía oficial, circunscrita hasta entonces a la política, no entraba. Quizá por haber sido víctima de las injusticias del destino, el autor prestó especial atención a la fuerza vital y la valentía, lo que le llevó a incluir en su obra a personajes poco convencionales. Basándose siempre en datos históricos, Sima trazó escenas llenas de dramatismo y rasgos heroicos: gentes humildes desesperadas que se levantan en armas y conquistan el país; héroes con grandes ambiciones, pero engañosamente cobardes; humildes caballeros cuya fama supera a la de los reyes; arrojados generales que nunca conocieron la derrota; asesinos que llegan a sacrificar su vida; intelectuales capaces de vencer al estado gracias a su inteligencia; bellas mujeres fugadas con sus amantes en pos de la felicidad, etc. La obra, compuesta de unos quinientos mil caracteres repartidos en 103 volúmenes y 130 capítulos, se divide en cinco partes: «Registros principales» (vida y obra de reyes y emperadores); «Tablas» (cronología); «Libros» (monografías sobre asuntos como el calendario, la astronomía, la ingeniería hidráulica, la economía, la cultura, etc.); «Linajes» (hazañas de los nobles) y «Biografías» (vida de miembros de diversos estamentos sociales). En la primera y en las dos últimas partes, la historia es contada por sus protagonistas; en muchos otros pasajes, el autor describe las situaciones con gran viveza y pone palabras en boca de los personajes históricos, construyendo diálogos. Ambos recursos estilísticos hacen que sea una obra muy apreciada literariamente. No obstante, algunos otros capítulos resultan áridos y solo tienen interés para los especialistas.

En el año 92 a. C., a los cincuenta y seis años, Sima Qian dio por terminada su obra y dejó de escribir. Se supone que murió dos años después, en el 90 a. C.



Entre los años 109 y 91 a. C., el historiador Sima Qian (c. 145-90 a. C.) escribió sus *Registros Históricos (Shiji)*, donde se narraba por primera vez toda la historia anterior de China. Casi todo lo que hoy sabemos de ella se conoce gracias a su meticulosidad, que fijaría la memoria colectiva china. Científico independiente, Sima fue castrado por orden del emperador, pero ni eso le hizo apartarse de su compromiso con la verdad histórica.

El emperador Gaozu

Durante sus siete años de gobierno, Liu Bang (256/247-195 a. C.), el emperador Gaozu, instaurador de la dinastía Han, fortaleció el poder central y aplicó una serie de políticas en favor del pueblo destinadas a restablecer la normalidad en la maltrecha economía y en la vida cotidiana de sus súbditos. Tras ocupar el poder, volvió a centralizar China basándose en el modelo qin, pero sustituyendo gradualmente a los vasallos originales mediante la concesión de tierras a personas de su confianza. También dedicó sus primeros esfuerzos a someter a los señores más díscolos. Pronto se anexionó la mayor parte de los reinos y estableció principados, que puso en manos de sus hijos y parientes. También intentó soluciones militares contra los xiongnu, conglomerado de pueblos esteparios que constituían una constante amenaza al menos desde el siglo III a. C., pero fue batido en el campo de batalla. El año 200 a. C., Liu Bang dirigió en persona una campaña militar contra ellos. Sin embargo, su ejército fue cercado durante siete días por unos treinta mil jinetes. Roto el sitio, el emperador Gaozu decidió ofrecerles amistad, apaciguarlos casando a damas de la familia real con líderes bárbaros y abrir algunas ciudades fronterizas como centros mercantiles, con el fin de aliviar las tensiones entre ambos pueblos. Esta política no cambiaría durante cerca de sesenta años.

Internamente, puesto que la economía había sido devastada por la guerra, redujo impuestos, desarrolló la agricultura y restringió el gasto. Sin embargo, al pensar que el comercio era una

actividad decadente, lo limitó, gravándolo con fuertes impuestos y restricciones legales a los mercaderes.

En su juventud de caudillo rebelde, Liu Bang había despreciado a los intelectuales y al subir al trono siguió considerando inútiles los libros, hasta que, según la tradición, un funcionario le dijo: «Es cierto que Su Majestad ha conquistado el país a lomos de un caballo; pero ¿puede gobernar el país también a caballo?». En lo político, Gaozu heredó la organización de la dinastía anterior y comprendió la importancia de la tradición para sentar las bases de su reinado. Mantuvo el sistema centralizado de gobierno apoyado en las teorías legistas, pero sin rechazar los principios confucianos, que gradualmente fueron imponiéndose como doctrina oficial. Poco a poco se fue dando la bienvenida en el gobierno a los eruditos confucionistas, mientras se reducía la dureza de las leyes. En total, los esfuerzos del emperador Gaozu fundaron con solidez el largo reinado de cuatrocientos años de la dinastía Han.



Durante sus siete años de gobierno, Liu Bang (256/247-195 a. C.), el emperador Gaozu, el instaurador de la dinastía Han, fortaleció el poder central y aplicó una serie de políticas en favor del pueblo, destinadas a restablecer la normalidad en la maltrecha economía y en la vida cotidiana de sus súbditos.

Su capital continuó siendo Changan por razones estratégicas y prácticas más que por asociaciones con un pasado glorioso, que le exigía establecerse en Luoyang (antigua capital de la dinastía Zhou). Para mantener la estructura centralizada, se sirvió del principio de autoridad absoluta que emanaba del emperador y se transmitía, jerárquicamente, por la pirámide social. A su base, compuesta por los *mung* o campesinos, les concedió derechos sobre la tierra, pero con impuestos recaudados por gobernadores militares y funcionarios civiles. Esta organización estuvo bajo la amenaza constante de los nobles en unión de los sabios confucianos que, tras la represión sufrida con la dinastía Qin, no aceptaban la idea imperial. La supresión de sus

pequeños feudos se realizó de forma lenta pero sumamente eficaz, al dividir sus territorios entre personas leales al emperador y suprimir el mayorazgo.

En el año 199 a. C. se reunió en la capital a todas las familias más antiguas e influyentes para fortalecer el tronco y debilitar las ramas. Esta macroestructura necesitaba una base ideológica que, partiendo del legismo, llegara al confucionismo. Los *shih*, los letrados, vieron reforzado su poder cuando se les permitió iniciar públicamente la enseñanza de la doctrina confuciana; sin embargo, hasta el posterior reinado del emperador Wen (179-156 a. C.) no se abrazaría el confucionismo de modo oficial. Para el reclutamiento de los *shih* como funcionarios del Estado se ideó un sistema de exámenes formalizado en el siglo I a. C., que se realizaban anualmente, siendo su base de estudio el conocimiento de los clásicos: el *I Ching (Libro de los cambios),* el *Shi Ching (Libro de las odas)* y el *Qun Qin (Anales de primavera y otoño).* En teoría, este método de acceso a la administración estaba abierto a todos, puesto que no se valoraba la procedencia social del individuo, sino su capacidad, pero, en la práctica, solo aquellos cuyas rentas estuviesen aseguradas podían dedicar su tiempo al estudio. Hay que señalar que las mujeres estuvieron al margen, teniendo una formación estrictamente privada.

El emperador Gaozu, el antiguo líder rebelde Liu Bang, murió en el año 159 a. C., de herida de flecha, durante una campaña con la que intentaba reprimir la sublevación del general Ying Bu. El heredero natural de Liu Bang era el príncipe Liu Ying, hijo mayor del emperador y de la emperatriz Lu Zhi. Sin embargo, el emperador no veía en él las dotes necesarias para ser su sucesor, prefiriendo a su hijo Ruyi, príncipe Yin de Zhao, hijo de la dama Qi, una de sus concubinas. A pesar de los intentos de Liu Bang de otorgar la sucesión a Ruyi, la mayor parte de los ministros mantuvieron su lealtad a Liu Ying y a su madre, la emperatriz. Tras la muerte de Liu Bang, Liu Ying (de nombre póstumo Hui), gran protector de los hombres de letras confucionistas, accedió al trono y, al parecer, la propia emperatriz Lu, según las costumbres de la época, envenenó a Ruyi y torturó a la concubina Qi hasta la muerte.

En general, tanto Liu Ying como el resto de los gobernantes de esta primera fase de la dinastía Han conservaron muchas de las funciones del sistema imperial qin, en especial la división administrativa del país y la burocracia central; pero anularon la prohibición sobre los escritos históricos y filosóficos, al grado que llamaron a su servicio a los hombres de talento, no solo para restaurar los clásicos destruidos, sino para desempeñarse como funcionarios en el gobierno. Las leyes más onerosas fueron suspendidas, los impuestos se redujeron sensiblemente y se adoptó una política favorecedora del comercio que permitió la recuperación económica. Una de las contribuciones más importantes de esta fase dinástica fue el establecimiento del confucianismo como ideología oficial; sin embargo, en un intento por proporcionar una ideología completa al imperio, los Han incorporaron al confucianismo ideas de otras muchas escuelas filosóficas, e incluso recurrieron a las supersticiones populares para complementar las enseñanzas de Confucio.

Entre los años 163 y 143 a. C. (es decir, durante los gobiernos del emperador Wen y de su hijo Jing), se aliviaron las cargas del pueblo y prosperó la economía. A lo largo de esas dos décadas, se produjo un incremento notable del poderío de la dinastía Han. Esta política de escasa intervención del gobierno en la vida civil dio lugar a un periodo de estabilidad, que llegaría a su apogeo durante el reinado de Wu. China fue capaz de mantener la paz con los xiongnu pagándoles tributos y llevando a cabo acuerdos matrimoniales de princesas chinas con notables xiongnu. Pero eso no acabó, como después veremos, con los conflictos ni con la perenne amenaza bárbara.

El imperio Xiongnu de Modu

Una vez más es el historiador Sima Qian quien nos da una de las visiones más antiguas de la vida y la cultura de los individuos conocidos por los Han como xiongnu. En sus *Registros históricos,* los describe como unos pastores nómadas que vagaban en busca de pastos para sus rebaños de caballos, bóvidos y ovejas. También relata que los xiongnu no tenían ciudades amuralladas y no se dedicaban a la agricultura, y que los hombres eran formidables guerreros, entrenados desde una edad muy temprana para cazar a caballo con arco y flecha. También eran hábiles conductores de carros, una caracterización respaldada por el descubrimiento de carros de bronce en excavaciones arqueológicas.

Los xiongnu no fueron solo el primero de los imperios de las estepas de Asia oriental; fueron también el más longevo, pues duraron casi trescientos años. Originarios del noreste de la región del desierto del Ordos, hoy en la Mongolia interior, el imperio xiongnu fue el primero de esta clase en la estepa euroasiática y sirvió como prototipo para los muchos que le siguieron, incluyendo el de los mongoles. El Ordos fue un importante punto de encuentro de diversos pueblos de pastores de Mongolia interior, y es más adecuado describir a los xiongnu como una confederación de estos diversos grupos que como una cultura unificada. Sin embargo, sus orígenes y composición étnica siguen sin ser aclarados del todo. Casi toda la información sobre los xiongnu proviene de fuentes chinas. No hay ninguna manera de reconstruir parte sustancial alguna de la lengua xiongnu y lo poco que conocemos de sus títulos y nombres proviene de transliteraciones chinas.

En el 209 a. C., justo tres años antes a la fundación de la dinastía Han, los xiongnu se reunieron en una poderosa confederación bajo un nuevo *shanyu* (jefe supremo) llamado Modu (c. 234-174 a. C.), hijo de otro poderoso e influyente *shanyu* de los nómadas del Ordos. Después de que Modu ascendiera al rango de comandante militar, asesinó a su padre y consiguió unir los diversos grupos de nómadas bajo su liderazgo. La unidad política xiongnu les transformó en un enemigo formidable, capacitándoles para reunir ejércitos más grandes y poner en práctica una mejor coordinación estratégica.



En el 209 a. C., justo tres años antes de la fundación de la dinastía Han, los xiongnu se reunieron en una poderosa confederación bajo un nuevo shanyu (jefe supremo) llamado Modu (c. 234-174 a. C.). Tras fraguar la unidad interna, Modu expandió su imperio en todas las direcciones y se convirtió en un formidable enemigo de los Han.

Tras fraguar la unidad interna, Modu expandió el imperio en todas las direcciones. En el norte conquistó a varios pueblos nómadas, incluyendo a los dingling del sur de Siberia. Aplastó el poder de los donghu en Mongolia oriental y Manchuria. Fue capaz, además, de recuperar todas las tierras tomadas por el general Meng Tian de la dinastía Qin. Antes de la muerte de Modu en el 174 a. C., los xiongnu habían desplazado a los yuezhi (los antiguos tocarios) completamente del corredor del Gansu, obligándoles a desplazarse hacia Asia central, hasta el norte de Afganistán, y afianzado su presencia en las regiones occidentales de la moderna Xinjiang, además de aplastar a los hu orientales. Desde la llegada al poder de Modu hasta el año 128 a. C. transcurrió la época de mayor poder xiongnu, que controlaba un vasto imperio estepario que se extendía hacía el oeste llegando tan lejos como al Cáucaso. Eran activos en áreas de Siberia meridional, Manchuria occidental y las modernas provincias chinas de Mongolia interior, Gansu y Xinjiang. Durante su campaña occidental, los xiongnu tomaron también el control de diversas comunidades de los oasis que se habían desarrollado en la cuenca del Tarim. El subcomandante a cargo de supervisar la conquista de estas ciudadesestado recibió el título de «general a cargo de los esclavos», lo que refleja la actitud de los xiongnu hacia aquellos que conquistaban. De estas comunidades agrícolas recibían grano, fruta y comida para los animales, y de los nómadas, ganado vacuno, ovejas y, lo más importante, caballos, que pasaban a engrosar sus rebaños.

En el año 201 a. C., el primer emperador han, Gaozu, dirigió personalmente a sus tropas hacia la frontera norte con la intención de reprimir a un gobernador provincial que había

declarado su independencia. El gobernador se había aliado con los xiongnu y este primer encuentro militar con la confederación de las estepas acabó con la inesperada humillación de los han. Durante la batalla de Pincheng, poco familiarizado con la estrategia de ataque y retirada de los xiongnu, Gaozu permitió que le separaran del grueso de su ejército y fue rodeado por unos 30.000 jinetes de la élite de la caballería xiongnu, por lo que no tuvo otra elección que negociar y ofrecer un acuerdo a cambio de su propia libertad. Tras este fracaso, el emperador renunció a la solución militar. A cambio, en el 198 a. C., envió al funcionario Liu Jing a negociar. En el acuerdo de paz alcanzado, se incluía el matrimonio de una princesa han con el *shanyu* de los xiongnu, así como periódicos regalos de seda, licor y arroz e igualdad de estatus entre los estados; y la Gran Muralla como una frontera mutua. Este primer tratado fijó el patrón para las relaciones entre los han y los xiongnu durante unos sesenta años. Hasta el 135 a. C., el tratado fue renovado no menos que nueve veces, con un incremento de «regalos» en cada acuerdo sucesivo. En el 192 a. C., Modu pidió, inútilmente, la mano de la enviudada emperatriz Lü.

Su hijo y sucesor, el energético Jiyu, conocido como *shanyu* Laoshang, continuó con las políticas expansionistas de su padre y tuvo éxito al negociar con el emperador Wen los términos para mantener un sistema de mercado a larga escala auspiciado por el gobierno. Desde la perspectiva China los tratados matrimoniales eran costosos y poco eficientes. Pero Laoshang mostró que no se tomaba el tratado de paz seriamente. En una ocasión, sus exploradores penetraron hasta un punto cercano a la capital han Changan. En el 166 a. C, lideró personalmente a 140.000 jinetes para invadir Anfing, llegando hasta el retiro imperial en Yong. En el 158 a. C., su sucesor envió 30.000 jinetes a atacar la comandancia shang y a otros 30.000 a Yunzhong.

Aunque, pese a todo, los han continuaron desdeñando a los xiongnu y su modo de vida nómada (xiongnu es una palabra china que puede traducirse como «bastardo de esclavos»), no pudieron ignorar la amenaza militar real que suponían para su imperio. A fin de evitar las hostilidades continuas, la corte han se vio forzada a mantener su forzada política de lazos matrimoniales con los *shanyu* y de tributos anuales de seda, vino, arroz y otros alimentos. Otra demanda xiongnu que los han se negaban a reconocer era el derecho de comerciar con las comunidades chinas de la frontera, ya que esto socavaba su interés de mantener una zona de defensa entre ambos imperios. Los xiongnu respondieron a esta postura con un método probado y eficaz: los ataques por sorpresa, saqueando aquellos bienes que la corte han se negaba a venderles. Finalmente se les garantizó el derecho a comerciar, aunque la venta de armas y bienes de uso militar quedó prohibida. Esta política forzó a los xiongnu a mirar hacia Asia central en busca de materiales como el hierro, que cambiaban por los bienes que adquirían a los chinos. Así, la política comercial han con los xiongnu fue indirectamente responsable del incremento del comercio entre Asia central y oriental a lo largo de las Rutas de la Seda.

Pero en el año 134 a. C., el emperador Wu decidió cambiar de estrategia y no renovar el tratado de paz. La guerra estalló en el otoño del 129 a. C., cuando cuarenta mil jinetes chinos efectuaron un ataque sorpresa contra los xiongnu en los mercados fronterizos. En el 127 a. C., el general Weiqing retomó el Ordos. En el 121 a. C., los xiongnu sufrieron otro golpe cuando Huo Qubing lideró una fuerza de caballería ligera hacía el oeste de Longxi y, en solo seis días, se abrió camino luchando a través de cinco reinos xiongnu. El rey xiongnu Hunye fue forzado a rendirse junto a cuarenta mil hombres. En el 119 a. C., Huo y Wei, cada uno liderando a 50.000 hombres de caballería y entre 30.000 y 50.000 soldados de a pie, y avanzando por diferentes

rutas, forzaron al *shanyu* y a su corte a huir al norte del Desierto de Gobi. Pero las considerables dificultades logísticas limitaron la continuación a largo plazo de esta campaña. Según los informes oficiales, cada facción perdió entre ochenta mil y noventa mil hombres. De los 140.000 caballos que las fuerzas han habían llevado al desierto, menos de treinta mil volvieron a China. Como resultado de esta campaña, los chinos controlaron la región estratégica que va desde el corredor del Gansu hasta Lop Nor. Tuvieron éxito en separar a los xiongnu de los pueblos qiang del sur, y también obtuvieron acceso directo a las regiones occidentales.

Hacia el 104 a. C., los Han habían recuperado gran parte del territorio del norte perdido un siglo atrás y habían desplazado a los xiongnu hacia el oeste. Establecieron puestos militares avanzados hasta Dunhuang, en Gansu, para proteger las ciudadesestado de la cuenca del Tarim de las incursiones xiongnu, una posición que les permitió también disfrutar de los beneficios generados por el intenso tráfico a lo largo de las rutas comerciales.

Las relaciones tributarias se interrumpieron durante el reinado xiongnu de Huduershi (18-48 d. C.), coincidiendo con los levantamientos políticos de la dinastía Xin en China, que los xiongnu aprovecharon para recuperar el control de las regiones occidentales. Sofocados los problemas internos chinos, el nuevo poder de los xiongnu se encontró con una política de apaciguamiento por parte del emperador Guangwu. En la cumbre de su poder, Huduershi se llegó a comparar a sí mismo con su ilustre antecesor, Modu. Sin embargo, debido al creciente regionalismo, Huduershi nunca fue capaz de consolidar una autoridad incuestionable. Cuando nombró a su hijo heredero (contraviniendo el principio de la sucesión fraternal) provocó la separación de su pueblo en el año 48 en dos facciones, los xiongnu del norte y del sur. Para protegerse, los del sur, más débiles, pidieron protección a los Han. El sistema tributario fue ajustado considerablemente para mantener a los xiongnu del sur bajo la supervisión china, y se los reubicó en ocho comandancias fronterizas. Al mismo tiempo, grandes cantidades de chinos fueron forzados a migrar a estas comandancias, con lo que empezaron a aparecer asentamientos mixtos. Económicamente, los xiongnu del sur dependían casi totalmente en la asistencia de los Han.

Mientras tanto, los xiongnu del norte se vieron amenazados por los grupos nómadas de más al norte, a los que hasta entonces habían dominado. En el año 78, uno de estos pueblos septentrionales, los xianbei, atacó a los xiongnu del norte. Aprovechando esta oportunidad, la corte china envió un ejército para que se uniera con la facción de los xiongnu del sur y atacaran también a sus hermanos del norte. Hacia el año 91, los xiongnu del norte fueron desplazados fuera del Ordos y huyeron hacia el oeste, disipándose su liderazgo. En el territorio de los xiongnu del sur las tensiones eran evidentes entre los chinos asentados y los practicantes del estilo de vida nómada. Por lo que, en el 94, el *shanyu* Anguo unió sus fuerzas con los xiongnu del norte recientemente subyugados y comenzó una rebelión a gran escala contra los han, que sería su canto del cisne histórico. Sobrevivieron aún muchas décadas, pero ya muy diluidos.

El emperador Wu, la edad de oro Han

Al socaire de estos conflictos fronterizos, los emperadores han consolidaron y engrandecieron el imperio, lo que se tradujo en un apogeo científico, artístico y cultural. En el 140 a. C. subió al trono el gran emperador Wu (140-86 a. C.), llamado Liu Che y conocido como «el Emperador Marcial» y, para muchos, una de las grandes personalidades de la Historia

universal. Dotado de una energía poco común y de una inteligencia extraordinaria, acabó con el feudalismo, que poco a poco había rebrotado en China, adoptando una serie de medidas que hicieron imposible la conservación de los mayorazgos y obligaron a repartir la propiedad entre todos los hijos por igual. También creó una burocracia disciplinada a base de letrados confucionistas. En política exterior, Wu fue un continuador del imperialismo qin.

Bajo su reinado, China alcanzó su máxima expansión territorial, se afianzó el confucianismo y se fomentó el comercio, estableciéndose las principales rutas marítimas y terrestres. Casi todo el territorio que hoy engloba China pasó a estar bajo poder imperial, aunque muchas regiones, en especial al sur del río Yangtsé, no estaban totalmente asimiladas. La autoridad china se estableció en el sur de Dongbei Pingyuan (Manchuria), se anexionó el reino independiente de Cantón e incorporó la isla de Hainan, el delta del Xijiang y la península vietnamita, a la que llamó Annam («Sur pacificado»), contribuyendo con ello a la sinización de ese área asiática, aunque aquí se respetó su organización tradicional. Conquistó la región noroccidental de Corea, que constituía un reino fundado por el chino Weiman con capital en Lolang. En cuanto al frente con los nómadas xiongnu, intentó buscar la alianza de los tocarios (por entonces conocidos como yuezhi), un pueblo nómada expulsado por los xiongnu de sus territorios, en el sur de Mongolia y el oeste de China, durante el siglo anterior), pero ellos no la aceptaron y tuvo que emprender la guerra solo, utilizando la táctica de sus enemigos. Su general Weiqing realizó afortunadas incursiones (llegando incluso al actual Kazajistán) y, en el 127 a. C., se estableció una primera colonia militar en Chofang, en el río Amarillo. La ocupación del Gansu occidental puso en contacto el mundo chino con Occidente, ya que este fue el punto de partida de las caravanas que rompieron el aislacionismo chino, relacionándolo con los mundos iranio, índico y grecorromano. Las campañas continuaron. Como ya se ha mencionado, en el 119 a. C., Weiqing y Huo Qubing atravesaron el Gobi y atacaron el reino xiongnu, alejando a este pueblo hacia la alta Mongolia. Como resultado, se crearon en Gansu y Qinghai varias jefaturas militares para evitar el retorno de las invasiones. Al final del reinado se produjo el desastre de Liling en una incursión contra los xiongnu.

Gracias a las políticas tendentes a suavizar las diferencias de clases, en tiempos de Wu la dinastía Han Occidental llegó a ser una de las más poderosas y prósperas de la historia de China y el pueblo pudo gozar de paz, bienestar y estabilidad tanto política como social. Además, el emperador Wu siguió la recomendación de su consejero Dong Zhongshu y decidió que el taoísmo, que había impregnado la política y la filosofía dominantes durante los primeros reinados de la dinastía Han, ya no se adaptaba bien a los usos y las necesidades de la nueva China han y declaró oficial el confucianismo. No obstante, al igual que los emperadores que le precedieron, combinó métodos legistas con ese ideal confuciano. La adopción oficial del confucianismo conllevó no solo la inmediata aplicación de un sistema de selección de funcionarios para los servicios civiles, sino también que los candidatos a la burocracia imperial hubieran de conocer obligatoriamente los clásicos confucianos, un requisito que duraría hasta el establecimiento de la República de China en 1912. Los estudiosos confucianos obtuvieron un estatus prominente dentro de dicho servicio civil. En el año 124 a. C., se estableció una universidad imperial para el estudio de los clásicos confucianos, con estudiantes talentosos reclutados y sostenidos totalmente por el Estado. Esta universidad se inició con cincuenta estudiantes, hasta alcanzar un número de treinta mil hacia el final de la dinastía Han, siempre a expensas del Estado.

En el 138 a. C., el emperador Wu envió a Zhang Qian a explorar las regiones occidentales con el objetivo principal de conseguir alianzas militares con los pueblos alejados del control chino, y especialmente con los yuehzi. Zhang Qian fue hecho prisionero en varias ocasiones por los xiongnu, sin conseguir sus propósitos. Pero, a su vuelta, describió al emperador con gran detalle todo lo que había encontrado en sus viajes, incluyendo el uso por parte de la caballería bactriana de unos caballos mucho más grandes que los ponis mongoles usados por los xiongnu. La importación de estos caballos se convirtió en una prioridad de primer orden para el fortalecimiento de los ejércitos han, y su exitoso uso contra los xiongnu jugó un importante papel en el control han de las regiones al oeste de China. Incluso después de que la disolución del liderazgo xiongnu en el 54 a. C. llevara al fin de las hostilidades, la demanda china de caballos de Asia central continuaría incesante durante siglos. Una larga sucesión de emperadores chinos desarrollaron lo que solo puede describirse como una obsesión por los enérgicos y poderosos corceles. Pero, como es lógico, los caballos no fueron el único producto de intercambio entre los han y los diversos reinos de Asia central; vino, fruta, frutos secos, tejidos de lana y alfombras, pieles, jade y piedras semipreciosas como el lapislázuli fueron llevadas desde más allá de las fortificaciones han de Dunhuang hacia el imperio. A cambio, los comerciantes han exportaban objetos de oro labrado, espejos pulidos, seda y otros bienes manufacturados.

En el año 121 a. C., tras el debilitamiento interno de su confederación, los xiongnu se declararon vasallos de los han, permitiendo el acceso directo de estos a las regiones occidentales por el corredor de Gansu. Gracias a estas nuevas facilidades, en el año 115, Wu envió a Zhang Qian en un segundo viaje. Esta vez, conociendo algunos de los gustos y costumbres de los pueblos objetivo de la embajada, mandó reunir un gran cargamento de obsequios entre los que destacaban el oro y la seda, esta última desconocida fuera de las fronteras chinas. Aunque tampoco esta vez consiguió establecer compromisos políticos y militares con ninguno de ellos, al menos contactó con los estados de Fergana, Sogdiana, Bactriana y Khotan, que enviaron a su vez mensajes y obsequios a la corte han. La dominación militar china solo se produciría un siglo y medio más tarde, pero a Wu y Zhang Qian se debe el inicio del camino cultural y comercial más importante entre Asia y Europa hasta el siglo XVII: la Ruta de la Seda, que iba desde Changan, pasando por Xinjiang y Asia central, hasta la costa este del mar Mediterráneo. Continuando esa labor de Zhang Qian, las relaciones comerciales entre China y Asia central y occidental florecieron a través de muchas misiones chinas enviadas a lo largo del siglo I a. C.

La estabilidad política y económica contribuyó al florecimiento del comercio, la artesanía, las artes y las ciencias naturales. La productividad de la industria artesanal, especialmente la metalúrgica, se elevó notablemente y, a raíz de la apertura de la Ruta de la Seda, empezaron a establecerse relaciones diplomáticas y comerciales con los países de Asia occidental. Pero, junto con todos los materiales exóticos que llegaron a la China han a través de esta y de las demás rutas comerciales, vinieron también otras importaciones secundarias, incluyendo religiones como el budismo, que se difundió por esta época por toda China. Por las rutas comerciales viajaron también misiones diplomáticas, como los emisarios romanos enviados por el emperador Marco Aurelio en el año 166.

Pero las políticas expansionistas del emperador Wu y de sus sucesores consumieron los

excedentes económicos que se habían ido acumulando y fue necesaria la restauración de políticas legistas para reponer las arcas del Estado: se subieron los impuestos, reaparecieron los monopolios estatales y la moneda se devaluó. Las penurias que sufrían los campesinos se vieron agravadas por el crecimiento demográfico, lo cual provocó la reducción del tamaño de las parcelas individuales en un momento en que los impuestos se incrementaban. Durante el siglo I a. C., las condiciones empeoraron aún más. En varias ocasiones el trono fue heredado por príncipes en edad infantil, cuyas madres a menudo completaban las responsabilidades del gobierno con miembros no cualificados de su propia familia. Las facciones y la incompetencia debilitaron el gobierno imperial. Grandes familias terratenientes de la provincia desafiaron a las autoridades que recaudaban los impuestos del gobierno central y adquirieron una especie de privilegio que les eximía del pago de impuestos, lo que redujo los ingresos del gobierno y gravó duramente a los campesinos. Los levantamientos agrarios y el bandolerismo reflejaron el descontento popular. En sus últimos años de emperador, Wu trasladó el centro de gravedad de su política de la guerra a la economía, orientación que continuaron sus sucesores.

A Wu le sucedieron su hijo Zhao (86-74 a. C.), en cuyo reinado continuó la supremacía china (y también los problemas que la acuciaban), y Xuan (73-49 a. C.), que consolidó el dominio del Xinjiang o Turquestán oriental, sometiendo el reino tocario de Kutcha, y derrotando definitivamente a los xiongnu, que dejaron de ser un peligro por mucho tiempo. La dinastía decayó durante los reinados de Yuan (48-33 a. C.), Cheng (32-7 a. C.), Ai (6-1 a. C.), Ping (1 a. C.-5) y Ruzi (6-9). Pero, para entonces, el florecimiento del imperio han había venido acompañado del fortalecimiento de los poderes locales, hasta el punto de que llegaron a desafiar al gobierno central y se sucedió un nuevo periodo de desórdenes. En el año 9, Wang Mang usurpó el trono e instauró la dinastía Xin, lo que supuso el fin de la dinastía Han occidental.

La China han y el imperio romano

Sería correcto afirmar que los imperios han y romano, contemporáneos, eran los mayores que existían en ese momento en el mundo conocido. Pese a que no hubo relación directa entre ambos, cada uno fue consciente de la existencia del otro y existió un vínculo comercial a través de imperios intermedios de Asia central, como Partia. Pero era un intercambio bastante desigual: China exportaba especias, telas y, principalmente, seda, mientras que el Imperio Romano únicamente podía ofrecer a cambio oro y plata, puesto que no poseía otras manufacturas de interés para los asiáticos. Uno de los pocos contactos directos registrados entre ambos imperios quedó reflejado en el *Hou Hanshu (Historia de la dinastía Han)*, en que se narra la llegada de una embajada romana enviada en el año 166 por el emperador Marco Aurelio. La misión diplomática habría llegado desde el sur, probablemente por mar, y llevaba como presentes cuernos de rinocerontes, marfil y caparazones de tortugas, que pudo haber adquirido en el Asia meridional. No se descarta que estos representantes romanos fueran más bien comerciantes independientes que se hicieran pasar por representantes oficiales del Imperio para ser mejor recibidos. La misión arribó en el 166 a la capital Luoyang y fue recibida por el emperador Huan. Casi al mismo tiempo y posiblemente a través de esta embajada, los chinos adquirieron un tratado de astronomía romano, a cuyo imperio llamaron Da Qin. Parece ser, sin embargo, que la corte han se mostró bastante decepcionada con los regalos diplomáticos

romanos de marfil, cuernos de rinoceronte y caparazones de tortuga, ya que habían esperado presentes más raros y exóticos de tierras tan lejanas.

Pero pudo haber existido un contacto anterior entre ambos imperios, aunque no de carácter diplomático precisamente. Nos remontamos al año 53 a. C., en el que las tropas romanas de Licinio Craso, uno de los triunviros junto a Julio César y Pompeyo (en total, un formidable ejército bien entrenado y pertrechado formado por siete legiones, cuatro mil arqueros y cuatro mil jinetes galos, con un contingente total de unos 45.000 hombres), sufrieron una aplastante derrota a manos de los partos (imperio que abarcaba los actuales Irán, Irak y parte de Turquía) en la batalla de Carrhae. Dicha derrota fue desastrosa para Roma, que dejó en el campo a veinte mil soldados muertos (incluyendo al propio Craso) y más de diez mil prisioneros. De acuerdo a escritos de Plinio y Plutarco, algunos de estos aceptaron unirse al ejército parto para no ser esclavizados o eliminados. Una parte de la legión prisionera fue enviada a Bactria (país al norte del actual Afganistán) a defender los límites del Imperio Parto a orillas del río Oxus (actualmente denominado Amu Dariá) y enfrentarse a los que se considera predecesores de los hunos que habitaban en las cercanías. A partir de entonces se pierde la pista de esta legión, y así, en el año 20 a. C., cuando se firma la paz entre una Roma victoriosa y el Imperio Parto, estos prisioneros no pueden ser devueltos a Roma pues se ignora su paradero.

Pero una posible pista acerca de esta «legión perdida» se data en el año 36 a. C., diecisiete años después de la batalla de Carrhae. Ese año, el general chino Gan Yanshou emprendió una campaña contra los fronterizos xiongnu en la región occidental de Xinjiang. El historiador Ban Gu narra el encuentro de este ejército con unos extraños y desconocidos soldados veteranos, que construían fortalezas de empalizadas cuadradas y luchaban protegidos por escudos y en formación que, textualmente, recordaba a las escamas de un pez, tal como lo hacían las legiones romanas. Una vez derrotados por el general chino en Zhi Zhi, en premio a su valor en combate, se permitió sobrevivir a entre mil y mil quinientos de aquellos soldados, que fueron enviados a suelo chino, a la provincia de Gansu, cerca del Desierto de Gobi, donde fundaron la aldea de Lijian (topónimo seguramente derivado de la palabra latina «legión»). Algunos creen que los descendientes de este contingente fueron derrotados y arrasados en el siglo VIII por tropas tibetanas, por entonces unos temidos mercenarios, pero los estudios genéticos hechos en Lijian dan pie a pensar otra cosa. Por un lado, hay diferencias físicas muy importantes entre los nativos de la zona y el resto de los chinos; se ha comprobado que un 46% de sus habitantes tienen rasgos claramente europeos: ojos azules y verdes, pelo rizado y/o de color castaño, y hasta nariz aguileña; hace años se encontraron en torno a cien esqueletos de hace más de mil años con una altura promedio superior a los 180 cm. Y, por otro, si se buscan pruebas arqueológicas, en Lijian quedan los restos de una fortaleza que, según los nativos, hasta hace poco más de treinta años medía más de 100 m de longitud y varios de altura. También se han encontrado otros reveladores restos, como una gran piedra cúbica que alberga misteriosos restos de estilo occidental.

Si bien es cierto que muchos de estos argumentos pueden ser rebatidos y explicados por otras causalidades, la combinación de todos ellos conforma una teoría apasionante. Esta hipótesis empezó a abrirse paso en medios académicos en 1955, cuando el sinólogo estadounidense Homer H. Dubs descubrió el perfecto encaje de los datos de Plutarco y Plinio con las crónicas históricas de la dinastía Han. Poco después se tuvo conocimiento del remoto poblado de Zhelaizhai, en la provincia de Gansu, que bien pudiera tratarse del punto final de la aventura de los legionarios de Craso. Desde entonces, los análisis de ADN realizados por la

Universidad de Lanzhou confirman que un 46% de los habitantes de Zhelaizhai, entre los que hay ciudadanos pelirrojos y de nariz aguileña, muestran una curiosa afinidad genética con poblaciones europeas.

EL INTERREGNO DE WANG MANG: LA DINASTÍA XIN

Durante este periodo de desórdenes, el año 8 d. C., un regente ambicioso, Wang Mang (45 a. C.-23), nacido en una familia emparentada con la casa imperial de los Han y considerado el máximo usurpador en la tradición histórica china, se hizo con el trono. Tras haber ocupado puestos de relevancia en la administración imperial, consiguió convertirse en regente durante el reinado de dos emperadores niños. En ese momento, Wang Mang promovió la idea de que la dinastía Han había perdido el Mandato Celestial (esto es, la legitimidad para gobernar) y, en el año 9, envenenó al emperador y se hizo proclamar nuevo emperador, fundando la dinastía Xin («nueva»), que los historiadores posteriores no reconocerían.

Sin embargo, sobre el papel, las intenciones de Wang Mang no eran malas. Al principio, intentó revitalizar el gobierno imperial y mitigar la deplorable situación de los campesinos. Actuó contra los grandes estados exentos de impuestos al nacionalizar toda la tierra y redistribuirla entre los verdaderos cultivadores; abolió la esclavitud, y reforzó los monopolios imperiales sobre la sal, el hierro y la acuñación de moneda, además de crear otros nuevos. El estado pasó a fijar los precios de los bienes de consumo para proteger a los campesinos de los comerciantes sin escrúpulos y proporcionó préstamos a bajo interés a los que necesitaban capital para comenzar empresas productivas. Sin embargo, la resistencia de las poderosas clases terratenientes fue tan frontal (y peligrosa) que Wang Mang se vio obligado a revocar su legislación sobre la propiedad de la tierra. La crisis agraria se intensificó y la situación empeoró con la ruptura de los grandes sistemas de control del agua del norte de China, que habían sido descuidados por un gobierno debilitado fiscalmente.

Con todo, su excesivamente ambicioso programa de reformas que lo había enfrentado irremediablemente con los terratenientes logró al mismo tiempo que los campesinos se decepcionaron ante su incapacidad para impulsarlo y ponerlo en práctica, por lo que finalmente se rebelaron. El fracaso de las reformas y la conjunción de diversas catástrofes naturales, como el cambio de curso del río Amarillo (interpretado popularmente como un signo inequívoco de que los dioses no eran favorables al usurpador), provocaron un descontento social que se manifestó en forma de rebeliones armadas.

En el año 17 surgió en Shandong, tras varias desastrosas inundaciones del río Amarillo, un grupo rebelde que se identificaba por sus caras pintadas de rojo (de ahí su denominación de «Cejas Rojas») y la adopción de ciertos símbolos religiosos, una práctica que se repetiría posteriormente entre todos los campesinos que se rebelaban en tiempos difíciles. Su organización no era muy estricta, pues carecía de base ideológica o religiosa, habiendo surgido espontáneamente a causa de una situación desesperada. Sin embargo tuvo éxito, extendiéndose hacia el oeste por toda la cuenca del río Amarillo y derrotando finalmente a las fuerzas gubernamentales enviadas para combatirles. Muy pronto, las grandes familias terratenientes se unieron a ellos y se apropiaron del movimiento popular.

En el año 22 estalló otra rebelión de grandes proporciones en la prefectura de Nanyang

(norte de Hubei y sur de Henan), encabezada por una línea colateral de la casa imperial han, que vio una circunstancia favorable para recuperar el poder y, apoyada por los terratenientes y los mercaderes. Las fuerzas de Wang Mang fueron derrotadas por las del general Liu Xiu, lo que permitió que los rebeldes destruyeran la corte de Changan y que el considerado usurpador fuera muerto en el año 23, mientras defendía a espada su trono.

Tras dos años de caos (en que surgieron dos pretendientes al trono vacante: Liu Hiuan, derrotado y muerto por los Cejas Rojas; y el general Liu Xiu, que demostró gran energía), en el año 25 se restauró en la persona del segundo, con el nombre de Guangwu (25-57), la dinastía Han, que desde entonces pasó a llamarse Han Oriental, ya que su capital se estableció en Luoyang, ciudad situada al este de Changan, en Henan.

LA DINASTÍA HAN ORIENTAL

En el año 25 de nuestra Era, el general rebelde Liu Xiu fue nombrado, pues, emperador y consiguió reestablecer la dinastía Han, que gobernaría durante otros dos siglos. Liu Xiu era miembro de la casa de los Han, de la poderosa familia Liu, y se llamó a sí mismo Guang Wu Ti, el «brillante Emperador Marcial». Gobernó entre los años 25 y 57, inaugurando un periodo durante el cual se intentó infructuosamente restaurar la antigua gloria de los Han Occidentales, pero en el que solo se consiguió recuperar territorios perdidos. En el orden interno, Guangwu reformó el viejo sistema burocrático con el fin de hacerlo más equilibrado y tomó medidas para que el pueblo pudiera volver a vivir en un clima de paz y estabilidad, objetivos que, al menos parcialmente, consiguió. De esa forma, tras su reinado y el de los emperadores Ming (58-75) y Zhang (76-88), periodo conocido en su conjunto como «Reforma del emperador Guangwu», la dinastía Han Oriental había recobrado el antiguo esplendor de su predecesora occidental. En conjunto, este fue uno de los periodos más prósperos de la dinastía Han, durante el cual no hubo revueltas importantes, ni dentro de China ni con los xiongnu de las fronteras del norte. El comercio floreció y la Ruta de la Seda se convirtió en una de las vías más importantes para el comercio exterior. En el año 105, un funcionario imperial llamado Cai Lun inventó la técnica para hacer papel de gran calidad. Zhang Heng, inventor de la esfera armilar y el sismógrafo, fue el más distinguido de los muchos sabios de aquellos tiempos, entre los que también sobresalió Hua Tuo, médico que por primera vez en la historia aplicó anestesia en una operación quirúrgica.

Durante las revueltas de comienzos del siglo I, China había perdido sus posesiones exteriores, especialmente la región de Tonkín y, tras una serie de campañas, se pudo restablecer la soberanía china en todo el Extremo Oriente. Fue también la época de Ban Chao (también conocido como Zongsheng), general y diplomático que venció a los xiongnu cerca del lago Barkul y firmó con ellos un tratado de paz que apaciguó esa frontera noroeste. Se establecieron colonias militares y se sometió la región de los oasis de Turfán y Kucheng y toda la meseta del Tarim. Aplacados estos confines, el general dirigió un ejército de cerca de setenta mil hombres hasta las fronteras europeas, de donde regresó en el año 101 con noticias del Imperio Romano. La actividad de Ban Chao en Occidente se desarrolló a lo largo de treinta años, manteniendo el dominio chino hasta los confines de los partos, muchas veces en contra de la corte, dispuesta a ceder ante cualquier dificultad. A su muerte, su hijo Ban Yong continuó su labor, que culminó entre el 123 y el 127.

Entre otras muchas cosas, la apertura de las comunicaciones hacia Occidente permitió la entrada en China del budismo, procedente de la India. Esta nueva religión fue aceptada por su carácter universalista, especialmente en las áreas que habían tenido dificultades para asimilar las doctrinas confucionistas, aunque siempre con ciertas reticencias respecto a algunos puntos concretos de su doctrina, como la reencarnación y el nirvana, o a costumbres como el celibato y la existencia de religiosos mendicantes, algo contrario a las tradiciones chinas. Dado el connatural carácter proselitista de este dogma, pronto se comenzaron a traducir los textos del budismo bajo el patrocinio imperial. Con el tiempo, el budismo llegó a convertirse en la actividad filosófica y religiosa dominante, a pesar de la importancia y mantenimiento de algunos de los preceptos y cánones confucionistas, como los temarios de exámenes para los funcionarios del servicio civil.

En el orden general, a pesar de estos éxitos, la debilidad administrativa y la ineficacia lastraron la dinastía Han Oriental desde sus inicios. Al igual que bajo los Han Occidentales, el gobierno central entró en decadencia, al ser elegidos familiares maternos incompetentes en representación de los emperadores infantiles. Han Oriental fue un país de enorme inquietud social. Todas las medidas adoptadas fracasaron ante la formación de grandes latifundios que depauperaron a gran parte de la población. Guangwu había dado grandes feudos a sus partidarios durante la guerra civil que lo elevó al trono. Estos señores engrosaron el número de parásitos en torno al trono imperial. Los letrados, dedicados a tareas administrativas, sufrieron la influencia de los cortesanos y acabaron por organizarse en ligas para defender sus derechos.



En su lucha contra la feroz naturaleza, la dinastía Han Oriental dio un gran paso al poner en acción el «detector de terremotos» (como el de la foto) inventado en el año 132 a. C., entre otras diversas cosas, por el científico Zhang Heng (78-139).

Asimismo, el periodo de los Han Orientales estuvo particularmente plagado de conflictos causados por los eunucos, hombres castrados que se reclutaban entre las clases bajas para servir como guardianes del harén imperial. Provenientes de estratos pobres y con escasa educación, se volvían agresivamente ambiciosos una vez que entraban en contacto con el poder, de tal manera que hacia el fin de la era de los Han Orientales se generaron largas y destructivas luchas por el poder entre los eunucos provinciales y los funcionarios y terratenientes. Con la ayuda de los eunucos de la corte, los emperadores posteriores consiguieron deshacerse de ellos, pero solo a costa de conceder una responsabilidad igualmente grande a los propios eunucos cortesanos. Como resultado de todo ello, el gobierno de nuevo estuvo dividido en facciones. Entre los años 168 y 170 el conflicto entre los eunucos y los burócratas tomó especial virulencia. Además, las intrigas cortesanas condujeron a luchas entre familias, como ocurrió con los Teu y los Teng durante el reinado de He (89-105); al imponerse la segunda, detentó el poder durante los reinados de Shang (106) y An (106-125). Finalmente, Shun (125-144), Shao (188) y Xian (189-220) precipitaron la decadencia de la dinastía.



En la segunda fase de la dinastía Han, la oriental, se sucedieron una serie de emperadores incompetentes, cuando no corruptos. Uno de ellos fue Shu (115-144), que unía su débil carácter con su afición por la superchería. Este grabado de la época le muestra dirigiendo en el palacio imperial una ceremonia de adivinación.

Por otra parte, la progresiva acumulación de poder por parte de los terratenientes y la presión cada vez mayor sobre los campesinos comenzaron a provocar nuevas rebeliones a medida que se iba acentuando la crisis agraria. Las desastrosas inundaciones del río Amarillo de la década de 170 no hicieron más que empeorar esta situación. La pérdida de las cosechas creó periodos de hambruna que alimentaron las rebeliones.

La más importante de todas ellas fue la llamada de «Los Turbantes Amarillos», grupo taoísta localizado en las planicies del norte de China, la principal zona agraria del país, que asoló Shandong y las áreas adyacentes, mientras los emperadores vivían prácticamente prisioneros de los eunucos. Esta rebelión fue liderada por Zhang Jiao y sus dos hermanos, que defendían las doctrinas taoístas de igualdad de derechos y redistribución de tierras. Pese a la muerte de los tres hermanos, las rebeliones continuaron. En el año 215 fue sofocada otra

rebelión taoísta dirigida por la Sociedad de los Cinco Celemines de Arroz de Sichuán. Como resultado de esas y otras rebeliones populares, distintos generales fueron alzándose en armas, destruyeron la capital y se convirtieron, uno tras otro, en efímeros dictadores. Con todo, el poder de los emperadores se hizo cada vez menos influyente en favor de los estamentos militares, que gobernaban, de hecho, el país. El último emperador han fue Xian (189-220), un gobernante títere colocado en el poder por un comandante del ejército, que reinó más de treinta años pero sin ejercer control real alguno.

A partir del año 196, y en solo ocho años (como veremos con mayor detalle en el siguiente capítulo), el general Cao Cao implantó su dictadura en el norte. A su muerte, su hijo, Cao Pi, depuso al débil emperador y estableció el reino de Wei. Con ello llegó a su fin el periodo de los Han Orientales y el imperio se dividió en tres reinos: Wei, Shu-Han y Wu, que pronto entraron en lucha entre sí. Así, China dejó de estar unida en un solo estado hasta que fuera reunificada de nuevo por la dinastía Sui. Pero eso sería 370 años después. De momento, el largo periodo de desunión daría lugar a una vorágine de estados, hegemonías y juegos de poder, al que dedicaremos el capítulo siguiente, y que, a escala histórica, tuvo como consecuencia la definitiva incorporación a China de territorios fronterizos hasta entonces al margen y, por tanto, la configuración de un país inmenso muy parecido ya al actual.

El periodo de desunión

LOS TRES REINOS

A la caída de los Han Orientales, el Imperio Chino permaneció dividido durante un largo periodo de 370 años, de los que el primer medio siglo se inició con el dominio de los Tres Reinos: Wei, el más poderoso, en el norte; Shu-Han, en el sudoeste, y Wu, en el sudeste, y acabó con la entronización en Wei de la dinastía Jin (265-420), que poco después ampliaría su dominio a casi todo el territorio. Aquel breve e intenso periodo adquiriría después fama nacional imperecedera gracias a la famosa novela *Romance de los Tres Reinos,* que lo enalteció como una era caballeresca, que tal vez lo fuera, aunque a ojos de la historia fue realmente una fase sangrienta y convulsa como pocas.

Por otro lado, aunque la China del momento se dividió en estos Tres Reinos, no cabe deducir de ello que quedara exactamente disgregada en tres entidades políticas independientes. En realidad, cabría hablar mejor de una guerra civil tripartita, en la que los Tres Reinos (y algunos otros agentes) lucharon entre sí por imponer su hegemonía a los demás y por recuperar el poder imperial sobre todo el territorio chino dominado hasta entonces por la dinastía Han.

El primero de los Tres Reinos, Wei (220-265), el más poderoso, que ocupaba el territorio septentrional con capital en Luoyang, fundado en el año 220 por Cao Cao (155-220), era el de mayor potencial económico y demográfico, que aún aumentaría con las reformas agrarias (reestructuración del campesinado, mejora de los métodos e implantación de eficaces sistemas de irrigación) y con la instalación y asimilación en su territorio de contingentes de xiongnu nómadas del norte. Políticamente, siguió un modelo autoritario y centralista, muy militarizado. Cao Cao y sus descendientes y sucesores en el trono pusieron en marcha en todo el territorio un sistema de colonias agrícolas militarizadas, que les aseguró un buen suministro, tanto de alimentos como de soldados, para sus ejércitos.

El reino de Shu (221-263), fundado por Liu Bei (161-223) en el sudoeste, en el curso medio del río Yangtsé, con capital en Chengdu, en la provincia de Sichuán, elegida por su ubicación estratégica en la llamada zona de los cuatro ríos, de rica tierra fértil, abarcaría en el momento de máxima extensión las modernas provincias de Gansu, Hubei, Hunan, Guizhou y Sichuán. Desde su feudo, Liu Bei no dejaría nunca de sentirse legítimo heredero de la dinastía Han y, en consecuencia, todos sus desvelos se volcarían en reunificar el país bajo su gobierno. Su gran ventaja estratégica era su buena situación, pues su territorio solo podía ser alcanzado a través de dos pasos. Para aumentar su potencial no cejó en someter a los numerosos pueblos indígenas que habitaban los territorios situados al sur y al oeste del suyo. Además, Liu Bei contaba con la ayuda de un excepcional consejero político-militar, Zhuge Liang (181-234).

Por su parte, el reino de Wu (222-280), en el sudeste, eligió como capital Nankín, en la actual provincia de Jiangsu, en el curso bajo del río Yangtsé, para controlar desde ella el comercio fluvial y los cultivos, especialmente de arroz, de los valles. Wu, aunque era el reino más extenso también era el menos poblado de los tres y el de terreno peor conocido y menos aprovechable para el desarrollo agrario. Buena parte de su territorio, sobre todo al sur, estaba habitado por poblaciones indígenas, principalmente diversos pueblos de lengua tai, en los valles, y los yao en las montañas. A cambio, Wu llevó a cabo una gran expansión marítima que

llevó su actividad comercial hasta lugares tan lejanos como India, Persia, Arabia y el Imperio Romano. Pero este desarrollo no le supuso progreso alguno en materia militar.

Como enseguida veremos, este periodo de los Tres Reinos fue uno de los más sangrientos de la historia de China. Un censo de la población de finales de la dinastía Han oriental calculaba una población de aproximadamente 56 millones de personas, mientras que otro realizado al final del periodo de los Tres Reinos no pasó de los 16 millones. Teniendo en cuenta las imprecisiones propias de los registros censales de la época, es seguro asumir que un amplio porcentaje de la población sucumbió durante las constantes guerras declaradas durante este breve pero intensísimo periodo.

Un periodo convulso y sangriento

Durante el reinado del antepenúltimo emperador han, Ling (168-189), se produjo, entre otras, como ya vimos, la rebelión de Los Turbantes Amarillos liderada por los hermanos Zhang. La revuelta fue suprimida por las tropas imperiales dirigidas por He Jin, cuñado del emperador y comandante supremo de sus ejércitos, quien fue elevado a regente del nuevo emperador, el hijo mayor de Ling, a la muerte de este en mayo de 189, en un contexto de renovada e irreductible rivalidad entre las facciones de los eunucos (apoyados por la emperatriz viuda) y de la burocracia civil común (apoyada por el propio He Jin y por el general Yuan Shao). El regente convocó a Dong Zhuo (138-192), gobernador de Liangzhou y respetado señor de la guerra, para que entrara con su ejército en la capital Luoyang y redujera a la emperatriz. Sin embargo, antes de que llegara, He Jin fue asesinado por los eunucos y, en represalia, la guardia personal del general entró en el palacio imperial y llevó a cabo una matanza indiscriminada de miles de eunucos. La anarquía resultante dio renovada excusa a Dong Zhuo para entrar en 189 en Luoyang desde el noroeste supuestamente para proteger al imperio y tomar control de la corte. En realidad, su acción dio inicio a un periodo de cruenta guerra civil que se extendió a fuego y sangre por toda China.

Dueño de la situación, Dong Zhuo manipuló la sucesión para que el futuro emperador Xian pudiera subir al trono en lugar de su hermanastro mayor y comenzó a gobernar desde la sombra con una actitud cruel y tiránica. Bajo el violento mandato de Dong Zhuo, el pueblo sufrió enormemente. Hubo intentos de asesinarlo por parte de su médico Wu Fu y del otro líder rebelde del momento, Cao Cao (155-220), pero ambos fracasaron.

Sin resignarse, Cao Cao hizo un llamamiento general a todos los gobiernos regionales y señores de la guerra a enfrentarse al tiránico poder de Dong Zhuo en nombre del emperador. En el 190, se formó una coalición en las provincias orientales del imperio entre 18 gobiernos locales y varios señores de la guerra, bajo el débil liderazgo del general Yuan Shao. Pero, a causa de los inagotables conflictos de intereses, la coalición solo logró que Dong Zhuo huyera de la capital Luoyang y se dirigiera a Changan en mayo de 191. Lejos de solucionarse nada, lo que ocurrió fue que la guerra abierta se extendió por todo el imperio.

Un año más tarde, Dong Zhuo fue asesinado por su hijo adoptivo, Lu Bu, a causa de su competencia por los amores de una de las concubinas de su padre. Pese a este golpe de Estado, el emperador mantuvo nominalmente su puesto, aunque convertido en un pelele manipulado consecutivamente por diversos señores de la guerra, que se fueron sucediendo vertiginosamente en los años posteriores, mientras, a falta de un gobierno central fuerte, se combatían entre sí en

busca de tierra y poder. En el norte, luchaban Yuan Shao y Gongsun Zan, y en el sur, lo hacían Sun Jian y Liu Biao. Muchos otros, sin título o tierras previos, como Cao Cao y Liu Bei, se involucraron en las luchas y empezaron a acumular poder regional.

En agosto de 195, el emperador Xian, dejó la capital imperial Changan e inició un arriesgado viaje de un año de duración al este en busca de apoyos a su causa. Hacia el 196, cuando fue acogido en Xuchang por Cao Cao, la mayoría de los contendientes menores habían sido o bien absorbidos por otros más grandes o bien destruidos. Yuan Shao ocupó el centro de la parte norte de Ye y extendió su dominio al norte del río Amarillo, en oposición a Gongsun Zan, que controlaba la frontera norte del imperio. Cao Cao, establecido por entonces en el sur de Yuan, batallaba contra Yuan Shu y Liu Biao, que ocupaban respectivamente el cauce del río Huai y las regiones del medio Yangtsé. Más al sur, Sun Jian dominaba el bajo Yangtsé. En el oeste, Liu Zhang conservaba la provincia de Yizhou, mientras Hanzhong y el noroeste eran controlados por una variopinta serie de pequeños señores de la guerra menores.



La épica china está repleta de acciones más o menos heroicas sucedidas durante el periodo de los Tres Reinos. Algunos de esos hechos aún recordados fueron protagonizados por Lu Bu, un extraordinario jinete y tirador de arco de la época, el mejor guerrero del momento, conocido como «el General Volador», al que en el grabado adjunto vemos combatir en Hulao contra los llamados Tres Héroes.

Aunque la cultura popular y el *Romance de los Tres Reinos* lo retrataron como un personaje cruel y suspicaz, el Cao Cao histórico brilló como gobernante, estratega y poeta. Entre los chinos, su figura es de gran importancia aún hoy. Después de destruir a Yuan Shu en el 197 y a los señores occidentales Lu Bu (198) y Liu Bei (199) en rápida sucesión, Cao Cao desvió su atención hacía Yuan Shao en el norte, que por sí mismo había eliminado a su rival norteño Gongsun Zan ese mismo año y que reunió un ejército de cien mil soldados al frente de los cuales se encaminó al encuentro de Cao Cao, para «rescatar al emperador». Tras meses de

planificación, ambos bandos enfrentaron sus fuerzas en el año 200 en Guangdu, punto estratégico a orillas del río Amarillo. Pese a su gran inferioridad numérica (solo disponía de veinte mil soldados), Cao Cao derrotó a Yuan Shao de forma decisiva.

En 202, Cao Cao se aprovechó de la ventaja de la súbita muerte de Yuan Shao y de la división resultante entre sus hijos para avanzar hacía el norte del río Amarillo. Capturó Ye en 204 y ocupó las provincias de Ji, Bing, Qing y You. Al final de 207, tras una campaña relámpago contra el pueblo de Wuhuan, Cao Cao dio por cerrado su incontestable dominio de las llanuras del norte de China, se afianzó en lo que pronto sería el reino de Wei, envió a sus ejércitos hacia el nordeste y el sur y extendió su control más allá de la Gran Muralla, hasta Corea por el norte y hasta el río Han por el sur.

Mientras tanto, en el sur, Sun Jian perdía la vida en una batalla contra Liu Biao. Su primogénito, Sun Ce, tras reforzar su ejército, se aseguró las tierras de Jiangdong, en las que se fundaría el reino de Wu. Trágicamente, Sun Ce también murió de forma inesperada y fue sucedido por otro gran líder, Sun Quan.

En uno de sus primeros fracasos militares, Cao Cao, en su intento de extender su dominio al sur del río Yangtsé y lograr la ansiada reunificación china, chocó contra la primera coalición de sus rivales Liu Bei y Sun Quan (lograda gracias a la mediación de Zhuge Liang) y su ejército fue vencido en la batalla de los Acantilados Rojos, en el año 208. Los ejércitos combinados del sur (con unos cincuenta mil hombres) se enfrentaron a la flota de Cao Cao y a una fuerza de doscientos mil soldados en el enclave de Chibi. Tras una escaramuza preliminar, un ataque con barcos incendiarios a la flota de Cao Cao decantó la batalla en su contra, forzándolo a retroceder de forma desorganizada hacia el norte. La victoria aliada en esta batalla aseguró la supervivencia de Liu Bei y Sun Quan, y les permitiría establecer los estados de Shu (221) y Wu (222) y, por tanto, formalizar la tripartición de China en tres grandes reinos. Mientras tanto, tras regresar al norte después de la derrota de los Acantilados Rojos, Cao Cao se resignó a consolidar su poder y a tratar de controlar y asimilar todas las regiones del noroeste. De forma progresiva, incrementó sus títulos y sus dominios, para llegar a ser nombrado primero duque (213) y luego rey de Wei (216). Durante los siguientes años, Cao Cao, Liu Bei y Sun Quan continuaron consolidando su poder en sus respectivos feudos, sin por ello olvidar sus mutuos enfrentamientos y recelos.

En el primer mes de 220, Cao Cao murió en Luoyang a los sesenta y cinco años, sin haber visto cumplida su ambición unificadora. Su testamento ordenaba que fuera enterrado con ropa de diario y sin ceremonia y que los habitantes de las zonas fronterizas permanecieran en sus puestos ya que «el país es todavía inestable». Le sucedió el mayor de sus hijos vivos, Cao Pi (187-226), que antes de un año obligó al emperador Xian a abdicar, derrocando definitivamente a la dinastía Han y proclamándose a sí mismo emperador del reino de Wei, con capital en Luoyang. Cao Cao fue entonces llamado, a título póstumo, emperador Wu.

En el 221, en el reino de Shu, al no estar dispuesto a aceptar la legitimidad de la dinastía instaurada por Cao Pi, Liu Bei tomó el nombre de emperador de Han en una apuesta por restaurar la caída dinastía Han. Ese mismo año, Cao Pi, en nombre de su reino de Wei, otorgó a Sun Quan el título de rey de Wu, reino que, no obstante, ordenaría invadir más tarde, poco antes de hacer lo propio con Shu, fracasando en ambos intentos. Un año más tarde, Shu declaró la guerra a Wu y ambos bandos se enfrentaron con resultado incierto en la batalla de Yiling (222). En Xiaoting, Liu Bei fue desastrosamente derrotado por el ejército de Sun Quan, viéndose forzado a retroceder a Shu, donde murió poco después. Tras su muerte, Shu y Wu recuperaron

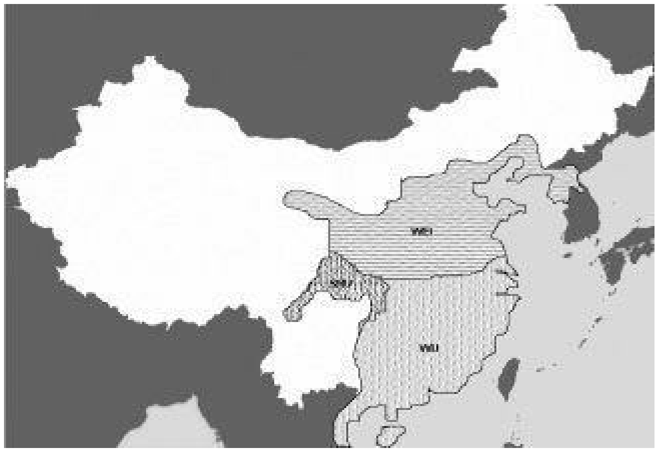
las relaciones cordiales en perjuicio de Wei, estabilizando así la configuración del tripartito. En 229, Sun Quan renunció a su reconocimiento del régimen de Cao Pi y se declaró a sí mismo emperador en Wuchang. De este modo, China quedó definitivamente dividida en tres reinos o imperios, que se disputarían la legitimidad de la continuidad de los Han.

El dominio del norte pertenecía completamente a Wei, mientras Shu ocupaba el suroeste y Wu la zona central del sur y el este. Las fronteras exteriores de los estados estaban generalmente limitadas a la extensión de la civilización china. Por ejemplo, el control político de Shu en su frontera sur se encontraba limitado por las tribus tai del moderno Yunnan y de Birmania, llamados por los chinos «los bárbaros del sur».

En cuanto a mano de obra disponible, Wei era, con diferencia, el más fuerte, contando con más de 660.000 familias y 4.400.000 personas dentro de sus fronteras. Shu tenía una población de 940.000, y Wu de 2.300.000. Es decir, Wei tenía más del 58% de la población y alrededor del 40% del territorio totales. Con estos recursos, se estima que podía reunir a un ejército de cuatrocientos mil soldados, mientras que Shu y Wu se quedaron en unos 100.000 y 230.000, respectivamente; grosso modo, el 10% de sus respectivas poblaciones. La alianza Wu-Shu contra Wei demostró ser una configuración militar estable, por lo que las fronteras básicas de los Tres Reinos apenas cambiaron durante más de cuarenta años.



Guan Yu (160-219) fue un general del ejército de Liu Bei, que se hizo famoso en toda China por sus valores guerreros, hasta el punto de ser llamado «el Dios de la Guerra». Tras su muerte, los taoístas lo deificaron y comenzaron a rendirle culto como tal. En el grabado se le ve capturando a un general enemigo.



En términos económicos, la división de los Tres Reinos reflejaba una realidad que perduró mucho tiempo. Incluso en los Song del norte, setecientos años después de los Tres Reinos, era posible pensar en China como un compuesto de tres grandes mercados regionales (el estado del noroeste era ligeramente ambivalente, ya que tenía enlaces con las regiones del norte y con Sichuán). Estas divisiones geográficas quedan subrayadas por el hecho de que las principales rutas de comunicación entre las tres regiones estaban hechas por el hombre: el Gran Canal enlazaba el norte y el sur; la ruta de transporte a través de las Tres Gargantas del Yangtsé unían el sur de China con Sichuán, y las carreteras unían Sichuán con el noroeste.



Sun Quan (182-252), fundador de la dinastía Wu Oriental, reunió en su persona las dotes guerreras con una notable capacidad política para dirigir su reino.

En 227, Zhuge Liang trasladó sus regimientos de Shu más importantes hacia Hangzhong y comenzó la guerra por el noroeste de la alianza Wu-Shu contra Wei, aunque con poco éxito, cosa

que se repetiría durante los seis años siguientes, debido sobre todo a los problemas de abastecimiento que limitaban la capacidad de éxito de los ejércitos del sur. En 234, Zhuge Liang lideró su última gran ofensiva contra el norte, alcanzando la llanura de Wuchang al sur del río Wei. Sin embargo, debido a su súbita y temprana muerte, el ejército shu se vio de nuevo forzado a retroceder. Tras la muerte de Zhuge Liang, los ataques de Wei sobre Wu se intensificaron en la región de Huainan, Anhui; pero, pese a todo, Wei no pudo romper la línea de defensas levantada sobre el río por Wu.

Con el paso de los años, la fuerza decreciente del clan Cao, sustituido por el dominio de la familia Sima, llevó al reino de Wei al borde la guerra civil. Además, coincidió también con la decadencia del reino de Shu. Tras la muerte de Zhuge Liang, aunque se sucedieron distintos soberanos, la política shu fue controlada cada vez más por la facción de los eunucos y la corrupción fue en aumento. A pesar de todos los esfuerzos, el reino de Shu ya fue incapaz de asegurarse alguna victoria decisiva en su lucha contra el de Wei. En 263, Wei lanzó un ataque en tres frentes y el ejército shu se vio forzado a una retirada general. Al llegar el invierno de ese año, la capital Chengdu había caído y el emperador de Shu se rindió. El estado de Shu había llegado a su fin después de cuarenta y tres años y fue absorbido por el de Wei.

Asimismo, tras la muerte de Sun Quan en 252, el reino de Wu entró en un periodo de decadencia progresiva. Mientras tanto, la caída de Shu marcó un cambio en la política de Wei. Sima Yan, después de aceptar la rendición de Shu, expulsó al emperador Wei y proclamó su propia dinastía Jin en 265, acabando con cuarenta y seis años de dominio Cao en el norte. En 269, Yang Hu, comandante Jin en el sur, se comenzó a preparar para la invasión de Wu ordenando la construcción de una flota y el entrenamiento de marinos en Sichuán. La planeada ofensiva Jin llegó finalmente en el invierno de 279. El ejército de Jin avanzó lentamente sobre la capital de Wu. Ante tal amenaza, muchos soldados de Wu se rindieron sin luchar. Finalmente, el último emperador de Wu entregó dócilmente su territorio. En el año 280, la dinastía Wu desapareció y el país fue al fin unificado tras un siglo de guerra bajo la dinastía Jin. Este fue el final de los Tres Reinos.

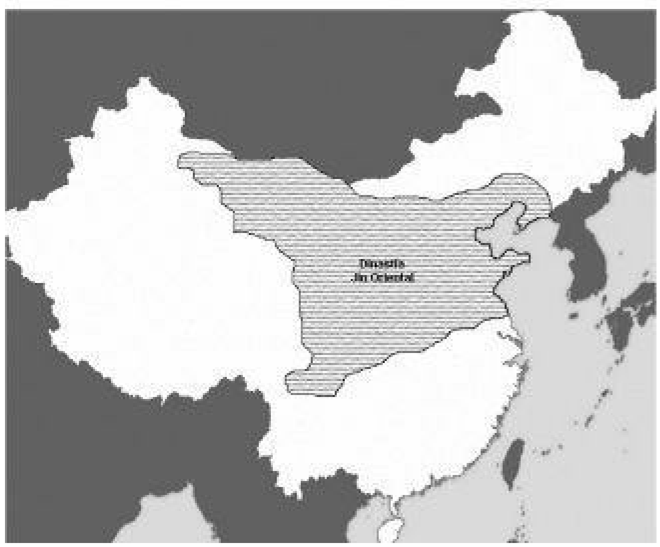
LAS DINASTÍAS JIN

La dinastía Jin Occidental (265-316), a caballo entre los periodos de los Tres Reinos y de las Seis Dinastías, supuso un breve periodo de unidad imperial que terminó con luchas entre las diversas facciones cortesanas que dieron paso a una nueva etapa de caos y guerra civil en la que llegaron a coexistir y combatir, entre el siglo IV y los inicios del V, más de veinte estados. Los pueblos bárbaros supieron aprovechar la oportunidad que les brindaba este desorden para lograr una fácil invasión paulatina, instalándose por todo el territorio septentrional (en lo que históricamente se conoce como los Dieciséis Reinos del Norte) e imponiendo a sus súbditos chinos nuevos modos culturales.

Como ya hemos visto, en el año 265, Sima Yan (236-290), un poderoso general de la dinastía Wei, usurpó el trono imperial y estableció la dinastía Jin (265-317) en el norte de China. Inmediatamente, este primer emperador Jin, que tomó el nombre imperial de Wu, inició la reconstrucción nacional. Para aliviar las maltrechas arcas rebajando los gastos militares decretó la desmovilización general del ejército y la prohibición de tener armas a los particulares. Para evitar el problema ancestral del excesivo poder de los nobles, dividió su

imperio en feudos, que otorgó a familiares y allegados, lo que, lejos de solucionar nada, añadió más inestabilidad. Otra importante razón para esta inestabilidad interna era la influencia de las principales familias terratenientes que hicieron que su poder se dejara sentir a través de un sistema de nueve grados de funcionarios, mediante el cual se dio a individuos destacados en cada zona administrativa la autoridad para jerarquizar a las familias locales de acuerdo con su potencial de servicio al gobierno. A causa de la arbitrariedad con que algunos decidieron este reparto de jerarquías, a menudo reflejaba más los deseos de las familias dirigentes en el territorio que el mérito de aquellos que habían sido elegidos. Por si todo esto fuera poco, paradójicamente, la mayor amenaza para el primer emperador jin provino de su propia familia.





Por todo ello, poco después de la muerte de Sima Yan en el año 290, su volátil imperio comenzó a desmoronarse. Nada más morir, las familias de dos de sus emperatrices consortes se enzarzaron en una disputa por el poder cuya primera víctima fue el propio nuevo emperador, Hui. En los dieciséis años siguientes, se proclamaron ocho emperadores diferentes. El vacío de poder efectivo y las penurias del pueblo provocaron, años después, numerosos levantamientos, que rompieron en pedazos la precaria unificación del norte de China.

Mientras tanto, en este tramo de la historia china, al socaire de los incesantes vientos de guerra, el sur del país se desarrolló considerablemente en lo económico. Con la migración de las etnias minoritarias del oeste y el norte al interior del país, la convivencia contribuyó a la aculturación de las etnias. El intercambio económico y cultural con el exterior llegó hasta Linyi (parte central de Vietnam), Funan (parte de Camboya), la península coreana, Japón, los países

de Asia central e, incluso, Da Qin (Imperio Romano).

En el año 280, los jin del oeste conquistaron el reino de Wu, con lo que consiguieron reunificar bajo la nueva dinastía todo el antiguo imperio Han. Pero esta unificación no duraría mucho tiempo y, además, no pudo contener la invasión y el levantamiento de los pueblos nómadas del norte que se impondría durante la devastadora guerra de los Ocho Príncipes, a la que enseguida nos referiremos.

Las tribus no chinas del norte, a las que los Han habían combatido hasta conseguir detener a lo largo de la frontera, aprovecharon la oportunidad que les ofrecía la debilidad del gobierno para extender su ansia de tierras de pastos a las fértiles llanuras chinas. Las invasiones comenzaron en el 304 y, hacia el 317, los xiongnu habían arrebatado a la dinastía Jin el norte de China. Durante casi tres siglos, este territorio estuvo gobernado por varias dinastías no chinas (los Dieciséis Reinos), mientras en el sur lo hacían una sucesión de cuatro dinastías chinas, todas ellas centradas en el área de la actual ciudad de Nankín. Ninguna de las dinastías invasoras fue capaz de extender su control a la totalidad de la llanura del norte hasta el año 420, en que lo logró por fin la dinastía Wei del norte (386-534).

Los Dieciséis Reinos del norte

Los historiadores chinos han dado el nombre de periodo de los Dieciséis Reinos a la época comprendida entre los años 304 y 439 durante la cual el norte de China atravesó una etapa de fragmentación política y caos. Los Dieciséis Reinos aludidos, todos de muy corta duración, fueron establecidos por pueblos de etnia no china de modo consecutivo, muchos en territorios coincidentes, y formaban un conjunto heterogéneo de pequeños estados soberanos incluidos en el territorio tradicional de China y en las áreas colindantes. En concreto, estos Dieciséis Reinos fueron: Cheng Han (303-347), Han Zhao (304-329), Zhao Posterior (319-351), Liang Anterior (320-376), Liang Posterior (386-403), Liang Occidental (400-421), Liang Septentrional (397-439), Liang Meridional (397-414), Yan Anterior (337-370), Yan Posterior (384-409), Yan Septentrional (407-436), Yan Meridional (398-410), Qin Anterior (351-394), Qin Posterior (384-417), Qin Occidental (385-431) y Xia (407-431). Luego, por extensión, la expresión «Dieciséis Reinos» se utilizaría para referirse en su conjunto a todos los estados soberanos chinos existentes entre los años 304 y 439 (los mencionados más los de Shu Occidental, Yan Occidental, Duan, Yuwen, Chouchi, Wei-Dingling, Dai y Huan Chu). Muchos de los gobernantes de estos reinos procedían de alguna de las etnias nómadas o seminómadas del norte, denominadas genéricamente por los chinos de la época wu hu («los cinco hu»). No obstante, los chinos de etnia y cultura han fundaron cuatro de esos estados: Yan Septentrional, Liang Occidental, Liang Anterior y Wei. Seis gobernantes chinos de Liang Anterior permanecieron de forma titular bajo el gobierno de la dinastía Jin. Además, estos pueblos de origen foráneo asumieron los modelos chinos de gobierno y administración y todos sus líderes reivindicaron su condición de emperador (huang-ti) o rey (wang), al estilo chino.

La guerra de los Ocho Príncipes (291-306), una guerra civil entre los principales duques de la familia Sima de la dinastía Jin Occidental, desencadenó un levantamiento a gran escala de los wu hu, que acabaron saqueando las capitales chinas de Luoyang y Changan. El reino xiongnu de Han-Zhao capturó y ejecutó a los dos últimos emperadores Jin cuando la dinastía fue derrocada en el año 317. Muchos chinos huyeron al sur del río Yangtsé cuando un gran número

de wu hu y antiguos guerreros mercenarios que servían a los jin empezaron a causar estragos en el norte. Fu Jian unificó temporalmente el norte, pero este logro quedó anulado tras la batalla de Feishui. Finalmente, la dinastía Wei del norte (que no se suele incluir dentro de los Dieciséis Reinos, aunque fue instaurada en la misma época), unificó una vez más China septentrional en el 439.

La expresión «wu hu» fue usada por primera vez en el *Shiliuguochunqiu*, de Cui Hong, libro en que se describe cómo las cinco tribus arrasaron el norte de China desde comienzos del siglo IV hasta mediados del V. Las tribus que con más probabilidad formaron parte de los wu hu fueron: xiongnu y xianbei (que ya conocemos), más los di, qiang y jiehu, aunque no todos los historiadores comparten este criterio. Como es probable que tomaran parte en los acontecimientos más de cinco tribus, wu hu pasó a ser un término de carácter colectivo que designaba a todos los nómadas no chinos que residían en China en aquel tiempo y que formarían esta serie de efímeros estados conocidos conjuntamente como Los Dieciséis Reinos.

Durante la segunda mitad del siglo V, los Wei del norte (386-535) adoptaron una política de unificación. Se administró burocráticamente la región agrícola del norte de China, como había ocurrido en dinastías chinas anteriores, y se impuso el servicio militar obligatorio a los miembros de las tribus. Se adoptaron las ropas y costumbres chinas y el idioma chino se convirtió en el oficial de la corte. Los jefes tribales, presionados por esta política unificadora, se rebelaron y en el 534 derrocaron a la dinastía. Durante los siguientes cincuenta años, el norte de China fue gobernado nuevamente por dinastías no chinas, las llamadas «Dinastías del Norte».

La dinastía Jin Oriental

Cuando los sucesivos y continuados ataques de los nómadas del norte hicieron caer la capital de la dinastía Jin Occidental, en el año 317, lo que quedó de la corte jin huyó al sur y reestableció el gobierno en Jiankang, cerca de la actual Nankín, pasando a ser conocida la dinastía desde entonces como Jin Oriental (317-420). En el norte, tras la caída de la capital, el reinado posterior del emperador Min duró cuatro años con sede en la ciudad de Changan, hasta que esta también fue conquistada por invasores. Así, el estado jin desapareció del norte de China que, como acabamos de ver, pasó a estar dividido en Dieciséis Reinos «bárbaros».

En el sur, las prominentes familias locales Zhu, Gan, Lu, Gu y Zhou apoyaban la proclamación del príncipe de Longya como emperador Yuan de la dinastía Jin Oriental cuando las noticias de la caída de Changan llegaron a la zona. No obstante, la dinastía Jin Oriental seguiría gobernando hasta el año 420. Las relativas paz y prosperidad del sur hicieron que los Jin orientales recibieran una importante corriente migratoria del norte. Este gran éxodo estuvo formado en no pocas ocasiones por familias nobles al completo, seguidas por su servidumbre, que, nada más llegar al sur, reclamaron recuperar su posición social, lo que creó no pocas tensiones con los ya asentados anteriormente y con los indígenas de la zona. Con todo, la corte de la dinastía Jin Oriental tomó enseguida un inusitado auge, con una clase alta viviendo rodeada de un increíble lujo y pomposidad, con sus palacios repletos de todo tipo de artistas.

Durante todo ese tiempo, los militares y las crisis fueron una constante amenaza para el gobierno de Jin Oriental, que no desapareció durante sus 104 años de existencia. Sobrevivió a las rebeliones de Wang Dun y Su Jun. Huan Wen murió en el 373 antes de poder proclamarse emperador. La batalla de Fei dio un resultado victorioso al gobierno de Jin Oriental mediante

una breve cooperación entre Huan Chong y el primer ministro, Xie An. Huan Xuan, hijo de Huan Wen, usurpó y cambió el nombre de la dinastía por el de Chu, pero su posición le fue arrebatada por Liu Yu, que ordenó colgar al reinstaurado emperador An. Su hermano y último emperador, Gong, fue nombrado en el año 419 y su abdicación al año siguiente en favor de Liu Yu, por entonces emperador Wu, condujo, como ya veremos, a las dinastías Song y a las Dinastías del Sur.

Mientras tanto, el norte de China seguía gobernado por los Dieciséis Reinos, pero eso estaba a punto de cambiar.

LAS DINASTÍAS DEL NORTE Y DEL SUR

Precisamente sería otro pueblo de etnia no china, el tuoba, el que conseguiría unificar de nuevo todo el norte de China al derrotar al resto de pequeños estados y proclamar la dinastía Wei del Norte en el año 386. Con esta unificación parcial, China quedó dividida en dos Estados: uno al norte, en el que se sucederían las llamadas Dinastías del Norte: Wei del Norte (386-534), Wei del Este (534-550), Wei del Oeste (535-557), Qi del Norte (550-577) y Zhou del Norte (577-581); y otro en el sur, en el que, al ser derrocado el último emperador jin en 420, se sucedieron cuatro dinastías en la corte de Jiankang: Liu-Song (420-479), Qi del Sur (479-502), Liang (502-557) y Chen (557-589).

Esta nueva etapa de desunión que siguió a la caída de la dinastía Jin Oriental y durante la cual el sur y el norte de China estuvieron gobernados por dinastías diferentes recibiría el nombre histórico de Dinastías del Norte y del Sur. Aunque el norte ya estaba por entonces en manos de la primera de las Dinastías del Norte, los Wei del Norte, la fecha de comienzo de este periodo histórico se sitúa de manera convencional en el año 420, cuando la dinastía Jin refugiada en el sur llegó a su fin y fue reemplazada por la primera de las Dinastías del Sur, la Liu-Song. El periodo llegaría a su fin cuando la dinastía Sui, proclamada en el norte en 581, derrotó a la última de las Dinastías del Sur, la Chen, en el año 589. Veamos todo este proceso con algo más de detalle.

Las Dinastías del Norte

A finales del siglo III, una horda de origen turco, los tuoba, se estableció en el norte de China, en la frontera de Shanxi. Se cree que los tuoba xianbei (también conocidos como tabgatch o toba) desarrollaron una identidad cultural independiente que los separó del entorno cultural de los demás hu orientales del norte en algún momento del siglo I a. C.. No aparece ninguna mención a ellos en los anales de historia china hasta más tarde, pero las leyendas propias de los tuoba xianbei permiten establecer su lugar de origen aproximado. Su mito de la creación hablaba de unos antepasados que emergieron de una cueva sagrada, cuya localización era desconocida para ellos mismos hasta que, en el año 443, un contingente de jinetes conocidos como wuluohou pidió una audiencia al emperador de la dinastía Wei del Norte, Tuoba Dao, al que informaron de que habían oído hablar de una cueva situada en el noreste de Mongolia interior a la que los lugareños rendían culto como santuario ancestral xianbei, un hecho que convenció al emperador de que la cueva legendaria en que había nacido su pueblo había sido

localizada por fin. Convencido de ello, el emperador envió a investigar a un emisario, quien verificó la historia, celebró varias ceremonias para rendir culto a los ancestros tuoba y dejó una inscripción en el lugar. La cueva, conocida hoy como Gaxian, y la inscripción fueron descubiertas en 1980. Este descubrimiento y otras evidencias históricas y arqueológicas han ayudado a verificar que los tuoba xianbei emigraron probablemente hacia el sur desde esta área en algún momento de comienzos del siglo I.

Durante la dinastía Han, ocuparon las estepas de Mongolia, Hebei y Liaodong. Como ya vimos, tras la caída de los Han, todos los xianbei se lanzaron a la conquista de las fértiles planicies del norte de China, donde se establecieron y donde, con el tiempo, se fueron mezclando con los chinos de pura cepa, hasta fusionarse en un solo pueblo. A mediados del siglo III, controlaban gran parte del norte de China, desde Hebei y Shanxi hasta las montañas Daqing, en Mongolia interior. En el año 258 formaron una confederación y, poco después, fueron a ayudar a la dinastía Jin Occidental, que estaba siendo atacada por un ejército dirigido por Liu Yuan, hombre de ascendencia xiongnu que intentó sin éxito reestablecer el imperio xiongnu. Como recompensa, los Jin Occidentales garantizaron al líder xianbei, Tuoba Yituo, un feudo y un rango militar. Esto, sin embargo, no fue suficiente para satisfacer sus ambiciones. Los xianbei saquearon la capital de los Jin Occidentales en el año 311 y establecieron el breve reino al que más tarde se referirían las historias chinas como Qin Anterior. Este reino empujó a los xianbei fuera de la provincia de Shandong, mientras se llevaban a su líder como rehén a su capital, Changan, y les quitaban sus rebaños y manadas, forzándolos a dedicarse a la agricultura. Hacia finales de la década del 380, la dinastía Qin Anterior sucumbió tras un intento fallido de conquistar el sur de China, y el líder xianbei rehén, Tuoba Gui (370-409), aprovechó la oportunidad para establecer su propio reino como soberano del estado de Wei del Norte en el 386. Estableció su capital en Tai, a la que rebautizó Pingcheng (hoy Datong, en Shaanxi).

Entre los años 396 y 439, los xianbei tuoba destruyeron y absorbieron a las demás hordas y tribus instaladas en las fronteras septentrionales de China, sometiéndolas a su poder. Los tuoba tuvieron que luchar incesantemente contra los otros nómadas de las estepas, entre los que se contaban los jeu-jan, mandados por Sheluen (c. 394-409). Frente a esta amenaza, el monarca de Wei del Norte tomó la ofensiva y, en el 402, los rechazó, alejándoles hacia el norte. Tuoba Gui murió en el 409 a los treinta y nueve años de edad, y su hijo, Tuoba Se (409-423), continuó su política: en el norte, luchar contra el poderío militar de los jeu-jan; en el sur, conquistar territorios chinos a expensas de la dinastía Liu-Song. En este frente, llegó a penetrar en el sur de China y a ocupar la parte norte de Henan y la ciudad de Luoyang en el 423.

Tuoba Se murió a los treinta y dos años de edad, en el 423, sucediéndole su hijo Tuoba Tao (424-452), que daría a su reino la pujanza decisiva, siguiendo la misma política de defensa y expansión de sus antepasados: en el 424 rechazó un fuerte ataque de los jeujan, emprendiendo al año siguiente una gran ofensiva contra ellos con cinco columnas de caballería ligera (cada jinete llevaba víveres para quince días), que atravesó el Desierto de Gobi de sur a norte. Los jeu-jan, sorprendidos, fueron arrojados de la estepa mongola hacia las montañas del Baikal. La hazaña se repitió en el 429, con el propio Tuoba Tao al mando de la expedición militar que diezmó a los nómadas, llevándose un botín de centenares de miles de caballos, bueyes y cabezas de ganado. En el 427 atacó otro reino nómada, el de los hia, y, en el 431, lo destruyó; así el reino de Wei del Norte pudo anexionarse todo lo que hoy es Shanxi. En el 436, los ejércitos de Tuoba Tao invadieron el reino Pei-Yen (el actual Rehe o Jehol) y, en el 439, el estado Pei-Leang del Gansu. Con estas conquistas, Wei del Norte dominó todo el norte de China y se erigió en el gran

enemigo de las dinastías imperantes en el sur.

En el orden interno, Tuoba Tao aceptó una cierta influencia china en la corte y en las costumbres de su pueblo, pero no permitió que sus soldados perdiesen su valor guerrero y tampoco abandonó los antiguos campos militares de las estepas de Shanxi para ir a vivir a las ciudades chinas. Se opuso a la influencia debilitadora del budismo y en el 438 promulgó un edicto de secularización contra los monjes budistas, reforzando las medidas persecutorias contra esta religión años después (446). Su nieto, Tuoba Siun, le sucedió en el 452 y reinó hasta el 465, después de un golpe de Estado. Fue entonces cuando los Wei del Norte se convirtieron con gran fervor al budismo. Las grandes esculturas budistas de los años 452 al 520 pertenecen a esta gran época religiosa de la China del norte. Por lo demás, Tuoba Siun siguió la lucha contra los nómadas de la estepa en el Desierto de Gobi y mandó expediciones en el 456 y 458 contra los jeu-jan. Con su hijo, Tuoba Hung (466-471), Wei del Norte ocupó más territorios del sur de China en perjuicio del Imperio Chino del sur. Conquistó la cuenca norte del río Amarillo (467) y la península del Chantung (469). En lo personal, Tuoba Hung era un budista tan fervoroso que se hizo monje y abdicó en el 471 a favor de su hijo, que llevó el mismo nombre dinástico que él, y gobernó del 471 al 499, distinguiéndose por un fervor budista similar. Bajo su inspiración se empezaron a construir las famosas criptas de Longmen, al sur de Luoyang, cuyos frescos se realizaron entre el 494 y el 759. A la larga, esta fe religiosa debilitó el ancestral ardor guerrero de los tuoba, que perdieron su combatividad.

En lo económico, el comercio entre China y Asia central floreció al revitalizarse la Ruta de la Seda y otras rutas, y la influencia de los estilos artísticos indios fue especialmente evidente en el arte del momento.

Los tuoba tuvieron que contar con administradores y burócratas chinos han para que les ayudaran a gobernar el Estado. Este estrecho contacto con la cultura china ayudó a transformar la clase aristocrática de jinetes nómadas en ciudadanos semichinos. Familias influyentes (incluyendo la imperial), además de convertirse al budismo, adoptaron apellidos chinos y abandonaron sus vestidos tradicionales por la moda china. Se donaron inmensas riquezas y grandes parcelas de tierra a los monasterios budistas, actitud que más tarde llevaría a un serio quebranto económico, que a punto estuvo de acabar con el Estado. Durante la mayor parte del siglo V, el budismo recibió un apoyo casi absoluto de la corte Wei del Norte, excepto durante un breve periodo, entre los años 446 y 452, cuando el emperador Dai (423-452) hizo del taoísmo la religión del Estado y persiguió brutalmente a los budistas. Tras su muerte, la persecución finalizó y se reanudó el generoso patrocinio del budismo.

Aunque la sinización de los soberanos de la dinastía Wei del Norte agradó a los chinos, esto les distanció de los tuoba tradicionalistas que deseaban conservar su identidad étnica. Sintiéndose abandonados por sus propios soberanos, y agravada la situación por los problemas financieros debidos al desbocado patrocinio del budismo, estos sectores encabezaron un alzamiento militar en el año 524. Pocos años más tarde, estalló una guerra civil después de que la emperatriz Hu envenenara a su hijo Xiao Ming, que ya era un muchacho, para seguir en el poder, y le suplantó con un pequeño de tres años. Poco después, la usurpadora fue derrocada por una revolución de palacio dirigida por el general Erzhu Jong, que arrojó a la reina al río Amarillo y ocupó el poder entre los años 528 y 533, en medio de incesantes guerras civiles y matanzas increíbles. Estas luchas acabaron en el año 534 con la partición del reino tuoba de los Wei del Norte en dos ramas: Wei Oriental, que dominó del 534 al 550, con capital en la ciudad de Ye, llamada Wei o Se (actualmente Changte); y Wei Occidental, que dominó del 534 al 557,

con capital en Changan. Ambas dinastías estuvieron dominadas por ministros ambiciosos y sin escrúpulos. En el año 557, el último monarca de los Wei Occidentales fue asesinado y sustituido por Yuwen Jue, que instauró la dinastía Zhou del Norte (557-581).

En el 577, esta última se unificó de nuevo en el antiguo reino tuoba de Wei del Norte. Pero el rey Yuwen Yong (561-578) murió un año más tarde, y su nieto, Jing, un niño, fue destronado en el 581 por su ministro Yang Jian, que fundó la dinastía de los Sui, que tomó como capital Changan y gobernó China del norte hasta el año 589, cuando Yang Jian restableció por fin la unidad territorial china conquistando la China del sur, venciendo a la última de las Dinastías del Sur.

Las Dinastías del Sur

A partir del año 420, a la caída de la dinastía Jin Oriental, la China del sur fue dominada sucesivamente por unos veinte emperadores efímeros pertenecientes a cuatro dinastías: Liu-Song (420-479), Qi del Sur (479-502), Liang (502-557) y Chen (557-589). En esta última fecha, 589, el fundador de la dinastía Sui en el norte, Yang Jian, logró conquistar también el imperio del sur y reunificar nuevamente China.

La historia de las dos primeras dinastías es una serie casi ininterrumpida de asesinatos, al matar cada uno de los príncipes reinantes (por lo demás tiránicos y corruptos) a los miembros de su propia familia para evitar toda rivalidad política. En el año 502, un general de la familia imperial de los Xiao, llamado Xiao Yan, se apoderó del trono, queriendo acabar con todos estos desgobiernos y arbitrariedades. Tras adoptar el nombre imperial de Wu, creó la dinastía Liang. Hombre de costumbres sencillas, Wu se preocupó por el desarrollo de la educación y las humanidades. En el año 505 publicó un edicto recordando que las dinastías habían fracasado por el olvido de la enseñanza de las letras. Para subsanar esto fundó una nueva escala de funcionarios letrados de nueve grados y dos rangos; mandó reparar las escuelas y centros de enseñanza, y buscó para dirigirlos letrados y sabios que conociesen bien los libros clásicos. En lo personal, su simplicidad y sobriedad fueron proverbiales y se reflejaron en una vida cortesana sencilla y ordenada, dominada por los soldados y los letrados. Al parecer, en el año 517, el emperador Wu se convirtió al budismo, por lo que prohibió la matanza de animales, reemplazó las víctimas animales de las ceremonias por ofrendas de frutas y verduras y suprimió la reproducción en lienzos de figuras de hombres y animales. En el 529, Wu hizo profesión de fe monástica y se consagró como monje al culto de Buda ingresando en una pagoda. Los dignatarios y oficiales de la corte insistieron para que volviese al palacio imperial y él lo hizo con la promesa de entregar una gran cantidad de monedas a las pagodas. Pero el hombre de Estado había desaparecido, oculto tras el bonzo budista. Al no vigilar la administración de su imperio, los gobernadores provinciales tiranizaron al pueblo y sembraron el descontento y el odio hacia la dinastía. Wu cayó enfermo y murió en el año 549, a los ochenta y seis años.

Al año siguiente, se proclamó emperador al príncipe heredero Xiao Gang que tomó el nombre dinástico de Jianwen. Pero en 551, el general Hou Jing hizo matar al nuevo emperador y se autoproclamó emperador en Nankín, cambiando el nombre de la dinastía por el de Han (552). Pero no duró mucho tiempo; ese mismo año fue vencido y muerto. El séptimo hijo de Wu tomó el título de emperador con el nombre de Yuan (552), restableciendo la dinastía Liang. El nuevo emperador trasladó la corte a Jiangling y preparó una expedición militar contra los Wei del

Norte, que fracasó. Este reino del norte contraatacó y tomó la capital imperial de los Liang, saqueándola y dando muerte al emperador. A continuación subió al trono imperial el usurpador Zhen Yang Hou (555), que ese mismo año fue depuesto en favor del legítimo heredero, Jing. Pero, dos años después, Chen Baxien, el general que le había entronizado, le destronó (557) y, tras hacerlo matar (558), se autoproclamó emperador, una vez más con el nombre equívoco de Wu, instaurando la dinastía Chen (557-589), la última de las Dinastías del Sur.



El emperador Wu (464-549), fundador de la dinastía Liang, uno de los reinos más estables y prósperos de los englobados bajo la etiqueta de Dinastías del Sur.

A pesar de todo, la época de los Liang fue la de la reforma agraria china. Se instituyó un reparto anual de tierras que, poco a poco, pasaban a ser propiedad del aldeano y se crearon también grandes colonias civiles y militares en todo el territorio. La sociedad se jerarquizó en clases, con títulos de nobleza e inscripciones en un registro oficial catastral. Asimismo, se transformó la organización administrativa. Se conservaron los exámenes para el mandarinato, pero sin tener en cuenta la fortuna y el rango de la familia del aspirante.

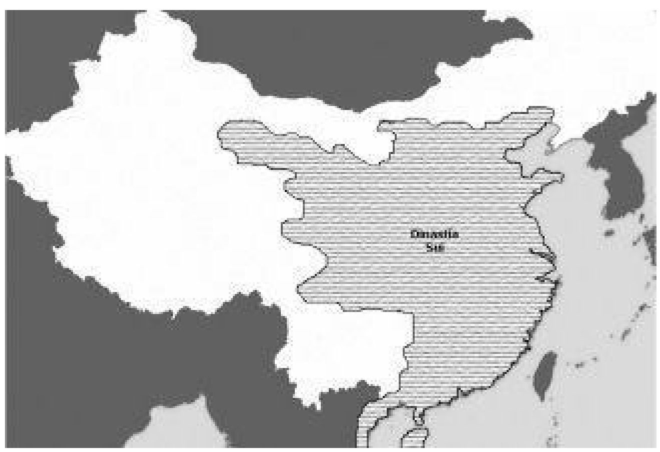
La dinastía Chen (557-589) fue la cuarta y última de las Dinastías del Sur. Siempre fue excesivamente débil, contando solo con una pequeña porción del territorio en posesión por su predecesora, la dinastía Liang, que además había sido devastado por las guerras. Sin embargo, algunos sucesores del fundador dinástico fueron gobernantes hábiles y el estado se solidificó y reforzó poco a poco, igualando aproximadamente en poder a sus rivales Zhou del Norte y Qi del Norte. Luego de que el primero destruyera al segundo en 577, Chen fue rodeada por los Zhou del Norte. Además, su último emperador, Houzhu, fue un gobernante incompetente e indulgente, y finalmente Chen fue destruida por el estado sucesor de Zhou del Norte, Sui.

LA REUNIFICACIÓN DE LA DINASTÍA SUI

Como decíamos, toda China fue reunificada bajo la dinastía Sui. En el año 581, Yang Jian, un general que fue primer ministro del último emperador de los Zhou del Norte, usurpó el trono del norte, bajo el nombre de Wen, e instauró la dinastía Sui (581-617). Tras asegurar su poder en el norte, durante los siguientes ocho años acometió la conquista del sur de China y estableció su capital en Changan (hoy Xian), aunque alternando periodos breves en Luoyang y Yangzhou para controlar su extenso imperio. Al término de ese plazo, en 589, la dinastía Sui derrotó en solo tres meses a la débil Chen y completó la reunificación del norte y el sur.

Aunque la figura de Yang Jian no es comparable a la del Primer Emperador, Qin Shihuang, sí se pueden establecer ciertos paralelismos. Ambos unificaron y pacificaron un territorio dividido y en guerra; fueron promotores de grandes obras públicas como la Gran Muralla y el Gran Canal; sus dinastías fueron tan efímeras como sus reinados, dando paso tras su muerte a otras dos grandes dinastías: la Han, en el caso de Qin Shihuang, y la Tang, en el de Yang Jian.

El primer emperador sui tuvo durante su reinado dos grandes preocupaciones: asentar sus victorias militares mediante la consolidación de las instituciones e intentar rehacer la economía mediante el auge del comercio y la creación de inmensas despensas de grano en previsión de tiempos difíciles. Se construyeron en Luoyang y Changan graneros suficientemente grandes como para alimentar a sus poblaciones, y después el sistema se difundió por todo el territorio. Las instituciones del estado fueron reformadas tomando como patrón las existentes en la ya histórica dinastía Han, lo que supuso un renacimiento del confucionismo y un ocaso del budismo. Se reestablecieron las ceremonias de antaño, se reeditaron los clásicos confucianos y se amplió el sistema de exámenes, dando una mayor oportunidad a aquellos aspirantes que no pertenecían a la clase de los letrados.



Sin embargo, todos estos cambios no dieron sus frutos en la breve dinastía Sui, sino que sirvieron de punto de partida a la posterior explosión de madurez de la dinastía Tang, su sucesora. La economía basada en la agricultura y el comercio necesitaba nuevas vías de distribución, dada la importancia que había adquirido el sur sobre el norte por el aumento de cultivos, así como por ser camino obligado para la llegada de las exóticas mercancías procedentes de los estados tributarios del sur (Vietnam, Tailandia, etcétera). Transportar del sur al norte mercancías y personas resultaba en aquella época un ingente esfuerzo, dada la larga distancia existente entre ambos puntos, así como la ausencia de una red viaria. Tomando como punto de partida la primera desviación del río realizada en tiempos de Qin Shihuang, Yang Jian

se propuso abrir un canal, aprovechando y manipulando los cauces del río Yangtsé y sus afluentes. A través de un recorrido total de 1.500 km, el Gran Canal unió Zhe, localidad próxima a la actual Beijing, con Hangzhou, pasando por Luoyang, de donde partía una desviación a Changan. Al igual que la Gran Muralla, la construcción del Gran Canal tuvo un enorme coste político, económico y humano. La ingente cantidad de personas que intervinieron en las obras tuvo que ser detraída tanto del campesinado como del ejército, en un número cercano a los tres millones de personas. Cada grupo de cinco familias tenía que proporcionar un anciano, un niño o una mujer para transportar alimentos y bebidas a los obreros, vigilados día y noche por cincuenta mil soldados relevados de los puestos militares. Tal esfuerzo hizo que se agotaran los graneros ante la ausencia de mano de obra en el campo, lo que, unido a la fuerte presión fiscal para financiar la obra, provocó la sublevación popular que derrotaría finalmente a la dinastía Sui.

El emperador Wen se ocupó también de proteger las fronteras de su nuevo imperio. En el norte dominaban de nuevo los yuezhi, una confederación de guerreros nómadas de ascendencia turca que controlaba las estepas mongolas desde Manchuria hasta el borde del Imperio Bizantino en el oeste; internamente, sin embargo, la confederación yuezhi sufría una división entre dos grupos rivales, uno controlaba la mitad oeste del territorio, y el otro controlaba la este. Wen ofreció su apoyo a los yuezhi occidentales y trabajó para socavar el poder y la autoridad del kan de los orientales. Estas maquinaciones políticas, juntamente con el reforzamiento de la Gran Muralla y un incremento en el número de tropas que patrullaban las fronteras, redujo enormemente la amenaza de ataques de los yuezhi, además de permitir también la reapertura de las rutas comerciales occidentales, lo que hizo que se reanudara una próspera relación comercial con Asia central y occidental.



Yang Jian (541-604) reunificó China y fundó la dinastía Sui, de la que fue nombrado emperador

con el nombre de Wen.

El hijo de Wen, príncipe heredero Yang Guang, que defendía los intereses de los grandes terratenientes enemigos de su padre, lo asesinó y subió al poder, con el nombre de Yang. A pesar de ese poco prometedor arranque, reinó del 605 al 616 y fue un gran soberano. Desigual en temperamento y reacciones, fue consciente, sin embargo, de la grandeza imperial de China. Amante del lujo, añadió una nueva capital, Luoyang. Hizo construir nuevos canales para enlazar los ríos y las ciudades, tales como el famoso canal imperial entre Luoyang y el Yangtsé, invirtiendo en estos trabajos las riquezas acumuladas por su padre. En el exterior, Yang continuó la política de su antecesor, dividiendo a los jefes turcos y actuando como árbitro entre los kanes. En el 606 empezaron también las verdaderas relaciones entre el Japón y China. El dominio chino fue asegurado también en Tonkín y en el reino de Champa (605), en lo que hoy es Vietnam, pero Yang fracasó en Corea en tres intentos de invasión fallidos (612, 613 y 614). Además, emprendió una campaña contra las tribus mongolas que amenazaban desde hacía siglos la provincia del Gansu y las destruyó (608). También sometió a los jefes de los oasis de Asia central, Hami y Turfan, aunque la última expedición se convirtió en un desastre militar.

Yang promovió otras grandes obras públicas. Por ejemplo, en el año 608, doscientos mil soldados edificaron otra muralla defensiva al norte de la Gran Muralla. A su gloria de gran conquistador y promotor de obras públicas, Yang quiso añadir la de protector de las letras. A principios del 615 hizo que los eruditos de todas las comarcas del imperio se concentrasen en la corte imperial y les encargó que escribiesen nuevas obras y comentarios, cada uno sobre el tema de su especialidad. Esta empresa no fue estéril y los trabajos de estos sabios enriquecieron la biblioteca imperial con 17.000 obras más. Pero Yang agotó al pueblo con sus fabulosos gastos, que imponían gravámenes y presiones fiscales muy duras. En el año 616, el descontento se generalizó y en todo el imperio estallaron revueltas. Mientras tanto, el emperador se retiró a las orillas del Yangtsé, a Jiangdu, la actual Yangzhou, llevando una vida de placeres y olvidándose de los peligros que se cernían sobre su trono y su dinastía. En muchos lugares del imperio brotaron sediciones militares que dieron lugar a nuevos reinos que disgregaron la recién conseguida unidad. Las tropas imperiales fueron una y otra vez vencidas y el líder rebelde Li Yuan, ayudado por mercenarios turcos, penetró en la capital imperial, Changan (617), e hizo reconocer como nuevo emperador a Yang You, de trece años, mientras él se reservaba los puestos de primer ministro y regente. El aún vigente emperador Yang quedaba, para ellos, relegado a la condición de emperador «honorífico». Se decretó una amnistía general en nombre del nuevo emperador, que tomó el título dinástico de Gong.

La primera tarea que acometió Li Yuan fue acabar con las revueltas surgidas en todo el imperio, mientras Yang seguía en Jiangdu su vida de placeres. Escandalizados por este olvido de los deberes imperiales, los señores de la corte interrumpieron su ocio, en abril del 618, y le asesinaron. Para añadir confusión, Yuwen Huaji, el líder de los asesinos de Yang, se proclamó también emperador (del efímero reino de Xu) e inmediatamente se encaminó con su ejército hacia la otra capital, Luoyang, donde los magistrados habían nombrado emperador sui a Yang Tong, hermano de Yang You, que también tomó el nombre dinástico de Gong. La dinastía de los Sui acababa con dos emperadores. Un nuevo actor en el conflicto, el príncipe de Wei, Li Mi, mató a Yuwen Huaji (618), que amenazaba Luoyang. Mientras tanto, el pequeño Yang You abdicó, en Changan, en favor del duque de Tang, Li Yuan, que se nombró emperador de la nueva dinastía Tang (618), con el nombre de Gaozu. El restante emperador sui, Yang Tong, fue

ejecutado en Luoyang por otro líder rebelde (619).

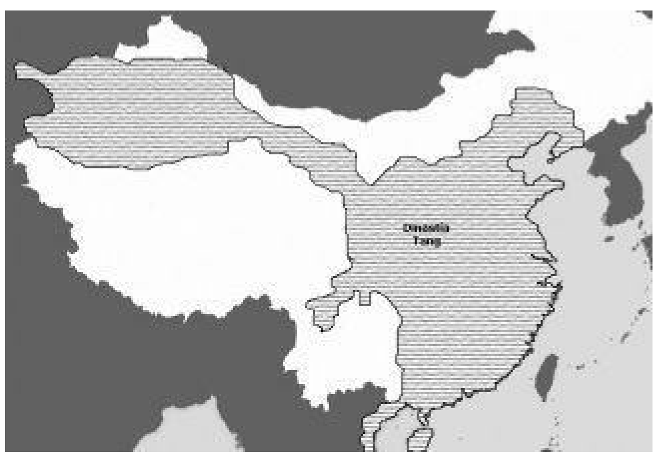
Así acabó la confusa dinastía Sui, que contó solo con cuatro soberanos y duró treinta y ocho años, pero que dejó una importante huella histórica. Como enseguida veremos, gracias al excepcional valor guerrero de Li Shimin, hijo del nuevo emperador tang, esta nueva dinastía venció, uno tras otro, a todos los generales rebeldes y se hizo dueña absoluta del imperio.

El segundo esplendor imperial

LA DINASTÍA TANG

El esfuerzo inconcluso de la dinastía Sui por lograr la unidad territorial de las diversas provincias naturales que constituyen China fue continuado y llevado a término por la dinastía Tang (618-907). Los casi tres siglos de dinastía Tang estuvieron jalonados por sucesos históricos que marcaron las distintas fases: emperadores visionarios, golpes de estado y crisis económicas azotaron intermitentemente al país, pero sin conseguir acabar con la gloria y el esplendor de la dinastía, ni siquiera llegar a empañarlo.

En 618, un año después del asesinato del emperador Yang, el penúltimo de la dinastía Sui, y aprovechando la inestabilidad de los últimos años, el general Li Yuan, duque de Tang, por entonces encargado de la defensa contra los nómadas en Tauyuan (Shanxi), se rebeló, se alió con tribus turcas y marchó sobre Changan. Una vez allí, asumió el poder como primer emperador de la nueva dinastía Tang. De todos modos, guardó las formalidades sucesorias, coronando primero a un bisnieto del fundador de la dinastía agonizante, con el nombre de Wen, para que este emperador títere le transmitiera a él las insignias imperiales. Para su reinado adoptó el nombre de Gaozu («Abuelo Excelso»), en coincidencia con el del primer emperador han, en un intento de remedar los éxitos de aquella dinastía.



Una vez entronizado, la principal tarea de Gaozu fue la de mantener cohesionado el imperio, hacer estable la unidad territorial conseguida por los sui y ganarse el respeto de sus súbditos. Gaozu pertenecía a una familia aristocrática, pero también era considerado un advenedizo por sus compañeros de armas. En el año 622 restableció el sistema de exámenes para la elección de funcionarios, en el que el dominio de los clásicos confucianos jugaba un papel preeminente. Uno de sus hijos, Li Shimin, jugó un papel crucial en su peripecia, pues no solo le había animado a dar el paso y hacerse con el poder, sino que también le ayudó a pacificar el territorio en un periodo relativamente breve, lo que era vital para su consolidación. Pero, este mismo hijo, años después, en el 626, como veremos enseguida, también tendría que forzar la situación para hacerse con el poder imperial, derrocando a su padre.



Tras varios éxitos militares, el tercer hijo del primer emperador tang, Gaozu, era tremendamente popular. Temerosos de que les arrebatase sus derechos legítimos a la sucesión, sus dos hermanos mayores intentaron matarle durante un banquete, pero este les devolvió el golpe. Dada su complicidad en el intento de asesinato, a Gaozu no le quedó otro remedio que abdicar en favor de su hijo Li Shimin (598-649), que adoptó el nombre imperial de Taizong 'Gran Abuelo'.

Taizong, el estabilizador

En efecto, Li Shimin (598-649) se convirtió en el segundo emperador de la dinastía Tang, al sustituir en el año 626 a su padre, Gaozu, aunque aquel no fue un traspaso de poderes al uso. Dos años antes, Gaozu había podido salvar in extremis su imperio gracias a que su hijo detuvo una invasión turca. El jefe de los turcos orientales amenazó la capital imperial Changan en septiembre del 624; en un contraataque magistral, Li Shimin le rechazó y los turcos huyeron a Mongolia. Este gran éxito militar, que le hizo tremendamente popular, le supuso que sus dos hermanos mayores y su propio padre se sintieran celosos de su gloria. Comenzó entonces uno de esos dramas paterno-filiales tan propios de la historia china. Temerosos de que les arrebatase por la fuerza sus derechos legítimos a la sucesión, los dos hermanos intentaron matarle durante un banquete, pero Li Shimin, conocedor del complot, tomó sus precauciones, mató a ambos e inmediatamente se presentó armado en el palacio imperial para contar a su padre los sucesos y exigirle responsabilidades. Dada su complicidad en el fallido intento de asesinato y viendo a su hijo dispuesto a todo, Gaozu no tuvo otro remedio que abdicar y dejar el trono a su hijo, que subió al poder en noviembre del 626, adoptando el nombre de Taizong («Gran Abuelo»). El viejo emperador se retiró y murió en el año 635. Taizong, que tenía solo veintisiete años, nada más subir al trono, hizo matar a sus cuñadas y a sus sobrinos para cortar de raíz cualquier intriga o revancha posterior.

Poco después, los kanes turcos volvieron a amenazar la capital, pero el emperador acudió con su impresionante caballería y, con su sola presencia, impuso la paz. A diferencia de los emperadores han, Taizong era en parte de ascendencia turca y nació y se crió en territorios fronterizos, por lo que estaba íntimamente familiarizado con el problema de los invasores nómadas que presionaban la frontera norte. Aplicando una política de insidias que dividieran al enemigo, el kanato de los turcos orientales quedó sometido a China del 630 al 682; su territorio, que corresponde a la actual Mongolia, se unió al Imperio Chino. Taizong practicó la misma política con los turcos del Turquestán y con los de los oasis del Desierto de Gobi. De esa forma, la China tang logró reinar sobre casi la mitad de Asia. Los ejércitos chinos llegaron hasta el Oxus y Afganistán, pero el poder central no intentó asimilar estas regiones ni convertirlas en provincias. En el año 648, el general Wang Xuance organizó una expedición al norte de la India con tropas nepalíes y tibetanas para resolver a favor de China la sucesión al trono del reino de Magadha, en el norte de la actual India. Amenazado durante tres siglos por las hordas bárbaras, el imperio aprovechó esta situación para reforzar su poder militar y proteger sus fronteras. Además, la pacificación de Asia central, la «paz de los Tang», como se llamó, reabrió las grandes rutas comerciales transcontinentales con Persia, India y las naciones occidentales, alcanzando así el Imperio Chino una importante expansión comercial. Otros pueblos de Asia central y reinos menores del noroeste de China se sometieron a los tang, nombrando a Taizong su Supremo Kan. Esto supuso que el importante corredor de Hexi y los oasis del Gobi también pasaran a estar bajo control imperial chino. Taizong reclutó guarniciones de soldados turcos y centroasiáticos para proteger las rutas comerciales, facilitando un renovado flujo de bienes transportados por mercaderes de Asia central, India y Próximo Oriente, que llevaron también consigo su religión y su cultura. En el terreno militar, Taizong solo falló en una ocasión: en su intento de invasión del reino coreano de Koguryo.

Personalmente, ganó un enorme prestigio para él y para su dinastía, y llegó a ser reverenciado. Por ello, y aunque el hecho de matar al hermano mayor es un grave atentado contra la ética confucionista, Taizong es recordado como uno de los grandes emperadores de la historia china. Su reinado fijó las pautas de la grandeza de la dinastía: el eclecticismo y la apertura a influencias extranjeras de todo tipo. A la China de la dinastía Tang llegaron gentes procedentes de toda Asia: estudiantes y monjes budistas de Corea y Japón; jefes de tribus turcas, kitanes y uigures; embajadores, artistas y músicos de los reinos de Asia central; comerciantes de Samarkanda, Bujara, India, Persia, Siria, etcétera.

El reflejo de este mosaico racial y cultural lo constituyó Changan (hoy Xian), capital de la dinastía y por entonces la ciudad más populosa del mundo, con más de dos millones de habitantes, y centro de irradiación cultural en toda Asia. Changan fue un ejemplo de convivencia cultural y religiosa, permitiendo la existencia de centros de enseñanza y lugares de culto de todos los credos: budistas, maniqueos, nestorianos, musulmanes, confucianos y taoístas. Esta acertada política conllevó un renacimiento cultural sin precedentes, enriquecido por las aportaciones de todos los pueblos integrados en su imperio.

En la campaña de su padre contra de la dinastía Sui, Li Shimin (el futuro Taizong) había sido el encargado de la conquista de la capital del este, Luoyang. Y, tras acceder al trono imperial, erigió en ella una administración regional y se rodeó de una corte de talentosos funcionarios. Restituyó la administración civil al gobierno local y creó un servicio público unificado. Fomentó el desarrollo de las escuelas estatales creadas por su padre y promovió la edición de los textos clásicos confucianos. En 628, Taizong ordenó que se estableciera un

templo confuciano en la Universidad Imperial y, en 630, que se hiciera una nueva edición oficial de los clásicos confucianos. Sin embargo, el confucionismo, aún siendo la enseñanza oficial del Estado, había perdido influencia, al tener que compartirla ahora con el budismo y el taoísmo.

Grosso modo, la estabilidad y la fuerza del imperio de Taizong se debieron a dos factores: uno fue el sistema agrario que aseguraba la independencia de los campesinos gracias a un reparto de tierras que, al menos teóricamente, garantizaba a cada familia una parcela suficiente. Existía, además, una milicia aldeana, renovada constantemente, que servía de reserva para el ejército imperial. El otro factor fue el sistema de examen de los funcionarios basado en el único criterio de la valía del candidato, opuesto al principio de recomendaciones, puesto en marcha bajo los sui. Los Tang se aseguraron así un cuerpo honrado y competente de funcionarios, y estos exámenes acabaron además con la influencia, todavía potente, de la nobleza feudal en la época tang.

No debe olvidarse tampoco el esplendor cultural de esta época, manifiesto en la intensa vida intelectual de los monasterios budistas, en los medios literarios y artísticos y en la corte llena de fiestas y de espectáculos, a la que acudían representantes de pueblos de toda Asia. En lo cultural, se desarrollaron nuevas artes (tales como la poesía lírica y la pintura paisajística); la arquitectura manifestó la grandeza del imperio, tanto en construcciones civiles como religiosas; la bonanza económica y el lujo de la vida cortesana se vieron reflejados en un gran auge de las artes decorativas: cerámica, seda, orfebrería, lacado… Se descubrió la porcelana y se desarrolló la imprenta, que ayudó a la extensión de la cultura y a la unificación cultural del país. Además, se consolidó y mejoró la estructura administrativa y política ya esbozada en la dinastía anterior, al crearse una administración pública poderosa, capaz de controlar todos los rincones del imperio. Para ello, dividió el territorio en provincias, codificó nuevas leyes y destruyó el poder militar de los pueblos fronterizos, asegurándose así el control de las rutas comerciales.

Taizong murió el 10 de julio de 649. Tras la muerte violenta del primer heredero al trono, un segundo hijo del emperador fue nombrado heredero y subió al trono con el nombre de Gaozong (650-683). Personalmente fue débil a pesar de su buena voluntad, pero sus generales prosiguieron con la política de expansión militar china. En el año 668, el imperio avasalló Corea. Pero Gaozong tuvo que plantearse la cuestión de qué hacer respecto a los nuevos invasores que venían del oeste: los árabes. Cuando aparecieron en Persia en el año 651, el sasánida Jazdagird III pidió ayuda a Gaozong. Ese mismo año, una delegación del califa Otmán llegó a Changan, pero ello no tuvo consecuencias políticas destacables, si acaso tal vez influyó en la apatía de los monarcas tang respecto a Persia. Poco después, Piruz, hijo y sucesor de Jazdagird III, envió nuevas delegaciones con peticiones de ayuda a Gaozong en el 654 y 661, pero este descartó una intervención contra los árabes y se limitó a otorgar al príncipe persa el cargo formal de gobernador chino en Chiling (Afganistán). Finalmente, Piruz tuvo que refugiarse en Changan en el 675. Más activo se mostró Gaozong en el noroeste, quedando hacia el 660 bajo control de los Tang Manchuria y casi toda la península coreana. Además de preocuparse por el peligro árabe, que redujo la influencia china en las fronteras con Irán, Gaozong tuvo que hacer frente a un nuevo enemigo: los tibetanos, que, entre 670 y 678, ocuparon Khotan, Yarkand, Kashgar y Kucha. Y, mientras los turcos occidentales se sublevaban, los turcos orientales de Mongolia se alzaron de nuevo contra el Imperio Chino.

En el interior, la piedad religiosa del emperador Gaozong se decantó hacia el taoísmo, el confucianismo y el budismo, aunque protegió también al cristianismo nestoriano. Mientras tanto,

una mujer del harén, hermosa, intrigante y muy hábil, posteriormente conocida como Wu Zetian, antigua favorita de Taizong, estranguló a su hijo y acusó a la emperatriz de este crimen para reemplazarla en el harén imperial (655). Gaozong, débil y drogado lentamente por Wu Zetian, fue un juguete en sus manos. Fue ella quien a partir del 660 dirigió todos los asuntos del imperio. Primero desde la sombra y luego, ya a plena luz.

El «emperador» Wu Zetian, la única emperatriz en cuatro mil años

Durante el reinado de Taizong, una de sus concubinas, que lo había sido anteriormente de su padre, alcanzaría un gran poder de influencia hasta el punto de que, finalmente, después de seguir gobernando desde la sombra bajo el reinado de dos de sus hijos, ella misma se convertiría en emperatriz. En efecto, tras derrocar a su propio hijo, el emperador Zhongzong, la emperatriz Wu (625-705) se convirtió en la primera y única mujer que gobernaría China en toda su historia. Aunque otras mujeres tuvieron influencia y poder desde la posición de emperatrices consortes o regentes, ella fue la única que reinó como soberana, llegando a proclamar su propia dinastía, a la que llamó Zhou, en un intento de que evocara el esplendor idealizado de la antigua dinastía Zhou. Esta nueva dinastía interrumpió brevemente la Tang, que sería restaurada tras su abdicación forzada, meses antes de su muerte.



Durante el reinado de Taizong, una de sus concubinas, que antes lo había sido de su padre, alcanzó un gran poder. Luego, tras gobernar desde la sombra bajo el reinado de dos de sus hijos, la emperatriz Wu Zetian (625-705) se convirtió en la primera y única mujer que gobernó China en toda su historia. En la foto, una representación en cera de la emperatriz del Museo Provincial de Henan.

El nombre chino habitual de la emperatriz es hoy Wu Zetian, y combina su apellido Wu y su nombre póstumo Zetian. Su nombre personal fue Wu Zhao, que tomó cuando se hizo con el poder, y para el que llegó a inventar un carácter, con el fin de tener un nombre único, no compartido. Anteriormente, se la había conocido con nombres diversos. Durante su reinado, utilizó el de Shengshen Huangtí, usando el título «huangti» acuñado por el Primer Emperador Qin Shihuang. El que una mujer pretendiera ocupar el puesto de emperador escandalizó a muchos de los intelectuales de la época, que veían en ello una vulneración de las normas confucianas. Wu Zetian intentó acallar estas críticas mediante su patrocinio del budismo que, además de restar poder al confucianismo, promovía interpretaciones de la doctrina que daban legitimidad a su reinado.

Wu había nacido en el seno de una familia aristocrática originaria de Wenshui, provincia de Shanxi. Su padre, Wu Shihuo, había sido un aliado del fundador de la dinastía Tang, Li Yuan, que le concedió el título de duque de Taiyuan; mientras que su madre, la señora Yang, con la que Wu Shihuo se había casado en segundas nupcias, estaba emparentada con la familia imperial de la dinastía anterior a los Tang, la Sui.

No se sabe con certeza dónde nació la emperatriz Wu. Es posible que lo hiciera en la localidad de Lizhou, donde estaba destinado su padre, o tal vez en la capital Changan. Siendo niña, tal vez en 636 o 638, ingresó en el harén del emperador Taizong, en el quinto rango de concubinas. En 649, el emperador falleció y fue sucedido por su hijo, Gaozong. La joven concubina pasó a formar parte del harén del nuevo emperador. Según la historia tradicional, tras la muerte del emperador, había ingresado en un monasterio budista y, más adelante, el nuevo emperador, prendado de su belleza, la había incorporado a su harén. Muchos historiadores actuales ponen en duda esta versión y ven más probable que la joven no pasara nunca por el monasterio, sino que, tras la muerte del emperador Taizong, permaneciera en palacio. Es probable que antes de eso ya hubiera comenzado una relación clandestina con el príncipe heredero, lo que explicaría su permanencia en el harén de Gaozong, donde ocupó el puesto de concubina de segundo rango. El hecho de que la joven hubiera sido consecutivamente concubina de un padre y un hijo era un motivo más de escándalo para los moralistas confucianos de la época. Pero su presencia en el harén era vista con buenos ojos por la consorte de Gaozong, la emperatriz Wang, que veía en ella una rival de la concubina Xiao Shufei, con la que estaba enfrentada. Sin embargo, la ambición y la capacidad de manipulación de la muchacha, en esta época llamada Wu Meiniang, la llevarían a alcanzar la posición de emperatriz consorte.

En el año 654, una hija recién nacida de Wu fue asesinada, y ella acusó a la concubina Xiao y a la emperatriz Wang del crimen. De esta forma, Wu se deshizo de un solo plumazo de sus dos grandes enemigas y competidoras, y consiguió ser nombrada emperatriz consorte con lo que, en cumplimiento de la tradición, ella misma se encargó de torturar hasta la muerte a sus rivales. Algunos historiadores chinos han mantenido que el asesinato de la niña habría sido obra de la propia Wu para inculpar a sus rivales, pero es probable que esta leyenda haya sido difundida por sus enemigos.

A partir de noviembre de 660, se agravó el estado de salud del emperador Gaozong y la emperatriz Wu comenzó a gobernar desde la sombra. Su poder se incrementó en enero del 665 cuando hizo ejecutar a varios ministros de la corte, que le eran reacios. Según la leyenda negra que le atribuye todo tipo de infamias, la emperatriz habría estado envenenando al emperador en los últimos años de su vida para poder llevar ella misma las riendas del poder. También se dice que hizo matar a su hijo mayor vivo, que se habría enfrentado a ella. En todo caso, tras la muerte

del emperador, en el año 683, fue su tercer hijo, Zhongzong, quien subió al trono, pero al cabo de seis semanas, Wu usó su poder para destituirlo y darle el trono a otro hijo suyo, Ruizong, que, como su hermano, gobernaría de manera nominal un periodo breve, hasta que su madre decidió ratificar de manera pública y oficial su poder, convirtiéndose en la primera, y única, mujer en la historia de China que ocupó el trono imperial. En octubre del 690, proclamó la nueva dinastía Zhou y asumió el nombre de «emperador» Shengshen. Posteriormente, en el 695, su nombre imperial quedaría fijado como «emperador» Tiance Jinlun Shengshen. Como tal, Wu Zetian trasladó la capital a Luoyang, enriqueciendo la ciudad con templos y palacios. A ella se debe, por ejemplo, la ampliación de las grutas budistas de Longmen y la reconstrucción del templo del Caballo Blanco.

Su labor política estuvo marcada por falsas intrigas palaciegas y por el desplazamiento del poder de las familias tradicionales en favor de nuevos talentos. Su reinado se caracterizó también por la continua promoción del budismo, convertido en religión oficial en el 691, con gran beneplácito del pueblo. Además, se utilizó como elemento de legitimización de su reinado hasta el punto de que un monje afín a la emperatriz (y amante también, según la leyenda) llegó a propugnar la teoría de que el buda Maitreya, el buda del porvenir, era una mujer. Al parecer, además de budista, la emperatriz era muy aficionada a los placeres del amor. La literatura novelesca la describe como una libertina que se hacía complacer por «potentes» monjes o «bellos cortesanos». Junto a esta interesada política religiosa, la emperatriz Wu desplegó un estilo de gobierno basado en una forma de despotismo brutal, con purgas y persecuciones de todos aquellos que se mostraban hostiles a su poder. El 20 de febrero de 705, ya con ochenta y un años, no pudo evitar el éxito de un golpe de Estado, en el que fueron ejecutados sus ministros (y amantes, según la leyenda) los hermanos Zhang, Yizhi y Changzong. La emperatriz fue obligada a abdicar y su hijo Zhongzong volvió a subir al trono, restaurando la dinastía Tang el 3 de marzo de 705. La anciana Wu moriría varios meses después, en diciembre de ese mismo año.

Tras varios años de reinados débiles y de luchas intestinas, solo el emperador Xuanzong (712-756) conseguiría volver a consolidar por fin el poder de la dinastía.

El reinado contradictorio de Xuanzong

Tras el derrocamiento de la emperatriz Wu Zetian y de su poco sólida dinastía Zhou en el año 705, el nuevo emperador tang, Zhongzong, budista piadoso, débil de carácter, cayó también bajo el poder de su mujer, Wei, que lo envenenó para reinar sola (710). Pero esta carecía de la enorme autoridad de Wu Zetian y el joven príncipe Li Longji renovó aquel mismo año el drama de Taizong: mató a la emperatriz e hizo nombrar emperador a su padre, Ruizong. Mas este no poseía el vigor necesario para restablecer la situación y, en el año 712, prefirió abdicar inmediatamente en favor de su propio hijo Li Longji (685-762), que subió al trono con el nombre de Xuanzong, iniciando uno de los grandes reinados del Imperio Chino (712-756). Tenía entonces veintiocho años.

Su reinado es considerado el momento culminante de la cultura tang. Muy culto, con grandes dotes para la poesía y la música, el nuevo emperador protegió las letras y las artes. Fue además un gran militar que continuó en Asia la misma política que sus abuelos. Derribó el kanato de los turcos y a otros varios kanes del Turquestán entre 743 y 744, y luchó contra las primeras oleadas árabes en Asia central (715). Sin embargo, no contaba con la fuerza militar

suficiente para hacer frente a las amenazas en todas las fronteras. En el 751, el Asia central escapó al poder chino por la presión de las fuerzas turco-árabes coaligadas; ese mismo año, los yi, en Yunnan, derrotaron a un ejército chino, y los mongoles, en Jehol, también acabaron con otro.

Pero para entonces, Xuanzong tenía otras preocupaciones en la cabeza. Hacia 740, el brillante emperador se había enamorado de la concubina de su hijo, la bella Yu-Huan, «Anillo de Jade», una mujer mucho más joven que él y descrita como una beldad sin igual, blanca como la nieve, y un tanto corpulenta, como lo requería la moda de la época. A partir de ese momento, el emperador comenzó a descuidar sus deberes, permitiéndole a la joven situar a sus amigos y familiares en cargos importantes del gobierno, además de concederle en el año 745 el rango de consorte imperial (kuei-fuei), con el nuevo nombre de Yang. El emperador complacía todos sus deseos: sus tres hermanas también habían ingresado en el harén como favoritas, y un primo suyo fue nombrado ministro de Estado. El emperador disfrutaba admirándola desnuda cuando se bañaba y ordenó construir para ella el palacio Huaching, en las termas de Shenhsi, donde iba con ella cada año. Todo esto le causó problemas, pues se achacaba a la influencia o a la distracción de Yang los males del imperio y su desinterés por la gestión del Estado. Mientras China estaba agotada por su esfuerzo militar y el pueblo no comprendía las razones de tantos sacrificios bélicos lejanos, la corte, ajena a esos sufrimientos, vivía una vida de ensueño y fiestas a la sombra de la hermosa concubina real, Yang, cantada y alabada por los poetas de la corte y tantas veces representada posteriormente en obras artísticas.



En el año 712, Li Longji (685-762) subió al trono de la dinastía Tang con el nombre de Xuanzong (en el grabado, de viaje a Sichuán), iniciando uno de los mejor considerados reinados de toda la historia del imperio chino. Tenía entonces veintiocho años.



El reinado de Xuanzong es considerado el momento culminante de la cultura Tang. Gran militar, muy culto, con grandes dotes para la poesía y la música, el nuevo emperador protegió las letras y las artes. Sin embargo, en una segunda fase descuidó el gobierno, centrado en complacer a su amada, la bella Yu-Huan, 'Anillo de Jade' (en la foto, estatua de Yu-Huan en Xian), concubina de su hijo y una mujer mucho más joven que él, descrita como una beldad sin igual.

La rebelión de An Lushan

En el 755 un nuevo drama acabó bruscamente con esta vida suntuosa y feliz, y con el reinado de Xuanzong. Al morir el primer ministro Li Linfu, el emperador nombró a Yang Guozhong, primo de su favorita, descartando a otro de los candidatos con más méritos, el general An Lushan (703-757), de madre turca y padre sogdiano, con lazos familiares y apoyos en la corte y ocultas ambiciones imperiales, y que pronto levantó el estandarte de la revolución en la zona del noroeste de China y, con ello, sacudió los cimientos del estado chino. Aquella rebelión sería, al cabo, uno de los conflictos más sangrientos de la historia de China.

Considerado como el más capaz de los generales del momento, An Lushan había sido favorecido por el primer ministro Li Linfu, quien, así, quería contrarrestar la influencia de la concubina y su familia sobre el emperador. Uno de los parientes de la favorita del emperador, su primo Yang Guozhong había conseguido hacerse con una especie de feudo en Sichuán y representaba un peligro para las familias tradicionales. Por ello, Li Linfu se apoyó en los generales, y especialmente en An Lushan, quien dirigía por sí solo tres regiones militares. Tras la muerte de Li Linfu, An Lushan vio cómo el ansiado puesto de primer ministro fue a parar a las manos del primo de la concubina del emperador. En respuesta, en el invierno de 755, se puso al frente de su ejército de 150.000 hombres en dirección a la corte. En poco tiempo, atravesó Hebei, se apoderó de Luoyang y marchó contra la capital imperial, Changan. Xuanzong huyó con

su corte y su favorita Yang hacia Sichuán. Sin embargo, en el camino, la escolta se sublevó y asesinó a los ministros, a la favorita y a las hermanas de esta. De regreso a la capital, el emperador, totalmente abatido por su pérdida personal, se sumió en un luto inconsolable, que ya no aliviaría hasta su muerte. Este fin dramático ha sido cantado a menudo en la literatura china. Lo narró, por ejemplo, el gran poeta Bai Juyi (772-846) en *Canción de la pena sin fin,* y el dramaturgo Hung Sheng (1645-1704) escribió un importante drama sobre ese episodio, titulado *Qang-sheng-tien (El palacio de la eterna juventud),* aún hoy en día muy popular en los escenarios chinos.

En cuanto a la rebelión en sí, An Lushan falleció en el año 757, asesinado por su propio hijo An Qingshu, pero la revuelta continuó bajo el liderazgo de Shi Siming, que, a su vez, asesinó a An Qingshu. Dado su decaimiento, el emperador tuvo que abdicar en su hijo, Suzong (756-762), y murió cuatro años después, se dice que al sumar una nueva pena a su vida: que su hijo le desterrara a un lugar apartado del palacio. Mientras Suzong era proclamado emperador en la capital, un grupo de funcionarios locales y de letrados confucianos proclamaron a otro emperador en Jinling (actual Nankín). La rebelión fue suprimida definitivamente durante el reinado de un nuevo emperador, Daizong. Pero la paz definitiva no se restableció hasta el 763 y, aún entonces, solo por medio de alianzas que los Tang habían formado con tribus de Asia central y gracias, sobre todo, a que la rebelión no contaba con excesivo apoyo popular.

A pesar de que el Estado logró finalmente restablecer la situación, las consecuencias se sentirían en los siguientes siglos. La pérdida de poder efectivo por parte del Estado, que para acabar con la rebelión había tenido que hacer concesiones a militares y a pueblos fronterizos, hizo que el control efectivo sobre los recursos del territorio se redujera de una manera drástica. El modelo de estado centralizado y fuerte que habían implantado los Tang se vino abajo y, en opinión de muchos, no volvería a existir un estado fuerte hasta la proclamación de la República Popular China en el siglo XX. El gobierno central nunca más fue capaz de controlar a los comandantes militares de las fronteras, algunos de los cuales convirtieron sus puestos en reinos hereditarios y retuvieron con regularidad los impuestos destinados al gobierno central. Esta situación se expandió a otras regiones de la propia China y, hacia el siglo IX, la zona que se encontraba bajo control efectivo del gobierno central estaba limitada a la provincia de Shaanxi. No obstante, muy debilitada pero externamente esplendorosa, la dinastía Tang se mantendría en el poder en Changan hasta principios del siglo X.

DEL ESPLENDOR A LA DECADENCIA TANG

La dinastía Tang, con su capital en Changan, por entonces la ciudad más poblada del mundo, es considerada por los historiadores como un momento de esplendor de la civilización china, igual, o incluso superior, al periodo han. Los emperadores Tang establecieron un sistema político con ellos como suprema autoridad, y un sistema de gobierno apoyado por una gran clase de letrados confucianos seleccionados mediante los exámenes de la administración, que se fueron perfeccionado con el transcurso de la dinastía, hasta fijar un procedimiento de reclutamiento tan refinado para su momento que, en su forma básica, sobreviviría hasta el siglo XX. Si bien este procedimiento competitivo fue diseñado para captar a los mejores talentos para el gobierno, una preocupación tal vez mayor para los gobernantes del periodo tang, conscientes de que la dependencia imperial de poderosas familias aristocráticas y de jefes

militares podía acarrear consecuencias desestabilizadoras, era la de crear un cuerpo de burócratas profesionales sin bases de poder autónomas territoriales ni funcionales. Tal como ocurrió, estos funcionarios eruditos ganaron un cierto estatus en sus comunidades locales, así como lazos familiares y valores compartidos que los conectaban a la corte imperial. Desde los tiempos de la dinastía Tang hasta los últimos días del imperio Qing, en 1912, los funcionarios eruditos, los mandarines, desempeñaron a menudo el papel de intermediarios entre la población rural y el gobierno.

A la vez, durante la dinastía Tang se reestructuraron los órganos del gobierno imperial y local, que se ampliaron para proporcionar una administración centralizada, y se dictó un elaborado código de leyes administrativas y penales. Changan fue un centro de tolerancia cultural y religiosa, a la vez que uno de los mayores centros comerciales y cosmopolitas del mundo de la época. Como la mayoría de las capitales chinas, estaba compuesta por tres sectores: el palacio, los recintos imperiales y la ciudad exterior; cada uno separado del otro por poderosas murallas. Se practicaban muchas religiones, incluso el cristianismo nestoriano. Su territorio, adquirido mediante las conquistas militares de sus primeros gobernantes (y a costa de la muerte de millones de personas de uno y otro bando), fue mayor que el de la dinastía Han. Se desarrolló un importante comercio exterior con Asia central y Occidente, potenciándose las rutas de las caravanas y mercaderes de Oriente Próximo, que comerciaban a través del puerto de Cantón. Bajo los Tang, la influencia china se extendió sobre Corea, el sur de Manchuria y el norte de Vietnam; en el oeste, por medio de alianzas con tribus de Asia central, los Tang controlaron la depresión de Tarim y, al final, hicieron que su influencia llegara hasta lo que hoy es Afganistán. La fuerza económica y militar del imperio Tang se basaba en un sistema de reparto equitativo de la tierra para la población adulta masculina. El impuesto agrícola per cápita que pagaban los propietarios por cada parcela de tierra era la fuente principal de ingresos para el gobierno y el obligatorio servicio militar periódico era la base de su poder militar.

Estimulado por el contacto con India y Oriente Medio, el imperio vivió un auge de la creatividad en numerosos campos. El budismo, surgido en India, continuó creciendo durante el periodo tang y fue adoptado por la familia imperial, convirtiéndose en una parte esencial de la cultura tradicional china. El desarrollo de la imprenta de bloques extendió la difusión de las obras escritas a públicos más amplios. Con todo, el periodo tang fue la edad dorada del arte y la literatura chinos. Con medidas como la realización de censos cada tres años para fortalecer el sistema y reclutar gente para las labores del campo, se generaron excedentes agrícolas y el desarrollo de unidades de valor uniforme para las principales necesidades, dos de las más importantes condiciones para el crecimiento del comercio y las ciudades.

Sin embargo, con el tiempo surgieron dificultades porque el gobierno seguía exonerando a los estados libres de impuestos y hacía grandes concesiones de tierra a aquellos que le eran favorables. Como resultado del crecimiento demográfico del siglo VIII, los propietarios de parcelas individuales heredaban unas tierras muy reducidas, pero el impuesto anual mantenía su cuantía, por lo que los campesinos abandonaban sus terrenos, reduciendo de ese modo los ingresos del estado y mermando la eficiencia de las fuerzas armadas. Las áreas fronterizas ya no podían estar protegidas por las fuerzas militares, por lo que se encargó su defensa a tropas mercenarias (no chinas), cuyos jefes recibieron grandes privilegios.

La época tang estuvo marcada por un periodo de dominio militar y político sin precedentes del continente asiático, y también por su gran prosperidad material, elevados logros artísticos y

culturales, y un nivel de interés y tolerancia respecto a las culturas y religiones extranjeras que convirtieron Changan, la capital tang, en la ciudad más cosmopolita del mundo. Miles de mercaderes y artesanos extranjeros vivían en Changan y otras grandes ciudades del imperio, mientras los seguidores del budismo, el zoroastrismo, el maniqueísmo, el islam y el cristianismo nestoriano rendían culto según sus propias costumbres en templos, mezquitas o iglesias, algunas de las cuales se construyeron con fondos donados por la corte tang. La dinastía llevó la cultura china a su máximo esplendor, por lo que se puede hablar de un auténtico siglo de oro de la civilización china, en el que florecieron la literatura (especialmente la poesía), el arte y las libertades de enseñanza y de creencias y cultos. Las artes se desarrollaron bajo el patrocinio de la corte imperial y las leyes favorables al bienestar del pueblo proporcionaron un periodo de progreso. La población creció, el budismo se extendió por toda China y el comercio con los países cercanos se multiplicó. La China de los Tang se convirtió en un foco de irradiación de cultura. Desde Corea y Japón llegaron a China monjes y estudiantes fascinados por la grandeza del imperio tang. Los emperadores prohibieron a las autoridades locales cualquier abuso sobre los extranjeros, para que volvieran así a sus países como embajadores de la cultura china. Enviados extranjeros visitaban regularmente la corte tang, trayendo regalos y tributos de origen turco, uigur, tocario, sogdiano e iraní. Otro tipo de enviados diplomáticos eran los clérigos budistas que viajaban a China desde India, Asia central, Corea y Japón para estudiar y enseñar en famosos templos. Estos clérigos eran a menudo recibidos en la corte, así como, de la misma manera, sacerdotes budistas chinos viajaban a los centros de saber religioso (como Dunhuang) que se habían desarrollado en la cuenca del Tarim, donde se comunicaban con clérigos de otras confesiones. Otros monjes viajaron hasta la India en busca de escrituras originarias de la tierra donde había nacido el budismo.

La aristocracia y la sociedad adinerada tang estuvieron fuertemente influidas por la música y las artes extranjeras. Los músicos y bailarines de Asia central eran muy apreciados tanto en la corte Tang como por el pueblo. Platos aromáticos hechos con caros ingredientes importados y especias eran servidos a los ricos, acompañados de exótico vino de uvas. Las mujeres chinas se arreglaban el pelo a la manera uigur, mientras que los hombres a la moda adoptaban las mallas, los atuendos ajustados y los tocados turcos.

Las relaciones pacíficas y provechosas entre los chinos y los residentes extranjeros de las grandes ciudades continuaron hasta que empezaron a surgir fricciones entre los comerciantes extranjeros y locales a finales del siglo VIII. Estas fricciones fueron aumentando paulatinamente en forma de creciente resentimiento y recelo hacia los comerciantes expatriados que vivían en Changan y otras ciudades, hasta que en el año 836 se promulgaron unas leyes que prohibían contactos sociales externos entre chinos y extranjeros. En el año 845, las políticas liberales de la corte tang hacia las religiones extranjeras cambiaron por completo y todas ellas fueron ilegalizadas. En ese momento, el emperador Wu Zong comenzó una dura persecución contra los budistas: más de 4.600 monasterios y 40.000 templos y santuarios fueron destruidos y más de 260.000 monjes budistas se vieron obligados a volver a la vida secular. También otros grupos religiosos pasaron a estar bajo control estatal. La decadencia del budismo y la reaparición del confucianismo en estos años finales de la Era Tang dieron lugar a la aparición de una nueva y vigorosa ideología, que proporcionó la base para el crecimiento de una civilización perdurable en los siglos siguientes.

La paulatina desintegración de las buenas relaciones entre los chinos y la población no nativa coincidió con un debilitamiento del dominio político imperial tang en Asia central. Los

inicios de este declive se fechan normalmente en el año 751, cuando las fuerzas tang fueron destruidas por un ejército compuesto por fuerzas aliadas turcas y árabes en Atlach, sobre el río Talas (al oeste del lago Balkash, en el moderno Kazajistán). Después, la inestabilidad económica interna y la subsiguiente rebelión de An Lushan señalaron el comienzo del declive militar. La guerra civil, que duró hasta el 763, provocó una disminución de la población; en el censo del año 754 constaban unos 52 millones de habitantes, pero en el de 839 apenas si se alcanzaban los treinta. Además, la crisis económica y social era total. La pequeña propiedad campesina, basada en concesiones de lotes de tierra, desapareció en el siglo VIII por la ruina de la hacienda imperial, la sangría del reclutamiento para las milicias, los impuestos y las ventas de tierras a los grandes propietarios. Las revueltas fueron suprimidas gracias a la ayuda y a la protección de los ejércitos turcos uigures, pero desaparecieron todas las posesiones imperiales exteriores de los Tang, y en el 763 los tibetanos pudieron saquear impunemente la capital.

Los últimos emperadores tang siguieron una política de prudencia y conservadurismo. El crecimiento socioeconómico preservó la unidad en los años de fragmentación política. Con los últimos Tang se desarrollaron los gremios de artesanos, el uso de papel moneda y la centralización comercial. El imperio turco uigur, tan grande como el de los Tang, llegó a ser potente y estable. Mientras tanto, la dinastía Tang se cerró con una serie de emperadores sin voluntad, entregados a la superstición taoísta y en manos de eunucos, que eran quienes detentaban el poder político real. Los gobernadores de provincias eran casi independientes.

Pero el mayor problema durante el último siglo del periodo Tang fue el surgimiento de grandes terratenientes exentos del pago de impuestos. Incapaces de pagar los suyos, que se cobraron por duplicado un año después de la rebelión de An Lushan, los campesinos se pusieron bajo la protección de los terratenientes o se pasaron al bandidaje. Los levantamientos de campesinos dejarían asolada buena parte de la región central de China. En el 874 estalló una revuelta en el sur, en Hebei y Shantung, bajo el mando de un antiguo letrado, Huang Zhao, que propinó un severo golpe a la autoridad del gobierno central. La revuelta se extendió hacia el sur y, en el 879, Huang Zhao saqueó la ciudad de Guangzhou (Cantón) y, según las crónicas, los rebeldes llevaron a cabo una enorme matanza entre sus habitantes musulmanes. Ante la ineficacia del Gobierno en sus intentos de sofocar la rebelión, Huang Zhao se dirigió entonces hacia el norte, conquistando las dos capitales imperiales, Luoyang (880) y Changan (881), y obligando al emperador a huir con toda su corte a Sichuán; por su parte, Huang Zhao repitió en estas ciudades los excesos cometidos ya en Cantón, lo que le hizo impopular.

El emperador Xizong (873-888) pudo regresar a Changan gracias a la ayuda militar proporcionada por una tribu turca, los shato, cuyo jefe, Li Koyung, acabó con los rebeldes en el 883 y recibió la provincia de Shanxi como recompensa. Huang Zhao fue ajusticiado en el 884, pero el poder imperial había quedado ya definitivamente socavado, de modo que, durante sus últimos años, el soberano fue prácticamente un prisionero de los jefes militares y en varias ocasiones más se vio obligado a huir de la capital. Xizong fue sucedido en el trono por su hermano menor Zhaozong (888-904), penúltimo emperador de la dinastía Tang, quien fue también gobernante títere en manos de los jefes eunucos. El mal gobierno, las intrigas de la corte, la sobreexplotación económica y las rebeliones populares debilitaron al imperio, permitiendo a otro jefe militar rebelde, Zhu Wen, arrebatar el trono en el año 904 para fundar su propia dinastía, la Liang, con capitales en las ciudades de Luoyang y Kaifeng.

La historia popular ha visto la causa de la caída de la dinastía Tang en el edicto de prohibición y persecución del budismo del año 845, ordenado por el emperador Wuzong, que

provocó que una divinidad budista se tomara la revancha, sembrando el caos y destituyendo al último emperador tang. Lo cierto es que en tiempos del colapso tang, el imperio se acababa de fragmentar de nuevo en el periodo de las Cinco Dinastías y los Diez Reinos.

PERIODO DE LAS CINCO DINASTÍAS Y LOS DIEZ REINOS

Tras el fin de la dinastía Tang, con la fundación de la dinastía Liang en el norte de China, se inició una nueva etapa de inestabilidad de poco más de medio siglo, que vería sucederse en el norte de China cinco fugaces dinastías consecutivas: Liang Posterior (907-923), Tang Posterior (923-936), Jin Posterior (936-947), Han Posterior (947-951) y Zhou Posterior (951-960). Mientras tanto, en el sur aparecieron diez reinos independientes: Wu (907-937), Wuyue (907-978), Min (909-945), Chu (907-951), Han Meridional (917-971), Shu Anterior (907-925), Shu Posterior (934-965), Jingnan (924-963), Tang Meridional (937-975) y Han Septentrional (951-979). A este medio siglo (907-960), los historiadores chinos lo llaman periodo de las Cinco Dinastías y los Diez Reinos.

A partir de la caída de la dinastía Tang se inició un movimiento basculante, en el que el sur sustituyó al norte como fiel de la balanza desde un punto de vista no solo económico sino también político y cultural. El norte, amenazado constantemente por las invasiones, sufrió la sangría demográfica de una fuerte emigración que llevó a una parte considerable de sus habitantes al sur del Yangtsé, donde se sentían a salvo de los bárbaros de las fronteras norte y donde pudieron desarrollarse económicamente gracias a la agricultura o el comercio. Este periodo fue un resultado directo de la desintegración política producida al final de la dinastía Tang, que vio cómo el poder se escapaba de las manos del gobierno imperial hacia las de gobernadores militares regionales *(jiedushi),* que protagonizaron numerosas revueltas de alcance más o menos local. A principios del siglo X, el gobierno central conservaba escaso control sobre los poderosos jiedushi, que eran, de facto, independientes.

En el norte, Zhu Wen (852-912) era el más poderoso jefe militar de la época. Miembro original del ejército rebelde de Huang Chao, se rindió a la dinastía Tang, lo que fue un elemento crucial en la superación de la rebelión. Por esto se le otorgó el título de *jiedushi* de Xuanwu. En unos pocos años, consolidó su poder destruyendo a sus vecinos y forzó el traslado de la capital imperial una vez más a Luoyang, que estaba bajo su control. En el año 904 hizo matar al emperador Zhaozong y puso a su hijo de trece años en el trono como gobernante títere. Más tarde proclamó la fundación de la dinastía Liang Posterior, con él mismo como emperador.

Por entonces, muchos de sus rivales habían declarado unilateralmente sus propios regímenes independientes y no todos ellos reconocían a la nueva dinastía como señor supremo. Particularmente, Li Cunxu y Liu Shouguang se oponían al nuevo régimen, y lucharon por el control del norte de China. Tras derrotar en 915 a Liu Shouguang (que había proclamado el imperio Yan en el 911), en el 923, Li Cunxu se autoproclamó emperador, con el nombre de Zhuangzong y, a los pocos meses, barrió el régimen de Liang Posterior, reemplazándolo con su dinastía Tang Posterior. Bajo su mandato, la mayor parte del norte de China se volvió a unificar y en el 925 consiguió conquistar Shu Anterior, un régimen que había surgido en Sichuán. La dinastía Tang Posterior tuvo unos pocos años de relativa calma, pero pronto reapareció la

inquietud. En 934, Sichuán se independizó de nuevo como Shu Posterior. En 936, Shi Jingtang, un *jiedushi* radicado en Taiyuan, se rebeló con la ayuda del imperio kitán de Manchuria. En respuesta a su ayuda, Shi Jingtang prometió a los kitán dieciséis prefacturas en el área de Yoyun (norte de la actual provincia de Hebei) y un tributo anual. La rebelión tuvo éxito y Shi Jingtang se convirtió en el emperador Gaozu de la dinastía Jin Posterior ese mismo año.



Li Cunxu fue sucesivamente rey de Jin, rey de Tang (908-923) y emperador, con el nombre de Zhuangzhong, de la efímera dinastía Tang Posterior (923-926), una de las Cinco Dinastías.

Entre los pueblos invasores, los kitán se impusieron sobre el resto e instauraron la dinastía Liao (907-1125). Se extendieron geográficamente desde la actual Manchuria a la provincia de Hebei, conquistando la ciudad de Yu (hoy, Beijing); su poder fue muy grande, lo que les permitió exigir un tributo a la dinastía Jin (936-943) y continuar sus conquistas hacia el sur. Tras la fundación de la dinastía Jin Posterior, los kitán comenzaron a verles cada vez más como sus apoderados en China. Junto a ellos, se estableció también un pueblo procedente del Tíbet, los shato, que gracias a su poderío militar impuso sus formas de gobierno y costumbres a los Han. En 943, los kitán decidieron tomar el territorio por sí mismos y, al cabo de tres años, llegaron a la capital, Kaifeng, derrocando a la dinastía Jin Posterior. Sin embargo, no quisieron o no pudieron mantener las vastas tierras de China que habían conquistado y retrocedieron al año siguiente. Para llenar el vacío, el *jiedushi* Liu Zhiyuan entró en la capital imperial en 947, proclamando la dinastía Han Posterior, que sería la de más corta vida de las cinco, puesto que en 951 un golpe llevó a la entronización del general Guo Wei y al comienzo de la dinastía Zhou Posterior.

Enseguida, Liu Chong, miembro de la familia imperial de Han Posterior, creó en Taiyuan el régimen de Han Septentrional y buscó la ayuda de los kitán para derrocar a Zhou Posterior. Tras

la muerte de Guo Wei en 951, su hijo adoptivo Chai Rong le sucedió en el trono y comenzó a desarrollar una política de expansión y reunificación. En el 954 derrotó a las fuerzas combinadas de Han Posterior y el pueblo kitán, acabando con sus esperanzas de destruir Zhou Posterior. Entre el 956 y el 958, Zhou Posterior infringió severas derrotas a Tang Meridional, la más poderosa dinastía del sur, forzando a ceder todo el territorio al norte del río Yangtsé. En el 959, Chai Rong atacó al imperio kitán para recuperar los territorios cedidos durante la dinastía Jin Posterior y se apuntó varias victorias, pero una enfermedad acabó con su vida. En el 960, el general Zhao Kuangyin se apropió del trono, fundado la dinastía Song Septentrional, lo que marcó el final oficial del periodo de las Cinco Dinastías y los Diez Reinos.

A diferencia del norte, donde las dinastías se sucedieron a gran velocidad, los regímenes del sur coexistieron, ciñéndose cada uno a un área específica. Hacia el 920, el reino de Wu se había establecido en las provincias actuales de Jiangsu, Anhui y Jiangxi; Wuhue estaba asentado en su mayor parte en la actual provincia de Zhejiang; Min, en Fujian; Han Meridional, en Guangdong; Chu, en Hunan; Jingnan, en Jianglin, provincia de Hubei, y Shu Anterior, en Sichuán. Esta última cayó bajo el control del norte en el 925, pero en el 934 recuperó su independencia como Shu Posterior. En el 937, Wu fue reemplazado por Tang Meridional.

Aunque más estable que el norte, la guerra también azotó al sur. Wu tuvo escaramuzas con sus vecinos en una tendencia que continuó al ser reemplazado por Tang Meridional. En 940, Min y Chu pasaron por crisis internas de las que Tang Meridional rápidamente supo sacar provecho, destruyendo a Min en el 945 y a Chu en el 951 (pese a todo, restos de ambos reinos sobrevivieron muchos años con los nombres de Qingyuan y Wuping, respectivamente). Con ello, Tang Meridional se convirtió indiscutiblemente en el régimen más poderoso del sur, aunque fue incapaz de rechazar las incursiones de la dinastía Tang Posterior entre los años 956 y 958, y hubo de ceder todos sus dominios al norte del río Yangtsé.

La dinastía Song Septentrional, establecida en 960, estaba determinada a reunificar China. A tal fin, Jingnang y Wuping fueron borrados del mapa en el 963; Shu Posterior, en el 965; Han Meridional, en el 971; Tang Meridional, enel 975, y, finalmente, Wuyue y Qingyuan, en el 978, dejando todo el sur bajo control del gobierno central. En la dos décadas posteriores, Zhao Kuangyin (emperador Taizu, 960-976) y su sucesor, Zhao Kuangyi (Taizong, 976-997), derrotaron a todos los demás estados restantes que quedaban en China, conquistando Han Septentrional en 979 y reunificando China completamente en 982, bajo la nueva dinastía Song, a cuyo auge y decadencia dedicaremos el siguiente capítulo.

China bajo la amenaza mongola

LA DINASTÍA SONG

Tras la disolución del gobierno centralizado de la dinastía Tang, el siglo X chino estuvo marcado por una creciente inestabilidad política. Como acabamos de ver, en cincuenta años se sucedieron en el norte cinco dinastías y en el sur diez reinos efímeros, mientras que las guerras civiles devastaban todo el país y las fronteras septentrionales se hallaban seriamente amenazadas. Tan pronto como un comandante militar, un *jiedushi,* tomaba el control, su poder era recortado por disputas internas y derrocado por golpes de Estado. Este esquema se repitió frecuentemente tanto en el norte como en el sur de lo que había sido el imperio Tang. En el año 960, cuando el general Zhao Guangyin tomó el control de la ciudad de Bian (lo que hoy es Kaifeng), pareció que era simplemente otro señor de la guerra más intentando por enésima vez llegar al poder. Sin embargo, la manera en que logró consolidarse demostró que era un político y estratega fuera de lo común, así como un brillante jefe militar. Así, Zhao Guanyin se convirtió en Taizu, el primer emperador de la nueva dinastía Song.

El ascenso de Taizu (960-976) al trono se debió tanto a su campaña de relaciones públicas como a su ímpetu militar. Influyentes aliados le ayudaron a moldear la opinión pública, generando la impresión de que no buscaba en realidad el poder, sino que era la propia demanda popular la que no le dejaba más opción que «aceptar» el trono. Una vez instalado en él, para adelantarse a cualquier posible defección por parte de sus mismos aliados, Taizu les ofreció prósperas fincas, títulos hereditarios y generosas pensiones a cambio del abandono de sus respectivos cargos militares, y reemplazó a estos militares de carrera por siervos civiles, de manera que los más altos rangos militares fueron ocupados por burócratas sin experiencia en el servicio. Además, rotaban con frecuencia, de manera que a ningún comandante le era posible desarrollar una base de poder independiente desde la que poder emprender una revuelta.

Una vez formado su nuevo gabinete, Taizu inició un plan de reunificación basado en una mezcla de guerra y diplomacia, ganando a menudo a sus rivales para que cambiaran de bando mediante recompensas extremadamente generosas y evitando, por tanto, la más onerosa guerra. Con tal estrategia, la reunificación de China se completó en el año 978 con sorprendentes pocas perdidas humanas y relativamente escasa destrucción. Además, humano y astuto, Taizu concedió también una amnistía general, mantuvo a todos los funcionarios en sus empleos y dio a la nueva dinastía el nombre general de Song (960-1279), por la ciudad Song Zhou, de la cual había sido gobernador.

En términos generales, durante la dinastía Song se produjo un gran desarrollo del comercio. Se generalizó el uso del dinero y aumentó de manera espectacular el movimiento de personas y mercancías por el país. Este auge comercial llevó a la aparición de grandes ciudades. También se produjo un renacimiento intelectual y artístico, debido, además de al comercio, a las medidas políticas encauzadas hacia la coexistencia con los pueblos del norte mediante el pago de tributos. El ministro del emperador Shenzong (1067-1085), Wang Anshi (1021-1086), fue quien desarrolló estas reformas mediante el llamado *Memorándum de las diez mil palabras,* una especie de articulación del cambio social que se adecuaba a los nuevos tiempos. A la sazón se daba una ausencia de movilidad social debido al asentamiento de una

clase ilustrada *(shih)* sobre el rígido sistema de oposiciones. Esta fue una de las causas por las que las innovaciones tecnológicas y económicas no constituyeron el motor del cambio social, como sucedió en Europa. Wang Anshi, mediante sus reformas políticas y económicas, intentó dotar a la clase mercantil *(shang)* de suficiente poder como para que pudiera contrarrestar el exceso de conservadurismo social de los shih, por eso introdujo entre las materias de examen para los futuros funcionarios del estado el conocimiento técnico y científico, ignorados hasta esa época. Favoreció también el desarrollo del papel moneda y de las letras de cambio, a fin de agilizar el comercio entre las diferentes regiones, así como de proteger a los pequeños propietarios y campesinos, además de equilibrar la presión fiscal. Asimismo, desarrolló el sistema de graneros estatales con que atender las necesidades coyunturales del pueblo y acabar con las tradicionales hambrunas.



El año 960, Zhao Guanyin se convirtió en Taizu (960-976), el primer emperador de la nueva dinastía Song.





La corte de la dinastía Song vivió momentos de esplendor sin parangón hasta entonces. El grabado muestra una de las elegantes fiestas que se sucedían en aquellos días.

La dinastía, que estableció su capital en Bian (Kaifeng), consiguió conquistar los reinos del sur y reunificar gran parte del territorio que había estado bajo soberanía tang. Hacia el 978, los Song controlaban la mayor parte de China, salvo los territorios del norte, en poder de distintas potencias extranjeras, preferentemente mongolas. El desarrollo de las comunicaciones interiores y la navegación favorecieron el desarrollo económico, pero no fueron capaces de frenar el avance militar de los pueblos del norte. Así, durante el periodo Song, coexistieron en el norte tres estados importantes formados por pueblos de etnia no china. Los kitán fundaron la dinastía Liao en el noroeste. En las actuales regiones de Gansu y Ningxia, los tangut se asentaron como dinastía Xia Occidental. El tercero de estos estados, el más importante, sería la dinastía Jin, fundada por los yurchen, que llegaría a conquistar todo el norte de China, obligando a los Song a huir al sur y transformarse en dinastía Song del Sur. Estos tres estados adoptaron el modelo dinástico chino, por lo que la historiografía tradicional china los incluye en el listado de dinastías.

China y los pueblos turco-mongoles

Los kitán, kitanos o kitai, uno de los grupos étnicos tunguses protomongoles de origen altaico asentados tradicionalmente en la actual Manchuria, fundaron en el año 907 un Estado que recibió inicialmente el nombre de Kitán. Más adelante, tras conquistar el norte de China, el Estado asumió formas de gobierno de estilo chino tomando el nombre dinástico de Liao, por el río del mismo nombre (en la actual provincia de Liaoning) de su tierra ancestral. El imperio de los Liao convivió con la dinastía Song, al sur, y con el imperio Tangut o Xia Occidental, que gobernaba parte del noroeste chino, hasta que cayó definitivamente en el año 1125, derrotado por otro pueblo altaico, los yurchen, que conquistaron el territorio de los liao, y fundaron su propia dinastía, la Jin.

Aunque las primeras referencias documentales chinas a los kitán (conocidos como qidan en chino) se remontan al año 389, fue al final de la dinastía Tang cuando un líder militar kitán, al que conocemos por su nombre chino Yelu Abaoji (872-926), unificó a las diferentes tribus bajo un estado único que abarcaba gran parte de los territorios actuales de Manchuria y Mongolia. La fundación del estado kitán ocurrió, según las escasas fuentes locales, en el año 907. Los kitán estaban organizados en una confederación de ocho tribus dirigidas por un kan elegido por un periodo determinado en cada tribu, entre los que elegían cada tres años a un nuevo líder en un congreso. Abaoji rompió la tradición derrotando a sus opositores, declarándose emperador al estilo chino en el año 916 y nombrando heredero a su hijo, en contra de las tradiciones propias

de su pueblo.



Los kitán, una tribu tungús protomongola de origen altaico asentada tradicionalmente en Manchuria, fundaron en el año 907 un Estado también llamado inicialmente Kitán. Tras conquistar el norte de China, se asimiló a la cultura china y se transformó en la dinastía Liao, que convivió con la Song, al sur, y con el imperio Tangut, que gobernaba parte del noroeste chino. En 1125, los liao fueron derrotados por otro pueblo altaico, los yurchen, que fundaron su propia dinastía, la Jin.



El imperio Tangut o Xia Occidental (982-1227) ocupó parte de las actuales provincias de Gansu y Shaanxi y de la región autónoma Hui de Ningxia (donde han dejado vestigios tan importantes como la tumba de la foto). Los tangut eran un pueblo nómada tibetano, cuyo territorio original eran las tierras altas del oeste de Sichuán.

La expansión territorial del estado kitán alcanzó a regiones pobladas por chinos han, lo cual planteó el problema de cómo gobernar a estos súbditos de tradiciones muy diferentes a las de los pueblos nómadas. Abaoji diseñó un sistema de administración dual por el cual se dividía a los súbditos en dos grupos: kitán y chinos. Las leyes eran diferentes para ambos, según las tradiciones respectivas, y la corte estaba dividida en dos sectores, norte y sur. En el norte, estaban los funcionarios kitán, elegidos por vínculos familiares, mientras que en el sur estaban los funcionarios chinos, que hablaban chino y kitán y que eran elegidos mediante un sistema de

exámenes, siguiendo la tradición de los Tang. Junto a este sistema dual de administración, los kitán desarrollaron para su lengua un sistema de escritura basado en los caracteres chinos, con dos variantes: la «escritura pequeña», de carácter fonético, y la «grande», de carácter ideográfico, en un desarrollo de los caracteres chinos similar al del japonés moderno. El sistema de escritura kitán, utilizado en numerosos documentos oficiales, solo ha sido descifrado parcialmente.

Tras la muerte de Abaoji en el 926, su viuda, la emperatriz Yingtian, no consideró capacitado para el puesto al hijo elegido como sucesor y ejerció su influencia en la corte para dar el trono a Yelu Deguang, otro de sus hijos, que gobernaría bajo la influencia materna. Yelu Deguang (902-947) profundizó el proceso de sinicización del Estado Kitán con la adopción del nombre dinástico de Liao, aunque aquel Estado volvería a llamarse Kitán entre los años 983 y 1066.

Por iniciativa de Yingtian, las tropas kitán participaron en intentos de conquista del territorio de los Song, llegando a conquistar la actual Beijing en 938. En el 947, el emperador Shizong (Yelu Ruan), nieto de Yingtian, lanzó un ataque contra la capital song, Kaifeng, que ocupó fugazmente. La debilidad de los Song se manifestaría de nuevo en el 1004, cuando los kitán les infrigieron una derrota decisiva, imponiéndoles el pago de un tributo a cambio de la devolución del territorio conquistado. La corte song aceptó el pago, no excesivo.

En el 1046, los kitán lanzaron un ataque contra el imperio Tangut, conquistando parte de su territorio. Pero la aparente fortaleza de los kitán tendría que enfrentarse pronto a un nuevo enemigo: los yurchen, otro pueblo altaico, que les atacaría desde el norte, derrotándolos definitivamente en el 1125. Tras la derrota, algunos nobles kitán consiguieron refundar un estado liao en Asia central, la dinastía Liao Occidental o kanato Kara-Kitán, que perviviría hasta 1218, cuando fue conquistado por los mongoles, que se servirían de la experiencia y las habilidades lingüísticas de los nobles kitán en su posterior conquista de China.

El imperio Tangut, también conocido por el nombre chino de Imperio Xia Occidental o Xi Xia, fue un Estado que existió entre los años 982 y 1227 en parte del territorio ocupado en la actualidad por las provincias de Gansu y Shaanxi y por la región autónoma Hui de Ningxia. Fue fundado por los tangut, un pueblo nómada tibetano que descendía de los tuoba o tabgach, los antiguos fundadores de la dinastía de los Wei del Norte, y cuyo territorio original eran las tierras altas del oeste de Sichuán. Se dedicaban a la agricultura de regadío y al pastoreo, haciendo las veces de intermediarios comerciales entre Asia central y China.

A mediados del siglo IX, como los uigures eran suficientemente importantes como para ganarse la gratitud de la dinastía Tang por su ayuda en la represión de la rebelión de An Lushan. Después adoptaron el budismo como religión del Estado y en el 1038 proclamaron su imperio, que pervivió cerca de 150 años.

Los tangut tenían su propia lengua, el tangut, caracterizada por un complejísimo sistema de escritura compuesto por miles de caracteres, la inmensa mayoría de los cuales no ha podido ser descifrada. A pesar de mantener una identidad cultural y lingüística propia, el imperio Tangut mantuvo una relación muy estrecha con el mundo chino. Además de la clase dirigente tangut, gran parte de la población estaba formada por chinos han, así como por tibetanos y uigures. Su ubicación en plena Ruta de la Seda le daba un papel importante en el comercio exterior de los estados chinos orientales, tanto con las dinastías fundadas en el nordeste de China por los también pueblos nómadas kitán y yurchen (Liao y Jin), como con la dinastía Song del Sur, residuo que mantenía el poder al sur del río Amarillo.

En el 1038, el gobernante tangut Li Yuanhao se nombró a sí mismo emperador y exigió de su colega song el reconocimiento como un igual. La corte song aceptó reconocer a Li Yuanhao como «gobernante», pero no como «emperador», título que consideraba exclusivo del soberano song. En el 1006, los tangut fueron capaces de aprovecharse de la rivalidad política entre los kitán de la dinastía Liao, que gobernaban en el norte de China, y la dinastía Song para lograr su independencia de facto, y en el año 1020 trasladaron su capital al otro lado del río Amarillo, a Xingzhou. Esto les puso en buena posición para imponer su control sobre el corredor Hexi, punto clave de la Ruta de la Seda, que conducía hacia el oeste desde China central. El soberano tangut proclamó unilateralmente su igualdad con el song. Tras intensos contactos diplomáticos, en 1043, el estado Tangut aceptaría reconocer al emperador song como tal a cambio de un tributo anual de seda, plata y té, lo cual suponía un reconocimiento tácito por parte de los Song del poderío militar y económico de los tangut. Sin embargo, apenas un año después, el poder de los tangut se vería debilitado por la invasión de los kitán. Superado aquel momento, tiempo después, los tangut cometieron el error de resistirse a los mongoles cuando estos empezaron a extender su control sobre el corredor Hexi en la primera década del siglo XIII. En el 1226 y 1227, el ejército de Gengis Kan destruyó el estado tangut.

Finalmente, la dinastía Jin o Yurchen fue fundada en el 1115 por Wanyan Aguda (1068-1123), líder de un clan de los yurchen, pueblo de origen tungús y antepasado de los manchúes (que establecerían la dinastía Qing quinientos años más tarde), que habitaba originariamente en la región del río Amur, en lo que hoy es la frontera entre Rusia y China, que tiempo después pasaría a ser conocida como Manchuria. Al morir en el 1123, su hijo y sucesor Wanyan Wuqimai (1075-1135), con el nombre imperial de Taizong, aniquiló con éxito a la dinastía Liao (1125). En enero del 1127, las fuerzas jin de Wanyan Wuqimai saquearon Kaifeng, capital de la dinastía Song del Norte, capturando al nuevo emperador Qinzong, que había ascendido al trono tras la abdicación de su padre, Huizong, al ver la necesidad de enfrentarse al ejército jin. Tras la caída de Kaifeng, los Song (ahora «del sur») continuaron la lucha durante más de una década contra los Jin, firmando finalmente un tratado de paz en 1141 y cediendo todo el norte de China a los Jin en el 1142 para obtener la paz.

Después de dominar el norte de China, la dinastía Jin poco a poco se fue adaptando a la cultura china, trasladando su capital desde Huining Fu en el norte de Manchuria (al sur de la actual Harbin) a Zhongdu (la actual Beijing). A inicios del siglo XIII comenzó a sentir la presión de los mongoles desde el norte. En el 1214, la dinastía Jin trasladó su capital a Kaifeng para huir de los mongoles; pero bajo las fuerzas mongolas de Ugedei Kan, tercer hijo de Gengis Kan, y de sus aliados de la dinastía Song del Sur, se derrumbó en el 1234. Tras la caída del Estado jin, los yurchen volverían a pasar al ostracismo histórico.

Consolidación de la dinastía Song del Norte

La dinastía Song reinó sobre China durante más de tres siglos. Las razones de esta extraordinaria estabilidad política pueden atribuirse a dos causas principales. Por un lado, a que se apoyó sin reservas en el confucianismo y sus métodos de gobierno, por lo que multiplicó las escuelas y el estudio de los clásicos y recortó el ejército a lo estrictamente necesario para la defensa del territorio. Por otro lado, se permitió el acceso al trono a los hermanos y sobrinos del soberano, y no necesariamente a sus hijos, evitando así que el poder político pudiera caer en

manos de un niño, es decir, de una regencia siempre deseosa de conservarlo.



Durante la dinastía Song del Norte se produjo una revolución urbana que provocó la aparición de numerosas ciudades de vida bulliciosa, muy embellecidas, por ejemplo, como en el grabado, con jardines imperiales.



Uno de los puntales del auge comercial chino de la época Song fue la seda. En este grabado del siglo XII, unas mujeres preparan un tejido de seda.

Los primeros Song limitaron en gran manera el poder de los militares de las provincias y subordinaron el ejército al gobierno civil por miedo a dispersar el poder militar hacia las fronteras, una tendencia que había debilitado a los Tang. En consecuencia, los funcionarios civiles dominaban cada aspecto del gobierno y la sociedad. El sistema tang de exámenes o pruebas para el reclutamiento de funcionarios públicos se amplió para proporcionar a la dinastía un constante flujo de talentos. Los Song reorganizaron el gobierno imperial, centralizando el control efectivo en la capital de una manera mucho mayor que hasta entonces. La estructura administrativa local siguió el modelo tang, al igual que la literatura, las artes

plásticas y la filosofía, que dieron continuidad al último periodo tang. La educación floreció y la economía siguió su expansión y diversificación. Sin embargo, la debilidad militar se convirtió en un problema crónico. Cuando Taizu ocupó el trono (960), el imperio era muy reducido; toda la China del sur se hallaba dividida en reinos provinciales. El nuevo emperador emprendió desde 963 a 975 la conquista de estos territorios, que llevó a cabo sin violencias ni saqueos; las operaciones militares terminaban siempre con una amnistía total y los príncipes vencidos se unían a la corte. En noviembre de 976, sintió que la muerte estaba cerca y, al considerar que su hijo era demasiado joven para asumir el poder, entregó este a su hermano, que tomó el nombre dinástico de Taizong (976-997).

La prioridad principal de Taizong fue recuperar los territorios periféricos del norte de China controlados por la dinastía Liao, fundada por los kitán. La derrota de Taizong en esta campaña resultó desastrosa, ya que los kitán contraatacaron en represalia, llegando a pocos días de marcha de la capital song. Tras esta demostración de las limitaciones de su propia fuerza militar, la corte song optó por una política de pacificación, inaugurando un sistema de tributos por el que se ofrecía a los kitán pagos anuales masivos, prometidos a perpetuidad a cambio de paz. La misma política sería usada más tarde para pacificar a los yurchen, tangut y mongoles. Una economía saneada hizo posible esta política de pacificación, y el ambiente político estable resultante condujo a un próspero comercio interior e internacional, elevadas cosechas agrícolas y diversos avances tecnológicos impresionantes. El comercio internacional prosperó en general durante el periodo song. Se formaron uniones comerciales y gremios profesionales, se desarrollaron sistemas bancarios y el papel moneda se comenzó a usar en todo el imperio. En lo que se refiere a las artes, la dinastía Song fue una edad de oro para la pintura y la cerámica y, en muchos sentidos, la porcelana llegó a su cumbre, tanto técnica como estéticamente, con los ceramistas song. Sus obras eran una valiosa mercancía en toda Asia, y las mejoras en la navegación oceánica (incluyendo la invención de un compás que apuntaba siempre al sur) ayudaron a expandir su mercado hasta Japón, Vietnam, Tailandia e Indonesia. Destacó también la pintura paisajística que, con el tiempo, se ha llegado a considerar la máxima expresión del arte clásico. La población urbana del momento tenía una percepción romántica de la naturaleza que, combinada con el misticismo taoísta y el estado emocional contemplativo de inspiración budista, se reflejó en su pintura paisajística que mostraba a las personas empequeñecidas e inmersas en la naturaleza.



El año 976, Taizu abdicó en favor de su hermano pequeño, que tomó el nombre dinástico de Taizong (976-997) y llevó a la dinastía Song a su época de mayor prosperidad.

Además, se generalizó el uso de la imprenta; se multiplicaron los textos clásicos confucionistas y, sobre todo, los taoístas y los budistas. Todo eso tuvo una influencia efectiva sobre el movimiento ideológico: se publicaron gran cantidad de comentarios, estudios y textos, que renovaron el pensamiento filosófico y político de China. Las antiguas escuelas de sabiduría, con sus explicaciones mágicas del universo, tendieron a transformarse y generaron una cosmogonía y una metafísica coherentes. En el ámbito de la filosofía, se continuó la tendencia al alejamiento del budismo y la vuelta al confucionismo de la fase final tang, aunque lógicamente ajustado a las nuevas circunstancias. Por ello, al principio del periodo song surgieron algunas evoluciones del confucionismo, como el neoconfucionismo del erudito Zhu Xi (1130-1200), que se convirtió en la ortodoxia de la doctrina estatal hasta el fin del sistema imperial. Esta corriente enfatizaba el dualismo, la bondad de la naturaleza humana y la autodidáctica mediante la continua «investigación de las cosas». Los eruditos e historiadores song también se dedicaron a la síntesis de la historia. Otra primicia de la época fue la aparición de enciclopedias, como el *Compendio de fundamentos de los Tang,* concluida en el año 961, que estableció el patrón a seguir por la literatura enciclopédica.

En el plano económico, con los Song se desarrolló mucho el comercio marítimo, que se concentró en grandes puertos como Cantón, Hangzhou y Chuanzhou, donde se establecieron extensas comunidades dedicadas al comercio exterior, dentro del cual los coreanos dominaban las islas orientales, mientras que los persas y los árabes controlaban los mares de Occidente. Al expandirse la actividad mercantil, las clases elevadas rompieron prejuicios y dieron a sus hijas en matrimonio a los mercaderes, para asociarse después con ellos y participar así de los

beneficios del floreciente comercio.

Junto con la expansión comercial, llegó la urbanización y el crecimiento de la importancia de las ciudades como centros administrativos, de negocios, industriales y mercantiles. La comercialización y la urbanización afectaron a la sociedad china, ya que la población rural se encontró con la desaparición de los terratenientes, y aunque muchos residentes de las ciudades disfrutaban de ciertos lujos y alguna variedad de bienes y servicios, la pobreza estaba muy extendida. Un cambio derivado de la urbanización fue la declinación de la situación de la mujer en las clases altas, ya que con su concentración en las ciudades, donde el trabajo antes asignado a ellas se volvió menos esencial, empezaron a ser tratadas como sirvientas u objetos de placer. Esto se reflejó en las prácticas del concubinato y el vendado de los pies para hacerlos más pequeños, prácticas que no se prohibirían hasta el siglo XX.

Junto a esto estaban los comienzos de lo que se podría denominar la «revolución industrial china». Se ha calculado, por ejemplo, que la producción de hierro per cápita se elevó seis veces entre el 806 y el 1078, de tal manera que, para esta última fecha, China producía 125.000 toneladas de hierro al año, que se utilizaba principalmente para producir en masa azadas, martillos, agujas, alfileres, címbalos, etc., para un mercado masivo indígena y para el creciente comercio con el mundo exterior. Hubo un notable incremento de las obras públicas, tales como vías hidráulicas y presas para la contención de las inundaciones (el más constante azote de China) y, sobre todo, se emprendió una audaz obra de ingeniería: la construcción de un muro marítimo de contención al norte de Hangzhou. En el campo de la construcción naval, los juncos fueron objeto de admiración e imitación por los navegantes árabes y occidentales, pues eran los navíos de mayor tamaño de la época, con compartimentos estancos y capaces para mil pasajeros. Otros desarrollos tecnológicos de la época song incluyen el uso del acero en instrumentos agrícolas, cadenas para puentes colgantes, taladros para perforar pozos, cañones y flechas capaces de penetrar las armaduras convencionales. En el 1161, cuando las tropas yurchen intentaron cruzar el Yangtsé, cerca de Nankín, los chinos utilizaron por primera vez la pólvora en el campo de batalla, arrojando proyectiles ígneos contra el enemigo.



El sistema tang de exámenes o pruebas para el reclutamiento de funcionarios públicos se amplió durante la época Song para proporcionar a la dinastía un constante flujo de talentos.

Al mismo tiempo, la China song dependía menos del comercio terrestre de la Ruta de la Seda y, consecuentemente, decreció el contacto con las regiones de Asia central y occidental (y, a través de ellas, con India y Oriente Medio). Ello generó una nueva sensación de aislamiento geográfico y cultural del resto de Asia continental y, quizás, también un aumento del etnocentrismo, que podría explicar el declive del interés oficial, no del popular, por el budismo (al fin y al cabo, una fe extranjera). De hecho, durante el periodo diversas divinidades budistas

se transformaron a nivel popular en manifestaciones más propiamente chinas.

Sin embargo, pese a tanta bonanza económica, hacia mediados del siglo XI, los Song comenzaron a experimentar dificultades fiscales. El crecimiento demográfico había sobrepasado al económico y los gastos militares asociados a la defensa de la frontera norte, así como los costes administrativos de una burocracia civil en constante crecimiento, consumían la mayor parte de los ingresos anuales. Mientras se deterioraba la situación militar y fiscal, la burocracia civil se fraccionaba en grupos que proponían diferentes medidas reformistas. En el 1069, el emperador Shenzhong eligió como consejero principal al capaz Wang Anshi (1021-1086), quien concibió una serie de reformas tajantes destinadas a incrementar los ingresos gubernamentales, reducir los gastos y reforzar el ejército. Al darse cuenta de que los ingresos del gobierno estaban relacionados con la prosperidad de los campesinos individuales que pagaban impuestos, propuso una reforma agraria que diera terrenos iguales a todos, préstamos a los agricultores para la siembra y la cosecha, eliminara el trabajo obligatorio de los campesinos, gravara gradualmente la riqueza y asumiera la compra por parte del Estado de los excedentes de bienes para su redistribución en tiempos de hambre.

Sin embargo, los resultados de las reformas no fueron muy positivos; por ejemplo, el préstamo sobre la cosecha tomó rápidamente el carácter odioso de un impuesto suplementario. Así, cuando el emperador y Wang murieron, con menos de un año de diferencia, se abolieron las nuevas leyes y durante las siguientes décadas, hasta la caída de los Song del Norte en 1126, los reformistas y antirreformistas se alternaron en el poder causando estragos y confusión. Los reformistas cayeron con el nuevo emperador Zhezong (1086-1110), que vio el retorno al poder de los conservadores dirigidos por Sima Guang y Su Shi. Su sucesor, Huizong (1100-1125), vaciló entre las dos tendencias económicas. Era un gran letrado, coleccionista de obras de arte y pintor de talento; protegió a la vez al budismo y al taoísmo, y concibió una especie de sincretismo religioso. Pero fracasó lamentablemente en política exterior; para combatir a los kitán del norte se alió con los yurchen de la dinastía Jin, junto a los que en el 1114 atacó a los kitán, que fueron aplastados, y en el 1122 Beijing, su capital, cayó en manos de los yurchen. La corte de Kaifeng quiso tomar algunas ciudades cerca de la Gran Muralla y fomentó disturbios entre los chinos han y el nuevo pueblo vencedor. Seguros de su poder militar, los yurchen se lanzaron a la guerra contra China, que no estaba preparada para ella y, en un paseo militar, aparecieron frente al río Amarillo y atacaron la capital imperial, Kaifeng. Huizong capituló (1126) y, con su séquito y sus tesoros, fue deportado (1127) al interior del país de los vencedores, Manchuria, donde murió en el 1136. A la vez, se produjo una creciente pérdida de prestigio de la milicia, de tal manera que la consecuente debilidad militar coincidió con el surgimiento progresivo de naciones nómadas más fuertes en las fronteras. Por otra parte, creció la dignidad del servicio civil, ya que el sistema de exámenes restaurado de los periodos sui y tang se fortaleció y se regularizó al celebrarse cada tres años a niveles de distrito, provincia y área metropolitana. En este ámbito, solo a unos doscientos mil postulantes se les otorgaba el grado de *jinshi*, el más alto, y eran nombrados funcionarios del gobierno, por lo cual, a partir de esta época, los servidores públicos se convirtieron en la élite más envidiada de China, sustituyendo a los nobles hereditarios y los terratenientes.



El dominio de los Song solo se extendió sobre una parte de los antiguos territorios imperiales, ya que los kitán controlaban los territorios del noreste, y los Xia o tangut, los del noroeste; de manera que, ante la imposibilidad de recuperar estas regiones, los emperadores song se vieron obligados a firmar la paz con los kitán en el1004 y con los Xia en el 1044. Sin embargo, las altas compensaciones otorgadas a los bárbaros acabaron con el tesoro del Estado, afectando a los contribuyentes campesinos y creando enfrentamientos en la corte entre los partidarios de la guerra, los que favorecían la paz y los reformistas. En el 1127, tras la captura del emperador Huizong y de la emperatriz regente y ante el irrefrenable avance expansionista de la dinastía Jin, la corte Song huyó hacia el sur tomando a partir de entonces el nombre de Song del Sur.

La dinastía Song del Sur

Uno de los hijos menores del depuesto emperador song Huizong había huido al sur y fue proclamado emperador en Nankín con el nombre de Gaozong (1127). En el 1132, se estableció con su corte en Linan (hoy Hangzhou), en la provincia de Zhejiang, donde restableció el gobierno song, reteniendo el control de la región al sur del río Huai, donde gobernaron durante otro siglo y medio, bajo el nombre de Song del Sur.

Entre tanto, los yurchen terminaron la conquista de la China del norte, pero de momento no pudieron atravesar el Yangtsé. Gracias a ello, el sur quedó a salvo. En el 1138, Gaozong, un emperador débil, firmó la paz con los yurchen renunciando definitivamente a los territorios del norte y a la cuenca del río Amarillo. El país fue dividido entre los yurchen, que habían tomado el nombre imperial chino de jin, con una capital en el norte (Hueining, en Manchuria), otra más al sur (Beijing) y una tercera central (Tating, al norte de Jehol). El sur de China quedó en manos de la dinastía Song del Sur, con capital en Linan (Hangzhou), donde mantuvieron la misma vida fácil que en Kaifeng. Linan pronto se convirtió en una ciudad rica y en la más poblada del mundo, con un modo de vida absolutamente diferente al del norte, debido al desarrollo de su economía monetaria y de la exportación de té y porcelana. Desde el sur, los Song mantuvieron siempre el objetivo de reconquistar el norte, pero nunca pudieron hacer frente a la superioridad militar de los pueblos altaicos.

Aunque militarmente débiles y confinados a una sola región, los Song del Sur representaron otro de los más brillantes periodos de China en cuanto a desarrollo cultural, comercial, marítimo y tecnológico. Aislados de las tradicionales rutas comerciales terrestres, los comerciantes song se volvieron hacia el océano. Esta China del sur siguió desarrollándose

con rapidez. La prosperidad económica y los logros intelectuales sobrepasaron a los de sus hermanos del norte. El rápido desarrollo económico permitió al gobierno reforzar sus defensas en mayor grado de lo que habían conseguido aquellos; el confucianismo, sintetizado en su forma final por Zhu Xi, siguió siendo un sistema filosófico centrado en el hombre, aunque tomó prestadas doctrinas metafísicas del budismo para presentar una filosofía del universo más equilibrada y duradera.

Aunque el deterioro administrativo fue en aumento, por entonces los Song del Sur no mostraban signos de inestabilidad interna. Sin embargo, la dinastía fue sometida rápidamente por una fuerza militar claramente superior tras algunos años de duros enfrentamientos.

En 1206, una asamblea de todas las tribus turcomongolas se reunió en Karakorum, Mongolia, para confirmar el establecimiento de la unidad mongola bajo la jefatura de Gengis Kan (1162-1227). Los mongoles iniciaron inmediatamente una serie de conquistas que dieron como resultado el establecimiento del mayor imperio conocido hasta entonces. En China fue la dinastía Jin la que primero cayó ante los ejércitos mongoles. Gengis Kan conquistó Beijing en el 1215 y siguió extendiendo su poder sobre el resto del norte de China, hasta su muerte en el 1227. Poco después, su nieto, Kublai Kan (1215-1294), reanudó la conquista del imperio de los Song del Sur y, en dieciocho años, terminó con la resistencia de los últimos emperadores.

El último, Duzong (1265-1274), culto pero poco político, depositó su confianza en ministros ineptos, mientras los ejércitos mongoles seguían penetrando hacia el sur. A su muerte, en el 1274, la corte de los Song del Sur partió hacia Guangdong por barco, huyendo de los invasores mongoles y dejando atrás al nuevo emperador, Gong. Cualquier esperanza de resistencia estaba centrada en dos jóvenes príncipes, los hermanos del emperador. El mayor, Zhao Shi, que tenía nueve años, fue declarado emperador; y en el 1277, la corte imperial buscó refugio en Mui Wo, en la isla de Lantau, y, más tarde, en la ciudad de Kowloon (hoy Hong Kong). Pero Zhao Shi enfermó y murió, y fue sucedido por su hermano menor, Zhao Bing, de siete años.

El 19 de marzo de 1279, el ejército song fue derrotado en su última batalla, Yamen, peleando contra los mongoles en el delta del río Perla. Posteriormente, se cuenta que un funcionario de la corte, Hau Wong, tomó al niño emperador en sus brazos y saltó desde un acantilado hacia el mar, ahogándose los dos.

La política de pacificación de la corte Song funcionó bien durante un tiempo, aunque demostró ser corta de miras. Falló a los Song en dos ocasiones, cada vez con dramáticos resultados. La primera fue en el 1127, cuando los yurchen sitiaron la capital del norte y forzaron a la corte Song a trasladarse al sur de China; la segunda, cuando los mongoles, tras decidir que preferían gobernar el territorio song por sí mismos en vez de arrancarle simplemente sus riquezas, les atacaron y absorbieron el sur de China dentro de su ya inmenso imperio. No obstante, la conquista mongola de los Song del Sur no se completó hasta el 1279, cuando fue formalmente sustituida por la dinastía Yuan (1271-1368), que bajo el mandato del emperador Kublai Kan (1215-1294), nieto de Gengis Kan, unificó una vez más China, aunque esta vez como parte de un vasto imperio mongol. Comenzaría así el no menos apasionante relato de la China mongola.

Pero esa es ya otra historia.

Bibliografía

Ceínos, Pedro (2003): *Historia breve de China.* Madrid, Sílex Ediciones.

Deng Yinke (2007): *History of China.* Beijing, China Intercontinental Press.

Ebrey, Patricia Buckley (2009): *Historia de China.* Madrid, Ed. La Esfera de los Libros.

Fairbank, John King (1996): *China: una nueva historia.* Barcelona, Ed. Andrés Bello.

Folch, Dolors (2002): *La construcción de China. El periodo formativo de la civilización china.* Barcelona, Ed. Península / Atalaya.

Franke, Herbert y Trauzettel, Rolf (1993): *El imperio chino.* Madrid, Ed. Siglo XXI.

Frèches, José (2006): *Érase una vez China. De la Antigüedad al siglo* xxi. Madrid, Ed. Espasa Calpe.

Hambly, Gavin (2002): *Asia central.* Madrid, Ed. Siglo XXI.

Li, Xianyao y Luo, Zhewen (2004): *China's museums*. Beijing, China Intercontinental Press.

Lombard, Denys (2000): *La China imperial.* Barcelona, Ed. Idea Books.

Schmidt-Glintzer, Helwig (2001): *Antigua China.* Madrid, Ed. Acento.

VV. AA. (2006): *China. Historia y civilización.* Pekín, Capital Museum, China Cultural Relics Publishing House.

VV. AA. (2008): *The chinese memory.* Pekín, Capital Museum, China Cultural Relics Publishing House.

VV. AA. (1994): *Tierras y gentes.* Vols. 1 y 2. Madrid, Ed. Debate.

Yong, Yap y Cotterell, Arthur (1981): *La civilización china clásica. De la Prehistoria al siglo* XIV. Barcelona, Ed. Aymá.



nowtilus
www.nowtilus.com

BREVE HISTORIA de la...

CHINA MILENARIA

Gregorio Doval

La apasionante historia de la China milenaria, desde la prehistoria hasta la llegada de Gengis Kan y los mongoles en el siglo XIII, pasando por Qin Shihuang y su ejército de terracota, Confucio y las Cien Escuelas del Pensamiento, y por la construcción de la Gran Muralla.

Acérquese a este apasionante recorrido por 4.000 años de historia para conocer la cultura, las costumbres y la religión del imperio Zhonggghuó (Tierra Central), que se consideró a sí mismo el centro del mundo y que conocemos todos como China. Con unos orígenes que se encuentran entre lo histórico y lo mítico, este imperio ha gozado de una historia longeva y compleja, llena de emperadores celestiales, ambiciosos regentes, astutas emperatrices, generales invencibles, sabios místicos y legiones de funcionarios mandarines. Totalmente plagado de personajes sorprendentes, este libro ofrece la oportunidad de conocer al gran Emperador Amarillo; a Qin Shihuang y a su maravilloso mausoleo resguardado por un formidable ejército de terracota; a Confucio y las Cien escuelas del pensamiento.

Recorra también, en estas páginas, la Gran Muralla, la Ruta de la Seda o los vastos escenarios en los que creció este imperio: las fértiles cuencas de los ríos Yangtsé y Amarillo, las inaccesibles cimas del Himalaya y el Karakórum, la brumosa meseta del Tíbet, las inacabables estepas de Mongolia y Manchuria, el próspero delta de Cantón o el impenetrable desierto de Gobi...

Esta *Breve historia de la China milenaria* relata con gran rigor, pero con suma sencillez, la imprescindible historia de este imperio infatigable e ingenioso, orgulloso de su pasado, que fue invadido, pero nunca conquistado y que, lejos de doblegarse ante sus enemigos, supo absorberlos y sacar de ellos las fuerzas para nutrir la sucesión de sus incesantes dinastías imperiales.

BREVE HISTORIA
www.brevehistoria.com

Hazte amigo de Breve Historia en Facebook

Visita la web y descarga fragmentos gratuitos de los libros, participa en los foros de debate temáticos y mucho más.

9788499670140

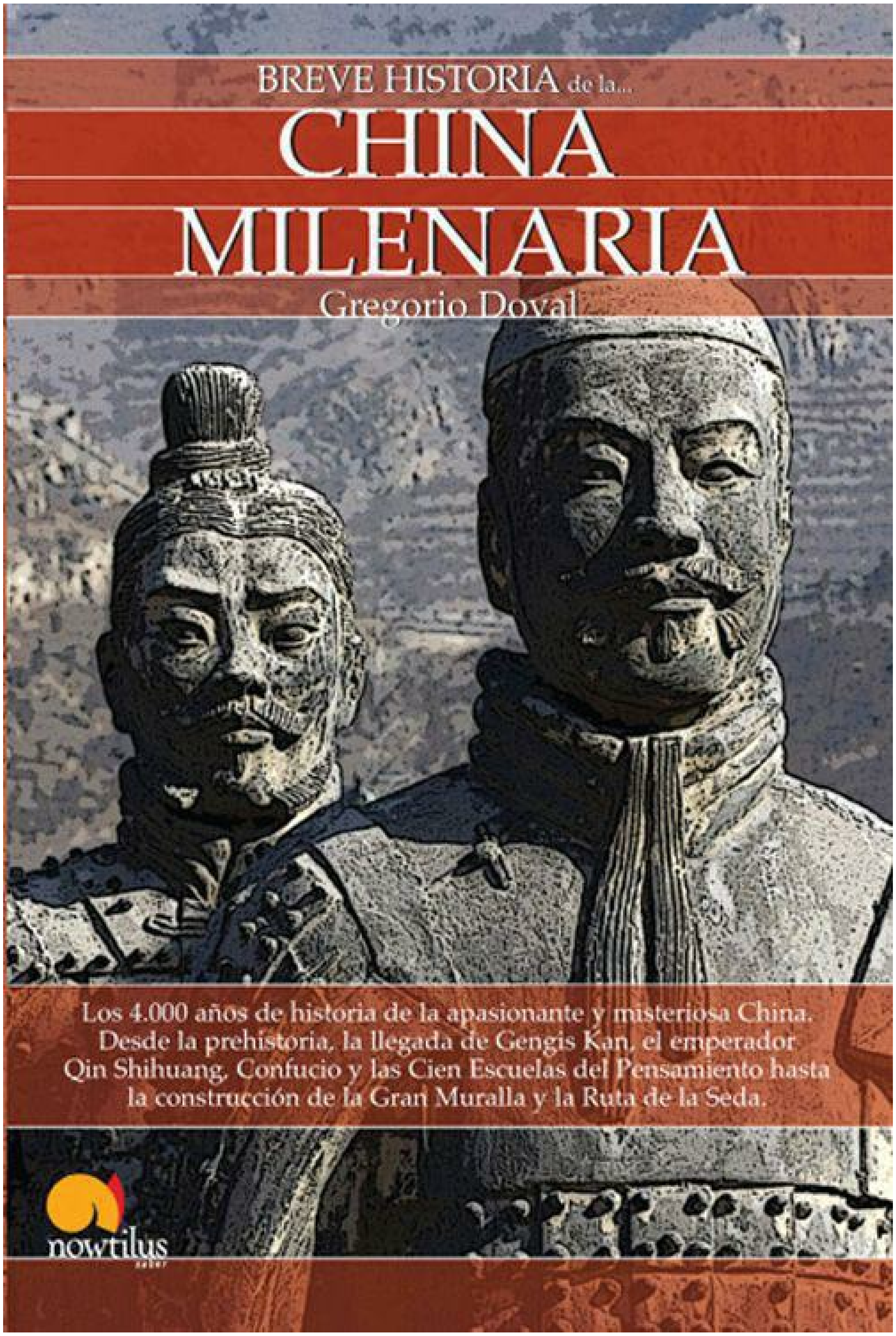

BREVE HISTORIA de la...
CHINA
MILENARIA
Gregorio Doval
Los 4.000 años de historia de la apasionante y misteriosa China.
Desde la prehistoria, la llegada de Gengis Kan, el emperador
Qin Shihuang, Confucio y las Cien Escuelas del Pensamiento hasta
la construcción de la Gran Muralla y la Ruta de la Seda.
nowtilus

Table of Contents

Introducción: El marco geográfico chino: China, un mosaico geo-cultural
Capítulo 1: Entre la historia y el mito: el periodo predinástico
Continuidad histórica desde las brumas de la leyenda
El relato mitológico: la cosmogonía china
- Origen (mitológico) de China: los Tres Augustos y los Cinco Emperadores
- Huang Ti, el Emperador Amarillo, padre de todos los chinos
- China a la luz de la arqueología

Capítulo 2: Las primeras dinastías
El comienzo del ciclo dinástico
La dinastía Xia
La dinastía Shang
Otros pueblos coetáneos
Capítulo 3: El comienzo de la historia documentada: la dinastía Zhou
- El Mandato Celestial de los Zhou
- La estabilización con los Zhou Occidentales
- Los Zhou Orientales y la amenaza exterior
- Periodo de las Primaveras y los Otoños
- Periodo de los Reinos Combatientes

Las Cien Escuelas de Pensamiento
El mapa interior de China se va completando
Capítulo 4: El nacimiento del Imperio chino
La creciente potencia del reino de Qin
- Ying Zheng, rey de Qin
- Las Guerras de Unificación
- De rey a Primer Emperador de China

La dinastía imperial Qin
- Qin Shihuang, un personaje complejo y polémico
- La amenaza externa y la Gran Muralla
- El increíble mausoleo del emperador
- Un ejército de terracota
- Fin de la efímera dinastía Qin

Capítulo 5: El primer esplendor de la China imperial
Caos tras la muerte de Qin Shihuang
- La guerra Chu-Han

La dinastía Han Occidental
- El emperador Gaozu
- El imperio Xiongnu de Modu
- El emperador Wu, la edad de oro Han

El interregno de Wang Mang: La dinastía Xin
La dinastía Han Oriental
Capítulo 6: El periodo de desunión
Los Tres Reinos

Un periodo convulso y sangriento
Las dinastías Jin
Los Dieciséis Reinos del norte
La dinastía Jin Oriental
Las Dinastías del Norte y del Sur
Las Dinastías del Norte
Las Dinastías del Sur
La reunificación de la dinastía Sui
Capítulo 7: El segundo esplendor imperial
La dinastía Tang
Taizong, el estabilizador
El «emperador» Wu Zetian, la única emperatriz en cuatro mil años
El reinado contradictorio de Xuanzong
La rebelión de An Lushan
Del esplendor a la decadencia Tang
Periodo de las Cinco Dinastías y los Diez Reinos
Capítulo 8: China bajo la amenaza mongola
La dinastía Song
China y los pueblos turco-mongoles
Consolidación de la dinastía Song del Norte
La dinastía Song del Sur
Bibliografía